
CIRCULO DEL CRIMEN
SEMEJANTE A UN ANGEL
MARGARET MILLAR
CARLES PRUNES
EDICIONES FORUM
150 Ptas.
Nº53

Margaret Millar

SEMEJANTE A UN ÁNGEL

Círculo del Crimen Nº 53

ePub r1.0
Rutherford/Rbear 01.04.16

Título original: *How like an angel*
Margaret Millar, 1962
Traducción: Mª Jesús Gutiérrez
Forum: 1983
ePub base r1.2

Este libro está dedicado, con cariño, a
Betty Masterson Norton.

INTRODUCCIÓN

Hace más de veinte años, un joven amigo mío, George Hammond, que solía explorar las salvajes montañas de Santa Bárbara County, descubrió una región que deseaba que yo viera.

Subimos por una carretera de un solo carril en pésimo estado, a través de arroyuelos y bordeando escarpadas curvas hasta la cima de una de las cumbres de las montañas de Santa Ynez. El panorama era increíble, el Océano Pacífico, el valle de Santa Ynez, el lago Cachuma, el río y sus afluentes y, por último, las montañas de San Rafael, donde los últimos cóndores luchaban por sobrevivir. Ahí estaba Shangri-La y no me sorprendí al enterarme de que un místico se había instalado en ese lugar.

Los bandidos habían demolido los edificios de la propiedad, el pabellón principal, las dependencias y la singular torre. Abriéndonos camino entre vidrios rotos y otros escombros dejados allí por gente desaprensiva, llegamos arriba de la torre. Fue entonces cuando mi amigo me sugirió que utilizara el escenario para escribir un libro sobre las sectas religiosas de California.

—Sé muy poco sobre esas sectas —le dije.

—Pues ponte a investigar —replicó George.

Lo hice. Y aquí está el resultado.

Hay una propiedad cercana, en la misma cumbre que, probablemente, no se convertirá nunca en un lugar de culto, ni será destruida. Los hombres del servicio secreto y los oficiales del comisario la custodian celosamente y no se llama Shangri-La, sino la Casa Blanca de la Costa Oeste.

Santa Bárbara, Ca.

Mayo 1982.

¡Qué magnífica obra es el hombre!
¡…en la acción !
¡en comprensión, semejante a un dios!
No obstante, para mí,
¿qué es la quintaesencia del polvo?
El hombre no me complace,
no, ni la mujer tampoco.

HAMLET

1

Durante toda la noche y la mayor parte del día habían estado conduciendo a través de montañas y desiertos y ahora, de nuevo, montañas. El viejo coche empezaba a funcionar caprichosamente, el conductor se estaba poniendo nervioso y Quinn, para evadirse de ambos, se echó a dormir en el asiento trasero. Se despertó por el repentino chirrido de los frenos y la voz de Newhouser, ronca por el cansancio y el calor y la sensación de que, una vez más, había hecho el tonto jugando.

—Ya hemos llegado, Quinn. Fin del trayecto.

Quinn se estiró y volvió la cabeza, esperando encontrarse en una de las tres calles rectas de San Felice, con el océano al fondo, brillando como una joya que no se pudiera tocar ni vender. Aun antes de abrir los ojos, sabía que algo había fallado. Ninguna calle de la ciudad era tan silenciosa, ni la brisa del mar tan seca.

—Vamos, Quinn, ¿estás despierto?

—Sí.

—Bien, pues sal de una vez, ¿quieres? Tengo prisa.

Quinn miró por la ventanilla. El escenario no había cambiado desde que se había echado a dormir. Montañas y más montañas y más aún, todas cubiertas con la misma maleza de roble y el mismo chaparral, manzanita y acebo silvestre y algunos pinos que crecían pobremente en la tierra abrasada.

—Esta es ninguna parte —dijo—. Tú me dijiste que ibas a San Felice.

—Dije cerca de San Felice.

—¿Qué significa cerca?

—A ochenta kilómetros.

—Por el amor…

—Tú debes ser del este —dijo Newhouser—. En California ochenta kilómetros es cerca.

—Debiste habérmelo dicho antes de subir al coche.

—Te lo dije, pero no quisiste escuchar. Parecías muy ansioso por salir de Reno. Ahora ya estás fuera. Da gracias.

—Por supuesto —replicó Quinn—. Has satisfecho mi curiosidad. Siempre me he preguntado cómo sería ninguna parte.

—Antes de que empieces a quejarte, escucha. Mi desvío hacia el rancho está a un kilómetro de aquí. Llevo un día de retraso respecto a la vuelta al trabajo. Mi mujer es muy impulsiva, he perdido setecientos en Reno y hace dos días que no duermo. Así que, ¿te contentas con haber llegado hasta aquí o quieres empezar a pegar gritos?

—Podías haberme dejado en alguna parada de camiones para conseguir comida.

—Dijiste que no tenías dinero.

—Estaba pensando en un pequeño préstamo, unos cinco dólares.

—Si tuviera cinco dólares estaría todavía en Reno. Tú lo sabes. Los dos tenemos el mismo vicio.

Quinn no lo negó.

—Muy bien, olvídate del dinero. Tengo otra idea. Tal vez tu mujer no sea tan impulsiva, después de todo. Tal vez no le importaría tener un huésped temporal. Está bien, está bien, era sólo una sugerencia. ¿Se te ocurre otra idea mejor?

—Naturalmente, si no, no habría parado aquí. ¿Ves allí esa carretera de tierra?

Quinn bajó del coche y vio un camino estrecho que serpenteaba entre un bosquecillo de eucaliptos jóvenes.

—No se parece mucho a una carretera.

—No tiene por qué. A la gente que vive al final no le gusta hacerse publicidad. Digamos que son algo raros.

—Permíteme preguntar en qué sentido.

—Oh, son inofensivos, no te preocupes por eso. Además, siempre están dispuestos a ayudar a los necesitados.

Newhouser se echó hacia atrás el sombrero enorme dejando al descubierto una banda de frente blanquísima que parecía pintada sobre la cara morena y curtida.

—Mira, Quinn, no me hace ninguna gracia dejarte aquí, pero no tengo más remedio y sé que te las arreglarás bien. Eres joven y tienes salud.

—También hambre y sed.

—Podrás conseguir comida y bebida en la Torre y después parar otro coche hasta San Felice.

—La Torre —repitió Quinn—. ¿Es eso lo que encontraré al final de la citada carretera, entre comillas?

—Sí.

—¿Es un rancho?

—Hacen algún trabajo de ese tipo —dijo Newhouser con cautela —. Es una..., bueno, algo parecido a una pequeña comunidad autosuficiente. Eso tengo oído. Nunca la he visto personalmente.

—¿Por qué no?

—No animan a los visitantes.

—Entonces, ¿cómo estás tan seguro de que seré bien recibido?

—Eres un pobre pecador.

—¿Quieres decir que se trata de un grupo religioso?

Newhouser movió la cabeza, pero Quinn no sabía a ciencia cierta si afirmativa o negativamente.

—Ya te he dicho que nunca he visto ese sitio, sólo he oído comentarios. Una señora mayor, rica, que temía morir pronto construyó una torre de cinco plantas. Tal vez pensó que así sería más corto el viaje hasta el cielo cuando le llegara la hora, como si tomara ventaja. Bueno, tengo que seguir mi camino, Quinn.

—Espera —dijo Quinn precipitadamente—. Sé razonable. Voy a San Felice a recoger trescientos dólares que me debe un amigo. Prometo darte cincuenta si me llevas a...

—No puedo.

—Es más de medio dólar por kilómetro.

—Lo siento.

Quinn se quedó en pie al lado de la carretera, viendo cómo el coche de Newhouser desaparecía al doblar una curva. Cuando el ruido del motor se extinguió, se hizo un silencio absoluto. Ningún pájaro gorjeaba, ninguna rama se movía por el viento. Era una experiencia que Quinn no había tenido nunca y dudó por un

momento si se habría quedado sordo de repente por el hambre, la falta de sueño y el calor del sol.

Nunca le gustó mucho el sonido de su voz, pero entonces le parecía estupendo, deseaba oír más, esparcirlo y llenar el silencio.

—Me llamo Joe Quinn. Joseph Rudyard Quinn, pero nunca digo a nadie el Rudyard. Ayer estaba en Reno. Tenía trabajo, coche, trajes, novia. Hoy estoy en medio de ninguna parte, sin nada ni nadie.

Ya había estado antes en apuros, pero siempre había gente implicada, amigos en quien confiar, desconocidos a quien persuadir. Se enorgullecía de ser un gran charlatán.

Ahora ya no importaba, no había nadie alrededor que escuchara. Podía hablar consigo mismo hasta que se muriera, en ese desierto, sin hacer que se moviera ni una hoja, ni que un insecto huyera fuera de su alcance.

Sacó un pañuelo y se secó el sudor que le goteaba detrás de las orejas. Aunque había visitado a menudo la ciudad de San Felice, no sabía nada sobre esa desolada zona interior montañosa, abrasada por el sol en verano y erosionada por las lluvias en invierno. En las cuencas de los ríos había polvo y huesos de los animalitos que llegaron hasta allí en busca de agua.

Lo que le molestaba, más que el calor y la desolación, era el silencio. Parecía antinatural no oír ni tan siquiera el canto de un pájaro y se preguntaba si todos habrían muerto por la sequía o si habrían emigrado hasta el rancho donde trabajaba Newhouser o hasta la Torre quizá, para estar más cerca de alguna fuente de agua. Echó una ojeada al otro lado de la carretera, al estrecho camino que parecía terminar de repente en el bosquecillo de eucaliptos.

—Diablos, un poco de religión no me hará mucho daño —dijo, y cruzó la carretera, bizqueando con el sol de frente.

Tras los eucaliptos, el sendero empezaba a subir y conforme lo seguía iban apareciendo signos de vida. Por el camino vio una pequeña manada de vacas que estaban pastando, unas ovejas confinadas en un redil hecho con palos, un par de cabras amarradas en la sombra de un acebo silvestre y una acequia con un poco de agua estancada en el fondo. Todos los animales parecían bien alimentados y atendidos.

Conforme avanzaba, el ascenso se hacía más empinado y los

árboles más frondosos y altos, pinos, robles, madroños y plátanos. Casi había llegado a la cima de un montículo cuando se encontró con el primer edificio. Estaba construido tan hábilmente que se hallaba sólo a quince o veinte metros cuando se percató de que allí había una estructura alargada y baja, hecha de troncos y piedra del lugar. No se parecía en nada a una torre y creyó que Newhouser se había equivocado de sitio o se había dejado engañar por los rumores y exageraciones.

No había nadie a la vista y no salía humo de la ancha chimenea de piedra. Las ventanas estaban cerradas por fuera con toscos maderos, como si la idea del constructor hubiera sido encerrar a la gente dentro en vez de proteger el lugar contra los intrusos. La luz del sol se filtraba entre los altísimos pinos blancos y el aire le pareció a Quinn repentinamente frío y húmedo. Las agujas de los pinos y los fragmentos anaranjados de la corteza del madroño amortiguaban el ruido de sus pisadas al acercarse.

A través de una rendija, entre los tablones, el hermano Lengua de los Profetas divisó al extraño que se acercaba y comenzó a emitir pequeños ruiditos animales de alarma.

—¿Por qué estás armando tanto jaleo? —dijo la hermana Bendición enérgicamente—. Ven aquí, déjame ver.

Se asomó por la rendija.

—No es más que un hombre. No te pongas nervioso. Tal vez se le haya roto el coche, el hermano Corona de Espinas le ayudará a arreglarlo y eso será todo. Salvo que...

La hermana Bendición era así por naturaleza, buscaba cualquier resquicio de esperanza, lo encontraba, se lo hacía advertir a los demás y después lo echaba todo a perder añadiendo un salvo que...

—... salvo que venga de la Comisión de educación o de algún periódico. En ese caso me enfrentaré firmemente a él y le haré marchar envuelto en su ignorancia original. Aunque me parece un poco pronto para que la escuela empiece a acosarnos con el semestre de otoño.

El hermano Lengua asintió y golpeó nerviosamente el cuello del periquito que sostenía en su dedo índice.

—Probablemente es un periodista. Salvo que sea otro simple

vagabundo. En ese caso le trataré con amabilidad calculada. Ciertamente no hay motivo para ponerse nervioso, ya hemos tenido vagabundos otras veces, como tú bien sabes. Deja de hacer esos ruidos. Puedes hablar si quieres, si lo necesitas. Supón que se incendia el edificio, podrías gritar «fuego», ¿verdad?

El hermano Lengua negó con la cabeza.

—Tonterías. Lo sé muy bien. Fuego. Dilo. Vamos. Fuego.

El hermano Lengua miró fijamente al suelo en silencio. Si se incendiara el lugar no daría la alarma, no diría ni una palabra. Se quedaría de pie, contemplando cómo ardía, asegurándose primero de que el periquito estuviera a salvo.

Quinn llamó con los nudillos en la puerta de madera sin pintar.

—Hola. ¿Hay alguien aquí? Me he perdido, tengo hambre y sed.

La puerta se abrió despacio, con un chirrido de goznes oxidados, y una mujer salió hasta el umbral. Aparentaba unos cincuenta años, era alta y de aspecto fuerte, tenía la cara redonda y las mejillas sonrojadas y radiantes. Iba descalza. El vestido largo y suelto que llevaba le recordaba a Quinn el muu-muus de las mujeres de Hawai, sólo que el muu-muus era de vivos colores y, por el contrario, el vestido de la mujer estaba hecho de basta lana gris, sin adornos de ningún tipo.

—Bienvenido, forastero —dijo, y a pesar de que las palabras eran amables, su voz sonó cautelosa.

—Siento mucho molestarla, señora.

—Hermana, si le parece bien. Hermana Bendición de la Salvación. Así que tiene hambre y sed y se ha perdido, es eso, ¿eh?

—Más o menos. Es una larga historia.

—Ese tipo de historias lo suelen ser —dijo secamente—. Entre. Nunca rechazamos al hombre, siendo pobres nosotros.

—Gracias.

—Lo único que le pedimos es que mida sus modales. ¿Cuánto tiempo hace que no come?

—No me acuerdo exactamente.

—Ha estado de juerga, ¿eh?

—No como se imagina. Pero creo que usted lo llamaría una juerga. Pudo conmigo.

Echó un vistazo repentinamente a la chaqueta de tweed que Quinn llevaba colgando del brazo.

—Desde que tejemos nuestros propios vestidos sé si una prenda de lana es de calidad nada más verla. ¿Dónde la ha conseguido?

—La he comprado.

Pareció decepcionarse un poco, como si esperara oír que la había robado.

—No parece un mendigo, ni se comporta como tal.

—No hace mucho que lo soy. Aún no tengo buena maña.

—No sea sarcástico conmigo. Tengo que controlar a nuestros visitantes, como medida de protección. De cuando en cuando viene algún periodista fisgón o algún miembro de la Ley con malas intenciones.

—Yo sólo busco comida y agua.

—Entre entonces.

Quinn la siguió hasta el interior. Era una habitación sencilla, con el suelo de piedra que parecía estar recién fregado. Una gran claraboya, la mayor que Quinn había visto nunca, proveía de luz al lugar.

La hermana Bendición le vio mirando fijamente hacia arriba y dijo:

—Si la luz debe venir del cielo, según el Maestro, dejemos que venga directamente y no oblicuamente a través de las ventanas.

Una mesa de madera, con bancos a los lados, ocupaba casi todo lo largo del edificio. Estaba preparada con platos de hojalata y cucharas, cuchillos y tenedores de acero inoxidable y, varias lámparas de keroseno ya limpias y preparadas para la noche. Al fondo de la habitación había una antigua nevera, una estufa de madera, con una pila de troncos, perfectamente cortados al lado y una jaula de pájaro obviamente hecha por un aficionado. Enfrente de la estufa, un hombre de mediana edad, delgado y pálido, estaba sentado en una mecedora, con un pájaro en el hombro. Llevaba el mismo tipo de vestido que la hermana Bendición y también iba descalzo. Tenía la cabeza afeitada y el cuero cabelludo mostraba pequeños cortes y arañazos, como si el que hubiera manejado la navaja de afeitar tuviera mala vista o la hoja estuviera sin afilar.

La hermana Bendición cerró la puerta. Sus recelos respecto a Quinn parecían haberse calmado ya y sus modales eran propios de

una anfitriona.

—Este es nuestro comedor comunal. Y éste es el hermano Lengua. Ha estado enfermo. Por la noche le dejo cerca de la estufa. ¿Cómo te sientes ahora, hermano Lengua?

El hermano sonrió y asintió, mientras el pajarito le picoteaba suavemente la oreja.

—Qué elección de nombre tan desafortunada —añadió la hermana Bendición dirigiéndose a Quinn en voz baja—. Raras veces habla. Pero quizá sea mejor que los profetas no hablen demasiado. Puede sentarse, señor...

—Quinn.

—Quinn. Rima con pecado *(sin)*. Podría ser un mal presagio.

Quinn señaló que también rimaba con sonrisa, vuelta y aleta, pero la hermana Bendición replicó enérgicamente que pecado era sin duda la más obvia.

—¿Acierto al pensar que el pecado es lo que ha llevado a un hombre joven como usted a tan lamentable estado?

Quinn recordó lo que Newhouser le dijo acerca de la gente de la Torre, que eran especialmente hospitalarios con los pobres pecadores.

—Eso me temo.

—¿Bebe?

—Por supuesto.

—¿Juega?

—Frecuentemente.

—¿Alterna con mujeres?

—En alguna ocasión.

—Me lo imaginaba —dijo la hermana Bendición con oscura satisfacción—. Bueno, le prepararé un bocadillo de queso.

—Gracias.

—Con jamón. Corren rumores de que en la Torre no comemos carne. Qué tontería. Trabajamos mucho. Necesitamos comer carne para mantenernos. ¿Quieres tú también un bocadillo de jamón y queso, hermano Lengua?, ¿un poco de leche de cabra?

El hermano lo rechazó moviendo la cabeza.

—Bueno, no puedo obligarte a comer, pero puedo cuidar por lo menos de que tomes un poco el aire. Ya hace más fresco, te puedes sentar fuera un rato. Deja al pájaro en su jaula y el señor Quinn te

ayudará con la silla.

La hermana Bendición daba órdenes como si no dudara de que se ejecutarían pronta y perfectamente.

Quinn llevó la mecedora fuera mientras el hermano Lengua devolvía el periquito a su jaula y la hermana Bendición se ponía a preparar los bocadillos. A pesar de lo extraño de la ropa y del ambiente que la rodeaba, daba la impresión de ser un ama de casa corriente, trabajando en su cocina, encantada de ser útil. Quinn no se molestó en averiguar qué mezcla de circunstancias la trajeron hasta un sitio como la Torre.

Se sentó en un banco enfrente de él y le contempló mientras comía.

—¿Quién le habló de nosotros, señor Quinn?

—El hombre con el que hice el viaje, trabaja en un rancho cerca de aquí.

—Parece plausible.

—Así debe ser. Es verdad.

—¿De dónde viene?

—¿Ahora o antes? —dijo Quinn.

—Da lo mismo. Las dos cosas.

—Nací en Detroit y el último lugar donde he vivido es Reno.

—Reno es un lugar muy malo.

— En este momento estoy de acuerdo con usted.

La hermana Bendición hizo un pequeño gruñido reprobatorio.

—Supongo que, como se dice vulgarmente, se unió a los más limpios.

—Totalmente.

—¿Tenía trabajo en Reno?

—Era oficial de seguridad de un club. O sea, un policía de casino o como quiera llamarlo. Aún conservo el carnet de detective en Nevada, pero probablemente no me lo renovarán.

—¿Le despidieron del trabajo?

—Digamos que me advirtieron que no mezclase el negocio con el placer y no capté el mensaje a tiempo.

Quinn empezó el segundo bocadillo. El pan, de fabricación casera, estaba bastante duro, pero el queso y el jamón estaban

buenos y la mantequilla dulce.

—¿Cuántos años tiene, señor Quinn?

—Treinta y cinco, treinta y seis. Treinta y seis, creo.

—La mayoría de los hombres de su edad ya están situados, con esposa y familia, en vez de andar por las montañas pidiendo limosna... Así que tiene treinta y seis años. ¿Y ahora? ¿Va a comenzar una nueva vida con ideas más elevadas?

Quinn la miró desde el otro lado de la mesa.

—Mire, hermana, le agradezco la comida y su hospitalidad, pero también debo aclarar que no soy un candidato a converso.

—Dios mío, no estaba pensando en eso, señor Quinn. No vamos por ahí buscando conversos. No, ellos vienen a nosotros. Cuando se cansan del mundo vienen a nosotros.

—¿Y qué ocurre entonces?

—Les preparamos para la ascensión de la Torre. Hay cinco niveles. El de abajo, donde todos empezamos, es el nivel terrestre. El segundo es el nivel de los árboles, el tercero las montañas, el cuarto el cielo y el quinto es la Torre del Cielo, donde vive el Maestro. Yo nunca he pasado del tercer nivel. De hecho... —se inclinó hacia Quinn confidencialmente, con el ceño fruncido— me resulta algo difícil permanecer ahí.

—¿Y eso por qué?

—Es debido a las vibraciones espirituales. No las siento como debe ser y cuando las siento de veras, entonces resulta que se trata de un aeroplano que está sobrevolando o algo que ha explotado y las vibraciones no eran en absoluto espirituales. Una vez se vino abajo un árbol y creí que estaba sintiendo las mejores vibraciones. Me decepcioné amargamente.

Quinn intentó parecer comprensivo:

—Eso es terrible.

—Oh, no lo dice en serio.

—Por supuesto que sí.

—No. Lo sé. Los escépticos tienen siempre una especie de mueca en la boca.

—Tengo un trocito de jamón enganchado en un incisivo.

Antes de cubrirse la boca con la mano dejó escapar una risita. Pareció ponerse nerviosa por ese ruido, como si fuera un recuerdo frívolo del pasado que creía haber dejado atrás.

Se levantó y caminó hacia la nevera.

—¿Le sirvo un poco de leche de cabra? Es muy nutritiva.

—No, gracias. Prefiero una taza de café.

—No tomamos estimulantes.

—Tal vez debiera probar. Puede que mejorasen sus vibraciones.

—Le pido que tenga más respeto, señor Quinn.

—Disculpe. La buena comida me ha vuelto un poco casquivano.

—Oh, no era tan buena.

—Insisto en que lo era.

—Bien, admito que el queso no está mal. El hermano Visón lo prepara con una receta secreta.

—Por favor, felicítele de mi parte.

Quinn se levantó, se estiró y contuvo un bostezo.

—Ahora será mejor que siga mi camino.

—¿Dónde va?

—A San Felice.

—Está casi a ochenta kilómetros. ¿Cómo piensa llegar hasta allí?

—Volveré a la carretera y pararé algún coche.

—No encontrará muchos. La mayoría de la gente que va a San Felice prefieren ir dando un rodeo por la autopista principal. Y una vez que ha anochecido no es muy probable que los coches paren a un autostopista, especialmente en la montaña. Además, las noches son muy frías.

Quinn la observó un minuto.

—¿Qué se propone, hermana?

—¿Por qué? Nada. Mejor dicho, me preocupo por su bienestar. Solo, en las montañas y con animales salvajes merodeando por ahí…

—¿A dónde quiere ir a parar?

—Bueno, se me ocurre que podríamos encontrar una solución sencilla. Mañana por la mañana el hermano Corona de Espinas probablemente llevará el camión a San Felice. El tractor tiene una avería y el hermano Corona tiene que comprar unos recambios. Estoy segura de que no tendrá inconveniente en que le acompañe.

—Es usted muy amable.

—Bobadas —dijo, frunciendo el ceño—. Es puro egoísmo por mi parte. No quiero estar desvelada, preocupándome por un recién llegado perdido en las montañas… Tenemos un almacén donde podrá dormir. Hay un catre y un par de mantas.

—¿Son siempre así de hospitalarios con los forasteros, hermana?

—No. No lo somos —dijo bruscamente—. A veces nos llegan ladrones, vándalos, borrachos. Les tratamos como se merecen.

—¿Y cómo es que yo he recibido un trato tan magnífico?

—Oh, no tan magnífico, como podrá comprobar cuando intente dormir en ese catre. Pero es lo mejor que podemos ofrecerle.

Por alguna parte comenzó a sonar un gong cercano.

—Las oraciones han terminado —dijo la hermana Bendición.

Se quedó absolutamente callada durante unos segundos, tocándose la frente con la mano derecha.

—Vaya. Bueno, será mejor que salgamos de la cocina. La hermana Contrición vendrá para encender el fuego para la cena y le pone nerviosa tener desconocidos alrededor.

—¿Y los demás?

—Cada hermano y hermana tiene una misión específica hasta que se pone el sol.

—Me refería a cómo se sienten los demás con un desconocido alrededor.

—Será tratado con cortesía, señor Quinn, en la medida que usted lo sea. La pobre hermana Contrición tiene muchos problemas, lo más sensato sería evitar verla. Es por los colegios. Tiene tres niños y las autoridades insisten en que los envíe al colegio. Y yo me pregunto, ¿qué van a aprender en el colegio que el Maestro no pueda enseñarles aquí, si es que es conveniente aprender?

—No estoy preparado para opinar sobre ese tema, hermana.

—Sabe, por un momento, cuando le vi por primera vez, pensé que sería una de las autoridades de la escuela.

—Me siento halagado.

—No tiene por qué —dijo la hermana Bendición bruscamente—. Son un montón de estúpidos entrometidos. Y no puede hacerse una idea del problema que le han creado a la hermana Contrición. No hay duda de que tiene más dificultades que yo con las vibraciones espirituales.

Quinn la siguió al salir. El hermano Lengua de los Profetas estaba dormitando en la mecedora bajo un madroño, en su cabeza afeitada brillaban pequeñas manchas de luz.

Del otro lado del edificio venía una mujer de baja estatura, ancha de espaldas, seguida de un niño de unos ocho años, una niña

más o menos un año menor y una joven de dieciséis o diecisiete. Todos llevaban vestidos idénticos de lana grisácea, que a los dos niños más pequeños les llegaban sólo por debajo de las rodillas.

Entraron en silencio al comedor comunal. Únicamente la jovencita dirigió a Quinn una mirada interrogante. Quinn le devolvió la mirada. La muchacha era bonita, tenía los ojos castaños y brillantes y el pelo negro y ondulado, pero su piel estaba cubierta de espinillas.

—Es la hermana Karma —dijo la hermana Bendición—. La pobre chica tiene acné, las oraciones no parecen servir de mucho. Sígame y le enseñaré dónde va a dormir. No estará muy cómodo, pero tampoco lo estamos nosotros. Complacer al cuerpo, debilita el espíritu. No hay duda de que eso es lo que ha hecho usted siempre.

—Sin duda.

—¿No le preocupa? ¿No teme lo que está por venir?

Quinn temía más lo que podía no llegar, dinero y trabajo. Pero únicamente dijo:

—Trato de no preocuparme por eso.

—Debe preocuparse, señor Quinn.

—Muy bien, hermana, empezaré a partir de ahora.

—Ya está bromeando otra vez, ¿verdad? Es un joven muy raro.

Se miró el vestido grisáceo y los pies descalzos, anchos, planos y callosos.

—Supongo que yo también le debo parecer rara a usted. Sea como sea, prefiero parecer rara en este mundo que no en el otro —y añadió cerrando el tema—: Amén.

Por fuera del almacén era una pequeña copia del otro edificio. Sin embargo, el interior estaba dividido en compartimentos, todos ellos cerrados con candado. En uno de los compartimentos había una pequeña ventana y estaba amueblado con un estrecho catre de hierro, un delgado colchón grisáceo y un par de mantas medio comidas por las polillas. Quinn palpó el colchón con las manos. Estaba blando, pero sin elasticidad.

—Es de pelo —dijo la hermana Bendición—. Pelo de todos los hermanos. Fue un experimento de la hermana Gloria de la Ascensión, es muy ahorradora. El inconveniente es que atrae a las

pulgas. ¿Es usted sensible a las pulgas?

—Soy sensible a muchas cosas, seguramente las pulgas están incluidas.

—Entonces haré que el hermano Luz del Infinito rocíe el colchón con desinfectante. Aunque antes sería mejor que probara su sensibilidad.

—¿Cómo puedo hacerlo?

—Siéntese y quédese quieto unos minutos.

Quinn se sentó sobre el catre y esperó.

—¿Le están picando? —dijo la hermana Bendición después de un rato.

—No creo.

—Bueno, ¿siente algo?

—Ni tan siquiera una vibración.

—En ese caso no molestaremos con el desinfectante. Es posible que no le gustase el olor, y el pobre hermano Luz del Infinito tiene tanto que hacer.

—Por curiosidad —dijo Quinn—. ¿Cuántos viven en la Torre?

—En este momento veintisiete. Hubo un momento en que éramos casi ochenta, pero algunos se descarriaron, otros han muerto, otros perdieron la fe. De cuando en cuando nos llega algún nuevo converso, quizás aparece por casualidad en el umbral de la puerta, como usted... ¿Se le ha ocurrido pensar que pudo haber sido el Señor quien guiara sus pasos hasta aquí?

—No.

—Piénselo.

—No tengo nada que pensar. Sé cómo llegué hasta aquí. Ese hombre, Newhouser, me recogió en Reno, dijo que iba a San Felice; por lo menos eso fue lo que entendí yo, pero resultó que él quiso decir..., bueno, no tiene importancia.

—Para mí sí la tiene —dijo la hermana Bendición.

—¿Por qué?

—Es muy extraño que casualmente tenga una licencia de detective. No puedo creer que sea una casualidad. Tengo el presentimiento de que es la voluntad del Señor.

—Sus vibraciones deben estar mejorando, hermana.

—Sí, eso creo —dijo seriamente—. Creo que mejoran.

—¿No le importaría decirme qué tiene que ver con todo esto que

yo sea detective?

—No tengo tiempo en este momento. Debo ir a informar al Maestro de su presencia aquí. No le gustan las sorpresas, especialmente a la hora de las comidas. Tiene un estómago muy delicado.

—Permítame ir con usted —dijo Quinn levantándose del catre.

—Oh, no, no puede. A los forasteros no se les permite entrar en la Torre.

—Está bien, ¿tendrían algo que objetar los hermanos y hermanas si merodeo por ahí un poco?

—Unos sí y otros no. Aunque todos estamos dedicados a una causa común, entre nosotros existen tantas diferencias de personalidad como las pueda haber entre otra gente.

—Resumiendo, me tengo que quedar aquí, ¿no es eso?

—Parece agotado, un pequeño descanso le vendrá bien.

La hermana Bendición salió y cerró bien la puerta.

Quinn se acostó en el catre frotándose la barbilla. Necesitaba un afeitado, una ducha y un trago. O un trago, una ducha y un afeitado. Se quedó dormido tratando de decidir en qué orden. Soñó que estaba en su habitación, en el hotel de Reno. Había ganado mil dólares y no se dio cuenta, hasta que los esparció por la cama para contarlos, de que los billetes eran todos de cinco dólares y tenían el retrato de la hermana Bendición en lugar del de Lincoln.

Aún era de día cuando se despertó, sudando y aturdido. Tardó un rato en reconocer dónde estaba, la pequeña habitación parecía una prisión.

Alguien llamó a la puerta y Quinn se enderezó.

—¿Quién es?

—Soy el hermano Luz del Infinito. Vengo por lo del colchón.

—¿El colchón?

La puerta se abrió y el hermano Luz del Infinito entró con una lata de cuatro litros. Era un hombre corpulento, con la cara cubierta de arrugas, como una bolsa vieja de papel. Tenía el vestido sucio y olía, aunque no desagradablemente, a ganado.

—Es usted muy amable, hermano —dijo Quinn.

—No es amabilidad. Son órdenes. Tengo cientos de cosas que

hacer y a esa mujer se le ocurren otras cien más. Ve a preparar el colchón, me dijo. No podemos dejar que le piquen las pulgas al forastero, dijo, así que aquí estoy perdiendo el tiempo con las pulgas. ¿Le han picado?

—Me parece que no.

El hermano Luz dejó la lata de desinfectante en el suelo.

—Quítese la camisa y mírese la tripa. Les gustan las tripas, la piel es más suave y más fácil de morder.

—Ya que estoy desvestido, ¿hay alguna posibilidad de tomar una ducha por aquí?

—Hay agua en el cuarto de baño, no es una ducha exactamente... Vaya, ni siquiera le han picado. Debe tener piel de elefante. Es inútil malgastar este producto con usted.

Volvió a coger la lata y se dirigió hacia la puerta.

—Espere un momento —dijo Quinn—. ¿Dónde está el cuarto de baño?

—Fuera, a la izquierda.

—Supongo que no tendrá una navaja de afeitar.

El hermano Luz se palpó el cuero cabelludo que tenía numerosos cortes y arañazos como el del hermano Lengua.

—Claro que tenemos navajas de afeitar, ¿o cree que hemos nacido así? Pero hoy no es el día de afeitarse.

—Lo es para mí.

—Póngase de acuerdo con el hermano Corazón Firme, él es el barbero. No me venga a molestar a mí, con todas las cosas que tengo que hacer, ordeñar las vacas, dar agua a las cabras, echarles de comer a los pollos.

—Siento haberle molestado.

Al irse, el hermano Luz golpeó la lata de desinfectante contra el marco de la puerta como indicando lo poco que valoraba las disculpas.

Quinn también salió, llevándose la camisa y la corbata. Calculó por la posición del sol que serían entre las seis y las siete y que había dormido unas dos horas.

De la chimenea del comedor comunal salía el humo ondeando y su olor se mezclaba con el aroma de la carne guisada y el de las agujas de los pinos. El aire era vivificante y fresco. A Quinn le parecía un aire muy sano y se preguntaba si habría curado a la rica

anciana que había hecho construir la Torre o si se habría muerto allí, un peldaño más cerca del cielo. En cuanto a la Torre, aún no la había visto, y la única indicación que tuvo de que existía realmente fue el sonido del gong al término de las oraciones. Le hubiera gustado merodear por el lugar y encontrar la Torre por sí mismo, pero la actitud del hermano Luz le hizo desistir de su deseo. Los demás podían ser aún menos amables.

En el cuarto de baño, bombeó agua a mano en una pila. Estaba fría y turbia y la pastilla de jabón casero, grisácea y arenosa, le hizo desistir de sacarle espuma. Buscó una navaja de afeitar. Aunque hubiera encontrado una no le hubiera servido de mucho, porque en el lavabo no había ningún espejo. Tal vez la secta tenía algún tabú religioso contra los espejos. Eso explicaría la necesidad de que el hermano Corazón Firme hiciera de barbero.

Mientras se lavaba y vestía, pensó en el comentario de la hermana Bendición sobre el Señor que había guiado sus pasos hasta la Torre. Tiene murciélagos en su campanario, pensó. Lo cual me favorece, a no ser que uno de ellos salga volando y me muerda.

Cuando volvió a salir, el sol se estaba ocultando y las montañas pasaban del verde oscuro al violeta. Dos hermanos que iban hacia el lavabo pasaron a su lado, inclinaron la cabeza brevemente y en silencio y siguieron su camino. Quinn oía el tintineo de platos de metal y el ruido de voces que venía del comedor y se dirigió hacia allí. Iba a medio camino cuando oyó que la hermana Bendición le llamaba.

Vino hacia él a toda prisa, con el vestido flotando al viento. Como las alas de un murciélago, pensó sin regocijo.

Llevaba un par de velas y un paquete de cerillas de madera.

—¿Señor Quinn? ¡Yu, yu! ¿Señor Quinn?

—Hola, hermana; precisamente iba a buscarla.

Estaba sofocada y exhausta.

—He cometido una equivocación. He olvidado que hoy es el Día de la Renunciación. He estado muy ocupada llevando al hermano Lengua a su cuarto en la Torre. Ya está bastante mejor y no necesita el calor de la estufa durante toda la noche.

—Descanse un poco hasta recuperar el aliento, hermana.

—Sí, debería. Estoy tan acalorada, el Maestro tiene molestias en el estómago de nuevo.

—¿Y?

—Siendo hoy el Día de la Renunciación no podemos comer con un forastero entre nosotros, porque... Dios mío, no me acuerdo del motivo, pero, de todos modos, es una regla.

—Bueno, no tengo mucha hambre —dijo Quinn, mintiendo por cortesía.

—Oh, le daremos de comer, no lo dude.

Sólo que tendrá que esperar hasta que los demás terminen. Será cuestión de una hora, quizás algo más, depende de la dentadura del pobre hermano Visión. No la tiene muy bien y siempre termina el último. Pone a prueba la paciencia del hermano Luz, que trabaja todo el día en el campo y tiene un apetito voraz. ¿No le importa esperar?

—En absoluto.

—Le he traído velas y cerillas. Y algo más.

De los pliegues del bolsillo sacó un libro usado.

—Algo para leer —dijo con aire triunfalista—. No se nos permite tener libros, excepto sobre la Fe, pero éste es del año en que la hermana Karma fue al colegio. Trata de dinosaurios. ¿Le parece interesante?

—Oh, sí. Muchísimo.

—Yo lo he leído docenas de veces. A estas alturas soy prácticamente una especialista en dinosaurios. ¿Me promete no decir a nadie que se lo he dado yo?

—Se lo prometo.

—Le avisaré cuando los demás hayan terminado de cenar.

—Gracias, hermana.

Quinn se figuraba, por la forma en que cogía el libro, que debía ser algo muy precioso para ella y que le suponía un gran sacrificio prestárselo. Le conmovió esa atención, pero no se fiaba del todo. ¿Por qué a mí? ¿Por qué me trata de forma especial? ¿Qué es lo que quiere de mí?

De vuelta al almacén encendió las dos velas, se sentó en el catre y trató de planear algo para el futuro. Primero tendría que viajar con el hermano Corona hasta San Felice. Allí pasaría por casa de Tom Jurgensen y recogería sus trescientos dólares. Después...

Después no necesitaba más planes. Sabía muy bien todo lo que ocurriría. Si reunía bastante dinero, volvería a Reno. Si no pudiera llegar a Reno, Las Vegas. Si no pudiera ir a Las Vegas, iría a uno de los salones de póker a las afueras de Los Angeles. Trabajo, dinero, juego, ruina. Cada vez que daba la vuelta al círculo, el surco se hacía más profundo. Sabía que algún día tendría que escapar de eso. Tal vez éste era el momento.

Muy bien, se dijo, conseguiré un trabajo en San Felice, donde el único juego que hay es el bingo del club de campo una vez a la semana. Ahorraré dinero, enviaré un cheque por avión al hotel de Reno para pagar la renta que les debo y que así el mozo me envíe la ropa y las otras cosas que dejé como garantía. Incluso, si todo sale bien, podría pedirle a Doris que se venga conmigo... No, Doris forma parte del círculo. Como la mayoría de los que trabajaban en los clubs, gastaba sus horas libres en las mesas de juego. Algunos hacían toda su vida bajo techo: dormían, comían, trabajaban y jugaban allí, con una dedicación tan exclusiva como los hermanos y hermanas de la Torre.

Doris. Hacía tan sólo veinticuatro horas que se había despedido de ella. Se ofreció a prestarle dinero, pero, por razones de las que no estaba muy seguro, ni entonces ni ahora, lo rechazó. Tal vez no lo aceptó porque sabía que el dinero tiende fuertes lazos, aunque estén muy bien camuflados. Miró el libro que la hermana Bendición le había dado y se preguntó qué lazos le tendía.

—¿Señor Quinn?

Se levantó y abrió la puerta.

—Entre, hermana. ¿Ha cenado bien en el Día de la Renunciación?

La hermana Bendición le echó una mirada suspicaz.

—Bastante bien, teniendo en cuenta el problemático estado mental de la hermana Contrición.

—¿A qué se supone que deben renunciar? A la comida, me imagino.

—Eso no le incumbe. Sígame y déjese de charlas ingeniosas. El comedor está vacío y tengo su estofado de cordero y una buena taza de cacao preparados.

—Pensaba que no creían en los estimulantes.

—El cacao no es un auténtico estimulante. Tuvimos una reunión

del consejo sobre esto el año pasado y se decidió por gran mayoría que el cacao, por contener otros nutrientes, podía ser permisible. Sólo la hermana Gloria de la Ascensión votó en contra, porque es muy ahorradora. ¿Le he hablado del pelo del colchón?

—Sí —dijo Quinn, que prefería olvidarlo.

—Será mejor que esconda el libro. No es que alguien vaya a espiarle, pero, ¿Por qué correr riesgos?

—Eso es, por qué.

Cubrió el libro con una manta.

—¿Lo ha leído?

—Un poco.

—¿No le parece muy interesante?

Quinn pensó que los lazos atados al libro podían ser más interesantes aún, pero no lo dijo.

Salieron. La luna casi llena flotaba entre las secoyas. Las estrellas tachonaban el cielo, muchísimas más de las que Quinn había visto nunca, e incluso iban apareciendo más, mientras estaba de pie, contemplándolas.

—¿No había visto nunca el cielo? —dijo la hermana Bendición impaciente.

—Este no.

—Es el mismo de siempre.

—A mí me parece diferente.

La hermana Bendición le miró con inquietud a la cara.

—¿Cree que está teniendo una experiencia religiosa?

—Estoy admirando el universo —dijo Quinn—. Si quiere llamarlo de otra forma, hágalo.

—No me entiende, señor Quinn. Preferiría que no tuviera una experiencia religiosa en este momento.

—¿Por qué?

—Sería un inconveniente. Hay algo que quiero que haga por mí y una conversión ahora interferiría.

—Puede estar tranquila, hermana. Pero, acerca de eso que quiere que haga…

—Se lo diré más tarde, cuando haya comido.

El comedor estaba vacío y la mecedora del hermano Lengua ya

no estaba, ni estaba tampoco la jaula del pájaro. Había un sitio preparado al final de la mesa, muy cerca de la estufa.

Quinn se sentó y la hermana Bendición le sirvió en un plato de hojalata el estofado de cordero y en otro gruesas rebanadas de pan. Tal como había hecho al mediodía, se quedó mirando comer a Quinn con una especie de interés maternal.

—No tiene muy buen color —dijo después de un rato—. Pero tiene buen apetito y parece bastante sano. Quiero decir que si estuviera débil no le pediría ningún favor, naturalmente.

—Al contrario de lo que parece, estoy tremendamente débil. Tengo mal el hígado, el pecho flojo, mala circulación…

—Bobadas.

—Muy bien, ¿cuál es el favor?

—Quiero que encuentre a alguien. No precisamente en persona, sino que averigüe qué le ha ocurrido. ¿Entiende?

—Aún no.

—Antes de continuar me gustaría aclarar algo: puedo pagarle, tengo dinero. Nadie lo sabe, porque aquí todos renunciamos a nuestras posesiones materiales cuando llegamos a la Torre. El dinero, nuestros propios vestidos, todo va al fondo común.

—¿Así que usted se quedó con algo para un caso de emergencia?

—Nada de eso —dijo bruscamente—. Mi hijo me envía desde Chicago todas las Navidades un billete de veinte dólares, con la condición de que lo guarde para mí y no se lo dé al Maestro. Mi hijo no está de acuerdo con esto —paseaba por la habitación gesticulando un poco—. No entiende las satisfacciones de una vida al servicio del Señor y sus Verdaderos Creyentes. Piensa que me volví un poco chiflada después de morir mi marido, y a lo mejor es cierto. Pero ahora que he encontrado mi lugar en el mundo, no lo abandonaré nunca. ¿Cómo iba a hacerlo? Aquí soy necesaria. El hermano Lengua con sus ataques de pleuritis, el delicado estómago del Maestro, el corazón de la Madre Pureza, es la esposa del Maestro y es muy mayor.

La hermana Bendición se levantó y se acercó a la estufa frotándose las manos como si sintiera el repentino frío de la muerte en el aire.

—También yo me estoy haciendo vieja —dijo—. Hay días que son difíciles de afrontar. Mi alma está en paz, pero mi cuerpo se

rebela. Desea ardientemente un poco de suavidad, de calor, de dulzura. Por las mañanas, cuando me levanto de la cama, mi espíritu siente un toque celestial, pero mis pies están tan fríos y los picores de las piernas... Una vez vi en un catálogo de Sears la foto de un par de zapatillas. Me acuerdo a menudo de esas zapatillas, aunque no debiera. Eran rosa y de pelo, suaves y cálidas. Eran las zapatillas más bonitas que he visto nunca, pero, por supuesto, eran una debilidad de la carne.

—Una muy pequeña, sin duda.

—Con ésas es con las que hay que tener más cuidado. Crecen y crecen como la mala hierba. Consigues unas cálidas zapatillas y pronto deseas otras cosas.

—¿Como qué?

—Un baño caliente en una bañera de verdad, con dos toallas. ¿Lo ve? —dijo volviéndose hacia Quinn—. Ya está. Pedí dos toallas, cuando con una sería suficiente. Después de darme un baño caliente, desearía otro, y después, uno a la semana o incluso uno diario. Y si todos en la Torre hicieran lo mismo, estaríamos repantingados en el baño, mientras el ganado se moría de hambre y el jardín se llenaba de maleza. No, señor Quinn, si me ofreciera un baño caliente en este momento, tendría que rechazarlo.

Quinn quería señalar que no acostumbraba a ofrecer baños calientes a desconocidas, pero temía herir los sentimientos de la hermana Bendición. Era tan sincera y estaba tan apasionada en el tema como si hubiera discutido con el mismo diablo.

Después de un rato dijo:

—¿Ha oído hablar de un lugar llamado Chicote? Es una pequeña ciudad en Central Valley, a unos ciento ochenta kilómetros de aquí.

—Sé dónde está, hermana.

—Me gustaría que fuera hasta allí y buscara a un hombre llamado Patrick O'Gorman.

—¿Es un viejo amigo? ¿Un familiar?

Pareció no oír la pregunta.

—Tengo ciento veinte dólares.

—Eso supone un montón de zapatillas de pelo rosa, hermana.

Siguió sin contestar.

—Puede ser un trabajo fácil, no lo sé.

—Suponga que encuentro a O'Gorman, y entonces, ¿qué? ¿Le

tengo que dar algún mensaje? ¿Le deseo feliz cuatro de julio?

—No tiene que hacer nada, sólo volver aquí y contármelo a mí, y únicamente a mí.

—¿Y si ya no vive en Chicote?

—Averigüe dónde ha ido. Pero, por favor, no intente ponerse en contacto con él, ningún intento daría resultado y podría cometerse algún error. ¿Aceptará el trabajo?

—En este momento no estoy en situación de elegir, hermana. Debo recordarle, no obstante, que se arriesga mucho enviándome lejos de aquí con ciento veinte dólares. Puede que no regrese.

—Puede que no —dijo con serenidad—, en cuyo caso habré aprendido otra lección. Pero también es posible que vuelva, así pues, no tengo nada que perder salvo el dinero. De todas formas, no puedo gastarlo y tampoco puedo dárselo al Maestro porque se lo prometí a mi hijo.

—Tiene la habilidad de hacer que todo parezca muy razonable a primera vista.

—¿Y después?

—Me pregunto por qué le interesa O'Gorman.

—No se preocupe. No saldrá perjudicado. Sólo le diré que lo que le pido que haga es enormemente importante para mí.

—Muy bien. ¿Dónde está el dinero?

—En un sitio seguro —dijo la hermana Bendición suavemente—. Hasta mañana por la mañana.

—¿Eso quiere decir que no confía en mí?, ¿o que no confía en los hermanos y hermanas?

—Quiere decir que no soy tonta, señor Quinn. Tendrá el dinero cuando esté sentado en el camión al lado del hermano Corona de Espinas mañana al amanecer.

—¿Al amanecer?

—Acostarse temprano y levantarse temprano pone color en las mejillas y brillo en la mirada.

—No es así como lo había oído.

—El Maestro introduce ciertos cambios en los refranes para que los niños puedan aprendérselos.

—Siento curiosidad por el Maestro —dijo Quinn—. Me gustaría conocerle.

—Esta noche se encuentra indispuesto. Tal vez cuando vuelva a

visitarnos…

—Parece bastante segura de que volveré, hermana. Es posible que no sepa nada de jugadores.

—Ya sabía bastante mucho antes de que usted viera el primer as de espadas.

2

Quinn se despertó cuando todavía era de noche, porque alguien le sacudía los hombros enérgicamente. Abrió los ojos. Un hombre pequeño y gordo, que llevaba una linterna, le miraba a través de unas gafas de gruesas lentes.

—Dios mío, empezaba a creer que estaba muerto. Tiene que levantarse ya, inmediatamente.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—No ocurre nada. Es hora de levantarse y saludar al nuevo día. Soy el hermano Corazón Firme. La hermana Bendición me dijo que le afeitara y le diera algo de desayunar antes de que se levantaran los demás.

—¿Qué hora es?

—No tenemos relojes en la Torre. Le esperaré en el cuarto de baño.

Quinn comprendió muy pronto cómo habían adquirido algunos de los hermanos las cicatrices en las mejillas y en el cuero cabelludo. La navaja de afeitar era roma, la luz de la linterna tenue y el hermano Corazón Firme miope.

—¡Madre mía, es usted un asustadizo! —dijo el hermano Corazón con afable interés—. Diría que padece de los nervios, ¿eh?

—A veces.

—Ya que me he puesto, le podría cortar un poco el pelo.

—No, gracias. Con el afeitado es suficiente. No quisiera abusar.

—La hermana Bendición me dijo que le dejara como un caballero. Le ha tomado mucho cariño, me parece. En cierta forma me despierta la curiosidad.

—En cierta forma me la despierta a mí también.

El hermano Corazón le miró como si quisiera continuar con el

tema, pero no se atrevía a entrometerse en los asuntos o el estado de ánimo de la hermana Bendición.

—Bueno, iré ahora a preparar el desayuno. Ya he encendido el fuego, no tardaré nada en hervir unos huevos para nosotros dos.

—¿Por qué habremos de ser sólo dos?

La cara rechoncha del hermano Corazón se volvió roja.

—Estaremos más tranquilos sin la hermana Contrición alrededor, normalmente ella es la cocinera. Oh, por las mañanas esa mujer es un demonio. Es agria, no hay nada peor que una mujer amargada.

Cuando Quinn terminó de vestirse y fue al comedor, el hermano Corazón Firme ya tenía el desayuno preparado en la mesa, huevos cocidos y pan con mermelada. Continuaba la conversación como si no se hubiera interrumpido.

—En mi tiempo las mujeres no tenían la lengua tan larga. Eran poco habladoras y frágiles y tenían los pies pequeños y delicados. ¿Se ha dado cuenta de los pies tan grandes que tienen aquí las mujeres?

—No especialmente.

—¡Ay! Ya lo creo. Enormes pies planos.

Todo ese charloteo de barbería parecía indicar que el hermano Corazón estaba nervioso. Apenas probó la comida y constantemente miraba por encima del hombro, como si esperara que alguien le sorprendiera por la espalda.

—¿Por qué tanta prisa en librarse de mí antes de que se levanten los demás? —dijo Quinn.

—Bueno, verá. Bueno, yo no diría eso exactamente.

—Yo sí.

—No tiene que ver con usted personalmente, señor Quinn. Es sólo que, bueno, puede llamarlo una medida de precaución.

—Podría si supiera de qué está hablando.

El hermano Corazón vaciló un momento, se mordió el labio inferior como si le picara para hablar.

—Supongo que no hay ningún mal en decírselo. Se trata de Karma, la hija mayor de la hermana Contrición. La última vez que salió el camión para la ciudad la chica se escondió en la parte de atrás debajo de unos sacos de arpillera. El hermano Corona de Espinas la descubrió cuando estaba ya a medio camino de San

Felice. La arpillera le hizo estornudar. Karma fue al colegio durante un tiempo, le llenaron la cabeza de malas ideas. Quiere vivir aquí y buscar trabajo en la ciudad.

—¿Y no es posible?

—Oh, no, no. La niña se perdería en la ciudad. Aquí, al menos, es pobre entre pobres.

El sol empezaba a salir y la claraboya se llenó de un tenue resplandor rosáceo. Desde la Torre invisible llegó el sonido del gong y casi al mismo tiempo la hermana Bendición entraba corriendo por la puerta.

—El camión está listo, señor Quinn. No debe hacer esperar al hermano Corona de Espinas. Vaya, déjeme su abrigo para cepillarlo bien.

Quinn ya lo había cepillado, pero de todas formas se lo dio. Ella lo sacó fuera y le dio unas sacudidas con la mano.

—Vamos, señor Quinn. El hermano Corona tiene un largo día por delante.

Se volvió a poner el abrigo y la siguió por el sendero hasta la carretera polvorienta. Ella no dijo nada sobre el dinero, ni sobre O'Gorman. Quinn tenía el molesto presentimiento de que se había olvidado de lo sucedido la noche anterior y de que estaba un poco loca, como había pensado al principio.

Un viejo camión Chevrolet, con las luces encendidas y el motor traqueteando, esperaba en medio de la carretera. Al volante, con un sombrero de paja sobre la cabeza afeitada, estaba sentado un hombre más joven que los hermanos que Quinn había conocido hasta entonces. Quinn calculó que tendría unos cuarenta años. El hermano Corona de Espinas agradeció la presentación de la hermana Bendición con una breve sonrisa que dejó al descubierto la falta de un incisivo.

—En San Felice, el hermano Corona le le dejará donde lo desee, señor Quinn.

—Gracias —dijo Quinn subiéndose al camión—. En cuanto a O'Gorman...

La hermana parecía desconcertada.

—Buen viaje. Conduzca con cuidado, hermano Corona. Y no

olvide, si surgen tentaciones en la ciudad, deles la espalda.

Si la gente se queda mirando, baje la vista. Si hacen comentarios, no escuche.

—Amén, hermana.

—Lo mismo para usted, señor Quinn, lo más que le puedo decir es que actúe con discreción.

—Hermana..., sobre el dinero...

—*Au revoir*, señor Quinn.

El camión empezó a andar carretera abajo. Quinn se volvió para mirar a la hermana Bendición, pero ya había desaparecido entre los árboles. Pensó: tal vez toda esta historia no ha sucedido nunca y estoy más loco que todos ellos juntos. Que ya es estar bastante loco.

—Una mujer excelente la hermana Bendición —dijo gritando entre el ruido del motor.

—¿Qué dice? No le oigo.

—La hermana Bendición es una mujer excelente, pero se está volviendo vieja. ¿Es posible que de vez en cuando se le olviden las cosas?

—Me gustaría que así fuera.

—¿Ni alguna pequeñez, de vez en cuando?

—A ella no —dijo el hermano Corona de Espinas, moviendo la cabeza como signo de admiración—. Tiene memoria de elefante. Baje la ventanilla, ¿quiere? El aire de Dios es fresco.

Y también frío, pero Quinn bajó la ventanilla y se subió el cuello y metió las manos en los bolsillos. Sus dedos palparon entonces la fría suavidad del dinero.

Miró hacia atrás, en dirección a la Torre y dijo en voz baja:

—*Au revoir*, hermana. Creo.

Debido a las retorcidas carreteras y a los años y el temperamento del motor del camión, tardaron más de dos horas en llegar a San Felice, estrecha franja de tierra encajada entre las montañas y el mar. Era una ciudad vieja, rica y muy conservadora, que se mantenía apartada del resto de California del sur. Las calles estaban repletas de señoras mayores activas y hombres mayores curtidos y jóvenes atléticos que parecían haber nacido en las canchas de tenis, las playas y los campos de golf. Al ver la ciudad de

nuevo, Quinn se daba cuenta de que Doris, con su cabello platino y su capa de maquillaje, se sentiría rara allí y con ello encontraría un motivo para llamar aún más la atención y terminar vencida. No, Doris nunca encajaría allí. Ella era una persona de vida nocturna y San Felice una ciudad para gente de día. Para ellos el amanecer era el comienzo de un nuevo día, no el final de la noche, y la hermana Bendición y el hermano Corona, a pesar de sus extraños atavíos, se encontrarían más a gusto entre esa gente que Doris. O yo mismo, pensó Quinn, y dejó que sus planes y resoluciones se desvanecieran en su interior. Aquí no estoy en mi ambiente. Soy demasiado viejo para el tenis y demasiado joven para la canasta y las damas.

Movía los dedos entre el dinero en el bolsillo. Ciento veinte dólares, más los trescientos que Tom Jurgensen le debía, sumaban cuatrocientos veinte. Si volvía a Reno y jugaba con cuidado y si tenía buena suerte…

—¿Dónde quiere bajarse? —dijo el hermano Corona—. Voy hasta Sears.

—Allí está bien.

—¿Tiene algún amigo en la ciudad?

—Tenía uno. Tal vez todavía lo tenga.

El hermano Corona se metió en el aparcamiento detrás de Sears y frenó el camión hasta que se paró ruidosamente.

—Ya hemos llegado, sanos y salvos, como le prometí a la hermana Bendición. ¿Usted y la hermana se conocían de antes?

—No.

—No siempre se desvive tanto con los forasteros.

—A lo mejor le recuerdo a alguien.

—A mí no me recuerda a nadie.

El hermano Corona saltó del camión y se fue arrastrando los pies cruzando el aparcamiento hacia la puerta trasera de Sears.

—Gracias por el viaje, hermano —le dijo Quinn a la espalda.

—Amén.

Eran las nueve en punto, habían pasado dieciocho horas desde que hermana Bendición le recibió en la Torre como a un forastero y le trató como a un amigo. Volvió a tocar el dinero en el bolsillo. Podía sentir sus ataduras tirando de él y deseó no haberlo cogido.

Se le ocurrió salir corriendo tras el hermano Corona y dárselo para que se lo devolviera a la hermana Bendición. Después recordó que en la Torre no estaba permitida la posesión particular de dinero y entregárselo al hermano Corona podría ocasionar a la hermana Bendición algún problema, tal vez muy serio.

Se dio la vuelta y se dirigió caminando hacia la calle State, Tom Jurgensen vendía barcas y seguros de navegación al final, al pie del rompeolas. Tenía una pequeña oficina cuyas ventanas estaban cubiertas de anuncios de venta y fotos de yolas, balandros, queches, cúteres y goletas, la mayoría rebajados.

Quinn entró; Jurgensen se estaba fumando un puro y hablaba por el teléfono que tenía colocado encima del hombro cariñosamente, como el pajarito del hermano Lengua.

—Las velas son de Rattsey, ¿y qué? Eso es un barreño. No me interesa.

Dejó el teléfono y se inclinó sobre la mesa para estrechar la mano a Quinn.

—Vaya, Joe Quinn en persona. ¿Qué tal estás?

—Más viejo y además sin blanca.

—Esperaba que no dijeras eso. Joe. El negocio ha ido fatal. Esta ya no es una ciudad de ricos. La tacaña clase media se ha instalado aquí, y a ellos les da igual la madera de teco o la caoba, todo lo que...

Jurgensen se detuvo con un suspiro.

—¿Estás sin un céntimo?

—Sólo tengo un poco de dinero que pertenece a otra persona.

—¿Desde cuándo te preocupa eso a ti, Joe? Es una broma, por supuesto, ja, ja.

—Claro, ja, ja —dijo Quinn—. Tengo tu pagaré por trescientos dólares. Quiero el dinero ahora.

—No lo tengo. Me resulta muy embarazoso, viejo, pero, sencillamente, no lo tengo. Si te contentases con una barca, tengo una gaviota preciosa, trescientas libras de quilla, velas Watts, aparejo...

—Justo lo que necesitaba para dar una vuelta por Venecia. Sólo que no voy a Venecia.

—Cálmate, era sólo una sugerencia. Supongo que ya tendrás coche.

—Supones mal, Tom.

—Bueno ahí tienes ese cacharro..., ese elegante Ford Victoria 54 de mi mujer. Pondrá el grito en el cielo si se lo quito, pero, ¿qué puedo hacer? Por lo menos vale trescientos. Bicolor, azul y crema, con el interior blanco, calefacción, radio.

—Podría sacar más en Reno que con el Ford 54.

—No estás en Reno, como tampoco estás en Venecia —dijo Jurgensen—. Es todo lo más que puedo hacer por ti en este momento. Puedes coger el coche como pago o utilizarlo hasta que pueda reunir el dinero. Me vendría mejor que lo tomaras prestado. De esa forma será más fácil manejar a Helen.

—Trato hecho. ¿Dónde está el coche?

—Está aparcado en el garaje, detrás de mi casa. Calle Gaviota, seiscientos treinta y uno. Hace una semana que no se utiliza, Helen ha ido a visitar a su madre, así que tal vez sea un poco difícil arrancarlo. Aquí están las llaves. ¿Te vas a quedar en la ciudad por un tiempo, Joe?

—Entrando y saliendo, espero.

—Ven a verme en un par de semanas. Es posible que tenga el dinero para entonces. Cuida bien el cacharro o Helen me acusará de haberlo perdido al póquer. De todos modos lo hará, pero...

Jurgensen extendió las manos y se encogió de hombros.

—Tienes muy buen aspecto, Joe.

—Acostarse temprano y levantarse temprano pone color en las mejillas y brillo en la mirada. Como dicen ellos.

—¿Como dice quién?

—Los hermanos y hermanas de la Torre del Cielo.

Jurgensen arqueó las cejas.

—¿Te dedicas a la religión o algo así?

—Algo así —replicó Quinn—. Gracias por el coche y hasta la vista.

Quinn no tuvo problema en arrancar el coche. Fue hasta una gasolinera, llenó el depósito, añadió cuarto litro de aceite y salió con el primero de los billetes de veinte dólares de la hermana Bendición.

—Yo, en su lugar, seguiría la ciento uno hasta Ventura, después cogería la noventa y nueve. Es más largo, pero no se quedará atascado en la ciento cincuenta, que no tiene ni un kilómetro

derecho desde el principio al final. ¿Junta cupones, señor?

—Creo que debería empezar.

Según iba hacia el interior, a Ventura, empezaba a arrepentirse de no haber esperado a la noche para hacer el viaje. Las colinas desnudas, alternaban con las arboledas de limoneros y nogales, brillaban bajo el incesante sol y el aire era tan seco que los cigarrillos que había comprado en San Felice se partían en dos entre sus dedos. Trató de refrescarse pensando en San Felice, la brisa del océano y el puerto salpicado de velas, pero el contraste le hacía sentirse aún más incómodo y dejó de pensar totalmente por un momento, rindiéndose al calor.

Llegó a Chicote a mediodía. La pequeña ciudad había cambiado desde que no la visitaba, había crecido, pero no hacia arriba. Ciertamente no había mejorado. Rodeada de pozos de petróleo y habitada por la gente que vivía en ellos, se extendía llana y parda y seca como algo que un cocinero hubiera olvidado sacar del horno. Desvalidos árboles crecían canijos a lo largo de las calles, dividiendo las zonas de nuevas viviendas de los viejos barrios.

Los niños jugaban entre el polvo y la maleza de los solares vacíos, tan contentos como los niños que jugaban en la arena blanca de las playas de San Felice. Fue en los jóvenes donde Quinn observó el daño causado por esa prosperidad demasiado rápida y fácil. Recorrían las calles a gran velocidad, sin rumbo fijo, en flamantes descapotables y en furgonetas de rancho. Sólo paraban en los cines y cervecerías drive-in y restaurantes, quedándose en sus coches como los soldados se quedan en los tanques en territorio enemigo.

Quinn compró lo que necesitaba en un comercio y se registró en un motel cerca del centro de la ciudad. Después almorzó en un café con aire acondicionado; hacía tanto frío, que mientras comía tuvo que subirse el cuello de la chaqueta de tweed.

Cuando terminó fue a la cabina de teléfonos detrás del café. Patrick O'Gorman figuraba en la guía con la dirección: calle Olive, 702.

Bueno, esto es todo lo que hay, pensó Quinn con una mezcla de agrado y decepción. O'Gorman todavía vive en Chicote y me he ganado fácilmente ciento veinte dólares. Mañana volveré a la Torre,

le daré la información a la hermana Bendición y me iré a Reno.

Parecía muy sencillo, y a Quinn le preocupaba esa simplicidad. Si eso era todo, ¿por qué la hermana Bendición había pagado tanto dinero? ¿Por qué no le pidió al hermano Corona simplemente que llamara a O'Gorman desde San Felice o que buscara su dirección en las guías de teléfonos de las afueras de la ciudad, que están en la biblioteca pública o en la oficina central de teléfonos? Quinn no podía creer que no hubiera pensado en esas dos posibilidades. Según sus propias palabras y por lo que pudo observar Quinn, no estaba loca. Así pues, había pagado ciento veinte dólares por una información que podía haber conseguido con una llamada telefónica de dos dólares.

Puso una moneda en la ranura y marcó el número de O'Gorman.

Contestó una chica, jadeante, como si hubiera echado una carrera hasta el teléfono.

—Esta es la residencia de O'Gorman.

—¿Está el señor O'Gorman, por favor?

—Richard no es ningún señor —dijo la chica con una risita—. Sólo tiene doce años.

—Me refiero a tu padre.

—¿Mi padre…? Un momento.

Al otro lado del teléfono se oyó una carrera, después la voz de una mujer, afectada y tímida.

—¿Con quién desea hablar?

—Con el señor Patrick O'Gorman.

—Lo siento, no… no está aquí.

—¿Cuándo cree que volverá?

—No creo que vuelva nunca.

—Tal vez pueda decirme dónde puedo encontrarle.

—El señor O'Gorman murió hace cinco años —dijo la mujer y colgó.

3

La calle estaba en una zona de la ciudad que empezaba a hacerse vieja, pero que todavía trataba de conservar las apariencias. El siete, cero, dos estaba flanqueado por parcelas de césped bien cuidado. En medio de una de ellas florecía una adelfa blanca y en mitad de la otra había un naranjo con flores y frutos al mismo tiempo. Había una bicicleta de niño apoyada contra el árbol descuidadamente, como si su dueño hubiera encontrado de repente algo más interesante que hacer. Las ventanas de la pequeña casa de estuco estaban cerradas y las persianas echadas. Alguien había regado recientemente la acera y el porche. Pequeños charcos se evaporaban al sol y desaparecían mientras Quinn los miraba.

La puerta de entrada tenía un obsoleto aldabón de cabeza de león, hecho de latón, recién pulido. Reflejada en él, Quinn podía ver una imagen de sí mismo pequeña y encorvada. En cierto modo, la imagen que le ofrecía era la suya propia.

La mujer que le abrió la puerta era, como la casa, pequeña y aseada, pero ya no era joven. Aunque tenía unas facciones bonitas y una buena figura aún, su cara carecía de interés o animación. Parecía que en algún momento de su vida se hubiera escapado y ya no hubiera sido capaz de encontrar el camino de vuelta.

—¿Es usted la señora O'Gorman? —dijo Quinn.

—Sí, pero no compro nada.

Tampoco vende nada, pensó Quinn.

—Soy Joe Quinn, conocía a su esposo.

No se sobresaltó exactamente, pero pareció ligeramente interesada.

—¿Es usted quien ha llamado por teléfono?

—Sí. Me ha impresionado oír de pronto que había muerto. He

venido a expresarle mi condolencia y disculparme si la llamada le ha podido molestar.

—Gracias. Siento haber colgado tan bruscamente. No estaba segura si era o no una broma o mala intención, preguntar por Patrick después de tantos años. En Chicote todo el mundo sabe que ha muerto.

Muerto. Quinn percibió su vacilación al pronunciar la palabra.

—¿Dónde conoció usted a mi marido, señor Quinn?

No tenía ninguna respuesta pensada, pero Quinn eligió una que consideró bastante prudente.

—Pat y yo estuvimos juntos en el Ejército.

—Oh. Bueno, pase. Estaba preparando una limonada para cuando lleguen los niños.

La sala de estar era pequeña, y lo parecía aún más por el empapelado y la moqueta. A la señora O'Gorman, o quizás a O'Gorman, le gustaban las rosas, grandes y rojas en la alfombra, rosas y blancas en el papel de las paredes. Un acondicionador de aire, acoplado al borde de la ventana, zumbaba ruidosamente, pero sin mucho resultado. En la habitación hacía calor a pesar de todo.

—Por favor, siéntese, señor Quinn.

—Gracias.

—Hábleme de mi marido.

—Esperaba que fuese usted quien me hablase de él.

—Pero eso no es lo que suele hacerse —dijo la señora O'Gorman —. Cuando un hombre viene a ofrecer su condolencia a la viuda de su viejo amigo de guerra, normalmente se habla de recuerdos, ¿no es así? Así que, por favor, empiece a recordar. Tiene usted toda mi atención.

Quinn sentado, mantenía un incómodo silencio.

—Tal vez es usted tímido, señor Quinn, y necesita un poco de ayuda para empezar. ¿Qué le parece... Nunca olvidaré la vez que...? O quizás prefiera un comienzo más dramático. Por ejemplo, los alemanes avanzaban en multitud por las colinas y usted estaba atrapado en el tanque destruido, herido, sólo su buen amigo Pat O'Gorman estaba allí para cuidarle. ¿Le gusta?

Quinn sacudió la cabeza.

—Lo siento, no he visto nunca ningún alemán. Coreanos, sí.

—Muy bien, cambie los lugares. La escena se traslada a Corea.

No tiene mucho sentido malgastar esa colina y el tanque destruido.

—¿Qué pretende, señora O’Gorman?

—¿Qué pretende usted? —dijo con una pequeña y fría sonrisa—. Mi marido no estuvo en el Ejército y no permitió jamás que le llamasen Pat. Suponga que empieza de nuevo, no se tome la verdad tan a la ligera.

—En este caso no hay ninguna verdad o muy poca. No he conocido a su marido. No sabía que había muerto. De hecho, lo único que sabía era su nombre y que vivió aquí en Chicote, una vez.

—Entonces, ¿por qué está usted aquí?

—Esa es una buena pregunta —dijo Quinn—. Me gustaría poder pensar una respuesta igualmente buena, pero, la verdad no es plausible.

—El que escucha es el que se supone que debe juzgar esa plausibilidad. Le escucho.

Quinn pensó rápidamente. Ya había desobedecido las órdenes de la Hermana Bendición de no intentar contactar con O’Gorman. Sacar su nombre a la luz no serviría de nada y diez contra uno que, de todas formas, la señora O’Gorman no creería ni una palabra. Los hermanos y hermanas de la Torre del Cielo no contribuirían a que la historia fuera más convincente. Había una posible salida: si la muerte de O’Gorman tuvo lugar en circunstancias especiales, y Quinn recordaba el modo en que la señora O’Gorman vaciló ante la palabra «muerto», quizás quisiera hablar de ello. Y si se ponía a hablar, entonces él no tendría que hacerlo.

—La verdad es que soy detective señora O'Gorman —dijo.

Su reacción fue rápida y más intensa de lo que esperaba.

—Así que van a volver a empezar, ¿verdad? He tenido uno o dos años tranquilos, he llegado a poder pasear por la calle sin que la gente se quede mirándome y susurrando. Ahora todo volverá al punto de partida, titulares en los periódicos, hombres estúpidos formulando estúpidas preguntas. La muerte de mi marido fue accidental, ¿es que no pueden metérselo en sus cabezotas? No le asesinaron. No se suicidó. No escapó para comenzar una nueva vida con otra identidad. Era un devoto, y un hombre leal y no permitiré que enturbien más su memoria. En cuanto a usted, le sugiero que se

limite a controlar coches aparcados y a coger niños con las licencias para bicicleta caducadas. Puede empezar con la bicicleta que hay en el patio de la entrada. Hace dos años que no tiene licencia. Ahora váyase de aquí y no vuelva.

La señora O'Gorman no era una mujer con la que discutir ni tratar de ser amable. Era inteligente, enérgica y estaba resentida. La combinación era demasiado fuerte para Quinn. Se marchó rápida y serenamente.

De vuelta a la calle Main, intentaba convencerse de que había cumplido su trabajo, excepto la última parte de informar a la Hermana Bendición. Su esposa afirmaba que O'Gorman había muerto accidentalmente. ¿Pero qué tipo de accidente? Si la Policía sospechó en algún momento desaparición voluntaria significa que nunca encontraron el cuerpo.

—Yo he terminado mi trabajo —se dijo en voz alta—. Los porqué, dónde y cómo de la muerte de O'Gorman no me incumben. Después de cinco años, el caso está ya olvidado. Me voy a Reno.

Pensar en Reno no le ayudó a borrarse a O'Gorman de la mente. Parte del trabajo de Quinn en el club, a menudo la mayor parte, consistía en estar alerta sobre los hombres y mujeres que buscaba la Policía en otros estados y países. Fotos, descripciones y circulares de «se busca» llegaban diariamente y se mandaban por correo a los oficiales de seguridad para su estudio. Se practicaron muchas detenciones con discreción y rapidez sin interferir con una sola vuelta de las ruletas. A Quinn le dijeron en una ocasión que en Reno y Las Vegas se capturaba a más gente buscada por la Policía que en cualquier otro sitio del país. Las dos ciudades eran imanes para ladrones de bancos y desfalcadores, estafadores y gangsters, cualquier timador con un fajo de billetes y un vivo deseo por el «doble o nada».

Quinn aparcó el coche en frente de un estanco y entró a comprar un periódico. El estante contenía un surtido, tres de Los Angeles, dos de San Francisco, un *Daily Press* de San Felice, un *Wall Street Journal* y un semanario local, *The Chicote Beacon*. Quinn compró un *Beacon* y lo abrió por la página del editorial. El periódico se imprimía en la Octava Avenida y el editor era un hombre llamado John Harrison Ronda.

La oficina de Ronda era un cubículo rodeado de paredes de un metro ochenta, con la mitad inferior cubierta de madera y la mitad superior de vidrio esmerilado. De pie, Ronda veía a todos sus empleados, sentándose a su mesa podía borrarles de su vista. Era una combinación práctica. Era un hombre alto, de aspecto agradable, tranquilo, de unos cincuenta años, con una voz profunda y resonante.

—¿Qué puedo hacer por usted, Quinn?

—Acabo de hablar con la mujer de Patrick O'Gorman. ¿O debería decir la viuda?

—Viuda.

—¿Estaba en Chicote cuando murió O'Gorman?

—Sí. Precisamente, acababa de gastar hasta el último céntimo en comprar este periódico. Estaba en la quiebra por aquel entonces, y lo seguiría estando de no haber sido por el caso O'Gorman. En un mes tuve dos golpes de suerte. Primero O'Gorman y después, tres o cuatro semanas más tarde, una de las cajeras del banco local, una encantadora mujercita. ¿Por qué algunos de los peores desfalcadores suelen ser mujercitas tan encantadoras? La cogieron con las manos en la masa. Ambas manos. La tirada del *Beacon* se dobló en un año. Sí, le debo mucho a O'Gorman y no tengo inconveniente en admitirlo. Fue quien me salvó de la ruina. Así que es amigo de su mujer, ¿no es así?

—No —dijo Quinn cautelosamente—. No exactamente.

—¿Está seguro?

—Estoy seguro y ella está más segura aún.

Ronda pareció decepcionado.

—Siempre había esperado que Martha O'Gorman apareciera de repente con algún amigo secreto. Estaría bien que se volviera a casar con un hombre de su edad.

—Lo siento, no encajo en la escena. Soy más viejo de lo que parezco y tengo un humor de perros.

—Está bien, está bien, entendido. Aunque mantengo lo que he dicho, Martha debería casarse otra vez y dejar de vivir en el pasado. Cada año O'Gorman parece volverse más perfecto a sus ojos. Admito que era un buen tipo, un esposo fiel, un padre cariñoso, pero los buenos tipos muertos son casi lo mismo que los malos, en lo que respecta a los supervivientes. De hecho, Martha estaría mejor ahora

si hubiera descubierto que O'Gorman fue un canalla de primera.

—Quizá sea posible todavía.

—Jamás —dijo Ronda, negando con la cabeza rotundamente—. Era un hombre amable y tímido, el polo opuesto del irlandés belicoso típico. Tal vez haya conocido alguno. Yo personalmente, no. Una de las cosas que trajo de cabeza a la Policía cuando estuvo investigando el asesinato, fue el hecho de no encontrar ni un alma que hablara mal de O'Gorman en todo Chicote. Ni rencores, ni enfados, ni peleas. Si a O'Gorman se lo cargaron, y en mi opinión no hay duda de ello, debe haber sido un desconocido, probablemente algún autoestopista que recogiera.

—Los hombres tímidos normalmente no se dedican a recoger autoestopistas.

—Pues él sí. Era una de las pocas cosas en que discrepaba con Martha. Ella creía que era peligroso, pero eso no le detenía. Lo que le motivaba a ello era la compasión por los perdedores. Supongo que él mismo se sentía un perdedor.

—¿Por qué?

—Oh, nunca tuvo mucho éxito, ni económico ni de ningún tipo. Martha era la energía y la fuerza de la familia y le vino muy bien ser así porque en los años que siguieron lo necesitó de verdad. La compañía de seguros aplazó el pago de la póliza de O'Gorman casi un año, porque no encontraron el cuerpo. Entre tanto, Martha y los dos niños estuvieron sin un céntimo. Ella se puso a trabajar otra vez como especialista de laboratorio en el hospital local. Aún sigue allí.

—Parece conocerla muy bien.

—Mi mujer es una de sus mejores amigas, fueron juntas a la escuela superior en Bakersfield. Cuando tuve que publicar tanta información sobre O'Gorman, las relaciones entre Martha y yo se enfriaron durante un tiempo. Pero acabó comprendiendo que sólo hacía mi trabajo. ¿Por qué se interesa en el caso, Quinn?

Quinn dijo alguna vaguedad sobre su trabajo en Reno, relacionado con personas desaparecidas. Ronda pareció quedar satisfecho. Y si no lo estaba lo parecía. Era un hombre al que, obviamente, le gustaba hablar y aprovechaba toda ocasión para ello.

—Así que fue asesinado por un autoestopista —dijo Quinn—. ¿En qué circunstancias?

—No recuerdo todos los detalles, después de tanto tiempo, pero puedo darle una idea general, si quiere.

—Me gustaría.

—Fue a mediados de febrero, hace casi cinco años y medio. Habíamos tenido un invierno muy lluvioso, la mayoría de las noticias que publicaba eran estadísticas sobre la cantidad de lluvia caída e historias de pisos inundados y patios interiores anegados. Ese año, el río Rattlesnake, seis kilómetros al este de la ciudad, corría desbordado. Ahora y todos los veranos, no es más que un barranco seco. Resulta bastante difícil imaginar el torrente que era entonces. Resumiendo la historia, el coche de O'Gorman chocó contra la barandilla del puente y cayó al río. Lo descubrieron dos días después, cuando el canal descendió. Un trozo de tela enganchado en la bisagra de una puerta tenía manchas de sangre, apenas visibles a simple vista, pero claramente identificadas por la Policía. La sangre era del grupo de la de O'Gorman y la tela era un trozo de la camisa que llevaba cuando salió de casa aquella noche, después de cenar.

—¿Y el cuerpo?

—Unos kilómetros más lejos, el río Rattlesnake se une al Torcido que se alimenta de la nieve de las montañas y discurre de acuerdo con su nombre. Torcido significa furioso, retorcido, resentido y eso le describe especialmente ese año. O'Gorman no era muy grande. Pudo haber sido arrastrado fácilmente por el río Rattlesnake hasta el Torcido y nunca lo encontraron.

Eso es lo que la Policía creyó entonces y todavía cree. Hay otra posibilidad: que fuera asesinado en el coche después de un forcejeo en el que se rompió la camisa y que luego le enterraran en algún lugar.

Yo personalmente estoy de acuerdo con la teoría del río. O'Gorman cogió a un autoestopista, no olvide que era una noche tormentosa y un hombre bondadoso como O'Gorman no dejaría abandonado a nadie en la carretera y el autoestopista intentó robarle. Entonces O'Gorman se resistió y peleó. Yo creo que el hombre debía ser un forastero por estos lugares y no sabía que el río estaría así sólo temporalmente. Seguramente pensó que nunca encontrarían el coche.

—¿Y qué pasó con el forastero? —dijo Quinn.

Ronda encendió un cigarrillo y frunció el ceño mirando la cerilla encendida.

—Bueno, ése es el punto débil de la historia, por supuesto. Desapareció como O'Gorman. Por un tiempo el comisario estuvo reuniendo mucha información de todo el que no hubiera nacido en Chicote, pero no se pudo probar nada. Yo soy un estudiante aficionado de criminología y me parece que un crimen sin premeditación como es éste, incluso aunque a menudo se hagan chapuceros por falta de planificación, puede quedar sin resolver precisamente por la falta de planificación.

—¿Quién decidió que fue un crimen sin premeditación?

—El comisario, el juez. ¿Por qué? ¿No está de acuerdo?

—Todo lo que sé es lo que me ha contado —dijo Quinn—. Y eso de coger a un autoestopista desconocido suena un tanto raro.

—Lo admito.

—Si tuvo una pelea sangrienta con O'Gorman, tendríamos que suponer que el desconocido se manchó la ropa de sangre. ¿Había alguna choza o casa de campo en los alrededores donde pudiera haber entrado para cambiarse de ropa, robar algo de comida o algo así?

—Unas cuantas. Pero no estaban forzadas, los hombres del comisario las comprobaron una a una.

—Así que tenemos a un forastero empapado, probablemente manchado de sangre.

—La lluvia pudo haberla lavado.

—No es tan fácil —dijo Quinn—. Póngase en el lugar del forastero, ¿qué habría hecho?

—Ir a la ciudad a comprar ropa.

—Era de noche, las tiendas estaban cerradas.

—Entonces me registraría en un hotel, supongo.

—Parecería bastante sospechoso. El recepcionista le recordaría y seguramente le denunciaría.

—Está bien, caramba, algo debió hacer —dijo Ronda—. Tal vez paró a otro coche. Todo lo que sé es que desapareció.

—El. O ella. O ellos.

—De acuerdo, ella, ello, él, ellos desaparecieron. Si es que existieron alguna vez.

Ronda se incorporó sobre la mesa de trabajo.

—¿Adonde quiere ir a parar?

—Suponga que la persona del coche no fuera un desconocido. Digamos que era un amigo, un amigo íntimo o incluso un familiar.

—Ya le he dicho que el comisario no pudo encontrar ni una sola persona en contra de O'Gorman.

—El tipo de persona que me imagino •no es probable que se presentara y admitiera guardarle algún rencor, si acababa de matar a O'Gorman. El o ella.

—No deja de repetir o ella. ¿Por qué?

—¿Por qué no? Sólo estamos estudiando las posibilidades que hay.

—Creo que se refiere a Martha O'Gorman.

—Las esposas —dijo Quinn secamente— suelen guardar rencores a sus maridos.

—Martha, no. Además, ella estaba en casa esa noche, con los niños.

—¿Que estaban en la cama, durmiendo?

—Naturalmente, estaban en la cama, durmiendo —dijo Ronda irritado—. Eran las siete y media. ¿Qué cree que iban a hacer, jugar al póquer y tomarse un par de cervezas? Richard tenía siete años y Sally cinco.

—¿Cuántos años tenía O'Gorman entonces?

—Más o menos su edad, unos cuarenta.

Quinn no le corrigió. Sentía que tenía cuarenta años, le parecía justo aparentarlos.

—¿Cuál era la descripción de O'Gorman?

—Ojos azules, piel blanca, cabello negro, rizado. Estatura media, uno ochenta aproximadamente. No había nada especialmente llamativo en su aspecto, pero era guapo.

—¿Tiene una fotografía suya?

—Cinco o seis instantáneas ampliadas. Martha me las proporcionó cuando aún esperaba que O'Gorman hubiera sufrido un ataque de amnesia y le encontraran vivo. Sus esperanzas tardaron en desaparecer, pero una vez perdidas fue definitivo. Está totalmente convencida de que el coche de O'Gorman chocó contra el puente accidentalmente y que a O'Gorman le arrastró el río.

—¿Y el trozo de camisa con las manchas de sangre?

—Cree que se hirió por el impacto del coche contra la

barandilla. El parabrisas y dos de las ventanillas estaban rotos, así pues es posible. Aunque hay algún argumento en contra: O'Gorman tenía fama de ser un conductor muy prudente.

—¿Y si hubiera sido un suicidio?

—También es posible —dijo Ronda—. Y de nuevo hay elementos para rebatirlo. Primero, era un hombre sano, sin problemas económicos ni emocionales, al menos que se supiera. Segundo, era católico estricto, como Martha. Quiero decir, de los que practican la religión y creen en ella hasta la última palabra. Tercero, estaba enamorado de su mujer y loco por sus hijos.

—Gran parte de lo que acaba de decir no coincide con los hechos. Piénselo, Ronda.

—Piénselo usted —dijo Ronda sonriendo—. Después de cinco años virando de aquí para allá, tal vez necesite un nuevo enfoque.

—Muy bien. Digamos que un hecho es aquello que puede ser demostrado. Primer hecho, estaba sano. Segundo hecho, era católico practicante, para quien el suicidio era pecado mortal. Los otros datos mencionados no son hechos sino deducciones. Podría tener problemas económicos y emocionales y no hablar de ellos. Podía no estar tan loco por su esposa e hijos como aparentaba estarlo.

—Entonces disimulaba muy bien y, francamente, no creo que O'Gorman tuviera cerebro para disimular nada así. Nunca se lo he dicho a Martha, pero O'Gorman me parecía muy poco ingenioso, de hecho, estúpido.

—¿A qué se dedicaba?

—Era contable de una de las compañías de petróleo. Aseguraría que Martha le ayudaba por las noches en su trabajo, aunque ella moriría antes que admitirlo. Martha era fiel incluso a sus propios errores.

—¿O'Gorman era uno de ellos?

—Creo que para cualquier mujer realmente inteligente, hubiera sido un error casarse con él. O'Gorman no tenía nada de lo que hay que tener. Los dos eran más madre e hijo que marido y esposa, aunque Martha era unos años más joven. Supongo que lo cierto es que en Chicote no había mucho donde elegir, para una mujer tan brillante como Martha y que escogió lo mejor que pudo. O'Gorman era, como le he dicho, guapo, con el pelo negro, rizado y demás.

Cuando una cabeza hueca se esconde tras unos ojos grandes y azules, incluso una mujer como Martha puede impresionarse. Afortunadamente, los niños se parecen a ella, los dos son inteligentes y espabilados.

—La señora O'Gorman —dijo Quinn— parece tener bastante manía a los policías.

—Está justificado. Ha pasado por una experiencia desagradable y esta ciudad no es muy civilizada. El comisario es un desquiciado que no sería capaz de hacer nada bien ni aunque su vida dependiera de ello. Su postura durante todo el caso parecía ser que Martha debió haber impedido salir a O'Gorman bajo la lluvia esa noche y así nada habría sucedido.

—¿Por qué salió?

—Según Martha, creyó que se había equivocado en uno de los libros ese día y quería volver a la oficina para comprobarlo.

—¿Se molestó alguien en examinar los libros?

—Oh, sí. O'Gorman estaba en lo cierto. Había cometido un error. El contable lo encontró enseguida, un error en la suma.

—¿Qué cree que prueba eso?

—¿Probar? —repitió Ronda frunciendo el ceño—. Que O'Gorman era bobo, pero concienzudo, como le dije.

—Puede probar algo más.

—¿Como qué?

—Que O'Gorman se equivocara deliberadamente.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—Para tener una verdadera excusa y volver a la oficina esa noche. ¿Trabajaba a menudo por las tardes?

—Ya le he dicho que creo que Martha le ayudaba a menudo, pero ella no lo reconocería nunca —dijo Ronda—. De todas formas está equivocado en cuanto a los hechos se refiere. O'Gorman no tenía cerebro ni carácter para intrigas de ningún tipo. Admito que en un escenario se podría representar ser más estúpido que él. Pero nadie podría actuar perfectamente veinticuatro horas al día, todos los días del año, de la forma en que O'Gorman lo hacía. No, Quinn. Sólo podía haber una razón para que volviera a la oficina esa noche, en medio de la peor tormenta de lluvia del año, tenía miedo de que descubrieran el error y pudiera perder el trabajo.

—Parece muy seguro.

—Totalmente. Puede sentarse ahí e inventar intrigas, encuentros secretos, conspiraciones y lo que sea. Yo no. Conocía a O'Gorman. No sabría ni cómo salir de una bolsa de papel mojada.

—Como usted mismo ha señalado, tenía no obstante, a la señora O'Gorman para ayudarle en su trabajo. Quizás le ayudara también en otras cosas.

—Mire, Quinn —dijo Ronda, dando un golpe en la mesa con la palma de la mano—. Estamos hablando de dos personas encantadoras.

—¿Tan encantadoras como la mujercita que mencionó que habían sorprendido con las manos en la masa? No intento hacerle pasar un mal rato, Ronda, sólo estoy aclarando algunas posibilidades.

—Las posibilidades en este caso son casi interminables. Pregunte al comisario, si no me cree. Prácticamente se sugirió e investigó cada crimen, excepto incendio premeditado e infanticidio. Quizás le interese ver mi archivo sobre el caso;

—Mucho —dijo Quinn.

—Guardo un archivo personal aparte de lo que publicamos en el *Beacon*, porque Martha es una vieja amiga. También porque, bueno, francamente, siempre he tenido el presentimiento de que el caso se volvería a abrir algún día, que tal vez algún ladrón en Kansas City o algún tipo capturado por otro asesinato en New Orleans o Seatle confesaría haber matado a O'Gorman y se aclararía todo de una vez por todas.

—¿Ha pensado alguna vez, o esperado, que O'Gorman pudiera volver?

—Lo esperé. Aunque no lo creo. Cuando O'Gorman salió de casa esa noche tenía dos billetes de un dólar en la cartera, el coche y la ropa que llevaba puesta, eso es todo. Martha administraba el dinero de la familia, sabía al céntimo cuánto llevaba O'Gorman.

—¿No se echó en falta ningún traje en su armario?

—Ninguno —dijo Ronda.

—¿Tenía una cuenta bancaria?

—Una junto con Martha. Podía haber cobrado un cheque esa tarde fácilmente sin que Martha se hubiera enterado hasta más tarde, pero no lo hizo. Tampoco pidió prestado dinero.

—¿Tenía algo de valor que pudiera haber empeñado?

—Un reloj de pulsera que valdría unos cien dólares, era un regalo de Martha. Lo encontraron en el cajón de su escritorio.

Ronda encendió otro cigarrillo, se reclinó en la silla giratoria y miró al techo.

—Aparte de todas las pruebas físicas que podrían conducir a una desaparición voluntaria, está la prueba emocional: O'Gorman se había vuelto, con los años, completamente dependiente de Martha, no hubiera aguantado ni una semana sin ella, era como un niño.

—Los niños de su edad pueden resultar un fastidio —dijo Quinn en tono guasón—. Tal vez la Policía se equivocó al descartar el infanticidio.

—Si es un chiste, es muy malo.

—Los míos casi siempre lo son.

—Le traeré el archivo —dijo Ronda levantándose—. No sé por qué hago todo esto, supongo que me gustaría ver este caso cerrado de una vez por todas y así Martha podría empezar a pensar seriamente en volver a casarse. Sería una esposa perfecta. Seguramente no la ha visto en su mejor momento.

—No, y dudo que lo haga.

—Es enérgica y llena de alegría.

—Esa publicidad no encaja con el producto —dijo Quinn—, y no estoy en el mercado.

—Es muy suspicaz.

—Por naturaleza, entrenamiento, experiencia y observación, sí.

Ronda salió y Quinn se echó hacia atrás en la silla y frunció el ceño. A través de los paneles de cristal se veían tres cabezas, la abundante y gris de Ronda, la de un hombre cortada a cepillo y la de una mujer con un peinado alto, estilo colmena, color caqui.

La camisa, pensó. Eso es, es la camisa lo que me intriga, el trozo de tela enganchado en una bisagra de la puerta del coche. En la noche más tormentosa del año, ¿por qué no llevaba O'Gorman una chaqueta o un impermeable?

Ronda volvió, traía dos cajas de cartón etiquetadas con un simple Patrick O'Gorman. Las cajas contenían recortes de periódicos, fotografías instantáneas, copias de telegramas y cartas a y de varios oficiales de Policía. Aunque la mayoría de ellas eran

procedentes de California, Nevada y Arizona, otras venían de lugares remotos del país, y de México y Canadá. El material estaba ordenado cronológicamente, pero para repasarlo todo se necesitaba tiempo y paciencia considerables.

—¿Puede prestarme el fichero por esta noche? —dijo Quinn.

—¿Qué pretende hacer con él?

—Llevármelo al hotel y examinarlo. Hay uno o dos puntos que me gustaría estudiar a fondo, las condiciones del coche, por ejemplo: ¿Tenía calefacción y la llevaba encendida?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Si el accidente ocurrió según cree la esposa, O'Gorman estuvo conduciendo en la noche más tormentosa del año en mangas de camisa.

Ronda pareció desconcertado por un momento.

—No creo que se planteara en ningún momento nada respecto a la calefacción del coche.

—Se debía haber hecho.

—Muy bien, llévese el material por esta noche. Tal vez encuentre alguna otra pequeñez que a los demás se nos haya escapado.

Sonaba como si sintiera que el propósito era inútil y a las ocho en punto de esa noche, Quinn empezaba a compartir el mismo sentimiento. Los hechos del caso eran escasos y las posibilidades parecían infinitas.

Incluyendo infanticidio, pensó Quinn. Tal vez Martha O'Gorman se estaba cansando ya de su niño Patrick.

Un detalle que interesó especialmente a Quinn estaba en una copia de la declaración de Martha O'Gorman ante el juez: «Era alrededor de las ocho y media. Los niños estaban durmiendo en la cama y yo estaba leyendo el periódico. Patrick parecía intranquilo y nervioso, como si no pudiera estarse quieto. Por fin, le pregunté cuál era el problema y me dijo que esa tarde había cometido un error y quería volver a la oficina para corregirlo antes de que nadie lo descubriera. Patrick era tan concienzudo con su trabajo… por favor, no puedo continuar. Por favor. Oh, señor, ayúdame…»

Muy emotivo, pensó Quinn. Pero el hecho queda ahí, los niños estaban durmiendo y Martha y Patrick O'Gorman pudieron haber salido juntos.

No se presentó ninguna prueba sobre la calefacción del coche, aunque se discutía mucho sobre el trozo de franela con manchas de sangre. La sangre era del mismo grupo que la de O’Gorman y la franela era parte de la camisa que O’Gorman llevaba con más frecuencia. Tanto Martha como los compañeros de oficina de O’Gorman la identificaron. Era de cuadros amarillo chillón y negro, del tartán MacLeod y sus colaboradores bromeaban con O’Gorman, el irlandés con tartán escocés.

—Muy bien —dijo Quinn, dirigiéndose a la pared vacía—. Supongamos que soy O’Gorman. Estoy harto de ser un niño. Quiero escapar y ver mundo. Pero no puedo enfrentarme a Martha, entonces tengo que desaparecer. Planeo tener un accidente llevando una camisa que un montón de gente pueda identificar como mía. Escojo el momento cuidadosamente, cuando el río está crecido y todavía llueve. Muy bien, preparo un accidente y un trozo de franela con mi propia sangre. Entonces, ¿qué? Me quedo de pie, en ropa interior, bajo una fuerte tormenta a seis kilómetros de la ciudad, con dólares en el bolsillo. Un plan estupendo, O'Gorman, realmente genial.

A las nueve estaba más que dispuesto a creer en el autoestopista desconocido de Ronda.

4

Quinn cenó tarde en El Bocado, un bar de comidas frente al motel. Las posibilidades para pasar el tiempo en Chicote eran limitadas. El local estaba atestado de rancheros con enormes Stenson y trabajadores del petróleo en traje de faena. No había muchas mujeres: algunas esposas preocupadas desde las nueve por llegar a casa a las doce; un grupo de chicas tímidas celebrando un cumpleaños y llamando la atención mucho más que las dos prostitutas de la barra; una mujer remilgosa, de unos treinta años, estaba al lado de la puerta. Llevaba un turbante azul, gafas de concha y ningún maquillaje. Parecía que hubiera entrado allí creyendo que era el YWCA y ahora intentara armarse de valor para salir.

Habló brevemente a una de las camareras. La camarera echó un vistazo a la habitación, sus ojos escogieron por fin a Quinn.

Se acercó a él sin vacilación.

—¿Tiene inconveniente en compartir su mesa, señor? Hay una señora que tiene que comer antes de coger el autocar a Los Angeles. En las paradas de esos coches se sirve una comida malísima.

También en El Bocado, pero Quinn dijo cortésmente:

—No tengo inconveniente —y a continuación, dirigiéndose a la mujer del turbante, indicó—: Por favor, siéntese.

—Muchas gracias.

Se sentó frente a él, como si esperara encontrar una bomba debajo del asiento.

—Es muy amable de su parte, señor.

—No es nada.

—Claro que sí —y con un aire de desdén añadió—: En esta ciudad una mujer nunca sabe lo que le puede ocurrir.

—¿No le gusta Chicote?

—¿Le puede gustar a alguien? Quiero decir, es terriblemente rústico. Por eso me voy.

Ella misma parecía un poco rústica también, decidió Quinn. Un poco de pintalabios y un sombrero menos serio, que dejara ver un poco el cabello, la favorecería. Incluso sin eso era bonita, con la clase de belleza anémica y seria que Quinn asociaba con los coros de iglesia y los cuartetos de cuerda de aficionados.

Entre el pescado, patatas fritas y la ensalada de col, le dijo a Quinn su nombre, Wilhelmina de Vries; su ocupación, mecanógrafa; su ambición, ser la secretaria privada de un ejecutivo importante. Quinn le dijo su nombre; su ocupación, oficial de seguridad, y su ambición, retirarse.

—Un oficial de seguridad —repitió ella—. ¿Quiere decir un policía?

—Más o menos.

—¿No es sencillamente fascinante? Dios mío, ¿está trabajando en algún caso?

—Digamos que me estoy tomando unas pequeñas vacaciones.

—Nadie viene a Chicote de vacaciones. Es la clase de sitio del que la gente como yo trata de librarse en todo momento.

—A mí me interesa la historia de California —dijo Quinn—. De dónde vienen los nombres de ciudades como ésta, por ejemplo.

Ella pareció decepcionada.

—Oh, es muy fácil. A finales de 1890, alguien vino hasta aquí desde Kentucky por razones de salud. Iba a sembrar tabaco, campos y campos del mejor tabaco del mundo para hacer los mejores puros del mundo. Eso es lo que significa Chicote: puro. Sólo que el tabaco no creció y los rancheros se pasaron al algodón, que sí creció. Después descubrieron petróleo y ése fue el fin de Chicote como centro agrícola. Pero yo estoy aquí hablando todo el tiempo y usted ahí sentado.

Su sonrisa descubrió un hoyuelo en la mejilla izquierda.

—Ahora es su turno. ¿De dónde es usted?

—De Reno.

—¿Qué hace allí?

—Estoy aprendiendo un poco de historia de California —dijo Quinn con considerable veracidad.

—Es una forma un poco rara de pasar el tiempo para un policía.

—*Chacun á son gout*, como dicen en Hoboken.

—Es verdad —murmuró—. Supongo que será así, tanto aquí como en Hoboken.

Aunque la expresión de su rostro no cambió, Quinn tenía la sensación de que le había tomado el pelo y que, si la señorita Wilhelmina de Vries cantaba en un coro de iglesia o tocaba en un cuarteto de cuerda, podía haber desafinado algunas notas intencionadamente, sólo por gusto.

—Por favor, dígame verdadera, real y honestamente —dijo ella —, ¿por qué está usted en Chicote?

—Me gusta el clima.

—Es horroroso.

—La gente.

—Grosera.

—La cocina.

—Hasta un perro hambriento despreciaría esta porquería. ¿Sabe lo que le digo? Apuesto un dólar contra un donuts a que está trabajando en un caso.

—Soy un hombre de apuestas, pero se me han acabado los donuts.

—No, en serio, realmente está aquí por algún caso, ¿verdad? —sus ojos azulados brillaron tras las gruesas lentes de sus gafas—. No ha ocurrido nada interesante últimamente, así que debe tratarse de algún caso antiguo... ¿Tiene que ver con dinero, con un montón de dinero?

Era una pregunta que Quinn podía responder sin vacilar.

—Nada de lo que yo hago implica un montón de dinero, señorita de Vries. ¿Qué le ha hecho pensar eso?

—Nada.

—Así que se va a Los Angeles a buscar trabajo.

—Sí.

—¿Dónde tiene la maleta?

—Maleta... oh, en consigna. En la estación de coches. Así no tengo que llevarla encima. Pesa mucho, tengo en ella mis vestidos y todo. Además es una maleta bastante grande.

Si hubiera afirmado simplemente que había consignado la maleta, la habría creído, no tenía razones para no hacerlo. Pero su

respuesta fue demasiado elaborada, como si intentara hacer real la maleta, tanto ante sí misma como ante Quinn.

La camarera le trajo a Quinn la cuenta.

—Tengo que irme —dijo levantándose—. Encantado de haberla conocido, señorita De Vries. Y buena suerte en la gran ciudad.

Pagó a la cajera y cruzó la calle hacia el motel. El garaje que pertenecía al primer bloque estaba abierto. Dio unos pasos hacia el interior y se quedó vigilando la puerta de El Bocado.

No tuvo que esperar mucho. La señorita Wilhelmina de Vries salió, se detuvo indecisa en el bordillo y miró la calle arriba y abajo. Empezó a soplar un viento enérgico pero muy caliente y ella trataba de sujetarse la falda y el turbante al mismo tiempo. Humildemente se rindió al fin. Deshizo el turbante, que se convirtió en un fular azul y se lo guardó en el bolso. Bajo la farola de la calle, liberado de su confinamiento, su cabello saltó en todas direcciones y brillaba a la luz, de color rojizo. Caminó calle abajo durante media manzana, se subió a un pequeño sedán oscuro y arrancó.

Quinn no tenía posibilidad de seguirla. Para cuando sacara el coche del garaje a la calle, el: a ya estaría en casa, o en la estación de autobuses o donde quiera que fuesen las jóvenes como la señorita De Vries, después de un intento fallido de obtener información de un extraño. Era, obviamente, una aficionada al juego, y el turbante, y probablemente también las gafas, eran un burdo disfraz. Quinn se preguntaba por qué se habría molestado en disfrazarse si ni siquiera la conocía. Después recordó que, sentado en la oficina de John Ronda, en el *Beacon*, vio a través de los cristales tres cabezas. Una de ellas tenía el cabello color rojizo.

Muy bien, supongamos que era ella, pensó Quinn. La voz de Ronda era fuerte y clara y las paredes eran sólo de un metro ochenta de altura. La señorita De Vries podía haber oído algo que la interesara hasta el punto de disfrazarse y planear un encuentro en el café El Bocado, tal vez con la colaboración de la camarera. ¿Pero qué fue lo que oyó exactamente? Lo único que él y Ronda habían discutido fue el caso O’Gorman, los detalles que conocía todo Chicote, la declaración que estaba en los archivos públicos, al alcance de cualquiera.

La señorita De Vries había dicho lo que podría interpretarse como una referencia a O’Gorman: «debe ser un caso antiguo», y después prácticamente lo anuló añadiendo: «¿Concierne mucho dinero?» No había dinero implicado en el caso O’Gorman, salvo los dos dólares que llevaba cuando salió de casa la última vez.

La única mención de Ronda sobre un tema sin relación con O’Gorman, fue su breve alusión a la encantadora mujercita desfalcadora que pillaron con las manos en la masa. Quinn se preguntaba qué habría pasado con la encantadora señora y el dinero, y quién más estaría implicado.

Cruzó el camino de entrada y se metió en la oficina del motel para recoger su llave. El recepcionista de la noche, un hombre mayor, con artrosis en las manos, levantó la vista de la revista de cine que estaba leyendo:

—Dígame.

—Me da la llave diecisiete, por favor.

—Diecisiete, sí señor. Un momento.

Rebuscó en el panel de llaves.

—Ingrid no tendrá más éxito con Lars del que Debbie tendrá con Harry. Diga que se lo digo yo.

—Oh, lo haré. A diario —dijo Quinn.

—¿Qué número era?

—Diecisiete.

—No está aquí.

El viejo miró a Quinn de hito en hito por encima de las gafas.

—Claro, le he dado el número diecisiete no hace más de una hora. Me dio su nombre y el número del permiso de conducir, como está escrito aquí, en el libro.

—Yo no he estado aquí hace una hora.

—Claro que sí. Le di la llave. Sólo que llevaba sombrero, un fedora gris, y abrigo. A lo mejor ha estado bebiendo y no se acuerda. El licor nubla bastante la memoria. Dicen que Dean tiene problemas con sus diálogos por beber demasiado.

—A las nueve devolví la llave a la chica que estaba aquí en la oficina —dijo Quinn fatigado.

—Mi nieta.

—Muy bien, su nieta. No he vuelto desde entonces. Ahora, si no le importa, quiero entrar en mi habitación, estoy cansado.

—Ha estado de juerga por ahí, ¿eh?

—Eso es. De juerga, tratando de olvidar a Ingrid y a Debbie. Ahora busque su llave maestra y vamos a ver.

Refunfuñando, el viejo salió primero y siguió por el camino de la entrada. El aire era todavía cálido y seco y ni siquiera el viento enérgico podía disipar el etéreo olor a petróleo que flotaba sobre la ciudad.

—Hace bastante calor esta noche para llevar sombrero y abrigo, ¿verdad? —dijo Quinn.

—Yo no llevo ni sombrero ni abrigo.

—El hombre a quien dio mis llaves, sí.

—Tanta juerga le ha nublado la memoria.

Llegaron a la puerta de la habitación de Quinn y el viejo dejó escapar un grito inesperado de triunfo.

—Mire aquí, ¿quiere? ¿Lo ve? La llave está en la cerradura, donde la dejó. Se lo dije. Se la di y a usted se le olvidó. ¿Qué piensa ahora, eh?

—Nada.

—Ustedes, los tipos que viajan, son unos descuidados, le dan a la bebida y qué sé yo.

No había modo de convencer al viejo de su equivocación, así que Quinn le dio las buenas noches y se encerró en la habitación.

A simple vista, parecía estar tal y como él la había dejado, la cama arrugada, las almohadas apoyadas contra la cabecera, la lámpara encendida. Las dos cajas de cartón que contenían el archivo de Ronda seguían encima de la mesa. A Quinn le era imposible saber si faltaba algo. Incluso Ronda, que había reunido el material, lo encontraría difícil porque seguramente haría años que no lo revisaba.

Quinn desató la cuerda de la primera caja. En un sobre grande de papel de pruebas, estaban las fotos de O’Gorman que Martha le había dado a Ronda: una foto formal, obviamente muy vieja, O’Gorman aparentaba tener entonces veinte años; las otras eran instantáneas: O’Gorman con los niños, con un perro y un gato, con Martha, O’Gorman cambiando una rueda y de pie al lado de una bicicleta. En todas, el hombre parecía formar parte del último plano

y los verdaderos protagonistas de las fotos eran el perro, el gato, los niños, Martha y la bicicleta. Únicamente la fotografía formal mostraba claramente la cara de O'Gorman. Era un joven muy guapo, con el pelo negro y rizado y los ojos grandes y azules, con una expresión lánguida de desconcierto, como si encontrase la vida llena de misterio y no como se la habían hecho esperar. Tenía un tipo de cara que a muchas mujeres les parecería atractiva, especialmente aquellas que confiaran en poderle resolver los misterios de la vida y, como una madre, hacerle olvidar con besos el daño y las heridas que aquélla le infligiera.

Quinn metió las fotos en el sobre, con movimientos lentos, motivados por una repentina sensación de represión. Hasta que no estudió la fotografía, O'Gorman no era real para él. Ahora se había convertido en un ser humano, un hombre que amaba a su esposa y a sus hijos, a su casa, a su perro, que trabajaba mucho, un hombre demasiado bondadoso para abandonar a un autoestopista en la carretera, en una noche tormentosa, y suficientemente valiente para ofrecer resistencia a un ladrón.

Tenía dos dólares en el bolsillo, pensaba Quinn mientras se desvestía y se metía en la cama. ¿Por qué entablaría una pelea por dos miserables dólares? No tiene sentido. Debía haber algo más, algo que nadie ha mencionado… Tengo que hablar con Martha O'Gorman otra vez mañana. Tal vez Ronda pueda arreglarlo.

No recordó, hasta antes de quedarse dormido, que había planeado volver a la Torre por la mañana y desde allí ir a Reno. Ambos lugares empezaban a resultarle lejanos, algo vago, comparado con la realidad sólida y terminante de Chicote. Ni siquiera podía evocar una imagen clara de Doris, y la Hermana Bendición no era más que un voluminoso vestido grisáceo, con una cabeza sin rostro asomando por un extremo y dos grandes pies descalzos por el otro.

5

Por la mañana temprano Quinn bajó a la oficina del motel.

Un hombre de mediana edad, con una calva quemada por el sol, estaba desatando un paquete de periódicos de Los Angeles.

—En qué puedo servirle, señor... Quinn, ¿verdad? ¿La diecisiete?

—Sí.

—Soy Paul Frisby, el dueño y el administrador, con ayuda de mi familia. ¿Hay algún problema?

—Alguien entró en mi habitación anoche, mientras fui al otro lado de la calle, a cenar.

—Yo entré —dijo Frisby, fríamente.

—¿Por alguna razón particular?

—Por dos razones. Cuando un cliente se registra sin equipaje tenemos por norma echar un vistazo a su habitación cuando sale a comer. En su caso había otra razón adicional, el nombre que figura en el registro del coche no es Quinn.

—Un amigo me ha prestado el coche.

—Oh, le creo. Pero en este negocio hay que tener cuidado.

—De acuerdo, pero, ¿por qué ir de capa y espada?

—¿Cómo?

—El asunto de disfrazarse con sombrero y abrigo y pedir la llave al viejo.

—No sé de qué me está hablando —replicó Frisby estrechando los ojos—. Tengo mi propio juego de llaves. ¿Y qué es eso acerca del abuelo?

Quinn se lo explicó escuetamente.

—El abuelo tiene problemas con la vista —dijo Frisby—. Glaucoma. No debe culparle...

—No estoy culpando a nadie. Sólo quiero saber cómo alguien

pudo entrar aquí, pedir mi llave y conseguirla.

—Tratamos de evitar que suceda algo así. Pero en los moteles esas cosas pasan a veces, especialmente si el impostor sabe el nombre y el número del permiso de conducir del cliente. ¿Le quitaron algo?

—No estoy seguro. Había dos cajas sobre la mesa que contenían un montón de documentos que debía examinar. Seguramente habrá visto las cajas cuando entró en la habitación, Frisby.

—Vaya. Bueno, efectivamente, sí.

—¿Abrió alguna de ellas?

A Frisby se le puso la cara tan roja como la quemadura de la calva.

—No. No, no tuve que hacerlo. Vi la etiqueta O'Gorman. Todo el mundo en Chicote conoce el caso. Claro que sentía curiosidad por saber por qué un forastero aparece de repente en la ciudad con un montón de material sobre O'Gorman.

Hubo un silencio largo e incómodo.

—¿Hasta qué punto sintió curiosidad? —dijo Quinn, por fin—. ¿Se lo contó a su mujer, por ejemplo?

—Bueno, en cierto modo se lo mencioné, sí.

—¿A alguien más?

—Señor. Póngase en mi lugar por un momento...

—¿A quién más?

Después de otro silencio, Frisby dijo nerviosamente:

—Telefoneé al comisario. Pensé que podía tratarse de una trampa y que debería saberlo, tal vez era algo verdaderamente serio. Ya veo que me equivoqué.

—¿De veras?

—Suelo juzgar bien a la gente y usted no se comporta como alguien que tenga mucho que ocultar. Pero ayer era diferente. Se registró sin equipaje, conducía un coche con otro nombre y dirección y llevaba un montón de material sobre O'Gorman. No puede culparme por sospechar.

—Así que llamó al comisario.

—Sólo hablé con él. Me prometió que no le quitaría ojo de encima.

—¿Lo haría hasta el punto de engañar a un viejo para que le diera la llave diecisiete?

—Claro que no —dijo Frisby rotundamente—. Además, el abuelo conoce al comisario desde que era un niño.

—En Chicote todo el mundo parece conocer a todo el mundo.

—Así es. No hay ninguna ciudad cerca, no estamos al lado de ninguna autopista principal y ésta es una región muy accidentada. Aquí todos dependemos de los demás para sobrevivir, así que, naturalmente, tenemos que conocernos.

—Y, naturalmente, sospechan de los forasteros.

—Es una comunidad muy unida, señor Quinn. Cuando sucede algo como el caso O'Gorman, nos afecta a todos. La mayoría le conocíamos, fuimos a la escuela con él o trabajábamos con él o le encontrábamos en la iglesia y en las reuniones sociales o en la Asociación de Padres y Profesores. No es que a O'Gorman le apeteciera mucho mezclarse en las actividades de la comunidad, pero a la señora O'Gorman sí y él iba detrás —en el rostro de Frisby se dibujó una pequeña sonrisa—. Podía ser un epitafio apropiado para O'Gorman: «iba detrás». ¿Por qué está interesado en el caso, señor Quinn? ¿Va a escribir un artículo para una de esas revistas del crimen perfecto?

—Tal vez.

—Asegúrese de comunicármelo cuando se publique.

—Lo haré —replicó Quinn.

Desayunó en un café, sentado en una mesa delantera, de forma que podía vigilar su coche aparcado al otro lado de la calle, con el archivo sobre O'Gorman en el maletero, cerrado con llave. Aunque Frisby no le dio ninguna pista sobre el intruso de la noche anterior, le había dado algo que Quinn agradecía: una excusa para seguir haciendo preguntas por ahí. De ahora en adelante, sería un escritor aficionado que buscaba una nueva interpretación de la desaparición de O'Gorman.

Se compró una libreta de bolsillo y un par de bolígrafos en un comercio antes de ir a la oficina del *Beacon*, en la Octava Avenida. Tan pronto como abrió la puerta oyó claramente la voz de Ronda por encima del tecleo de las mecanógrafas y del sonar del teléfono. La pelirroja señorita De Vries no pudo tener dificultad alguna en escuchar indiscretamente la conversación, ni aun teniendo tapones

en los oídos.

—Buenos días, Quinn. Veo que vuelve con el fichero a salvo —dijo Ronda.

—No estoy seguro del todo.

Quinn le habló del hombre con abrigo.

Ronda le escuchaba, frunciendo el ceño y tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—A lo mejor era sólo un ladrón que buscaba otra cosa en la habitación.

—No había nada más. Dejé todo en Reno, tenía la intención de estar de regreso allí hoy mismo.

—¿Y por qué no lo está?

—Me interesa O'Gorman —dijo Quinn sin vacilar—. He pensado que sería un artículo interesante para una de las revistas del crimen perfecto.

—Ya lo ha sido como una docena de veces en los últimos cinco años y medio.

—Tal vez encuentre un nuevo enfoque. Empecé con mal pie ayer con la señora O'Gorman, pero se me ha ocurrido que tal vez usted podría arreglarlo.

—¿Cómo?

—Llámela y hágame propaganda.

Ronda miró pensativo al techo.

—Creo que podría intentarlo, pero no estoy seguro de querer hacerlo. No sé nada de usted.

—Haga preguntas y nos conoceremos.

—Muy bien. Primero, será mejor que le advierta que anoche hablé con Martha O'Gorman y me contó que la llamó por teléfono y después la fue a visitar. Lo que no entiendo es que cuando telefoneó a Martha al mediodía parecía no estar enterado de la muerte de O'Gorman.

—Es verdad, no lo estaba.

—¿Por qué quería verle?

—La ética profesional...

—Que, obviamente, no incluye engañar a una viuda —le interrumpió Ronda.

—... me impide dar nombres, así que llamaré a mi cliente, señora X. La señora X me pagó para que averiguara si un hombre

llamado Patrick O'Gorman vivía en Chicote.

—¿Y?

—Eso es todo. Sencillamente, tenía que averiguar si todavía seguía aquí, sin hablar con él ni darle ningún mensaje ni verle.

—Oh, venga ya, Quinn —dijo Ronda bruscamente—. Esa señora X no tenía más que escribir una carta a las autoridades de la ciudad, al alcalde o al comisario o incluso a la Cámara de Comercio. ¿Por qué iba a contratarle para venir hasta aquí?

—Lo hizo.

—¿Cuánto le pagó?

—Ciento veinte dólares.

—Por el amor de Dios, debe estar chiflada.

—Es una buena forma de expresarlo —dijo Quinn—. Lo está, por el amor de Dios.

—Una chalada, ¿eh?

—Muchos dirían eso. A propósito, esto es confidencial.

—Por supuesto. ¿Qué relación tiene la señora X con O'Gorman?

—No me lo dijo, si es que la tenía.

—Parece un trabajo raro para que lo acepte un hombre como usted —dijo Ronda.

—Cuando estoy arruinado suelo aceptar trabajos raros.

—¿Qué es lo que le ha arruinado?

—La ruleta, los dados, las veintiuna, el casino...

—¿Es un jugador profesional?

La sonrisa de Quinn no mostraba alegría.

—Aficionado. Los profesionales ganan. Yo pierdo. Esta vez perdí todo. El dinero de la señora X parecía agradable, verde y fresco.

—Engañar a las viudas —dijo Ronda— y aceptar dinero de viejas chifladas no le convierte en un héroe precisamente, Quinn.

—No exactamente. Además, la señora X no es vieja y, excepto por algunas excentricidades bastante obvias, es una mujer inteligente.

—Entonces, ¿por qué no escribió una carta simplemente o llamó por teléfono?

—Ninguna de las dos cosas está permitido en el sitio donde vive. Es miembro de una oscura secta religiosa que prohíbe todo contacto innecesario con el mundo exterior.

—Entonces —dijo Ronda secamente—, ¿cómo tropezó con

usted?

—No lo hizo. Yo tropecé con ella.

—¿Cómo?

—Seguramente no me creería.

—Hasta el momento no lo he hecho. Pero siga intentándolo.

Quinn siguió intentándolo y Ronda le escuchaba, sacudiendo la cabeza de vez en cuando con incredulidad.

—Es una locura —dijo cuando Quinn terminó—. Toda la historia es una locura. Quizás usted también.

—No descarto la posibilidad.

—¿Dónde está ese lugar, de todas formas, y cómo se llama?

—No puedo decírselo. Es una de las numerosas sectas, nada raras en el sur de California, formada por inadaptados, neuróticos, marginados del mundo. Por lo general, cuidan de sus propios asuntos y no se meten en problemas, sólo tienen algunos roces con las autoridades locales sobre la escolarización de los niños.

—Muy bien —dijo Ronda gesticulando un poco—. Supongamos que me creo toda esta inverosímil historia, ¿qué quiere que haga?

—Ponerme a prueba y enfrentarme con Martha O'Gorman, eso por una parte.

—Puede no resultar fácil.

—Y por otra, dígame el nombre de la mujer pelirroja que estaba ayer por la tarde en la oficina de fuera, cuando fue a buscar el archivo de O'Gorman.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Nos encontramos en el café El Bocado anoche, al mismo tiempo que el hombre con el abrigo registraba mi habitación.

—¿Cree que hay alguna relación?

—Sería idiota si no lo creyese. Ella se aseguró de que yo no saliera de allí antes de que ese individuo tuviera la oportunidad de acabar su trabajo.

—Debe estar equivocado, Quinn. A la mujer en cuestión no se le ocurriría ligar con un desconocido en un sitio como El Bocado, para encubrir a un ratero. Es una mujer respetable.

—No me sorprende en absoluto —dijo Quinn con guasa—. Todos los implicados son o eran la personificación de la

respetabilidad. Eso es lo que hace único este caso, ni canallas, ni estafadores, ni mujeres dudosas. O'Gorman era un buen chico, Martha O’Gorman es el pilar de la comunidad, la señorita X vive entregada a una secta y la mujer pelirroja seguro que es catequista.

—Efectivamente, lo es.

—¿Quién es, Ronda?

—Caramba, Quinn, no creo que deba decírselo. Es una chica encantadora y, además, es posible que esté en un error.

¿Le vio la cara cuando estuvo aquí ayer por la tarde?

—No. Sólo la cabeza.

—Eso no es suficiente para probar que era la misma mujer que se encontró con usted en el café. Además, Willie es una operaría demasiado lista para llevar a cabo un truco tan burdo.

—Willie —repitió Quinn—. ¿Es el diminutivo de Wilhelmina?

—Sí.

—¿Wilhelmina de Vries?

—¿Cómo?… ¿Cómo? Sí —dijo Ronda, mirándole anonadado—. ¿Cómo sabe su nombre?

—Ella me lo dijo anoche en la cena.

—Ahora se llama Willie King; ha pasado por un corto matrimonio y divorcio…

¿Le dijo cómo se llamaba?

—Sí.

—Seguro que eso prueba que no le estaba tendiendo ninguna trampa.

—Diga lo que quiera. Supo cómo hacerlo y disfrutaba.

—¿Qué más le dijo?

—Un montón de mentiras que no merece la pena repetir. A propósito, ¿tiene algún novio, por casualidad?

La pregunta pareció enojar a Ronda. Se inclinó hacia delante lanzando una larga y penetrante mirada a Quinn.

—Escuche, Quinn. No puede llegar a una ciudad como ésta y empezar a hacer insinuaciones sobre algunos de sus mejores ciudadanos.

—Así que Willie King sale con uno de los mejores ciudadanos de Chicote.

—No he dicho eso. Sólo…

—Dígame, ¿hay algún mal ciudadano en Chicote? Todos los que

he conocido o de los que me han hablado hasta ahora, eran personajes verdaderamente excelentes... no, me equivoco. Había una excepción, la encantadora señora que hizo el desfalco en el banco local.

—¿Qué le ha hecho pensar en ella de repente?

—No se me quita de la cabeza —dijo Quinn.

—¿Por qué?

—En mi profesión, como en la suya, los pecadores reciben más atención que los santos. Chicote, aparentemente, está rebosante de santos, pero...

—Aléjese de la ciudad, ¿quiere? Esta es una ciudad media, en la que hay gente corriente y suceden cosas normales.

—Hábleme de la señora desfalcadora, Ronda.

—Le repito, ¿por qué?

—Cuando Willie King nos escuchó ayer en esta oficina, me estaba hablando del caso O'Gorman principalmente, pero también mencionó a la desfalcadora. Siento curiosidad por saber cuál de los dos le interesaba a Willie King y quizás también a su novio.

—Todos en Chicote están interesados en ambos casos —dijo Ronda, encogiéndose de hombros evasivamente.

—¿Hasta el punto de introducirse en mi habitación del motel?

—No, por supuesto que no.

—Muy bien, entonces, ¿quién es el novio de Willie King, Ronda?

—No puedo asegurar nada, pero he oído rumores. En una ciudad tan pequeña, cuando una mujer atractiva y joven trabaja con un viudo atractivo, siempre se supone que también la intentará seducir.

—¿Se llama?

—George Haywood. Dirige una inmobiliaria. Willie era su secretaria, pero consiguió un ascenso. En los últimos anuncios que puso Haywood en el *Beacon* la nombraba como socia. Hasta qué punto son socios es algo que a nadie le incumbe.

—Puede que a mí sí —dijo Quinn—. Willie no se pasó accidentalmente por El Bocado anoche, disfrazada porque sí.

—No parece plausible.

—¿Tenía alguna relación Willie con el caso O’Gorman?

—No, que yo sepa.

—¿Y con el desfalco?

—Bueno, relación es una palabra demasiado fuerte.

—Elija una más suave.

Ronda se recostó en la silla y se cruzó de brazos.

—Willie no tiene nada que ver con el desfalco... No fue sólo uno, sino toda una serie, en un período de diez u once años... salvo porque trabajó para George Haywood.

—¿Y George Haywood estaba implicado en los desfalcos?

—No voluntariamente —dijo Ronda con agudeza—. Su integridad es indiscutible. No pudo evitar verse implicado, a pesar de todo. La desfalcadora era su hermana menor, Alberta Haywood.

Ronda se detuvo, frunció el ceño y miró al techo.

—Su caso fue, a su modo, tan trágico como el de O'Gorman. Los dos eran gente tranquila y modesta.

—¿Eran? ¿Quiere decir que también ella está muerta?

—Más o menos. Estuvo en la prisión de mujeres de Tecolote durante más de cinco años y lo más probable es que siga allí otros cinco o diez años.

—¿Y la libertad condicional?

—Tiene que comparecer en la vista pronto, pero no creo que eso cambie las cosas para ella.

—¿Por qué no?

—Bueno, cuando la Junta que se encarga de la libertad provisional accede a considerar un caso en el que está implicado dinero robado, los miembros quieren asegurarse de dos puntos: qué sucedió con el dinero y si el ladrón está arrepentido de haberlo cogido. Es posible que Alberta Haywood no pueda satisfacerles. Según tengo entendido, su comportamiento en la prisión de Tecolote era dócil, pero no arrepentido, y en cuanto al dinero, es cuestión de que crean o no su historia. Algunos la creen y otros no.

—¿Y usted?

—Oh, yo sí —dijo Ronda—. Se gastó el dinero según lo desfalcaba, durante diez años o más. Daba algo para caridad, prestó algo a sus amigos y familiares, jugó a la Bolsa y dilapidó el resto apostando a los caballos. Todo eso encaja con la imagen del desfalcador medio. Hice un estudio sobre el tema después de que descubrieran a Alberta Haywood y me enteré de algunos detalles bastante sorprendentes. Por ejemplo, la cantidad de dinero desfalcado en un año es bastante más que el robado en todo el país por ladrones, asaltadores de bancos, carteristas y ladrones de coches

juntos.

—Cuesta trabajo creerlo.

—Compruébelo usted mismo. Es verdad. Me interesó otro punto. Alberta Haywood parecía una persona incapaz de cometer un delito semejante. Averigüé que esa apariencia es lo que tenía en común con los demás. El desfalcador medio no tiene antecedentes de deshonestidad, ni actúa como un criminal, ni se considera uno de ellos. Muy a menudo la comunidad tampoco les considera como tales, normalmente porque devuelven parte del dinero a la gente que han defraudado. La ciudad de Chicote respaldó seriamente a Alberta Haywood. Les debe de haber robado más de cien mil dólares de su dinero, pero los Boy Scouts tienen nuevo mobiliario en el club y la sociedad de niños inválidos tiene una furgoneta nueva. Es una forma de pensar absurda, por supuesto, como recibir una puñalada por la espalda y contentarte después con un pirulí, para aliviar el dolor.

—¿Conocía bien a la señorita Haywood?

—Tanto como cualquiera fuera de la familia, supongo. Ella conocía de vista a casi toda la ciudad, pero no tenía amigos íntimos. En Tecolote es una reclusa ejemplar, obediente, tranquila, no causa problemas. Naturalmente eso la favorecerá en la vista para la libertad provisional, pero aún queda la cuestión de si creerán la historia de cómo se gastó el dinero, aunque para mí es bastante obvio que dice la verdad.

—¿Se ha intentado relacionar alguna vez los dos crímenes, el desfalco de la señorita Haywood y el asesinato de O'Gorman?

—Oh, sí. En un principio la Policía jugó con la idea de que Alberta hubiera asesinado a O'Gorman.

—¿Por qué razón?

—Cuando arrestaron a Alberta, la Policía buscaba hasta debajo de las piedras en un intento de descubrir el motivo del asesinato de O'Gorman. Alguien levantó una gran piedra y surgió esto: en un tiempo, O'Gorman, como Alberta, fue contable, así que tal vez descubrió el desfalco de la joven con anterioridad, amenazó con descubrirla y le asesinaron para asegurar su silencio. Había bastantes puntos que no encajaban en esa teoría. Primero, Alberta estaba en el cine la noche en que murió O'Gorman. Segundo, O'Gorman no tenía acceso a los libros del banco sino a través de

Alberta. Y seguro que mientras ella tuviera las manos en la masa no iba a invitar a un desconocido para que los viera.

—¿Era un desconocido para ella?

—Prácticamente sí. Pudo haberle visto un par de veces durante el corto tiempo que O'Gorman trabajó para su hermano, George, como vendedor de inmuebles.

Digo corto tiempo porque no duró más de un mes. El pobre O'Gorman no vendería ni sarongs en Tahití. Su personalidad era demasiado flemática y, además, no se preocupaba por el dinero lo suficiente para luchar con uñas y dientes, como lo hacen los vendedores. O'Gorman se contentaba con ir tirando, y lo mismo Martha, aunque ella tenía interés en poder enviar los niños a la Universidad.

—¿Llegó a cobrar el seguro de O'Gorman?

—Oh, sí, la compañía pagó por fin. Pero no fue mucho. Cinco mil dólares, creo.

—Cinco mil dólares constituyen mejor motivo que dos dólares —dijo Quinn.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Su aludido autoestopista consiguió dos dólares, Martha O'Gorman cinco mil.

El rostro de Ronda se enrojeció de enfado, pero habló con calma.

—Naturalmente que hubo sospechas dirigidas contra Martha. No se llegó a nada.

Es extraño, la gente fue mucho más amable con Alberta Haywood, que cometió un delito, que con Martha, que era víctima inocente de otro. Pero de nuevo tropezamos con el asunto del nuevo mobiliario para los Boy Scouts y la furgoneta para los niños inválidos. La estúpida gente de Chicote no es capaz o no quiere darse cuenta de que les han quitado cinco mil dólares y que sólo han recuperado alrededor del cinco por ciento. El resto se fue en apuestas y similares.

—¿Dio nombres y fechas?

—No. Se negó. No quiso complicar a nadie más. Sin embargo, el dueño de un estanco dijo a la Policía que estuvo jugando a los caballos diariamente durante seis o siete meses, antes de que la cogieran.

—¿Cómo la descubrieron?

—El presidente del banco empezó a sospechar de que los beneficios disminuyeran, mientras los de los demás bancos de la zona se incrementaban. Llamó a los inspectores de bancos. Por razones obvias, nunca se avisa a los empleados de la llegada de los inspectores. Sea como fuere, uno de ellos llamó a Alberta Haywood para que explicara un pequeño error en un libro que habían seleccionado al azar. Ella supo enseguida que todo había acabado. Confesó todo y, después de un breve juicio la enviaron a la prisión de Tecolote.

—¿Tenía algún pariente cercano, además de su hermano George?

—Una hermana, Ruth, que se había ido de la ciudad hacía un año, después de una pelea familiar sobre el hombre con el que se casó. Y su madre que es uno de los personajes de la ciudad. La señora Haywood se negó a asistir al juicio de Alberta y a tener nada que ver con ella y creo que influyó sobre George. Siempre quiso mucho a su hermana, pero sólo la visitó una vez en la prisión del condado antes de que la trasladaran a Tecolote. En lo que a su familia respecta, Alberta Haywood murió el día que llegaron los inspectores. Por lo menos para la señora Haywood y George. No sé nada sobre su hermana Ruth. Es una especie de marginada de la familia.

—¿Cómo es la señora Haywood?

—Es una espanto —dijo Ronda sonriendo—. George se merece una medalla por vivir con ella. O una patada en el trasero.

—¿Vive con ella?

—Sí. Se quedó viudo hace siete u ocho años. Las propiedades ya no se venden precisamente como pasteles calientes, pero le va bastante bien. Después de que metieran en la cárcel a Alberta todos creímos que George abandonaría Chicote y se instalaría en una gran ciudad, donde el nombre Haywood no fuese algo que hubiera que olvidar. Pero George es un luchador. Se quedó... Bueno, Quinn, ahí tiene la historia de Alberta Haywood. Y la moraleja es: si desfalcas un montón de dinero, no lo repartas ni te lo juegues. Ponlo en un lugar seguro para impresionar a la Junta para la libertad provisional.

—¿Cuándo se celebrará la vista?

—El mes que viene —dijo Ronda—. Se lo recordé a George

cuando vino con sus anuncios hace un par de semanas. No quería ni hablar de ello.

—Usted parece muy interesado.

—Es noticia. Donde surge la noticia, el *Beacon* resplandece. Es lo que dice el encabezamiento. Uno de estos días pensaré algo mejor o por lo menos más exacto. Ahora, si no le importa, Quinn, tengo que dejarle. Hay trabajo que hacer.

—¿Qué hay acerca de mi encuentro con Martha O'Gorman?

—No será fácil. No le impresionó precisamente.

—Lo haré mejor si tengo una segunda oportunidad.

—Muy bien —dijo Ronda—. Trataré de localizarla en el laboratorio del hospital sobre las once.

6

Quinn llamó a la oficina de George Haywood desde el teléfono de un comercio. Un hombre, que se identificó como Eearl Perkins, dijo que el señor Haywood estaba en casa con resfriado.

—¿Está la señora King? —preguntó Quinn.

—No, no volverá hasta después del almuerzo. Está fuera de la ciudad enseñando una propiedad que el señor Haywood debía haber negociado en persona. Si es algo urgente puede usted llamar a la casa del señor Haywood, 5-0936.

—Gracias.

Quinn marcó el 5-0936 y preguntó por el señor George Haywood.

—Está enfermo.

La voz de la mujer era cascada pero aún enérgica.

—Está en cama con resfriado.

—¿Podría hablar con él un momento?

—No puede ser.

—¿Es usted la señora Haywood?

—Sí.

—No voy a estar en la ciudad mucho tiempo y me gustaría ver al señor Haywood por un asunto urgente. Me llamo Joe Quinn. Si puede decirle que le he llamado…

—Se lo diré en el momento oportuno.

Colgó, dejando a Quinn con la duda de si el momento oportuno sería el mediodía o las próximas Navidades.

Compró un número del *Beacon* de Chicote y pidió una taza de café en el barra del comedor. El *Beacon* publicaba un mínimo de noticias del mundo entremezcladas con numerosos relatos insulsos de sucesos locales y numerosas listas abrumadoras con los nombres

de la gente que los protagonizaba. No cabía duda de que John Ronda estaba agradecido a O'Gorman y a Alberta Haywood: al menos le proporcionaron algo interesante sobre lo que escribir. Ronda, indudablemente, había recibido de buen grado una oportunidad para reabrir ambos casos. Tal vez sea por eso por lo que se está tomando tantas molestias por mí, pensó Quinn. El *Beacon* necesita otro impulso y una nueva pista sobre la muerte de O'Gorman desplazaría de la primera página las partidas de canasta del Club Femenino y las salchichas de Frankfort asadas del YMCA.

A las once llamó a Ronda a su oficina.

—Bueno, lo conseguí —dijo Ronda, satisfecho de sí mismo—. Martha se mostró reacia, naturalmente, pero la convencí. Se encontrará contigo en la cafetería del hospital al mediodía. Está en la calle C, cerca de la Tercera Avenida. La cafetería está en el sótano.

—Se lo agradezco mucho.

—¿Consiguió hablar con Haywood?

—No. Está en cama con resfriado y su madre se negó a dejarme hablar con él.

Ronda se rio como de algún chiste privado que no quisiera explicar.

—¿Qué hay de Willie King?

—Está fuera de la ciudad.

—Ha salido todo mal, ¿eh?

—A mí, sí —dijo Quinn—. Para Willie y George resulta muy oportuno.

—Tiene una mente muy suspicaz, Quinn. Si el incidente del café anoche sucedió como dijo, Willie tendrá alguna explicación seria de sus actos. Es una mujer de negocios respetable.

—En Chicote todos parecen respetables —dijo Quinn—. Tal vez se me pegue algo de respetabilidad, si sigo por aquí lo suficiente.

El hospital era nuevo y la cafetería estaba en el sótano, iluminada y ventilada por amplias ventanas que daban a una plaza con una fuente. Al lado de una de las ventanas esparaba Martha O'Gorman, sentada a una mesa pequeña. Tenía un aspecto agradable y atractivo con el uniforme blanco. Su rostro, que Quinn había visto la última vez arrugado de enfado, estaba ahora sereno.

Ella habló primero:

—Siéntese, señor Quinn.
—Gracias.
—¿En qué campo juega esta vez?
—En ninguno —dijo Quinn—. El árbitro no ha lanzado aún la pelota.
Ella levantó los ojos:
—¿Así que espera árbitros en este juego sucio? Es usted un ingenuo. Los árbitros están para asegurar un juego limpio, para proteger a ambos lados igualmente. No es así como resulta para mis hijos y para mí, solos, sin mi marido.
—Lo siento, señora O'Gorman. Desearía poder, bueno, ayudar.
—He sufrido más a causa de la gente que intentaba ayudarme que a causa de los extraños indiferentes.
—Entonces permítame ser un extraño indiferente.
Se irguió intransigente en la silla y cruzó las manos sobre la mesa.
—Dejémonos de rodeos, señor Quinn. ¿Por qué le contrató una mujer para que localizara a mi marido?
—Esa información se la dio el señor Ronda confidencialmente —dijo Quinn sonrojado—. No esperaba que lo contase.
—Entonces no conoce bien a la gente. El es el correveidile de la ciudad.
—¡Oh!
—No es que le interese hacer daño; los correveidiles nunca lo pretenden, ¿verdad?, pero le encanta hablar y publicar. ¿Qué me dice de la mujer, señor Quinn? ¿Qué motivo tiene?
—Verdaderamente no lo sé. Probablemente Ronda se lo dijo también, ¿verdad?
—Oh, sí.
—Acepté el trabajo porque lo necesitaba —dijo Quinn—. No me pidió referencias y no le pregunté. Supuse que el señor O'Gorman sería un pariente o un viejo amigo con quien había perdido contacto. Naturalmente, si hubiera sabido que me iba a meter en esta situación, le habría formulado más preguntas.
—¿Cuánto tiempo hace que vive con esa secta o lo que sea?
—Afirmó que su hijo le enviaba un billete de veinte dólares cada Navidad. Me dio ciento veinte dólares.
—Entonces seis años —dijo Martha O'Gorman pensativamente

—. Si ha vivido apartada del mundo tanto tiempo, es posible que no se enterara nunca de que Patrick estaba muerto.

—Bastante posible.

—¿Cómo es ella?

Quinn describió a la Hermana Bendición lo mejor que supo.

—No recuerdo que Patrick conociera a nadie así —dijo la señora O'Gorman—. Nos casamos hace dieciséis años y sus amigos eran mis amigos.

—Mi descripción no es muy buena, lo siento. Cuando en un grupo de personas todos llevan los mismos vestidos grises y amorfos es difícil distinguirles: Probablemente ese es el fin de los vestidos, suprimir la distinción y la individualidad. De todas formas da resultado.

Se dio cuenta, según hablaba de que estaba exagerando. La Hermana Bendición había conseguido conservar su personalidad y lo mismo, hasta cierto punto, los demás: el Hermano Luz del Infinito, con su gran preocupación por el ganado, que era su responsabilidad; la Hermana Contrición intentando salvar a sus hijos del mal camino que emprenderían en la escuela; el Hermano Lengua, mudo, con sólo un pajarito por voz; la Hermana Gloria de la Ascensión, fabricando económicamente un colchón con el cabello de los hermanos; el Hermano Corazón Firme blandiendo la navaja de afeitar con ardor miope; eran y siempre lo serán, individualidades, no hormigas en un hormiguero, ni abejas en una colmena.

—¿En otro tiempo fue enfermera? —dijo Martha O'Gorman.

—Eso me dijo.

—Ahora conozco a muchas enfermeras, por supuesto, pero en esos días, antes de empezar a trabajar aquí, no. Además, la mayoría de las personas que Patrick y yo considerábamos amigos nuestros aún viven en Chicote.

—¿Como John Ronda y su esposa?

—Su esposa, sí; John, quizá.

—¿Y George Haywood?

Se puso nerviosa, miraba a la fuente como si el movimiento del agua la hubiera hipnotizado.

—Conozco al señor Haywood, aunque no socialmente. Hace mucho tiempo, Patrick trabajó para él durante unas semanas. No llegaron a un acuerdo satisfactorio. Patrick era demasiado honesto para esa clase de trabajo.

Su versión, percibió Quinn, era bastante diferente de la de Ronda.

—¿Conoce a la señora King, una de las socias de Haywood?

—No.

—¿Y a Alberta Haywood?

—¿La que robó el dinero? Nunca me la presentaron, pero la veía a veces en el Banco cuando iba a cobrar el cheque de la paga de Patrick. ¿Por qué demonios rae pregunta por toda esa gente? No tienen nada que ver con Patrick ni conmigo. Hace siete años o más que Patrick trabajo para el señor Haywood y le repito que nunca le conocí socialmente y no conozco ni a su socia ni a su hermana.

—¿Su esposo era contable, señora O Gorman?

De pronto pareció cautelosa.

—Bueno, sí. Siguió un curso por correspondencia. No tenía un talento natural para los números, pero…

—¿Pero usted le ayudaba?

—Algunas veces. Lo sabe por Ronda, supongo. Bueno, no es ningún secreto. El trabajo de una esposa es ayudar a su marido cuando lo necesita. Soy una mujer realista, señor Quinn, no lucho contra lo inevitable. Si Patrick no estaba muy dotado de cerebro, podía apoyarse un poco en mí, como yo me apoyaba, más que un poco, en las buenas cualidades que él poseía y yo no: dulzura, generosidad, tolerancia. Esos no son mis puntos fuertes. Eran los de Patrick. Nos prestábamos ayuda el uno al otro y nos apoyábamos el uno en el otro, juntos, llevábamos una vida completa y feliz.

Las lágrimas brillaron en sus ojos y Quinn se preguntaba si se debían al lamento por esa vida en otro tiempo completa y feliz o a que se daba cuenta de que no había sido tan completa y feliz como le gustaba aparentar. ¿Habían sido los O’Gorman una pareja ideal o una pareja cuyos ideales impedían cualquier reconocimiento de fracaso? ¿Había aceptado O’Gorman el hecho de su propia inferioridad con la misma ecuanimidad que lo hacía su esposa?

—Durante mucho tiempo, después del accidente de Patrick —dijo ella, dándose unos toques en los ojos con el pañuelo—

corrieron rumores, hubo murmuraciones, insinuaciones. La gente se quedaba mirándome y podía adivinar lo que pensaban; ¿es ésta la Martha O'Gorman que conocemos, o es algún monstruo capaz de matar a su marido por el dinero del seguro? No, no me imaginaba cosas, señor Quinn. Mis amigos tenían sospechas. Pregunte a John Ronda, él era uno de ellos. Para mí fue una tragedia doble: no sólo perdí a mi marido, sino que era sospechosa de haber causado su muerte, por asesinato o dándole razones para poner fin a su vida.

—¿Qué razones?

—Las evidentes. Estaba dominado, yo era demasiado mandona, llevaba los pantalones en la familia, esa clase de historias. Algunas personas como Ronda y su esposa conocían la verdad, no habría quien llevara los pantalones en la familia si yo no hubiera asumido esa responsabilidad. Patrick era amable, gentil, cariñoso, pero el dinero no significaba nada para él. Los recibos pendientes no eran más que trozos de papel. Nada me hubiera gustado más que salir fuera y conseguir un trabajo, pero eso habría destruido la confianza de Patrick en sí mismo, que, además, nunca fue muy grande. Hacía equilibrios entre la debilidad de Patrick y sus necesidades.

—No hay muchas mujeres capaces de hacer de una situación como esa una vida completa y feliz.

—¿No? —dijo ella—. No parece saber mucho sobre las mujeres.

—Garantizado.

—Ni sobre el amor.

—Quizá no. Aunque intento aprender.

—Me temo que es demasiado viejo para aprender ahora —dijo tranquilamente—. El amor llega mientras se es aún suficientemente joven como para soportar las dificultades que inflige y mientras aún se es capaz de aguantar los puñetazos o de tambalearse después de que te cuenten hasta ocho. Mi hijo Richard —añadió con una sonrisita de orgullo—, que es aficionado al boxeo, me enseña la jerga.

—Ronda me dijo que es muy inteligente.

—Eso creo, aunque quizá no sea imparcial.

—Hábleme del accidente de su esposo, señora O'Gorman.

Su mirada fue limpia y directa.

—No hay que decir nada que no estuviera en el archivo que John Ronda le prestó ayer por la tarde.

—Hay algo que no se ha mencionado. ¿Tenía calefacción el coche de su marido?

—No. Nunca gastábamos dinero en lujos.

—¿Qué llevaba puesto cuando salió de casa?

—Sabe lo que llevaba puesto si lee mi declaración y la investigación: una camisa de franela a cuadros, amarilla y negra.

—¿Estaba lloviendo esa noche?

—Sí. Llevaba así varios días.

—¿Pero el señor O'Gorman no llevaba impermeable ni chaqueta?

—Sé a dónde quiere llegar, pero no dará resultado. Patrick no necesitaba llevar un impermeable porque el garaje está unido a la casa y en el campo de petróleo aparcaba en lo que lo que antes era un cobertizo vacío, justo al lado de su oficina. No tenía que salir bajo la lluvia.

—Hacía frío además de lluvia, creo.

—A Patrick no le importaba nunca el frío. Ni siquiera tenía un abrigo.

—Según un recorte de periódico del archivo de Ronda, la temperatura esa noche era de cuatro grados centígrados, que es bastante baja.

—La camisa era de lana —dijo ella—, una franela gruesa de lana. Además, cuando salió de casa tenía mucha prisa. Estaba casi desesperado por llegar a la oficina y corregir el error que había cometido antes de que lo descubrieran.

—Desesperado —repitió Quinn. Le parecía una palabra muy fuerte, una palabra que no encajaba con la imagen que él tenía de O'Gorman como hombre tranquilo, pausado, sin ambiciones—. ¿El accidente ocurrió mientras iba al campo de petróleo?

—Sí.

—Si estaba desesperado y con mucha prisa, no parece probable que se detuviera para recoger a un autoestopista, ¿verdad?

—No hubo ningún autoestopista —dijo ella sin rodeos—, excepto en las pequeñas mentes bulliciosas de Ronda y del comisario. Además de su argumento de que Patrick llevaba demasiada prisa, hay otro: una semana antes, un autoestopista robó a una pareja de Chicote y Patrick me prometió solemnemente no volver a parar a ningún desconocido en la carretera.

—¿Y a una mujer? ¿O a un hombre que conociera?

—¿Qué hombre? ¿Qué mujer? Nadie tenía rencor a Patrick. Y si alguien le hubiera pedido que le entregase el dinero que llevara, lo hubiera hecho con mucho gusto. No sería necesaria ninguna violencia —extendió las manos con un gesto de resignación—. ¿Ve ahora por qué sé que fue un accidente? No hay nada que apoye otra teoría. Patrick tenía prisa, condujo más de prisa que de costumbre y además la visibilidad era escasa debido a la fuerte lluvia.

—Amaba mucho a su esposo, ¿verdad, señora O'Gorman?

—Hubiera hecho cualquier cosa por él. Cualquier cosa en el mundo. Y aún...

Se volvió mordiéndose el labio inferior.

—¿Aún, señora O'Gorman?

—Quiero decir, suponga que a Patrick le sucedió algo terrible en su interior que pudo..., suponga que perdiera la razón repentina y completamente..., bueno, entonces, si vuelve alguna vez, o si le encuentran, le seré fiel.

—Las personas no se vuelven locas repentina y completamente. Siempre hay signos previos de perturbación. ¿Mostró su marido algún signo de ese tipo?

—No.

—¿Ningún acceso de melancolía, ataques de cólera, borracheras, cambios en sus hábitos como dormir, comer, vestir?

—No. Tal vez estaba más tranquilo que de costumbre, más distante.

—¿Por distante quiere decir abstraído o meditabundo?

—Meditabundo. En una ocasión, bromeando, le acusé de soñar despierto y me dijo que no eran sueños, sino pesadillas diurnas. Lo recuerdo porque era una expresión rara, nunca la había oído, ¿y usted?

—Sí —dijo Quinn—. Es algo de lo que nunca se despierta.

7

La Compañía Inmobiliaria Haywood ocupaba una oficina con aire acondicionado en el piso bajo de un pequeño hotel. Las paredes estaban cubiertas con planos de la ciudad y de la región, una fotografía aérea de Chicote, un grabado de Washington cruzando el Delaware y otro de Lincoln joven.

Un hombre de cara cetrina, en mangas de camisa, se identificó como Eearl Perkins. Aunque había numerosas mesas con sus letreros, Perkins era el único ocupante de la oficina y Quinn se preguntaba si los negocios iban tan mal que los demás no se habían molestado en aparecer, o si iban tan bien que estaban todos fuera, como Willie King, enseñando fincas.

—¿Cuándo cree que estará de vuelta la señora King? —dijo Quinn.

—A cualquier hora. Y quiero decir exactamente eso, a cualquier hora. Aquí a nadie le pillaría el techo encima. No hay reglas. ¿Es usted un hombre de negocios, señor...?

—Quinn. Estoy en negocios, sí.

—Entonces sabrá que un negocio no puede funcionar bien sin reglas duras y sólidas a las que los empleados se adhieran estrictamente. Sin reglas, ¿qué tenemos? El caos.

Quinn echó un vistazo por la oficina casi vacía.

—Un tipo de caos tranquilo y agradable.

—El caos no siempre aflora a la superficie —dijo Perkins agriamente—. Por ejemplo, mi hora de almorzar es de doce a una. Ahora es casi la una y todavía no he comido. Quizá para usted sea un ejemplo trivial, pero no para mí. Yo podía haber enseñado esa finca y estar de vuelta aquí a las once, porque no pierdo el tiempo, ni luego trato de recuperarlo haciendo .a pelota al jefe.

—¿Cuánto tiempo hace que la señora King trabaja para el señor Haywood?

—No lo sé. Me acaban de contratar en enero.

—¿Hay un señor King?

—No de manifiesto —dijo Perkins con satisfacción—. Está divorciada.

—¿Hace mucho que vive usted en Chicote?

—Toda mi vida, excepto dos años que pasé en la Escuela Superior del Estado de San José. Puede creer que después de dos años completos de escuela haya venido a parar… bueno. Vaya, debe ser la hora.

La puerta se abrió con una ráfaga de calor y aire seco, y Willie King entró, llevaba un vestido blanco sin mangas y un sombrero de paja de ala ancha. A causa del sombrero no se fijó en Quinn al principio.

—Siento llegar tarde, Earl.

—Bueno, eso debía creer —dijo Perkins—. Mi úlcera…

—El sitio era tan bueno que se ha vendido solo. Aunque tuve que mentir un poco acerca del clima.

Dejó el bolso sobre una de las mesas, se quitó el sombrero y vio a Quinn. Salvo por un breve movimiento de la boca, su cara no cambió de expresión.

—Lo… lo siento, no me di cuenta de que teníamos un cliente. ¿Puedo atenderle, señor?

—Oh, creo que sí —dijo Quinn.

—Estaré con usted en un minuto. Será mejor que vayas a almorzar ahora, Earl. Y recuerda, ni pimienta, ni kétchup.

—No es la pimienta lo que devora mi interior, sino la falta de reglas —dijo Perkins.

—Muy bien, ve e inventa algunas reglas buenas. Haz una lista.

—Ya he hecho una lista.

—Haz otra.

—Por Dios que la haré —dijo Perkins, y se marchó dando un portazo.

—Es sólo un muchacho —explicó Willie King en un tono maternal—. Demasiado joven para tener úlceras. No creo que usted tenga úlceras, señor Quinn.

—Puede que contraiga alguna si trato de tragarme algunas de

las historias que cuenta usted, señora King. Con o sin pimienta o kétchup. ¿Disfrutó de su viaje a Los Angeles?

—Cambié de opinión.

—¿Decidió que, después de todo, Chicote era suficientemente bueno para usted?

—Lo que dije sobre Chicote sigue en pie. Es un agujero.

—Entonces trepe fuera de él.

—Podía suceder que cayese en otro peor —dijo encogiendo los hombros desnudos—. Además, aquí tengo vínculos. Conexiones.

—¿Como el señor Haywood?

—El señor Haywood, naturalmente, es mi jefe.

—¿Tanto fuera como dentro del trabajo?

—No sé de qué me está hablando —dijo afablemente—. A menos que se refiera a lo de anoche.

—Puede que sí.

—A propósito, todo eso fue idea mía. Le oí hablando con el señor Ronda en la oficina, cuando entré con nuestros anuncios para el siguiente número del *Beacon*. Estaban discutiendo sobre el caso O'Gorman. Naturalmente me despertó la curiosidad. Para la gente de Chicote la palabra O'Gorman es como la palabra terremoto para la de San Francisco. Todos tienen una historia sobre ello o una teoría. Todos conocían a O'Gorman o afirmaban conocerle. Así... —se detuvo y respiró hondo—, así que se me ocurrió la idea de que tal vez estaría usted trabajando en el caso y que podía haber encontrado una nueva pista y que usted y yo...

—Usted y yo ¿qué?

—Podríamos resolver el caso juntos. Ser noticia. Hacernos famosos.

—Esa era su idea, ¿eh? ¿Sueños de grandeza?

—Oh, suena ingenuo o tonto dicho así, a sangre fría, pero es la honesta verdad de por qué me encontré con usted y traté de sonsacarle anoche.

—¿Y quién era su amigo? —dijo Quinn.

—¿Qué amigo?

—El hombre que registró mi habitación.

—No sé nada de eso —dijo frunciendo el ceño—. Tal vez lo diga para confundirme.

—¿Dónde estaba George Haywood anoche?

—En cama con resfriado, creo. No ha venido a la oficina en toda la semana, tiene bronquitis... ¡Dios mío!, no pensará ni por un momento que el señor Haywood...

—Sí, por un momento pensé que el señor Haywood entró en mi habitación del motel mientras usted representaba esa pequeña escena en El Bocado.

—Por qué, es terrible —dijo Willie King vehementemente—. Es una idea atroz, verdaderamente lo es. El señor Haywood es uno de los hombres de negocios más respetable y estimado de toda la comunidad. Es una persona maravillosa.

—En Chicote parece haber más personas maravillosas que en el cielo. Pero una de ellas entró en mi habitación, engañando a un anciano para conseguir la llave y todavía creo que fue Haywood y que usted le ayudó.

—Eso es una calumnia. O es difamación. Las confundo.

—Usted confunde muchas cosas, señora King. ¿Por qué no intenta decir la verdad para variar? ¿Qué le interesa de mí al señor Haywood? ¿Qué buscaba en mi habitación, y más importante aún, qué cogió?

—Si conociera al señor Haywood se daría cuenta de lo ridículo que es todo esto.

—Lo estoy intentando.

—¿Para qué?

Su rostro se volvió casi tan blanco como el vestido.

—Para preguntarle por qué la usa como cebo para...

—No, por favor. No puede hacer eso. El no sabe nada de mi encuentro con usted en ese horrible lugar. Se pondría furioso si se enterara, incluso podría despedirme.

—Vamos, señora King.

—No, en serio. Da mucha importancia a los convencionalismos, especialmente desde ese asunto de su hermana Alberta. Porque ella hizo algo mal cree que debe evitar el más insignificante indicio de inconformidad o incluso mal gusto. Y eso va también por sus empleados. ¿Quiere usted que me despida?

—No.

—Entonces, por favor, no le hable de lo de anoche. Nunca entendería que no era más que una especie de juego..., ya sabe, Willie King, la chica detective. Al señor Haywood no le van los

juegos, es demasiado sensato. ¿Me promete que no le hablará de mí?

—Puede ser —dijo Quinn—, a cambio de algunos favores.

Willie King le estudió pensativamente un momento.

—Si se refiere a lo que creo que se refiere...

—Me ha malinterpretado, señora King. Únicamente quiero hacerle unas preguntas.

—Adelante, pregunte.

—¿Conoce a la madre del señor Haywood?

—Cómo no —dijo Willie King sonriendo—. ¿Qué ocurre con ella?

—Tiene dos hijas, ¿verdad?

—Nunca la he oído hablar de ellas. A George..., al señor Haywood no le permite ni siquiera mencionar sus nombres, especialmente el de Alberta.

—¿Qué sucedió con la otra?

—¿Ruth? Se escapó y se casó con un hombre que su madre no aprobaba, un pescador de San Felice llamado Águila. Ese fue su fin.

—¿Dónde está ahora la señora Águila?

—En San Felice, creo. ¿Por qué?

—Es una comprobación.

—¿Pero por qué está indagando sobre la familia Haywood? —dijo ásperamente—. ¿Por qué no habla con la gente que conocía a O'Gorman?

—El señor Haywood le conocía.

—Brevemente y a nivel de negocios.

—También Alberta Haywood.

—Pudo haberle conocido, pero ni siquiera estoy segura de ello.

—George Haywood estaba muy unido a su hermana, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—¿Tan unido, de hecho, que después de que se descubriera el desfalco, George tuvo que responder un montón de preguntas a la Policía?

Sólo era un presentimiento de Quinn y le sorprendió la vehemente reacción de ella.

—Fueron más que preguntas. Puedo asegurárselo. Llegaron a hacer acusaciones con interrogantes. ¿Dónde estaba el dinero? ¿Cuánto le había prestado o dado Alberta a George? ¿Cómo pudo

vivir George en la misma casa con ella sin haber sospechado que tramaba algo? ¿No veía los boletos de carreras que traía a casa cada día?

—Bien, ¿no los veía?

—No. Ella no los llevaba a casa. No se encontró ni una copia en su habitación, ni en otra parte de la casa.

—Una señora cuidadosa, Alberta. Tal vez alguien se molestó en hacer limpieza detrás de ella. ¿La conocía, señora King?

—No muy bien, nadie la conocía. Quiero decir, era una persona de segundo plano, de las que se ven a diario, pero en las que no se piensa como persona hasta que no sucede algo.

—No se piensa como persona hasta que no sucede algo —repitió Quinn—. Quizá ese era el motivo principal, llamar la atención.

—Se equivoca —dijo Willie King con un enérgico movimiento de cabeza—. Sufrió horriblemente, increíblemente. Estuve en el juicio. Fue terrible, era como contemplar a un animal gravemente herido y que no puede decirte dónde le duele, para poderle ayudar.

—¿Incluso George Haywood le dio la espalda?

—Tuvo que hacerlo. Oh, le debe parecer inhumano. Usted no estuvo allí. Yo sí. La vieja lanzaba un ataque cada hora para hacer que George no tuviera nada que ver con Alberta.

—¿Por qué todo ese rencor por parte de la señora Haywood?

—Por un lado es su carácter. Por otro, Alberta fue siempre una decepción para su madre. Era tímida y simple, no tenía novios, no se casó ni tuvo hijos, ni siquiera le interesaba vivir con alguien. .Años y años de decepción para una mujer como la señora Haywood... Bueno, me da la impresión de que utilizó el desfalco como excusa para hacer lo que siempre deseó, librarse de Alberta y terminar, olvidarla —Willie King se miró las manos, delgadas y pálidas y sin anillos—. Después allí estaba George, por supuesto, la niña de sus ojos. Cuando murió su primera esposa, creo que, de no ser por los vecinos, la señora Haywood habría bailado por las calles. Quiero decir que George le pertenecía de nuevo enteramente a ella, cabeza, corazón y vesícula biliar. Esa mujer es un monstruo. Pero no me permita continuar. Podría hablar durante semanas.

No necesitaba hablar durante semanas para dejar claro un punto: la vieja y Willie King luchaban por el mismo hombre.

El teléfono sonó y la señora King contestó con voz decidida y

profesional:

—Compañía Inmobiliaria Haywood. Sí..., lo siento, la casa al otro lado del parque Roosevelt no cumple los requisitos del FHA. Vamos a estudiar otro préstamo para usted. Sí, lo antes posible.

Colgó el teléfono y sonrió en dirección a Quinn.

—Bueno, vuelvo a tener trabajo. Odio tener que interrumpir esto, me hubiera gustado hablar con usted, señor Quinn.

—Quizá quiera hablar algo más, digamos ¿esta tarde?

—Sinceramente, no puedo.

—¿Por qué no? ¿Va a coger un autobús a Los Angeles?

—Voy a llevar al niño de mi hermana al cine.

—Lo siento —dijo Quinn levantándose—. Tal vez la próxima vez que vuelva a la ciudad.

—¿Se va usted?

—No hay nada que me retenga aquí, ya que tiene una cita con el niño de su hermana.

—¿Cuándo volverá?

—¿Cuándo quiere que vuelva?

Willie le echó una mirada directa y prolongada.

—Deje de engañarme. Sé cuándo un hombre espera en serio una cita conmigo y cuándo no. Usted no. Y yo tampoco.

—¿Entonces por qué le interesa saber cuándo volveré?

—Simplemente trataba de ser cortés.

—Gracias —dijo Quinn—. Y gracias también por la información.

—No hay de qué. Adiós.

Quinn paseó por la calle abajo hasta su coche, condujo durante una manzana hacia el oeste, dio la vuelta y aparcó en el aparcamiento de un supermercado. Desde allí tenía una vista de la Compañía Inmobiliaria Haywood y del reloj en la cúspide del ayuntamiento de la ciudad.

A la una y media Earl Perkins volvía del almuerzo. Parecía que no le había sentado bien. Dos minutos más tarde, Willie King salía llevando el sombrero de paja de ala ancha y agarrando el bolso. Parecía nerviosa, aunque decidida, ya que se subió al coche y se dirigió al sur.

Quinn la siguió a distancia. A juzgar por el camino directo que

tomó hasta su destino, Quinn supuso que, o bien se sentía segura, o tenía demasiada prisa como para preocuparse.

Se detuvo en el camino de entrada de una vieja casa de madera que tenía un letrero de «Se vende» en un pilar del porche, abrió la puerta principal y entró. Por un momento Quinn pensó que se había equivocado con ella, aparentemente estaba haciendo lo que dijo que iba a hacer: volver al trabajo. La casa estaba enfrente del Parque Roosevelt y era, sin duda, a la que se había referido por teléfono.

Estaba a punto de irse cuando un break Pontiac verde paró delante de la casa y se bajó de él un hombre. A pesar del calor llevaba un traje gris oscuro y un fedora haciendo juego. Era alto y delgado y caminaba con deliberada lentitud, como si le hubieran dicho que no se apresurara. A medio camino, en las escaleras del porche, le dio un ataque de tos. Se inclinó sobre la barandilla, con una mano en la boca y la otra en el pecho. Cuando terminó de toser, entró en la casa utilizando una llave de un gran llavero que se sacó del bolsillo.

Agradable, seguro y sencillo, pensó Quinn. Cuando George y Willie quieren estar juntos sin que la vieja o cualquier otro lo sepan, se dan cita, preparándolo de antemano, en una de las casas vacantes de la inmobiliaria de Haywood. Posiblemente una casa diferente cada vez. Y la apasionada súplica de Willie para que no localizara a George ni hiciera que la despidiera fue sólo un intento de impedirme que le viera y que le hiciera preguntas. Bueno, fue una buena representación. Casi me lo trago. De hecho, casi me dejo embaucar por Willie.

Quinn miró la vieja casa de madera como si esperaba que se abriera alguna persiana y se revelara algún secreto. No sucedió nada. Era un callejón sin salida y él lo sabía. Aunque esperase y abordase a George Haywood no podría sacarle ninguna información, no tenía autoridad para hacerle preguntas, ni pruebas de que Haywood fuese el hombre que registró su habitación del motel.

Arrancó y sacó el coche de la curva. Eran casi las dos, la hora de pagar la cuenta y marcharse del motel. Siguiendo las carreteras de la montaña y evitando San Felice, pensó que podría llegar a la Torre a las cinco.

Willie oyó la llave de George en la cerradura y que la puerta de entrada se abría y se volvía a cerrar. Deseaba correr hasta el recibidor y arrojarse en sus brazos. Sin embargo esperó, sin moverse, en el cuarto de estar a oscuras, preguntándose si volvería el tiempo en que era capaz de comportarse como lo sentía en presencia de George. Más tarde él pareció no alentar su entusiasmo, como si tuviera demasiados problemas serios en "mente, para atender cualquier solicitud extra que hicieran de él.

—Estoy aquí, George.

La habitación vacía amplificaba su voz como un eco. Sonaba demasiado fuerte. Debía recordar que tenía que hablar bajo.

George entró desde el recibidor. Se había quitado el sombrero y lo sujetaba sobre el pecho como si hubiera oído sonar los acordes de *The Star Spangled Banner*. Ella sintió una risita cosquilleándole en la garganta y tragó saliva para contenerla.

—Te habían seguido —dijo él.

—No. Juro que no he visto...

—El coche de Quinn está aparcado al otro lado de la calle.

Ella levantó el borde de una persiana y miró:

—No veo ningún coche.

—Estaba allí. Te dije que tuvieras cuidado.

—Lo intenté.

En su garganta la risita se reemplazó por un nudo y no pudo hacer nada salvo simular que no existía.

—¿Te sientes, mejor, George?

Negó con la cabeza impacientemente, como si no hubiera tiempo para preocuparse de tales trivialidades.

—Quinn sabe algo. Llamó primero a la oficina y luego a casa. Mi madre le despidió bruscamente como le dije que hiciera.

Ante la mera mención de la señora Haywood, el cuerpo de Willie empezó a agarrotarse.

—Yo podría haber hecho lo mismo.

—Siento que hayas perdido su confianza.

—No lo creo. Me pidió una cita para esta noche.

—¿Aceptaste?

—No.

—¿Por qué no?

—Yo... no creí que te gustaría que lo hiciera.

—Podrías haber obtenido alguna información útil.

Ella se quedó mirando a la vieja chimenea de ladrillo. Pensó en todos los fuegos que se habrían encendido allí y que se dejaron morir y se preguntó si alguna vez volvería a haber más.

—Si he herido tus sentimientos —dijo con voz amable—, lo siento, Willie.

—No es nada. Obviamente tienes en mente problemas más importantes que mis sentimientos.

—Me alegra que lo entiendas.

—Oh, sí. Lo has dejado bastante claro.

Le puso las manos sobre los hombros y dijo:

—Willie, no. Por favor. Ten paciencia conmigo.

—Si al menos me dijeras de qué se trata todo esto...

—No puedo. A pesar de todo, es un asunto serio. Hay muchas personas implicadas, buenas personas.

—¿Tiene importancia qué clase de personas sean? ¿Y cómo distingues las buenas personas de las malas? ¿Le preguntas a tu madre?

—Déjala fuera de esto, por favor. No tiene ni idea de lo que ocurre.

—La dejaré fuera si ella me deja a mí.

Se volvió de cara a él preparada para pelear. Pero él parecía demasiado cansado y pálido para soportar una pelea.

—Olvídalo, George. Volvamos desde el principio. ¿De acuerdo?

—Muy bien.

—Hola, George.

—Hola, Willie —dijo él sonriendo.

—¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien, también —pero él esquivó con la cara su beso—. Esto no está mucho mejor que la primera vez, ¿verdad? No estás pensando en mí, estás pensando en Quinn, ¿no es así?

—Me veo obligado a ello.

—No por mucho tiempo.

—¿Qué quiere decir no por mucho tiempo?

—Se va de la ciudad.

George dejó caer las manos como si ella se las hubiera quitado de un manotazo.

—¿Cuándo?

—Esta tarde, creo. Tal vez en este momento.

—¿Por qué? ¿Por qué se va?

—Dijo que no tenía ninguna razón para quedarse, ya que yo no saldría con él esta noche. Naturalmente, estaba bromeando.

Se detuvo esperando que George lo negase: Claro que Quinn no bromeaba, cariño. Eres una mujer muy atractiva. Probablemente se va de la ciudad para evitar que se le rompa el corazón.

—Estaba bromeando —repitió ella.

Pero esta vez George ni siquiera la oyó. Estaba cruzando la habitación, poniéndose el sombrero mientras andaba.

—¿George?

—Te llamaré por la mañana.

—¿Dónde vas? Ni siquiera hemos hablado todavía, George.

—Ahora mismo no tengo tiempo. Tengo que enseñar a un cliente la finca Wilson en Greenacres.

Ella sabía que de la finca Wilson se estaba ocupando Earl Perkins y que George no interferiría, pero no discutió.

En la arcada que conducía al recibidor se volvió y la miró.

—Hazme un favor, ¿quieres, Willie?

—Por supuesto. Tú eres el jefe.

—Dile a mi madre que no iré a cenar y que no me espere levantada.

—Muy bien.

Era un gran favor y ambos lo sabían.

Willie se quedó de pie escuchando el abrir y cerrar de la puerta y después el sonido del motor del break y el chirrido de los neumáticos, como cuando un coche arranca rápidamente. Cabizbaja se acercó a la vieja chimenea. El interior estaba chamuscado por el calor de cientos de fuegos. Estiró las manos hacia delante como si el fuego hubiera dejado un poco de calor para ella.

Después de un rato salió, cerró la casa y condujo hasta la oficina de correos. Allí, desde un teléfono público, llamó a casa de George.

—¿Señora Haywood?

—Sí.

—Soy Willie King.

—King, sí, claro, mi hijo no está en casa.

Willie apretó las mandíbulas. En todas las conversaciones la señora Haywood no se refería a George más que como hijo, con un énfasis distinto en el mí.

—Sí, lo sé, señora Haywood. Me pidió que le dijera que estaría fuera esta noche.

—Fuera, ¿dónde?

—No lo sé.

—Entonces, ¿no estará con usted?

—No.

—Ha estado fuera muchas noches últimamente y días también.

—Tiene negocios que llevar —dijo Willie.

—Y, por supuesto, usted es una gran ayuda para él.

—Intento serlo.

—Oh, lo es. Me dice que es usted el vendedor más agresivo..., ¿o vendedora? Hay una cosa que me desconcierta de los negocios de mi hijo. Encuentro bastante extraordinario el número de transacciones de inmuebles que se consuman por la noche... se dice consumar, ¿verdad?

—Se dice como usted quiera, señora Haywood.

Hubo un breve silencio durante el cual Willie puso la mano en el auricular para que la señora Haywood no pudiera oír su ftiriosa respiración.

—Señora King, usted y yo tenemos cariño a George, ¿verdad?

Yo sí, pensó Willie. Usted no tiene cariño a nada. Pero dijo:

—Sí.

—¿Se le ha ocurrido quizá preguntarse dónde habrá ido esta noche?

—Es asunto suyo.

—¿Y suyo no?

—No —«todavía no», añadió en silencio.

—Dios mío, creo que debería ser asunto suyo si le interesa mi hijo como parece ser. Por supuesto, es un hombre de un carácter excelente, pero es humano y hay seductoras vagabundeando por ahí.

—¿Me está exhortando que le espíe, señora Haywood?

—Utilizar los ojos y oídos propios no es espiar, indudablemente.

Hubo otro silencio, como si la señora Haywood se estuviese

tomando tiempo para planear un ataque más devastador. Pero cuando volvió a hablar, curiosamente su voz sonó quebrada.

—Tengo el presentimiento…, el terrible presentimiento de que George tiene problemas… Oh, usted y yo nunca hemos sido amables, señora King, pero nunca la he considerado como una verdadera amenaza para el bien de George.

—Gracias —dijo Willie secamente. Estaba desconcertada por el repentino cambio de voz y actitud de la señora Haywood—. No tengo ninguna razón para creer que George tenga algún problema que no pueda manejar él solo.

—Lo tiene. Lo presiento, lo sé. Hay una mujer implicada.

—¿Una mujer? Estoy segura de que está equivocada.

—Desearía estarlo, pero no lo estoy. Recientemente han sucedido muchas cosas. Demasiados viajes inexplicables fuera de la ciudad. ¿Dónde va? ¿Qué hace? ¿A quién ve?

—¿Se lo ha preguntado?

—Sí. No me ha dicho nada, pero no podía ocultar su culpa. ¿Y qué sino una mujer le haría sentirse culpable?

—Estoy seguro de que se equivoca —dijo Willie de nuevo. Pero esta vez pudo oír la duda en su propia voz y durante largo rato, después de colgar, se quedó en la cabina sin aire, reposando la frente sobre el teléfono.

8

Encontrar la carretera polvorienta que conducía a la Torre fue más difícil de lo que Quinn esperaba. Se alejó cinco o seis kilómetros más allá antes de darse cuenta de que se había pasado. Dio la vuelta con precaución y condujo muy despacio, en primera, procurando parar ante la única señal que recordaba, el bosquecillo de eucaliptos. El sol penetrante, la tensión de conducir por curvas ciegas, sin fin, la completa desolación del campo, empezaba a atacarle los nervios y minar su confianza. Las ideas que en Chicote parecían buenas, las decisiones que parecían correctas, resultaban débiles y descabelladas ante el paisaje pelado y pardo, y la búsqueda de O'Gorman parecía irreal, absurda, una cacería de zorro sin zorro.

Un pequeño gamo saltó de un macizo de arbustos y brincó graciosamente por la carretera frente a él, esquivando el parachoques del coche por los pelos. Tenía un aspecto saludable y bien nutrido. Quinn pensó: No estaría así sólo con la fuente de alimento que pueda encontrar por aquí en esta época del año. Debo de estar cerca de tierra regada.

Paró el coche al final de la siguiente colina y miró a su alrededor. A lo lejos, hacia el este, vio algo reluciendo ante los rayos inclinados del sol. Esa fue su primera visión de la Torre, un mero reflejo de luz en un cristal.

Aflojó el freno y el coche bajó silencioso por la colina. Un kilómetro más lejos reconoció el bosquecillo de eucaliptos y el estrecho camino de tierra. Una vez en él tuvo el extraño presentimiento de que volvía a casa. Estaba incluso un poco emocionado ante la perspectiva de que le saludaran y le dieran la bienvenida de nuevo. Entonces vio a uno de los hermanos andando

pesadamente por la carretera delante de él. Al pasar a su lado tocó la bocina.

Era el Hermano Corona de Espinas, el que le había llevado hasta San Felice la mañana anterior.

—Un buen viaje merece otro —dijo Quinn inclinándose sobre el asiento para abrir la puerta.

—Estábamos esperándole, señor Quinn.

—Bien.

—Nada de bien.

—¿Cuál es el problema?

—Saque el coche de la carretera y déjelo aquí —dijo el Hermano Corona secamente—. Tengo órdenes de llevarle ante el Maestro.

—Bien —Quinn aparcó el coche y se bajó—. ¿O tampoco está bien?

—Un desconocido husmeando por la Torre es una tentación para que el diablo nos destruya, pero el Maestro dice que quiere hablar con usted.

—¿Dónde está la Hermana Bendición?

—Atormentándose por sus pecados.

—¿Qué significa eso, hermano?

—El dinero es la fuente de todo mal —el Hermano Corona se dio la vuelta, escupió en la tierra y se limpió la boca con el dorso de la mano, antes de decir—: Amén.

—Amén. Pero no estábamos hablando de dinero.

—Ustedes sí hablaron. Ayer por la mañana. Oí cómo le decía: «Acerca del dinero...» Lo oí y se lo tuve que contar al Maestro. Es una de nuestras reglas, el Maestro debe saber todo para que pueda protegernos contra nosotros mismos.

—¿Dónde está la Hermana Bendición? —repitió Quinn.

El Hermano Corona apenas movió la cabeza y empezó a subir por el camino polvoriento. Después de un momento de vacilación Quinn le siguió. Pasaron ante el comedor comunal, ante el almacén donde Quinn había pasado la noche y ante un par de pequeños edificios que no había visto antes. Cincuenta metros más allá, el sendero se inclinaba abruptamente. La pendiente del ascenso junto con la desusada altitud harían que Quinn respirara con dificultad y rápidamente.

El Hermano Corona se detuvo un momento y se volvió a mirarle

con desprecio.

—Vida fácil. Constitución débil. Músculos fláccidos.

—Sin embargo no tengo la lengua fláccida —dijo Quinn—. Yo no voy con chismes al profesor.

—Al Maestro se le debe contar todo —replicó el Hermano Corona ruborizándose—. Lo hice por el bien de la Hermana Bendición. Debemos protegernos de nosotros mismos y del diablo que hay en nosotros. Todos llevamos un diablo dentro royéndonos las entrañas.

—Conque era eso. Yo creí que lo que tenía eran cólicos de hígado.

—Guárdese sus chistes. Risas en la tierra, llanto para toda la eternidad.

—Me doy por vencido.

—Comprar —dijo el Hermano Corona—, dinero. Palabras infernales que llevan a la condenación eterna. Quítese los zapatos.

—¿Por qué?

—Esta es tierra sagrada.

En un claro, en la cima de la colina, la Torre de cinco plantas se alzaba en el cielo. Era de cristal y secoya, tenía forma de pentágono rodeando un patio interior.

Quinn dejó los zapatos en el arco de entrada que tenía una inscripción grabada:

EL REINO DE LOS CIELOS ESPERA A TODOS LOS VERDADEROS CREYENTES: ARREPENTIOS Y REGOCIJAOS.

Desde el patio interior, una escalera de madera, fregada, con una barandilla de cuerda, conducía a los cinco niveles de la torre.

—Debe subir solo —dijo el Hermano Corona.

—¿Por qué?

—Cuando el Maestro da una orden o hace una sugerencia no merece la pena preguntar por qué.

Quinn subió la escalera. En cada planta, pesadas puertas de roble daban a lo que supuso serían las estancias de los miembros de la secta. No había ventanas abiertas al patio, excepto en la quinta planta. Allí encontró Quinn la puerta abierta.

Una voz resonante y profunda dijo:

—Entre. Por favor cierre la puerta, hay corriente.

Quinn entró, y en ese primer instante, comprendió por qué habían construido allí la Torre, en el desierto, y por qué la anciana señora, con cuyo dinero se había construido, sentía que así se acercaba al cielo. La expansión de luz y cielo casi resultaba excesiva para la vista. Las ventanas, en los cinco lados, descubrían montañas más allá de montañas y novecientos metros más abajo yacía un lago azul en un valle verde, como un diamante en una hoja.

El escenario era tan abrumador que las personas de la habitación no parecían importantes. Había dos, un hombre y una mujer. Llevaban vestidos de lana blanca iguales, ceñidos, sin apretar, con una cinta de satén escarlata. La mujer era muy mayor. Su cuerpo se había consumido con los años hasta no ser más grande que el de una niña, y tenía la cara arrugada y morena como una nuez. Estaba sentada en un banco mirando al cielo, como si esperara que se abriera para ella.

El hombre podía tener cualquier edad, entre los cincuenta y los setenta. Su rostro era inteligente y feroz y los ojos ardientes como fósforos a la temperatura ambiente. Sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, trabajaba en un pequeño telar manual.

—Soy el Maestro —dijo sencillamente, sin timidez—, ésta es la Madre Pureza. Le ofrecemos nuestra bienvenida y le deseamos el bien.

—Buena acogida —dijo la mujer como si estuviera traduciendo las palabras a una cuarta persona presente, que no pudiera entenderlas—. Salud.

—No le haremos ningún daño.

—No tenemos malicia.

—Hermana Pureza, no es necesario que se lo traduzca al señor Quinn.

La mujer se volvió y le echó una mirada reprobatoria.

—Me gusta oír mi lengua nativa.

—Y a mí también, pero en el momento y lugar oportunos. Ahora, si fueses tan amable de disculparnos, el señor Quinn y yo tenemos algunos asuntos que discutir.

—Quiero quedarme y escuchar —dijo quejumbrosamente—. Me siento muy sola esperando a que se abran las puertas del cielo para recibirme.

—Dios siempre está contigo, Madre Pureza.

—Me gustaría que dijese algo. Me siento tan sola, esperando, vigilando... ¿Quién es este joven? ¿Por qué está en mi Torre?

—El señor Quinn ha venido a ver a la Hermana Bendición.

—¡Oh, oh, oh, no puede hacerlo!

—Eso es lo que debo explicarle, en privado.

El Maestro la guió hasta las escaleras, sujetándola con mano firme por el codo.

—Baja con cuidado, Pureza. Desde aquí hay una buena caída hasta el patio inferior.

—Dile a ese joven que si quiere visitar mi Torre debe esperar a recibir una tarjeta de invitación de mi secretario Capirote. Manda llamar a Capirote inmediatamente.

—Capirote no está aquí, Pureza. Ya hace mucho tiempo. Ahora agárrate a la barandilla y camina despacio.

El Maestro cerró la puerta silenciosamente y retornó a su posición ante el telar.

—¿Su Torre? —dijo Quinn.

—Ella encargó que la construyeran. Ahora nos pertenece a todos. No hay propiedad privada en nuestra comunidad, salvo que alguien cometa un pecado material como nuestra pobre Hermana Bendición —alzó una mano con un gesto silencioso—. Por favor no lo niegue, señor Quinn. La Hermana Bendición lo ha confesado todo y está arrepentida de todo.

—Quiero verla. ¿Dónde está?

—Lo que quiera usted no nos interesa mucho. Cuando traspasó nuestra finca, en cierto modo, entró en otro país, con una constitución diferente y un conjunto de leyes diferente.

—Me parece que aún forma parte de la Unión —dijo Quinn—. ¿O no es así?

—No ha habido una secesión formal, es cierto. Pero nosotros no aceptamos como ley lo que no creemos correcto.

—Por «nosotros» se refiere usted a «yo» ¿verdad?

—He sido elegido para recibir revelaciones y visiones entre los demás. Sin embargo, sólo soy un instrumento de la voluntad divina, un humilde sirviente entre sus sirvientes... Veo que no le convence.

—No.

Quinn se preguntaba qué habría sido ese hombre en la vida real,

además de un fracasado.

—¿De qué quiere hablar conmigo?

—De dinero.

—Creí que esa era una palabra sucia en este lugar.

—A veces es necesario utilizar palabras sucias para describir transacciones sucias, como aceptar una gran suma de dinero de una mujer a cambio de realizar un pequeño servicio —se tocó la frente con la mano derecha mientras con la izquierda señalaba al cielo—. ¿Ve? lo sé todo.

—No lo ha sabido mediante una visión —dijo Quinn—. Y no parece importarle mucho aceptar una gran suma de dinero de una mujer. Este lugar no se ha construido con cupones.

—Sujete su mala lengua, señor Quinn, y yo contendré mi cólera que puede ser igualmente mala, se lo aseguro. La Madre Pureza es mi esposa, está dedicada a mi obra, comparte conmigo las visiones de la gloria que nos espera. Oh, si pudiera ver la gloria, comprendería por qué estamos aquí todos —el rostro del Maestro, sufrido y áspero, cambió inexplicablemente. El visionario se volvió de repente realista—. ¿Desea dar su informe sobre el señor O'Gorman a la Hermana Bendición?

—No sólo lo deseo sino que es lo que estoy intentando hacer.

—Es imposible. Está aislada, renovando sus votos de renunciación. Es un castigo trivial considerando la magnitud de sus pecados, esconder dinero, ocultándolo al fondo común, intentar reanudar contacto con el mundo que prometió abandonar. Son graves infracciones de nuestras leyes. Pudo ser desterrada de entre nosotros, pero el Señor me dijo en una visión que tuviera piedad de ella.

El Señor, pensó Quinn, más un poco de sentido común. La Hermana Bendición es demasiado útil para desterrarla. No quedaría nadie para mantener a los demás sanos mientras esperan la muerte.

—Tendrá que darme el informe a mí —dijo el Maestro—. Yo me encargaré de que lo reciba.

—Lo siento, las instrucciones fueron concretas. No hay Hermana, no hay informe.

—Muy bien. No hay informe, no hay dinero. Exijo la devolución inmediata de lo que queda de la suma que le entregó la Hermana Bendición. Me parece una idea bastante razonable y justa.

—Sólo hay un problema —dijo Quinn—. El dinero se ha gastado.

El Maestro dejó a un lado el telar con un movimiento amplio de la mano.

—¿Ha gastado ciento veinte dólares en un día y medio? Está mintiendo.

—Los costes de la vida en mi parte de la Unión han subido.

—Se lo ha jugado, ¿verdad? Juego, bebida y orgías...

—Sí, he estado bastante ocupado entre unas cosas y otras. Ahora, quisiera cumplir aquello para lo que me pagaron y marcharme de aquí. El clima de su país no me va, el aire es demasiado caliente.

Un aflujo de sangre coloreó la cara y el cuello del Maestro, pero dijo con voz controlada:

—Hace mucho que no estoy acostumbrado al sarcasmo de los ignorantes e incrédulos. Únicamente puedo advertirle que el Señor le castigará con la espada de Su ira.

—Considéreme castigado.

El tono de Quinn era considerablemente más ligero que sus sentimientos. El lugar empezaba a oprimirle, la glorificación de la muerte se cernía allí como el olor del petróleo en Chicote. Pensó: Una vez que se concibe la idea de que la muerte es estupenda, es fácil dar el siguiente paso y creer que se hace un favor a alguien ayudándole a morir. El amigo hasta ahora ha sido inofensivo, pero quizás en su próxima visión me otorgue el papel principal.

—Dejémonos de juegos —dijo Quinn—. He venido a ver a la Hermana Bendición. Aparte del hecho de que me pagó por hacer un trabajo, sucede que me agrada y quiero estar seguro de que se encuentra bien. Ahora ya no es ningún secreto que ha tenido usted algún problema con la ley... la ley de mi parte de la Unión, por supuesto... y puede ser que se esté buscando más.

—¿Es una amenaza?

—Eso es exactamente, Maestro. No me iré de aquí hasta que me asegure de que la Hermana Bendición está viva y con buena salud, tal y como estaba ayer por la mañana cuando salí de aquí.

—¿Por qué no iba a estar viva? ¿Qué clase de tontería es esa? Habla como si fuésemos bárbaros, salvajes, maníacos...

—No están muy lejos de serlo.

El Maestro se puso de pie torpemente, apartando de una patada el telar que fue a estrellarse contra la pared.

—Váyase, Váyase de aquí inmediatamente o no respondo de lo que pase. Fuera de mi vista.

De repente se abrió la puerta y la Madre Pureza entró haciendo ruiditos, chascando la lengua:

—Oh, eso es de mala educación, Harry. No es nada cortés después de haberle enviado una tarjeta de invitación por medio de Capirote.

—Oh, Dios —dijo el Maestro, y se cubrió la cara con las manos.

—Tampoco necesitas regañarme por escuchar indiscretamente. Ya te dije que estaba sola, triste, desamparada...

—No te han abandonado, Pureza.

—Entonces, ¿dónde están todos? ¿Dónde están mamá y Dolores que me traía el desayuno y Pedro que sacaba brillo a mis botas de montar y Capirote? ¿Dónde están todos? ¿Dónde han ido, Harry? ¿Por qué no me llevaron con ellos? Oh, Harry, ¿por qué no me esperaron?

—Calla Pureza, debes tener paciencia la habitación, la abrazó y acarició su cabello y sus hombros demacrados—. No debes perder el valor, Pureza. Pronto volverás a verles a todos.

—¿Me traerá Dolores el desayuno a la cama?

—Sí.

—Y Pedro, ¿podré golpearle con mi fusta si no me hace caso?

—Sí —la voz del Maestro era un susurro exhausto—. Todo lo que quieras.

—Podré pegarte también a ti, Harry.

—Está bien.

—Aunque no muy fuerte. Sólo un golpecito en la chola, que pique un poco, para que sepas que estoy viva... Pero entonces no estaré viva, Harry. No estaré viva. Oh, qué lío. ¿Cómo podré darte un golpecito en la chola para que sepas que estoy viva si no estaré viva?

—No lo sé. Por favor, basta ya. Por favor tranquilízate y vete a tu habitación.

—Nunca me ayudas a pensar nada —dijo moviendo la cabeza de atrás a delante—. Solías ayudarme a pensar, solías explicarme todo. Ahora dices que me tranquilice, que me vaya a mi habitación para

mirar al cielo y esperar. ¿Por qué vinimos aquí, Harry? Sé que había una razón.

—La salvación eterna.

—¿Eso es todo? ...Oh, oh, oh, hay un joven desconocido ahí de pie, Harry. Di a Capirote que le muestre la salida y que en el futuro no admita a nadie sin la tarjeta de visita apropiada. Y date prisa. Mis órdenes deben ser obedecidas inmediatamente, soy doña Isabella Constancia Querida Felicia de la Guerra.

—No, no, eres la Madre Pureza —dijo suavemente el Maestro—, y te vas a ir a tu habitación a descansar.

—¿Pero, por qué?

—Porque estás cansada.

—No estoy cansada. Estoy sola. Tú eres el que está cansado, ¿verdad, Harry?

—Quizás.

—Tan cansado. Pobre Harry, muy amado mío.

—Te ayudaré, Pureza. Agárrate a mi brazo.

Por encima de la cabeza de la anciana, le hizo a Quinn una señal para que le siguiera y los tres bajaron las escaleras. En el nivel cuarto, el Maestro abrió la puerta y la Madre Pureza entró emitiendo un pequeño quejido en señal de protesta. El Maestro se apoyó contra la puerta y cerró los ojos. Pasaron un minuto, dos minutos. Quinn empezaba a creer que el hombre estaba en trance o que se había dormido de pie.

De pronto abrió los ojos. Se tocó la frente.

—Comprendo su compasión, señor Quinn. No la acepto, está perdiendo tiempo y energía en compasión y yo en enfados. ¿Ha observado que ya no estoy enfadado? Dar una patada al telar, qué trivial, qué pequeñez comparado con la eternidad. Estoy purificado, estoy limpio.

—Mejor para usted —dijo Quinn—. Ahora me gustaría ver a la Hermana Bendición.

—Muy bien, la verá. Se arrepentirá de sus malvados pensamientos y oscuras sospechas. Está en aislamiento espiritual. Está renovando sus votos de renunciación. ¿Cree que por mi empeño? No, no señor Quinn. Por sí misma. Su simple cerebro no puede entender la situación.

—Puedo intentarlo.

—En aislamiento espiritual los sentidos no existen. Los ojos no ven, los oídos no oyen, la carne no siente. Tal vez si el aislamiento es completo, no sabrá ni que está usted ahí.

—Tal vez sí. Especialmente si puedo verla a solas.

—Por supuesto. Tengo plena confianza en la devoción de la Hermana al espíritu.

Estaba en una habitación pequeña, cuadrada, en el piso de abajo. Sin muebles, salvo un banco de madera donde estaba sentada, de cara a la ventana, ante un haz de luz. Sudor o lágrimas le habían resbalado por la frente y las mejillas y el vestido tenía manchas húmedas. Cuando Quinn pronunció su nombre no respondió, torció sus hombros encorvados y pestañeó.

—Hermana Bendición, me pidió que volviera y he vuelto.

Se volvió y le miró muda y doliente. En sus ojos el temor era tan intenso que Quinn sintió ganas de gritarle: Olvídelo, salga de este antro antes de que se vuelva tan loca como la anciana, reconozca al Maestro como lo que es, un loco y un buhonero del miedo. Su mentira es tan vieja como el mundo. No advierte la maldad que encierra porque él mismo se la cree y eso le hace doblemente peligroso.

Dijo en tono familiar:

—¿Recuerda esas zapatillas de pelo rosa que me dijo que había visto en un catálogo de Sears? Había un par idéntico en el escaparate de unos almacenes en Chicote.

Por un momento sus ojos mostraron algo, además del temor, interés, curiosidad. En seguida desapareció y habló con una voz monótona y decaída.

—He renunciado al mundo y a sus demonios. He renunciado a la carne y a sus debilidades. Busco el consuelo del espíritu, la salvación del alma.

—Es una suerte que no cecee —dijo Quinn intentando sacarle una sonrisa—. A propósito, no he encontrado a O'Gorman. Desapareció hace cinco años y medio. Su esposa cree que es viuda y lo mismo cree un montón de gente. ¿Qué piensa usted?

—No sintiendo consuelo, seré reconfortada por el Señor. Estando hambrienta, seré agasajada.

—¿Conocía a O'Gorman? ¿Era amigo suyo?

—Pisando las ásperas tierras con los pies descalzos, caminaré por las suaves y doradas calles del cielo.

—A lo mejor encuentra a O'Gorman —dijo Quinn—. Parece haber sido un buen hombre, sin enemigos, con una esposa y dos hijos encantadores. De hecho, es una mujer muy agradable y está muy mal que malgaste su vida en la incertidumbre. Creo que si supiera definitivamente que O'Gorman no volverá, podría rehacer su vida. ¿Me escucha, hermana? ¿Me está escuchando? Responda sólo a una pregunta, ¿volverá O'Gorman?

—Renunciando aquí a la soberbia de los adornos, seré de infinita belleza. Humillándome en los campos, caminaré alta y erguida en la otra vida, que pertenece a los Verdaderos Creyentes. Amén.

—Voy a volver a Chicote, hermana. ¿Tiene algún mensaje para la señora O'Gorman? Se merece una oportunidad. Désela si puede, hermana. Usted es una mujer generosa.

—He renunciado al mundo y a sus males. He renunciado a la carne y a sus debilidades. No sintiendo consuelo…

—Hermana, escúcheme.

—… seré confortada por el Señor. Sintiendo hambre, seré agasajada. Pisando la áspera tierra con los pies descalzos, caminaré por las suaves y doradas calles del cielo. Renunciando aquí a la soberbia de los adornos, seré de infinita belleza.

Quinn salió y cerró la puerta con cuidado. La Hermana Bendición era tan inaccesible como O'Gorman.

9

En el patio interior había hileras de bancos de madera, toscos, colocados alrededor de un altar de piedra que a Quinn le recordaba una barbacoa. El Maestro estaba de pie, frente al altar, cabizbajo, con los brazos sobre el pecho.

Dijo sin volverse:

—Y bien, señor Quinn. ¿Encontró a la Hermana Bendición viva y con buena salud?

—La encontré viva.

—¿Y todavía no está satisfecho?

—No —dijo Quinn—. Me gustaría saber mucho más acerca de este lugar y de la gente, sus nombres, ocupaciones, de dónde son.

—Y, por favor, ¿qué haría con esa información?

—Intentaría resolver el caso O'Gorman.

—Para mí, usted es un extraño, señor Quinn. No tengo ninguna obligación para con usted, pero simplemente por generosidad le diré una cosa. El nombre de O'Gorman es desconocido aquí.

—¿La Hermana Bendición se lo sacó de la manga?

—De un sueño —dijo el Maestro tranquilamente—. Usted lo llamaría un sueño. Yo no. Creo que el espíritu de Patrick O'Gorman está errando por el infierno, buscando la salvación. Habló a la hermana, le pidió ayuda porque ese es su nombre, Hermana Bendición de la Salvación. De otra forma me habría elegido a mí para ayudarle puesto que soy el Maestro.

Quinn le miró. El hombre creía obviamente en lo que estaba diciendo. Sería inútil discutir con él y posiblemente peligroso.

—¿Por qué está O'Gorman en el infierno, Maestro? Todo parece indicar que llevaba una vida ejemplar, de acuerdo con su cultura.

—No era un Verdadero Creyente. Ahora por supuesto, está

arrepentido, suplica una segunda oportunidad. Reclamó a la Hermana Bendición mientras dormía y su mente era receptiva a sus vibraciones. La buena hermana sentía curiosidad y temor. La combinación le nubló el juicio y le hizo cometer una tontería.

—Contratarme.

—Sí —había un indicio de pena en la débil sonrisa del Maestro —. Ya ve, señor Quinn, le pidieron que buscase a alguien que está errando por los abismos eternos del infierno. Una misión formidable, incluso para un joven insolente como usted, ¿no está de acuerdo?

—Si aceptase la premisa estaría de acuerdo.

—Pero no la acepta.

—No.

—¿Tiene una premisa mejor, señor Quinn?

—Creo que la Hermana Bendición pudo haber conocido a O'Gorman hace años, antes de entrar aquí.

—Está muy equivocado —dijo el Maestro con calma—. La buena Hermana no había oído nunca el nombre de O'Gorman, hasta que se comunicó con ella desde las profundidades del infierno, en busca de la salvación. Mi corazón sangra por ese pobre miserable desgraciado, pero ¿qué puedo hacer? Su arrepentimiento llegó demasiado tarde, sufrirá eternamente por su ignorancia y la satisfacción inmoderada de sus deseos. Tenga cuidado señor Quinn, tenga cuidado. Le sucederá lo mismo si no cambia y renuncia al mundo y a sus males, a la carne y a sus debilidades.

—Gracias por el consejo. Maestro.

—No es un consejo. Es una advertencia. Renuncie y se salvará. Arrepentíos y regocijaos… Usted ve a la Madre Pureza como a una anciana, de cuerpo frágil y mente enferma. Yo la veo como una criatura de Dios, como uno de los Elegidos.

—También como uno de los embaucados —dijo Quinn—. ¿Exactamente cuánto dinero suyo se ha gastado en este lugar?

—No puedo volverme a enfadar, señor Quinn. Siento que lo intente. ¿No le he tratado con consideración? ¿No he respondido a sus preguntas? ¿No le he permitido ver a la Hermana Bendición? ¿Y aun así no está satisfecho? Es usted un avaricioso.

—Quiero averiguar qué ocurre con O'Gorman para poder decir a su esposa la verdad.

—Dígale que Patrick O’Gorman está errando por el infierno, sufriendo los tormentos de los condenados para siempre. Esa es la verdad.

Fuera, Quinn se puso los zapatos y se enderezó la corbata, mientras el Maestro le contemplaba desde el arco de entrada. El sol empezaba a ocultarse y de la chimenea del comedor ascendía el humo en el aire calmo. Los únicos miembros de la secta a la vista eran los dos niños de la Hermana Contrición que se deslizaban en cajas de cartón aplastadas por una cuesta resbaladiza por las agujas de pino, y el Hermano Lengua de los Profetas, que se acercaba a la entrada de la Torre con su pajarito en la jaula. Detrás de él, con la cara roja y jadeando, corría el Hermano Corazón Firme, el que le había afeitado la mañana anterior.

Los hermanos saludaron al Maestro tocándose la frente e inclinándose. Después dirigieron a Quinn un movimiento de cabeza, cortésmente.

—La paz sea con vosotros, hermanos —dijo el Maestro.

—La paz sea contigo —repitió el Hermano Corazón.

—¿Qué os trae por aquí?

—El Hermano Lengua cree que su periquito está enfermo. Quiere que la Hermana Bendición le vea.

—La Hermana Bendición está aislada.

—El periquito actúa de forma muy extraña —dijo el Hermano Corazón disculpándose—. Enséñaselo al Maestro, Hermano Lengua.

El Hermano Lengua le puso la cabeza sobre sus hombros y le apretó el pico con la mano.

—El pájaro ya no habla —tradujo el Hermano Corazón—. Y se sienta con la cabeza escondida.

El Hermano Lengua le señaló el pecho y sacudió la mano de atrás a delante.

—El pulso del pájaro es muy rápido —dijo el Hermano Corazón —. Tiene palpitaciones. El Hermano Lengua está muy preocupado, quiere que la Hermana...

—La Hermana Bendición está aislada —repitió el Maestro escuetamente—. El pájaro tiene muy buen aspecto. Tal vez está tan cansado de hablar como yo de escuchar. Cúbrele la jaula y déjale descansar. Todos los pájaros tienen latidos acelerados, es bastante normal. No hay de qué preocuparse.

Al Hermano Lengua le tembló la boca y el Hermano Corazón lanzó un hondo suspiro, pero ninguno opuso una razón. Desaparecieron al doblar la esquina del edificio, sus pies descalzos dejaban pequeñas nubes de polvo tras ellos.

Ese breve encuentro le dejó desconcertado a Quinn. El pájaro le pareció, como al Maestro, que gozaba de buena salud, y se preguntaba si lo habrían usado como excusa para obtener permiso para ver a '.a Hermana Bendición. Quizás, pensó, para verme a mí otra vez. No, me estoy volviendo demasiado susceptible. Un par de horas más en este lugar y empezaré a recibir las vibraciones de O'Gorman desde el infierno. Será mejor que me largue.

El Maestro tuvo la misma ocurrencia al mismo tiempo:

—No puedo malgastar más fuerzas con usted, señor Quinn. Debe irse ahora.

—Muy bien.

—Diga a la señora O'Gorman que ofrezco mis oraciones para aliviar la agonía de su esposo.

—No creo que le sirva de mucho consuelo.

—No es culpa mía si está en el infierno. Si hubiera venido a mí le habría salvado... La paz sea con usted, señor Quinn. Espero que no vuelva, a menos que venga humildemente y en penitencia como un converso.

—Preferiría una tarjeta de visita de Capirote —dijo Quinn, pero el Maestro ya había cerrado la puerta.

Quinn bajó hacia la carretera polvorienta. Alrededor de una docena de hermanos y hermanas estaban de pie frente al comedor cuando pasó por allí, pero ninguno le saludó. Solamente uno lanzó una mirada curiosa en su dirección, y Quinn reconoció la cara curtida del Hermano Luz del Infinito, el hombre que fue al almacén para limpiar de pulgas el colchón. Parecía que toda la colonia hubiera sido advertida para ignorar la presencia de Quinn, porque fuese una amenaza para ellos. Pero tan pronto como pasó de largo pudo sentir una docena de ojos clavados en su nuca.

La sensación persistió, incluso después de llegar al coche, cuando ya no había nadie a la vista. Cada árbol parecía esconder detrás un hermano o hermana observándole.

Quitó el freno y el coche se deslizó cuesta abajo por el camino de tierra. Recordó la primera salida de la Torre, con el Hermano Corona conduciendo el destartalado camión, antes de la salida del sol. Recordaba la razón que había para elegir esa hora: alejar el camión del lugar antes de que Karma, la hija mayor de la Hermana Contrición, intentara hacerse llevar a la ciudad.

Quinn nadaba en sudor. Sentía esos ojos en la nuca como insectos trepando. Levantaba la mano para frotarse y no encontraba más que su piel húmeda y fría.

Dijo en voz alta:

—¿Karma?

No hubo respuesta.

Ya había llegado a la carretera principal. Paró el coche, apagué el motor y salió. Después abrió la puerta de atrás.

—Este es el final del trayecto, amiguita.

El bulto gris del suelo se agitó y lloriqueó.

—Vamos —dijo Quinn—. Podrás volver a la Torre antes de que oscurezca si empiezas a andar ahora.

Apareció el largo cabello negro de Karma, después su rostro, cubierto de granos, triste y resentido

—No pienso volver.

—Un pajarito me ha dicho que sí.

—Odio a los pajaritos. Odio al Hermano Lengua. Odio al Maestro y a la Madre Pureza, al Hermano Corona y a la Hermana Gloria. Más que a nadie odio a mi madre y a esos horribles niños chillones. Sí, e incluso odio a la Hermana Bendición.

—Vaya montón de odio —dijo Quinn.

—Hay más. Odio al Hermano Visión porque le suenan los dientes cuando come y odio al Hermano Luz porque me llama perezosa y odio...

—Está bien, está bien, estoy convencido de que eres una odiadora de primera. Y ahora sal de ahí, muévete.

—Por favor, por favor, lléveme con usted. No seré una molestia, ni siquiera hablaré. Puede simular que no estoy aquí. Cuando lleguemos a la ciudad encontraré trabajo. No soy vaga, como dice el Hermano Luz, soy... Va a decir que no, ¿verdad?

—Sí, voy a decir que no.

—¿Es porque cree que sólo soy una niña?

—Hay otras razones, Karma. Ahora sé una buena chica, evítanos a ambos un montón de problemas…

—Ya estoy en un problema —dijo con calma—. Y usted también. He oído cosas.

—¿Qué cosas?

Se sentó en el asiento de atrás, colocándose el largo cabello por detrás de las orejas.

—Oh, cosas. Ellos hablan delante de mí como si fuera demasiado joven para comprender.

—La Hermana Bendición ha hablado delante de ti.

—Todos ellos.

—La Hermana Bendición es la que me interesa particularmente —dijo Quinn.

—Ella habla mucho.

—¿Acerca de mí?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Oh, cosas.

Le lanzó una mirada dura:

—Me estás haciendo perder el tiempo y pasar un mal rato, Karma. No está nada bien. Sal de ahí antes de que te coja del pelo.

—Chillaría. Chillo muy fuerte y en las montañas el sonido se propaga fácilmente. Me oirían todos, pensarían que trata de raptarme. El Maestro se pondría furioso, podría matarle. Tiene un temperamento terrible.

—También podría matarte a ti.

—No me importa. No tengo por qué vivir.

—Muy bien, tú te lo has buscado.

Quinn se agachó para cogerla. Ella respiró profundamente y abrió la boca para chillar. El ahogó el sonido apretándole la mano contra la boca.

—Escucha, niña loca. Nos vamos a meter en un lío. No puedo llevarte conmigo a San Felice. Necesitarás dinero, ropa, alguien tiene que cuidar de ti. Tal vez esto no te guste, pero por lo menos estás protegida. Espera a ser más mayor, entonces podrás marcharte por tus propios medios. ¿Me oyes, Karma?

Asintió.

—¿Si quito la mano me prometes estar callada y discutir de

forma razonable?

Volvió a asentir.

—Muy bien —le quitó la mano de la boca y se reclinó con cansancio en el asiento—. ¿Te he hecho daño?

—No.

—¿Cuántos años tienes, Karma?

—Voy a cumplir veintiuno.

—Claro, pero, ¿cuánto falta para ello? Vamos, di la verdad.

—Dieciséis —dijo después de un rato—. Pero podría encontrar un trabajo fácilmente en la ciudad y ganar dinero para comprar algún producto para la cara y tener el mismo aspecto que las demás chicas.

—Tienes una cara muy bonita.

—No, es horrible, con todas esas cosas rojas horribles, me dicen que se me quitarán, pero no es cierto. Nunca se me quitarán. Necesito dinero para comprar un producto que las haga desaparecer. Una de mis profesoras me lo dijo el año pasado, cuando fui al colegio, pomada para el acné lo llamó. Era muy amable, me dijo que ella también tuvo acné y sabía cómo me sentía.

—¿Y esa es la razón por la que quieres ir a la ciudad, para comprar pomada para el acné?

—Bueno, eso en primer lugar —dijo tocándose las mejillas—. Lo necesito de veras.

—Supón que prometo comprártelo y enviártelo. ¿Pospondrías tu viaje a la ciudad hasta que fueras un poco más capaz de cuidar de ti misma?

Lo pensó durante largo rato, enrollando y desenrollando un mechón de cabello.

—Sólo intenta librarse de mí.

—Es verdad. Pero también me gustaría ayudarte.

—¿Cuándo lo conseguirá?

—Lo antes posible.

—¿Cómo sabrá que es el producto adecuado?

—Le preguntaré al farmacéutico, el hombre que lo vende.

Se volvió y le miró muy seriamente:

—¿Cree que estaré bonita, tan bonita como las chicas del colegio?

—Por supuesto que sí.

Estaba oscureciendo, pero no se movió para salir del coche y volver a la Torre.

—Aquí todos son tan feos —dijo—. Y sucios. Los suelos están más limpios que nosotros. En el colegio había duchas con agua caliente y jabón de verdad y cada uno de nosotros tenía una toalla grande, blanca.

—¿Cuánto tiempo llevas en la Torre, Karma?

—Cuatro años, desde que se construyó.

—¿Y antes?

—Estábamos en algún lugar de las montañas, las montañas de San Gabriel, en el sur. Sólo eran un montón de chozas de madera. Entonces apareció la Madre Pureza y vinimos a la Torre.

—¿Era una conversa?

—Sí, muy rica. No tenemos muchos ricos. Creo que los ricos están demasiado ocupados divirtiéndose y gastando el dinero, como para preocuparse del más allá.

—¿A a ti te preocupa, Karma?

—El Maestro me asusta con esos extraños ojos —dijo—. Pero la Hermana Bendición no me da miedo. En realidad no la odio, como dije. Reza todos los días por mi acné.

—¿Sabes dónde está ahora?

—Todos lo saben. Está aislada.

—¿Por cuánto tiempo?

—Cinco días. El castigo siempre dura cinco días.

—¿Sabes la razón por la que está castigada?

Karma negó con la cabeza.

—Hubo murmullos que no pude oír entre ella y el Maestro y el Hermano Corona. Después, cuando mi madre y yo entramos para preparar la comida ayer al mediodía, la Hermana Bendición no estaba y el Hermano Lengua estaba agachado, al lado de la estufa, llorando. Adora a la Hermana Bendición porque le cuida y se deshace en atenciones cuando está enfermo. El único que se alegró fue el Hermano Corona, que es más malo que Satán.

—¿Cuánto tiempo hace que el Hermano Corona es un converso?

—Llegó un año después de que se construyera la Torre. Hace tres años.

—¿Y la Hermana Bendición?

—Ya estaba con nosotros en las montañas de San Gabriel. Casi

todos los demás estaban, y un montón más que se han ido desde entonces, porque se pelearon con el Maestro, como mi padre.

—¿Dónde está ahora tu padre, Karma?

—No lo sé —dijo en voz baja—. Y no puedo preguntarlo. Cuando alguien es desterrado, su nombre no se puede volver a mencionar nunca más.

—¿Has oído alguna vez a alguien referirse a un hombre llamado O'Gorman?

—No.

—¿Recuerdas ese nombre, Patrick O'Gorman?

—Sí. ¿Por qué?

—Te agradecería mucho que mantuvieras los oídos alerta —dijo Quinn—. No necesitas decir a nadie que te lo he pedido, queda estrictamente entre tú y yo, como la pomada. ¿Trato hecho?

—Sí —se tocó las mejillas, la frente, la barbilla—. ¿De verdad, honestamente, cree que estaré bonita cuando se me quite el acné?

—Estoy seguro.

—¿Cómo me enviará la pomada? El Maestro abre todos los paquetes de correo, y si piensa que algo es una medicina lo tira, no cree en las medicinas, ni en los médicos, solamente en la fe.

—Yo mismo te traeré el producto.

Estaba demasiado oscuro para verle la cara, pero Quinn percibió un pequeño movimiento de protesta o disentimiento.

—No quieren que vuelva por aquí nunca más, señor Quinn. Creen que intenta ocasionar problemas a la colonia.

—No es cierto. La colonia, como tal, no me interesa.

—Pero sigue viniendo.

—Mi primera visita fue accidental, la segunda ha sido para dar a la Hermana Bendición la información que me pidió.

—¿Esa es toda la verdad?

—Sí —dijo Quinn—. Se está haciendo tarde, Karma. Será mejor que vuelvas antes de que salgan a lincharme.

—No me echarán de menos. Le dije a mi madre que me iba a la cama porque tenía dolor de garganta. Estará ocupada en la cocina hasta muy tarde. Para entonces —añadió con amargura— esperaba estar a medio camino de la ciudad. Pero no lo estoy. Todavía estoy aquí. Estaré aquí hasta que me muera. Oh. desearía morirme en este momento, así iría al cielo antes de cometer todos los pecados que

posiblemente cometeré en cuanto tenga oportunidad, como: tener vestidos preciosos y zapatos y responder al Maestro y lavarme el pelo cada día con perfume.

Quinn salió del coche y sujetó la puerta abierta para ella. Bajó lentamente y con dificultad.

—¿Podrás encontrar el camino en la oscuridad? —dijo Quinn.

—He subido y bajado esta carretera un millón de veces.

—Hasta pronto entonces.

—¿Volverás, de verdad?

—Sí.

—¿Y no olvidarás el producto para mi acné?

—No —dijo Quinn—. Y tú, ¿no olvidarás tu parte del trato?

—Tendré los oídos alerta por si alguien menciona a Patrick O'Gorman. Aunque no creo que nadie lo haga.

—¿Por qué no?

—No se nos permite hablar de la gente que conocíamos antes de convertirnos y no hay nadie en la colonia llamado O'Gorman. Cuando cuido a la Madre Pureza, a menudo leo en un libro que guarda el Maestro nuestros nombres en el mundo exterior. No hay ningún O'Gorman en él. Tengo muy buena memoria.

—¿Recuerdas el nombre de la Hermana Bendición?

—Naturalmente. Mary Alice Featherstone, y vivía en Chicago.

Quinn le preguntó por algunos nombres más, pero ninguno de los que mencionó significó para él más que el de Mary Alice Featherstone.

A la luz de la luna contempló a Karma caminando hacia la Torre. Daba pasos enérgicos y ligeros, como si se hubiera olvidado ya de que esperaba morirse y en vez de eso se estuviera concentrando en los pecados que intentaría cometer en cuanto tuviera oportunidad.

Quinn llegó a San Felice, se registró en un motel del puerto y se fue a dormir, entre el graznido intermitente de una sirena de niebla y el sonido de la espuma chocando contra el rompeolas.

10

A las nueve de la mañana el sol había levantado casi toda la niebla. El mar, sereno y con marea baja, aparecía veteado de colores: en el horizonte, un azul cielo; donde se hallaban las colonias de algas, marrón y en el puerto mismo, una especie de verde grisáceo. El aire era cálido y calmo. Dos niños, que apenas parecían tener edad para saber andar, estaban sentados pacientemente en un pequeño velero, esperando algo de brisa.

Quinn cruzó la playa arenosa y se dirigió al rompeolas. La oficina de Tom Jurgensen estaba cerrada con candado, pero Jurgensen se encontraba sentado en el muro de cemento con un hombre de pelo cano que llevaba una gorra y calzado de navegar y un inmaculado traje de lona blanco. Después de un rato el hombre canoso se dio la vuelta con un gesto de enfado y se fue por la rampa, hacia las gradas de amarre.

Jurgensen se acercó a Quinn, serio.

—¿Ya has vuelto o aún no te has ido?

—Ya he vuelto.

—No me has dado mucho tiempo para conseguir el dinero. Dije una o dos semanas, no uno o dos días.

—Esta es una visita amistosa —dijo Quinn—. A propósito, ¿quién es tu amigo, el del traje de marinero?

—Un tipo de Newport Beach. No distinguiría una vela de estribor de una vela de cera, pero tiene una yola de veintisiete metros y se cree Almirante de la flota del Señor de los Cuatro Vientos… ¿Estás muy arruinado, Quinn?

—Ya te lo dije ayer. Sin un centavo.

—¿Quieres trabajo para unos días?

—¿Como qué?

—El Almirante anda buscando un guardaespaldas —dijo Jurgensen—, o más exactamente, un guarda de barco. Su mujer se ha divorciado de él y se le ha ocurrido la brillante idea de limpiar la caja fuerte y ponerlo a bordo del *Briny Belle* antes de que su mujer pueda conseguir una orden judicial que le impida disponer de los bienes comunes. Teme que se entere de dónde está y trate de tomar posesión del *Briny* y de todo lo que hay en él.

—No sé nada de botes.

—No lo necesitas. El *Briny* no saldrá hasta que la próxima marea, de casi dos metros, le facilite el paso por la barra de arena. Eso será dentro de cuatro o cinco días. Tu trabajo consistirá en ayudarle a bordo y alejar de la plancha a las rubias de rapiña.

—¿Cuánto paga?

—El muchacho está bastante desesperado —dijo Jurgensen—. Creo que podrías sacarle setenta y cinco dólares al día. No está mal.

—¿Cómo se llama el Almirante?

—Alban Connelly. Se casó con una actriz principiante de Hollywood, lo cual no significa nada, porque en Hollywood toda mujer con menos de treinta años es una actriz principiante —Jurgensen hizo una pausa para encenderse un cigarrillo—. Piénsalo, holgazanear todo el día al sol, jugando al «gin rummy» con unas cuantas cervezas. Suena bien.

—Claro —dijo Quinn—. Especialmente si el Almirante no tiene buena suerte.

—¿Quién necesita suerte con diez millones de dólares? ¿Quieres que vaya y le hable de ti, que le anime un poco?

—Me vendría bien el dinero.

—Estupendo. Iré de un salto al *Briny* y hablaré con él. ¿Supongo que podrás empezar a trabajar en cualquier momento?

—¿Por qué no? —dijo Quinn, pensando: No tengo otra cosa que hacer: O'Gorman está en el infierno, la Hermana Bendición aislada, Alberta Haywood en la cárcel. Nadie va a desaparecer.

—¿Conoces a muchos pescadores comerciantes de aquí?

—Los conozco a todos de vista, y a la mayoría de nombre.

—¿Y a uno llamado Aguila?

—Frank Águila, claro. Es el dueño del *Ruthie K*. Lo puedes ver desde aquí, si te subes al muro —Jurgensen señaló más allá de la última fila de gradas de amarre—. Es un viejo bote de pesca, tipo

Monterrey, anclado junto a la proa del balandro del mástil negro. ¿Lo ves?

—Creo que sí.

—¿Por qué te interesa Aguila?

—Se casó con Ruth Haywood hace seis años. Me gustaría saber cómo les va.

—Les va bien —dijo Jurgensen—. Es una mujer muy trabajadora, a menudo viene al puerto para acicalar el bote y ayudar a Frank a reparar las redes. Los Aguila no son muy sociables, pero son personas agradables y modestas... Vamos, puedes esperar en la oficina mientras voy al *Briny Belle* a ver a Connelly.

Jurgensen abrió la oficina y entró.

—Ahí está la máquina de escribir, puedes escribir tú mismo un par de referencias para hacer creer a Connelly que ha conseguido una ganga. Y no te preocupes por los detalles. A las diez, Connelly estará demasiado trompa para leer nada.

Cuando Jurgensen se fue, Quinn buscó el número de Frank Aguila en la guía telefónica y lo marcó. Una mujer que se identificó como la niñera, dijo que el señor y la señora Aguila se habían ido a San Pedro por un par de días para asistir a una boda.

Cuando Quinn llegó a la *Briny Belle*, un joven con mono estaba tapando con pintura el nombre de la proa, mientras Connelly, recostado en la barandilla, le decía que se diera más prisa.

Quinn dijo:

—¿Señor Connelly?

—¿Quinn?

—Sí.

—Llega tarde.

—Tuve que pagar el motel y solucionar unos asuntos del coche.

—Bien, no se quede ahí —dijo Connelly—. No está aquí para ser conducido a bordo, si es lo que está esperando.

Quinn subió a la plancha, convencido de que el trabajo no iba a resultar tan agradable como Jurgensen dio a entender.

—Siéntese, Quinn —dijo Connelly—. ¿Cómo se llama, ese asno que vende botes... le ha hablado de mi situación? —Sí.

—Las mujeres no saben de barcos nada más que el nombre, así que estoy cambiando el nombre del *Briny*. Muy inteligente, ¿no?

—Diabólico.

Connelly se apoyó en los talones y se rascó un lado de su gran nariz roja.

—Por lo que veo, es uno de esos sarcásticos bastardos a quienes les gusta hacer gracias, ¿eh?

—Soy uno de ésos.

—Bien, yo soy el que hace las gracias aquí, Quinn, y no lo olvide. Cuando hago un chiste, todos se ríen, ¿entendido?

—Le saldría mejor comprarse una cassette de risas.

—Creo que no me va a gustar usted —dijo Connelly pensativamente—. Pero por cuatro o cinco días podré soportarlo si usted quiere.

—Eso suena bien.

—Soy un buen hombre, muy bueno. Eso es lo que esa fulanita rubia, Elsie, no entiende. Si no se lo hubiera apropiado, yo se lo habría dado. Si no hubiera gimoteado tanto por su carrera, yo le habría comprado una carrera, como otros tipos le comprarían una bolsa de panchitos... Ese, cómo se llama, me ha dicho que juega a las cartas.

—Sí.

—¿Por dinero?

—Era conocido por jugar dinero —dijo Quinn prudentemente.

—Muy bien, vayamos abajo y empecemos.

En ese primer día se estableció el patrón para los días siguientes. Por la mañana, Connelly estuvo relativamente sobrio y hablaba acerca de lo buen tipo que era y de lo mal que le había tratado Elsie. Por la tarde, los dos hombres jugaron al «gin rummy» hasta que Connelly se desmayó sobre la mesa; Quinn le dejó en una litera y subió a cubierta con unos prismáticos para ver si había algún signo de actividad en el bote pesquero de Aguila, el *Ruthie K*. Por la noche, Connelly empezó a beber de nuevo y a hablar de Elsie, qué mujer tan estupenda era y qué mal le había tratado. Quinn tenía la impresión de que existían dos Elsies y dos Connellys. La Elsie de noche, que era una mujer estupenda, debió haberse casado con el Connelly de día, que era un buen tipo, y todo habría salido bien.

La cuarta tarde, Connelly estaba roncando en su litera cuando Quinn subió a cubierta con los prismáticos. El Capitán, un hombre

llamado McBride, y dos tripulantes que Quinn no había visto antes, llegaron a bordo con su equipo, y había mucha actividad.

—Nos ponemos en marcha mañana a media noche —le dijo McBride a Quinn—. Hay una marea de 1.83. ¿Dónde está Nimitz?

—Durmiendo.

—Bueno. Podemos preparar algunas cosas. ¿Va a venir con nosotros, Quinn?

—¿Dónde van?

—Nimitz está despistando al enemigo —dijo McBride enérgicamente—. Las órdenes son secretas. Además, nuestro amigo tiene la simpática costumbre de cambiar de opinión en medio del canal.

—A mí me gusta saber a dónde voy.

—¿Qué más da? Anímese a venir de viaje.

—¿A qué se debe ese repentino estallido de amistad, capitán?

—Amistad, diablos —dijo McBride—. Odio el «gin rummy». Cuando juega con él, yo no puedo hacerlo.

Quinn enfocó los prismáticos sobre el *Ruthie K*. No veía a nadie a bordo, pero había un pequeño esquife, atado de costado, que no había estado allí los días anteriores. Unos quince minutos más tarde, una mujer con vaqueros y camiseta apareció en el puente, y colgó lo que parecía una manta en la barandilla. Después volvió a desaparecer. Quinn se acercó al capitán McBride.

—Si Connelly se despierta, dígale que he ido a tierra a un recado, ¿quiere?

—Acabo de echarle un vistazo. Dormiría en medio de un tifón.

—Me viene muy bien.

Volvió a la oficina de Jurgensen, tomó prestado un esquife y remó hasta el *Ruthie K*. La mujer estaba en cubierta y la barandilla ya estaba repleta de sábanas y mantas ventilándose al sol.

—¿Señora Aguila? —dijo Quinn.

Le miró desde arriba con desconfianza, como cualquier ama de casa que encuentra un vendedor en su puerta. Se echó hacia atrás un mechón de cabello descolorido por el sol.

—Sí. ¿Qué quiere usted?

—Soy Joa Quinn. ¿Puedo hablar con usted cinco minutos?

—¿De qué?

—De su hermana.

Una expresión de sorpresa cruzó por su cara y desapareció.

—Creo que no —dijo tranquilamente—. No converso sobre mi hermana con representantes de la prensa.

—No soy periodista, señora Aguila, ni un oficial. Soy un ciudadano particular interesado en el caso de su hermana. Sé que la vista para la libertad condicional se celebrará pronto, y según van las cosas es bastante seguro que no prospere.

—¿Por qué? Ha pagado su deuda, se ha portado bien. ¿Por qué no iban a darle otra oportunidad? ¿Y cómo me ha encontrado? ¿Y cómo sabe usted quién soy?

—Se lo explicaré si me permite subir a bordo.

—No tengo mucho tiempo —dijo bruscamente—. Hay trabajo que hacer.

—Trataré de ser breve.

La señora Aguila le contempló mientras amarraba el esquife a la boya y trepaba dificultosamente por la escala. Entre el bote y la brillantez del *Briny Belle* mediaba un abismo, pero Quinn se sentía en él como en casa. Era un bote de trabajo, no un juguete, y la cubierta brillaba por las escamas del pescado, no por el barniz. Ni Elsie, ni el Almirante, encajaban en esa apretada y pequeña galera.

—La señora King, una socia de su hermana, me dijo su nombre de casada y dónde vivía —explicó Quinn—. Estuve en Chicote el otro día hablando con ella y con otras personas, como Martha O’Gorman. ¿Recuerda a la señora O'Gorman?

—Nunca nos vimos.

—¿Y a su marido?

—¿Qué tiene que ver eso? —dijo la señora Aguila secamente—. Creí que quería conversar sobre mi hermana Alberta. No me interesan los O’Gorman. Si hay algo en lo que pueda ayudar a Alberta estoy dispuesta a haberlo, naturalmente, pero no entiendo qué tienen que ver los O’Gorman. Los tres vivían en Chicote, esa es la única conexión.

—Alberta era contable. Algo así era O'Gorman.

—Y algunos cientos de personas más.

—La diferencia es que no les ha sucedido nada espectacular a esos otros cientos de personas —dijo Quinn—. Pero en un mes, Alberta y O’Gorman encontraron un destino bastante inusual.

—¿En un mes? —repitió la señora Aguila—. Me temo que no,

señor Quinn. Alberta encontró su destino años y años antes, cuando empezó amañando los libros. Sin rodeos, robaba en el banco incluso antes de que Patrick O'Gorman llegara a Chicote. Dios sabe qué es lo que le indujo a hacerlo. No necesitaba nada, no parecía querer nada más de lo que tenía, excepto un marido e hijos, y no mencionaba ni siquiera eso. A menudo pienso en nosotros cuatro, Alberta, George y madre y yo, comiendo juntos, pescando las tardes juntos, comportándonos como una familia normal. Y en todo ese tiempo, en todos esos años, Alberta nunca dio la más mínima impresión de que algo fuese mal. Cuando llegó el golpe yo ya estaba casada con Frank y vivía aquí, en San Felice. Una noche, salí a recoger el periódico de la entrada y allí estaba la foto de Alberta, en primera página, toda la historia... —volvió la cabeza como si el recuerdo de ese día fuese demasiado doloroso para remediarlo.

—¿Estaba unida a su hermana, señora Aguila?

—En cierto modo. Algunas personas describen a Alberta como fría, pero siempre fue afectuosa con George y conmigo. Le gustaba comprarnos cosas, prepararnos sorpresas. Oh, ahora me doy cuenta que el dinero que se gastó no le pertenecía y que lo utilizaba para probar y comprar lo que no tenía, amor. Pobre Alberta, con una mano alcanzó el amor y con la otra lo alejó.

—¿No tuvo ningún romance serio? —dijo Quinn.

—De vez en cuando tenía alguna cita, pero los hombres siempre quedaban desconcertados con Alberta. Hubo varios intentos.

—¿En qué ocupaba el tiempo libre?

—Hacía trabajos voluntarios, iba al cine, a conferencias, conciertos.

—¿Sola?

—Normalmente sí. No parecía importarle ir a los sitios sola, por eso madre siempre se quejaba. El que Alberta no tuviera muchos amigos, ni una vida social ocupada, lo consideraba un reproche hacia ella. La verdad es que a Alberta no le interesaba la vida social.

—¿No le interesaba o es que desistió, dada su habilidad?

—No mostró signos de desesperación. De hecho, durante el último año en casa, parecía bastante contenta. No en el sentido de feliz o satisfecha, sino como si se hubiese resignado a vivir así y tratara de hacerlo lo mejor posible. Se contentó con quedarse soltera, a eso equivalía, supongo.

—¿Cuántos años tenía?

—Treinta y dos.

—¿No es un poco pronto para contentarse con quedarse soltera? —dijo Quinn.

—No para una mujer como Alberta. Siempre fue muy realista respecto a sí misma. No soñaba, como lo hacía yo, en un amor ideal con un descapotable rojo frente a la puerta —se rio avergonzada y apoyó la mano en la barandilla del bote, con un gesto a la vez orgulloso y protector—. Nunca pensé que sería feliz en un viejo barreño, con olor a escamas de pescado y a moho.

Hizo una pausa como si esperara que Quinn la replicara, y éste se vio obligado a afirmar que el *Ruthie K* no era un viejo barreño, sino una buena embarcación.

—Pero volviendo a Alberta, señora Aguila. Viendo los años de desfalcos, no puedo estar de acuerdo con esa descripción de su «realismo». Debía saber que algún día la descubrirían. ¿Por qué no lo dejó o se escapó mientras tuvo oportunidad?

—Quizás quería ser castigada. Puede parecerle extraño, pero Alberta tenía una conciencia muy estricta y severa. Era extremadamente moralista en todo lo que hacía. Si prometía algo, lo cumplía, sin importar cuánto tardase o hasta dónde tuviera que llegar. De niñas, recuerdo que cuando nos metíamos en problemas, Alberta era la primera en admitir la culpa y aceptar el castigo. Era mucho más valiente que yo. Y lo sigue siendo.

—Y lo sigue siendo —repitió Quinn—. ¿Quiere decir que la ha visitado en la cárcel?

—Siempre que puedo, lo cual no es mucho. Unas siete u ocho veces, creo.

—¿Le escribe?

—Una vez al mes.

—¿Y ella le escribe?

—Sí.

—¿Tiene alguna de sus cartas, señora Aguila?

—No —dijo sonrojándose—. No las guardo. Mis hijos aún no saben leer, pero tienen amigos mayores y además hay niñeras y familiares de Frank. No me avergüenzo de Alberta, pero por los

niños y por Frank no hago notar que es mi hermana. No le haría ningún bien.

—¿Qué tipo de cartas escribe?

—Breves, agradables y atentas. Exactamente el tipo de cartas que esperaría de ella. No parece desgraciada. La única queja no es acerca de la prisión, sino de George.

—¿Por qué no tiene noticias suyas?

Ruth Aguila miró a Quinn y abrió un poco la boca, sorprendida.

—¿Qué le ha hecho pensar eso?

—Tenía entendido que George, a instancias de su madre, había interrumpido sus relaciones con Alberta.

—¿Quién le ha dicho eso?

—John Ronda, el editor del *Beacon*, de Chicote, y la señora King, que es socia de George.

—Bueno, no les conozco, así que no puedo llamarles mentirosos. Pero en mi vida he oído una tontería semejante. George es totalmente incapaz de dar la espalda a un miembro de la familia. Es absolutamente leal a Alberta. Para él no es una mujer cerca de los cuarenta acusada de un crimen grave, es aún su hermanita, a la que tiene que proteger, y procurar que reciba un trato justo. Yo también soy su hermanita, pero George sabe que estoy casada y atendida, así pues, ya no soy realmente importante para él. Es a Alberta a quien adora y por la que se preocupa y se deshace en atenciones. ¿Por qué le han dicho esa mentira esas dos personas?

—Estoy seguro —dijo Quinn— de que ambos están convencidos.

—¿Por qué? ¿De dónde se han sacado esa historia?

—Obviamente, de George, puesto que son sus amigos, especialmente la señora King.

La protesta de Ruth fue inmediata y firme.

—Es totalmente absurdo. George no simularía deliberadamente ser un sinvergüenza cuando la verdad es que está haciendo todo lo posible por Alberta, más de lo que ella quiere que haga. Eso es de lo que se queja en las cartas. Las visitas mensuales de George la angustian, porque es muy conmovedor. Sigue tratando de ayudarla, y ella se niega. Dice que es suficientemente mayor para llevar su propia carga y que el sufrimiento de George lo único que hace es agravarla. Le ha dicho que no quiere verle, al menos no tan a menudo, pero él continúa yendo, a pesar de todo.

—Las personas en prisión normalmente están deseosas, patéticamente deseosas, de recibir visitas.

—Le repito que Alberta es realista. Si ver el sufrimiento de George agrava el suyo, entonces es lógico que no quiera que la visite tan a menudo.

—Tiene sentido por un lado —dijo Quinn—. Pero me parece que también podría estar utilizando esa explicación para ocultar la verdad.

—¿Y cuál sería la verdad?

—Ño sé. Quizás tema que George pueda destruir la defensa que se ha construido para adaptarse y aceptar la situación presente. Usted dice que no parece desgraciada. ¿Eso es lo que quiere creer, señora Aguila, o es la verdad?

—Casualmente coinciden.

—Aún habla de su sufrimiento —dijo Quinn—. ¿Existe el sufrimiento feliz?

—Sí. Si se quiere ser castigado y se consigue. O si se espera algo bueno, ansiosamente, al final de una mala experiencia.

—¿Por ejemplo, una gran suma de dinero?

Miró el agua aceitosa que chocaba suavemente contra el casco gris de *Ruthie K*.

—Se ha gastado el dinero, señor Quinn. Parte lo donó y la mayor parte se lo jugó. Me dijo en una carta que acostumbraba a pasar los fines de semana en Las Vegas mientras George y madre creían que había ido a Los Angeles o a San Francisco de compras y a ver espectáculos. ¿Es extraño, verdad?... Alberta es la última mujer en la tierra de la que sospecharía que jugase.

—Las Vegas está lleno de las últimas mujeres en la tierra que nadie sospecharía que jugasen.

—Debe ser un impulso muy peculiar, sobre todo cuando se pierde semana tras semana.

—Cuando se pierde —dijo Quinn— es precisamente cuando menos se piensa en dejar de jugar.

La señora Aguila movió la cabeza con tristeza.

—Pensar en todas las molestias que se tomó, año tras año, para robar ese dinero, y después todo lo que hizo fue tirarlo..., no tiene sentido, señor Quinn. Alberta no se dejaba llevar de impulsos así. Era metódica, planeaba todo minuto a minuto. Todo lo que hacía lo

tenía bien pensado de antemano, desde el presupuesto de su vestuario hasta el camino que seguía para ir y venir de la oficina. Incluso un asunto tan simple como asistir al cine lo planeaba como si fuese una campaña. Si el largometraje empezaba a las siete y media, la cena tenía que estar lista exactamente a las seis, y los platos lavados y recogidos a las siete, y así. No era muy divertido ir a algún sitio con ella, porque cada vez que hacía algo, prácticamente la podías ver planeando el movimiento siguiente.

Quinn pensó: Ahora está haciendo algo, estar en prisión. ¿Cuál será el siguiente movimiento que habrá planeado? Si Ronda está en lo cierto, no saldrá libre en muchos años.

—Creo que el error que cometió Alberta en el banco fue muy trivial —dijo.

—Sí.

—Recuerdo otro error trivial que tuvo consecuencias incluso más drásticas que el de Alberta.

—¿Cuál fue?

—La noche que desapareció O'Gorman, volvía a la oficina para corregir un error que había cometido durante el día. Dos contables, dos errores triviales, dos fines desastrosos en un mes, en una pequeña ciudad. Añada a eso el hecho de que O'Gorman trabajó para George Haywood en una ocasión y que probablemente conocía a Alberta, al menos de vista. Añada aún otro hecho, cuando llegué a Chicote para hacer preguntas acerca de O'Gorman, a George se le despertó la curiosidad, hasta el punto de allanar mi habitación del motel y registrarla.

—Se daría cuenta de lo fantasiosa que es esa historia si conociera a George.

—Estoy tratando de conocerle —dijo Quinn—, pero hasta el momento no he tenido oportunidad.

—En cuanto a sus sospechas, y eso es todo lo que son, parece olvidar que las autoridades consideraron todas las posibilidades cuando desapareció O'Gorman.

No hubo ni una persona en Chicote a la que no interrogaran. George me enviaba todos los números del *Beacon*.

—¿Por qué?

—Pensó que yo estaría interesada, puesto que había vivido en Chicote y conocía un poco a O'Gorman.

—¿Cuánto es un poco?

—Le vi un par de veces en la oficina.

Era un hombre muy apuesto, aunque había algo de afeminado en él que me repelía. Tal vez sea una palabra muy fuerte, pero ésa es la impresión que me dio.

—Ese tipo puede resultar muy atractivo a ciertas mujeres —dijo Quinn—. Me dijo que no conocía a Martha O'Gorman.

—Me la señalaron una vez por la calle.

—¿Quién?

Vaciló un momento.

—George. Opinaba que era un mujer muy atractiva y se preguntaba por qué habría perdido la cabeza por un hombre como O'Gorman.

Quinn se lo preguntaba también, a pesar de todas las cosas buenas que Martha O'Gorman le había contado sobre su matrimonio.

—¿Le interesaba a George?

—Creo que le habría interesado si no estuviera casada. Es una lástima que lo estuviera. George necesitaba y aún necesita una esposa. La suya murió cuando él apenas tenía treinta años. Cuanto más espere, cuanto más viva solo, en casa con su madre, más duro será para él escapar.

Yo tuve que hacerlo, acabar o que acabaran conmigo.

A Quinn le parecía que cada vez que doblaba una esquina se encontraba con George Haywood, El que Martha no se hubiera vuelto a casar no tenía nada que ver con su fidelidad al recuerdo de O'Gorman, esperaba que George escapara de su madre. Así serían dos, pensó, Martha O'Gorman y Willie King, y no apostaría un centavo por 'Willie.

—Ha hablado de la lealtad de George y el cariño hacia su hermana —dijo—. ¿Es recíproco?

—Sí. Demasiado.

—¿Demasiado?

En sus mejillas aparecieron dos manchas de color gemelas y agarró con las manos la barandilla como si temiera caerse por la borda.

—Creo que no debí decir eso. Quiero decir, no soy psicóloga, no tengo autoridad para ir analizando a la gente. Sólo..., bueno, no

puedo evitar pensar que George cometió un error volviendo a casa después que muriera su esposa. George solía ser un hombre cálido y afectuoso capaz de dar amor y aceptarlo…, me refiero al verdadero amor, no al neurótico, como el de mi madre y Alberta. Tal vez sea poco caritativo por mi parte hablar así de ellos. Probablemente no lo haría si se hubieran comportado amablemente respecto a mi matrimonio con Frank. Es una respuesta larga para una pregunta breve, ¿verdad?

»En resumen, sí, Alberta tiene mucho cariño a George. Sin él, toda su vida habría sido diferente, más satisfactoria, no habría tenido que robar ni jugar, se habría casado como cualquier mujer. Creo que, de alguna forma, George lo entiende y se siente culpable. Por eso va a visitarla y cada uno ve cómo sufre el otro y…, oh, es un lío tan podrido que me da asco. Creo que lo que intento decir es que les odio. Les odio a los tres. No quiero que Frank y mis hijos se vean obligados a tener nada que ver con ellos.

Quinn estaba sorprendido por la violencia de sus sentimientos y pensó que también ella lo estaba. La mujer echó una ojeada con inquietud a los botes amarrados cerca como para asegurarse de que nadie había sido testigo de su arrebato. Después se volvió a Quinn con una sonrisa tímida.

—Frank dice que siempre me pasa esto cuando hablo de mi familia. Empiezo siendo fría y objetiva y termino histérica.

—Ya me gustaría que todas las histerias con las que me tengo que enfrentar fuesen tan tranquilas.

—El caso es que lo único que quiero de mi familia es que me dejen en paz. Cuando le vi trepando por la escala, sabiendo que iba a hablarme de Alberta, sentí ganas de empujarle por la borda.

—Me alegro que no lo hiciera —dijo Quinn—. Este es el único traje que tengo.

Cuando volvió al *Briny Belle* eran las cinco. El Almirante iba y venía, llevaba un nuevo equipo blanco y tenía la misma expresión perruna de siempre.

—¿Dónde diablos ha estado, inútil holgazán? Tiene que estar a bordo las veinticuatro horas del día.

—Vi a una estrafalaria rubia en el rompeolas. Se parecía a Elsie,

y creí que lo mejor sería comprobarlo. Efectivamente, era Elsie…

—¡Dios mío! Vámonos de aquí. Llame al capitán. Dígale que partimos inmediatamente.

—… Elsie Doolittle, de Spokane. Una chica encantadora.

—Vaya, es usted un gusano asqueroso —dijo Connelly—. No puede dejar de hacer bromas, ¿eh? A mis expensas, ¿verdad? Debería romperle los dientes.

—Podía estropearse el traje de marinero.

—Por Dios, que si tuviera veinte años menos…

—Si tuviera veinte años menos sería lo mismo que ahora, un cabeza de chorlito incapaz de ganar un cocker-spaniel al «gin rommy» sin hacer trampas.

—¡No hice trampas! —gritó Connelly—. No he hecho trampas en mi vida. Desdígase inmediatamente o lo demandaré por difamación.

Quinn parecía divertirse.

—Me di cuenta en la mitad de la primera partida. Deje de hacer trampas o tome lecciones.

—Usted ganó. ¿Cómo puede hacer trampas si ganó?

—Yo tomé lecciones.

La boca de Connelly se quedó abierta como la de un bacalao con el anzuelo.

—Vaya, me traicionó. No es más que un ladrón.

Empezó a llamar a gritos al capitán McBride, a la tripulación, a la policía, a la patrulla del puerto. Ya había una docena de personas alrededor. Quinn bajó tranquilamente de la plancha sin esperarse a cobrar el sueldo. Tenía en el bolsillo trescientos dólares del dinero de Connelly, equivalente a la paga de cuatro días, a sesenta y cinco diarios. Le gustaba más así que haberlo aceptado de mano de Connelly.

—Dese un largo paseo por cubierta, Almirante.

11

La prisión para mujeres de Tecolote era un grupo de edificios de hormigón construidos en una meseta de ochocientos mil metros cuadrados sobre el valle Deer. Quinn pensó que se había escogido ese emplazamiento para disuadir de las evasiones, puesto que no había ningún lugar adonde escapar. El campo era más desolado que el que rodeaba a la Torre. No había ninguna ciudad en veinticinco kilómetros a la redonda; y la tierra pedregosa y las escasas lluvias habían desalentado a los granjeros y rancheros. La carretera pavimentada que conducía a Tecolote se acababa justo ante las rejas de la prisión, como si los ingenieros que la construyeron la hubieran abandonado y se hubieran vuelto a casa desesperados.

En el edificio de la administración Quinn dijo a la encargada que quería ver a Alberta Haywood y le presentó la licencia de detective privado extendida por el Estado de Nevada. Después de media hora de preguntas le llevaron a través del patio enlosado y le dejaron en una de las habitaciones del piso bajo de un edificio de hormigón de tres plantas. La habitación tenía el aspecto de estar a medio decorar.

La mitad de las ventanas tenían cortinas y de las paredes colgaban algunos cuadros al óleo. Había dos o tres sillas tapizadas, pero la mayoría de los lugares para sentarse los proporcionaban bancos de madera similares a los del comedor comunal de la Torre.

Había otras personas esperando: una pareja mayor que estaba de pie, juntos, al lado del pasillo, intercambiando susurros inquietos; una mujer joven cuya identidad se ocultaba o se perdía bajo las capas de maquillaje; un hombre de la edad de Quinn, de ojos apagados y ropa llamativa; tres mujeres con uniforme azul con la artificialidad y la vigorosa alegría de grupo de las asistentes sociales

voluntarias; un hombre y su hijo adolescente, que parecían haber tenido una pelea, ni la primera ni la última, sobre si venir o no; una mujer de pelo cano que llevaba una bolsa de papel rota. A través de la rotura Quinn veía el brillo rojizo de una manzana.

Un guarda iba pronunciando los nombres y la gente iba saliendo, hasta que sólo quedaron en la habitación Quinn y el padre con el adolescente.

El hombre empezó a hablar en voz alta.

—Tienes que ser más educado con tu madre esta vez, ¿me oyes? Nada de malhumor. Es tu madre.

—¿Crees que no lo sé? Me lo restriegan por la cara en la escuela todos los días.

—No empecemos. Ponte en su lugar.

Está sola, espera verte. Lo menos que puedes hacer es sonreír, ser agradable, decirle que tiene buen aspecto y que la echamos de menos.

—No puedo. No puedo hacerlo. Nada de eso es verdad.

—Cállate, escucha. ¿Crees que a mí me divierte? ¿Crees que todos los demás se lo pasan bien? ¿Crees que a tu madre le gusta estar encerrada en una jaula?

—No creo nada —dijo el muchacho indiferente—. No quiero pensar nada.

Los tres salieron al pasillo.

Quinn esperó diez o quince minutos más. Examinó los cuadros de los paredes, la tapicería de las sillas, y la vista desde las ventanas de una estructura de tres plantas de hormigón idéntica a aquella en la que se encontraba. Quinn se preguntaba cuántos de sus ocupantes serían rehabilitados. La misma gente que construía astronaves para alcanzar la luna, enviaba a sus semejantes a colonias penales del siglo dieciocho y se gastaba más dinero en siete astronaves que en un cuarto de millón de personas encerradas en prisión.

Una mujer rechoncha con un uniforme azul de sarga apareció por la puerta.

—¿Señor Quinn?

—Sí.

—Su nombre no está en la lista de visitas aprobadas de la señorita Haywood.

—Ya se lo he explicado a las personas del edificio de

administración.

—Sí. Bueno, depende totalmente de la señorita Haywood que hable con usted o no. Por aquí, por favor.

La sala de visitas zumbaba por la conversación y casi todas las casillas estaban ocupadas. Alberta Haywood se hallaba sentada tras la tela metálica con una pose como si estuviera todavía en su mesa del banco. Tenía las manos pequeñas y enlazadas ante sí, sobre el mostrador, y sus ojos azules tenían una expresión despierta y amable. Quinn casi esperaba que dijese: Claro, por supuesto, estaríamos encantados de abrirle una cuenta... En vez de:

—Dios mío, está asombrado. ¿Es la primera vez que visita una prisión?

—No, no lo es.

—La matrona me ha dicho que se llama Quinn. Varios de mis antiguos clientes se llamaban Quinn, y creo que usted debe ser uno de ellos. Ya veo, claro que no lo es. No nos hemos visto antes, ¿verdad?

—No. Señorita Haywood.

—¿Entonces por qué ha venido aquí?

—Soy detective privado —dijo Quinn.

—¿Sí?, debe ser un trabajo muy interesante. No recuerdo haber conocido nunca ningún detective privado. ¿Qué hace exactamente?

—Aquello para lo que le pagan.

—Naturalmente, ya se supone —dijo con una pizca de desaire en la voz—. Eso no vierte ninguna luz sobre el porqué de su visita. Mi mundo ha estado bastante limitado estos últimos años.

—Me han contratado para buscar a Patrick O'Gorman.

Quinn no estaba preparado para su reacción. La furia cruzó su rostro y abrió la boca como si luchara por recobrar la respiración.

—Entonces, encuéntrelo. No pierda el tiempo aquí, vaya y búsquelo. Y cuando lo logre, dele su merecido. No tenga compasión.

—Le debe haber conocido bastante bien para tener ideas tan fijas sobre él, señorita Haywood.

—No tengo ideas fijas sobre nadie. Apenas le conocía. Se trata de lo que me hizo.

—¿Y qué fue?

—Yo no estaría en este sitio si él no hubiese desaparecido así. Durante cuatro meses la ciudad no hacía otra cosa que hablar de él, O’Gorman por aquí, O'Gorman por allá, por qué, cómo, quién, cuándo, etcétera, etcétera. Nunca hubiera cometido ese estúpido error en los libros si mi mente no hubiera estado distraída con todo ese jaleo sobre O’Gorman. Me ponía tan nerviosa que no podía concentrarme. Tan increíble derroche de atención para con ese hombre vulgar era absurdo. Naturalmente, eso repercutió en mi trabajo. Necesitaba mucha concentración y planearlo con cuidado.

—Estoy seguro de ello —dijo Quinn.

—Un loco decide escaparse de su casa y yo termino cumpliendo condena en prisión... Yo, una espectadora perfectamente inocente.

Parecía creer en serio que era una espectadora completamente inocente, y Quinn se preguntaba si se lo había creído siempre o si los años pasados en Tecolote, las horas de aburrimiento y de espera, la habrían vuelto ligeramente paranoica. Ella era la mártir, O’Gorman el canalla. El blanco y el negro.

Miraba fijamente a Quinn a través de la tela metálica, estrechando los ojos.

—Deme su sincera opinión, ¿fue justo?

—No estoy suficientemente bien informado sobre los detalles como para formarme una opinión.

—No se necesitan muchos detalles, O’Gorman me puso tras estas rejas. Incluso pudo haberlo hecho deliberadamente.

—No parece muy probable, señorita Haywood. No pudo haber adivinado los efectos de su desaparición sobre su poder de concentración. De todas formas apenas se conocían, ¿no es así?

—Nos saludábamos —dijo como arrepentida de haber hecho eso siquiera con el hombre responsable de su situación—. Si en el futuro se cruzasen nuestros caminos, por supuesto, tengo la intención de negarle el saludo, de huir de él como de una serpiente de cascabel.

—No creo que sus caminos vuelvan a cruzarse nunca, señorita Haywood.

—¿Por qué no? No voy a estar metida en este lugar para siempre.

—No, pero O’Gorman seguramente se quedará en el suyo —dijo Quinn—. La mayoría de la gente cree que fue asesinado.

—¿Quién se iba a molestar en asesinar a O'Gorman? A menos, claro, que hubiera hecho la misma jugarreta que a mí a alguien más.

—No hubo ninguna prueba de que alguien le guardara ningún rencor.

—De todas formas, no le asesinaron. No está muerto. No puede estarlo.

—¿Por qué no?

La joven casi se levantó, como queriendo huir de la pregunta. Entonces se dio cuenta que la matrona la vigilaba, y se volvió a sentar.

—Porque entonces no tendría a nadie a quien culpar. O'Gorman me hizo esto deliberadamente. Tal vez creyese que yo era demasiado snob ante él. O estaba enfadado porque George le despidió.

—Lo que le sucedió a O'Gorman no ocurrió para comprometerla a usted, señorita Haywood.

—Pero me comprometió.

—No estaba planeado así. Estoy seguro —dijo Quinn.

—Ellos también me dicen eso, pero no lo saben todo.

No explicó quiénes eran «ellos», pero Quinn supuso que se refería a los psicólogos de la prisión y quizás también a George.

—¿Viene a visitarla su hermano bastante a menudo, señorita Haywood?

—Todos los meses —se presionó fuertemente la sien con la punta de los dedos, como si sintiera un repentino dolor—. Desearía que no viniera. Es demasiado triste. Habla de los viejos amigos, de los viejos lugares en los que no me puedo permitir pensar o perdería mi..., me volvería excesivamente sentimental. También habla del futuro, y eso es todavía peor. Aquí, aunque sepas que habrá futuro, no lo puedes sentir, porque cada día es como un año, según me parece —añadió con una sonrisa amarga—. Tengo cerca de mil ochocientos setenta y cinco años, y es un poco tarde para pensar en el futuro. A ellos no les digo cosas como éstas, naturalmente. Lo llamarían depresión, melancolía, tendrían algún nombre para ello, cualquier nombre menos el correcto, prisión. Prisión. Es curioso cómo tratan de eludir esa palabra y la sustituyen por «Institución correccional» o «Departamento de la autoridad de adultos».

Términos raros que no engañan a nadie. Soy un preso en una prisión y oír a George charlar alegremente de un viaje a Europa y un trabajo en su oficina me da asco. ¿Cómo puede parecer real un viaje a Europa a alguien que está encerrado en una celda y que no ha ido más allá de la cantina durante más de cinco años? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué estamos aquí? Debe existir, tiene que existir, un método mejor. Si la sociedad quiere vengarse de nuestros crímenes, ¿por qué no nos azotan frente al ayuntamiento?, ¿por qué nos dejan aquí, pasando horas interminables, improductivas, cuando podíamos estar haciendo algo útil? Somos como vegetales, sólo que los vegetales crecen y son comidos, y nosotros ni siquiera tenemos esa satisfacción. No nos quieren ni para comida de perros —tendió las manos—. ¡Pónganme en una trituradora de carne, córtenme en pedazos, permítanme alimentar a algún perro hambriento, a algún muerto de hambre!

Había levantado la voz y la gente de las cabinas contiguas se levantaban y la miraban con atención por los tabiques divisorios.

—¡Permítanme ser útil! ¡Tritúrenme! ¡Escúchenme todos! ¿No les gustaría que les hicieran crecer para alimentar a los animales hambrientos?

La matrona se acercó corriendo, las llaves sonaban contra sus muslos de sarga azul.

—¿Sucede algo, señorita Haywood?

—La prisión. Estoy en prisión y los animales se están muriendo de hambre.

—Cállese ya. No se están muriendo de hambre.

—A usted no le importan.

—A mí me interesa más usted —dijo la matrona con preocupación—. Vamos. La llevaré a su habitación.

—A mi celda. Soy una reclusa, en una prisión y vivo en una celda, no en una habitación.

—Sea lo que sea, va a volver allí y no quiero alborotos ni jaleos. Ahora sea buena chica, ¿eh?

—No soy una buena chica —dijo la señorita Haywood con énfasis—. Soy una mala mujer que vive en la celda de una prisión.

—¡Por los clavos de Cristo!

—Y mida su lenguaje.

La matrona cogió a Alberta firmemente por el codo y la sacó

fuera. En la sala se reiniciaban las conversaciones, pero en voz más baja, más cautelosa, y cuando Quinn se levantó para salir las miradas que le seguían, parecían llenas de acusaciones: No ha respondido a su pregunta, señor. ¿Por qué estamos todos nosotros aquí?

Quinn volvió al edificio de la administración, y después de otra serie demoras, le dieron permiso para ver a la psiquiatra asistente social, que era quien asesoraba sobre las internas que merecían la vista para la libertad condicional.

La señora Browning era joven y estaba seria y desconcertada.

—Este es un período de fuerte tensión para todas ellas, claro. Sin embargo, el informe sobre la depresión nerviosa de la señorita Haywood me sorprende. Supongo que no debería estar sorprendida. No he tenido mucho contacto con ella —se ajustó las gafas, como si quisiera enfocar más claramente a la señorita Haywood—. En una institución como ésta, donde el departamento de psicología está falto de personal, el lubricante se emplea en las ruedas más chirriantes, y el cielo sabe que tenemos suficientes ruedas chirriantes para preocuparnos por una de las más tranquilas, como es la señorita Haywood.

—¿No ha causado nunca ningún problema?

—Oh, no. Hace bien su trabajo... en la biblioteca de la prisión... También imparte un par de cursos de contabilidad —a Quinn le parecía bastante irónico, pero la señora Browning no debió enterarse, ya que continuó—. Tiene un talento natural para los números.

—Eso tengo entendido.

—He observado, frecuentemente, que en las mujeres existe una relación entre la habilidad matemática y la carencia de cordialidad y emotividad. Las demás internas respetan a la señorita Haywood, pero no la aprecian, y no tiene amigas especiales ni íntimas. Debe haber sido normal en ella antes de que la enviasen aquí porque sólo viene a visitarla una persona su hermano, y sus visitas son todo menos satisfactorias.

—¿En qué sentido?

—Oh, ella parece esperarlas, pero después se queda preocupada

mucho tiempo Y por preocupada no me refiero al modo en que se ha comportado hoy. La señorita Haywood se aísla, se vuelve completamente reservada, como si tuviera tanto que decir, tanto que desahogarse, que no consintiera empezar.

—Empezó hoy.

—Sí, tal vez sea una ruptura —la señora Browning estrechó los ojos como si el resquicio de esperanza que veía fuese mu; tenue y estuviese muy lejos—. Existe otro punto extraño, considerando sus circunstancias. Tiene casi cuarenta años, tiene un expediente penal, no tiene marido, n. familia a la que volver, difícilmente conseguirá otro trabajo en el mismo campo en el que tiene experiencia. En otras palabras, su futuro parece bastante negro, ella misma afirma esperar sólo la muerte Sin embargo, se cuida extraordinariamente. Sigue dietas, y seguir una dieta en un lugar como éste, donde se sirven muchos alimentos feculentos baratos, requiere una fuerza de voluntad. Hace ejercicio en su celda, media hora por la mañana y media hora por la noche, y los dieciocho dólares que está permitido gastar en la cantina cada mes —se los da su hermano— se van en vitaminas, en vez de cigarrillos o chicles. Sólo puedo suponer, que si realmente espera morirse, está decidida a morir con salud...

12

Quinn pasó la noche en San Felice Y al día siguiente, a mediodía, volvió a Chicote. El tiempo no había mejorado durante esa semana, ni tampoco Chicote. Abrasada y próspera bajo un sol implacable, era una ciudad de petróleo que necesitaba agua.

Se registró en el mismo motel en el centro de la ciudad.

El señor Frisby, que estaba de servicio en la oficina, pareció un poco sorprendido.

—Dios mío, ¿usted de nuevo, señor Quinn?

—Sí.

—Me alegra que no guarde rencor por aquel incidente en su habitación la semana pasada. Le he advertido al abuelo que sea más cuidadoso en el futuro y no volverá a suceder, se lo aseguro.

—No. No creo que vuelva a suceder.

—¿Ha tenido suerte con su historia sobre O'Gorman?

—No mucha.

Frisby se inclinó sobre el mostrador:

—No quisiera que esto se difundiera…, el comisario es amigo mío, a veces me ha nombrado suplente especial…, pero, en mi opinión, el caso fue una chapuza.

—¿Por qué?

—Orgullo cívico, por eso. Ninguna de las autoridades admitiría que tenemos tanta delincuencia juvenil como en las grandes ciudades, o incluso más. Según mi opinión, esto fue lo que pasó: O’Gorman se dirigía a la oficina del campo de petróleo cuando un coche lleno de gamberros le vieron y decidieron jugar y divertirse un rato. Le forzaron a salirse de la carretera. A mí me ocurrió lo mismo el año pasado, terminé en una zanja con dos costillas rotas y una conmoción cerebral. Eran sólo muchachos y sin ningún motivo,

salvo querer ir al infierno. Algunos de estos chicos, especialmente en los ranchos, aprenden a conducir cuando tienen diez u once años. Cuando tienen dieciséis, saben todo sobre los coches excepto cómo comportarse en ellos. En fin, tuve más suerte que O'Gorman. Terminé en una zanja, no en el río.

—¿Hubo alguna prueba de que O'Gorman se viera obligado a salirse de la carretera?

—Una gran abolladura en el lado izquierdo del parachoques.

—Seguramente el comisario lo vería.

—Puedo apostar que sí —dijo Frisby—. Se lo señalé yo mismo. Estuve allí cuando sacaron el coche del río, y lo primero que busqué fueron marcas como las que se encontraron en mi coche el año pasado. Esa abolladura estaba en el mismo sitio y tenía un tenue trazo de pintura verde. Tal vez no era suficiente para raspar un poco y hacer unos análisis científicos, pero sí para verlo si se miraba de cerca y se sabía exactamente lo que se estaba buscando.

El revivir la emoción hizo que a Frisby se le subiera la sangre a la cara, que parecía aumentar de tamaño y estar a punto de explotar, como un globo rosa y brillante. Pero en cuanto Quinn le miró, el globo empezó a disminuir y el color a desvanecerse.

—Todo estaba allí para apoyar mi teoría —dijo Frisby con un repentino suspiro—. Excepto por una cosa.

—¿Cuál fue?

—Martha O'Gorman.

El nombre le golpeó a Quinn en los oídos como una disonancia que estuviera esperando oír y que trataba de evitar.

—¿Qué ocurre con la señora O'Gorman?

—En este momento no afirmaría que mintió. Lo que he visto de ella, me hace pensar que es una mujer amable, callada, no como esas mujeres de vida airada, muy pintadas, que están por la calle.

—¿Qué dijo Martha O'Gorman sobre la abolladura del parachoques?

—Dijo que la había hecho ella misma una semana antes. Afirmó que chocó marcha atrás con una farola, cuando intentaba aparcar en el lado izquierdo de una calle de una sola dirección. No se acordaba ni de la calle, ni de la farola, pero todos la creyeron.

—Excepto usted.

—Parece raro olvidar algo así, según mi opinión —Frisby echó

un vistazo por la ventana, intranquilo, como si temiera que el comisario estuviera fuera, oculto—. Supongamos por un momento que estoy en lo cierto al creer que O’Gorman se vio obligado a salir de la carretera por otro coche, pero que este coche no lo conducía un grupo de jóvenes, sino alguien que tenía alguna razón para odiar a O’Gorman y que le quisiera ver muerto. En ese caso, la historia de la señora O'Gorman sería una buena coartada, ¿verdad?

—¿Para sí misma?

—O…, bueno, digamos para un amigo.

—¿Quiere decir un pretendiente?

—Bueno, sucede todos los días —dijo Frisby a la defensiva—. Diablos, no quisiera arrojar difamaciones sobre una mujer inocente, pero, ¿y si no es inocente? Piense en esa abolladura, señor Quinn. ¿Por qué no recordaba dónde se la hizo para que se pudiera comprobar la historia?

—Hay un punto a su favor que parece haber pasado por alto. Las farolas de Chicote son todas verde oscuro.

—También el quince por ciento de todos los coches ese año.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo mismo lo comprobé —dijo Frisby—. Durante un mes estuve siguiendo la pista de los coches que llegaban aquí. Más de quinientos, setenta de los cuales eran verde oscuro.

—Se tomó muchas molestias para intentar probar que la señora O’Gorman mentía.

La cara de Frisby, redonda y fofa, volvió a hincharse y a ponerse roja.

—No estaba intentando probar que mintiese. Quería averiguar la verdad, eso es todo. Porque incluso estuve examinando las farolas de las calles de una dirección, para ver si podía localizar aquella contra la que chocó o dijo que lo hizo.

—¿Tuvo suerte?

—Estaban todas bastante abolladas. Se encuentran demasiado cerca de las curvas. Las pusieron así hace mucho tiempo, antes de que idearan esos locos coches con cola de tiburón.

Quinn telefoneó desde un comercio al hospital donde trabajaba Martha O’Gorman y le dijeron que había cogido el día libre por

enfermedad. Cuando la llamó a casa, el hijo de O'Gorman dijo que su madre estaba en la cama, con jaqueca, y que no podía ponerse al teléfono.

—¿Querrás darle un recado, por favor?

—Claro.

—Dile que soy Joe Quinn, estoy en el motel de Frisby, en la calle Main. Puede ponerse en contacto conmigo allí, si lo desea.

No querrá, pensó, sujetando el teléfono. O'Gorman es más real para ella que yo. Todavía espera que entre de un momento a otro por la puerta..., ¿o no?

¿O no? era una pequeña pregunta, con una gran respuesta, que se repetía y se repetía en su mente.

Martha O'Gorman dijo desde la habitación:

—Richard, ¿quién ha llamado? Y no grites. La ventana está abierta. Ven aquí y dímelo.

Richard entró y se quedó a los pies de la cama. Se dibujaban unas sombras y la habitación estaba tan oscura que su madre apenas era un bulto blanco informe.

—Dijo que se llamaba Joe Quinn y que te dijera que estaba en el motel de Frisby, en al calle Main.

—¿Estás... estás seguro?

—Sí.

Hubo un largo silencio y el bulto de la cama permaneció inmóvil, pero el muchacho captaba la tensión en el aire.

—¿Ocurre algo, mamá?

—No, nada.

—Últimamente estás muy rara. ¿Estás preocupada otra vez por el dinero?

—No, nos va muy bien.

Martha se sentó y columpió las piernas por un lado en la cama, en un intento de vivacidad. El movimiento le produjo un espasmo de dolor, en todo el lado izquierdo de la cabeza. Apretó la mano contra el cuello, fuertemente, para mitigar el dolor y dijo con voz falsamente animada:

—Vaya, mi dolor de cabeza va mucho mejor, tal vez podríamos hacer algo para celebrarlo.

—Sería estupendo.

—Ya es muy tarde para ir al trabajo y mañana es mi día libre, al día siguiente es domingo. Tendríamos tiempo para irnos de camping. ¿Os gustaría a ti y a Sally?

—Caramba, sí, sería fantástico.

—Muy bien, saca los sacos de dormir del desván y dile a Sally que empiece a preparar unos bocadillos. Yo empaquetaré las conservas.

El mero hecho de ponerse de pie le hacía sufrir enormemente, pero sabía que tenía que hacerlo. Tenía que salir de la ciudad. Era más fácil soportar el dolor físico que encontrarse con Quinn.

Después del almuerzo, Quinn se dirigió a la oficina de la Compañía Inmobiliaria Haywood. Earl Perkins, el joven que ya conocía, estaba hablando por teléfono, al fondo de la habitación. Sus contorsiones faciales indicaban que su estómago le estaba molestando otra vez o que tenía problemas con algún cliente.

Willie King se encontraba sentada tras una mesa, elegante y fría, con un vestido de verano, de seda verde, como sus ojos. No pareció alegrarse mucho de la vuelta de Quinn.

—Vaya, ¿qué está haciendo aquí otra vez?

—Le he tomado mucho cariño a Chicote.

—Mentira. Nadie toma cariño a este lugar. Sencillamente, estamos aquí, sujetos.

—¿Qué es lo que la sujeta a usted? ¿George Haywood?

Parecía quererse enfadar y no poder.

—No sea estúpido. ¿No ha oído hablar de mí y Earl Perkins? Estoy locamente enamorada de él. Nos vamos a casar y después viviremos muy felices los tres: Earl, yo y su úlcera.

—Parece un gran futuro —dijo Quinn— para la úlcera…

Se ruborizó ligeramente y se miró las manos. Eran grandes y fuertes y salvo por el esmalte naranja de uñas, le recordaban a Quinn las de la Hermana Bendición.

—Váyase y déjeme en paz, por favor. Me duele la cabeza.

—Hoy debe ser el día del dolor de cabeza para las señoras de Chicote.

—Así es, váyase. No puedo responder a sus preguntas. No sé

cómo me he metido en todo este… este lío.

—¿Qué lío, Willie?

—Oh, todo —observó sus manos luchando entre sí como si fueran entidades separadas, sobre las que no ejerciese ningún control—. ¿Ha oído hablar de la ley de Jenkinson? Dice que todo el mundo está loco. Bueno, pues puede añadir la ley de Willie King: todo es un lío.

—¿Sin excepción?

—No veo ninguna desde donde estoy sentada.

—Cambie de sitio —dijo Quinn.

—No puedo. Es demasiado tarde.

—¿Qué es lo que le ha provocado tanto pesimismo, Willie?

—No sé. El calor, tal vez. O la ciudad.

—Es el mismo calor que ha hecho todo el verano y la misma ciudad.

—Creo que necesito unas vacaciones. Me gustaría hacer un viaje a algún lugar frío, con niebla y lluvia diarias. Hace un par de años me fui a Seattle, creyendo que sería el sitio ideal. ¿Sabe lo que ocurrió? Cuando llegué allí, Seattle padecía la peor oleada de calor y la peor sequía de su historia.

—Lo que corrobora de nuevo la ley de Willie King.

Se estiró relajadamente en la silla, como si fuera una reacción retardada a la sugerencia de Quinn de cambiar de sitio.

—Nunca da una respuesta sincera o seria a nada, ¿verdad?

—No, si puedo evitarlo. Esa es la ley de Quinn.

—Haga una excepción y dígame por qué ha vuelto aquí.

—Para hablar con George Haywood.

—¿Sobre qué?

—Sobre las visitas a su hermana Alberta en la prisión de Tecolote.

—¿De dónde ha sacado esa idea tan absurda? —dijo con impaciencia—. Sabe perfectamente que George ha roto sus relaciones con Alberta hace años. Ya se lo dije.

—Lo que usted me diga no tiene por qué ser la verdad, necesariamente.

—Muy bien, le he mentido un poco alguna que otra vez, pero no acerca de eso.

—Tal vez no mintió, Willie —dijo Quinn—. Pero, con toda

seguridad, estaba mal informada. George visitaba a su hermana una vez al mes.

—No me lo creo. ¿Qué razón iba a tener para fingir?

—Esa es una de las preguntas que intento hacerle esta misma tarde, si puedo arreglarlo.

—No puede.

—¿Por qué no?

Se inclinó hacia delante en la silla, con las manos firmemente apretadas contra el estómago, como para calmarse el dolor agudo de un calambre.

—No está aquí. Se marchó antes de ayer.

—¿A dónde?

—A Hawai. Los últimos dos meses lo ha pasado muy mal con el asma bronquial y el médico pensó que un cambio de clima le iría bien.

—¿Cuánto tiempo estará fuera?

—No lo sé. Todo sucedió tan de repente... Vino a la oficina hace tres días, como llovido del cielo, y dijo que se iba a Hawai de vacaciones a la mañana siguiente.

—¿Le pidió que le hiciera alguna reserva?

—No. Dijo que lo haría él mismo. —buscó en el bolsillo un pañuelo y se lo sujetó contra la frente—. Fue una sorpresa. Había hecho muchos planes... o ilusiones, como usted lo llamaría..., sobre George y yo, para pasar juntos unas vacaciones este año. Y de repente recibo esa sorpresa, se va a Hawai. Solo. Por una temporada.

—Así que eso es lo que le causa tristeza.

—Bueno, al menos podía haber dicho algo, siento que no me acompañes, Willie, o algo así. Pero no lo hizo. Lo presiento. Temo que este es el fin del trayecto.

—Está exagerando demasiado, Willie.

—No, no creo. Dios sabe que me gustaría, pero no puedo. George se comportaba como un hombre diferente. Ya no era el mismo George. El verdadero George, mi George, no se hubiera ido de viaje así, sin planear cuidadosamente con antelación dónde iba a estar y qué haría y cuánto tiempo estaría fuera. No me dio ni un solo detalle, sólo que salía a la mañana siguiente. Así que, ya ve que tengo razones para temer. Tengo el terrible presentimiento de que

no volverá. No dejo de pensar en O'Gorman.

—¿Por qué O'Gorman?

Volvió a apretarse el pañuelo contra la frente.

—Los desenlaces no pueden ser tan repentinos. Debía haber discutido con George, suplicarle que me llevara con él. Así, si el avión se estrellaba, por lo menos nos habríamos muerto juntos.

—Se está volviendo morbosa, Willie. No he oído que ningún avión se estrellara antes de ayer. En este momento George estará rodeado de mujeres bronceadas que le estarán enseñando el huía.

Miró a Quinn fríamente.

—Si al decir eso pretendía animarme, le aseguro que lo ha conseguido. Solteras bronceadas, diablos.

—Con hibisco en el pelo.

—Tengo un hibisco plantado en mi jardín. Puedo ponérmelo en el pelo siempre que quiera. También podría ponerme morena y bailar el huía si fuera necesario.

—Apostaría por usted cualquier día, Willie.

—¿De veras?

—Pruebe.

—Oh, déjese de bromas, Quinn —dijo, moviendo la cabeza enérgicamente—. No soy su tipo, ni usted el mío. Me gustan más mayores, hombres más maduros, no de los que saben dónde van, sino de los que ya están allí. Ya he pasado por esa experiencia de contigo pan y cebolla. Nunca más. Quiero seguridad. Usted, no creo que sepa ni lo que quiere.

—Estoy empezando a saberlo.

—¿Desde cuándo?

—Desde que he tocado fondo, hace un par de semanas.

—¿A qué profundidad está su fondo, Quinn?

—A la suficiente para que no haya ninguna dirección de salida más que hacia arriba. ¿Nunca ha oído hablar de la Torre del Cielo?

—Tenía una tía muy religiosa que siempre utilizaba frases como esa en sus conversaciones.

—No es una frase, es un lugar real en las montañas, detrás de San Felice. He estado allí dos veces y he prometido volver una tercera. Lo que me recuerda una cosa: ¿ha tenido alguna vez acné?

Levantó las cejas perfectamente depiladas y dijo:

—Vaya, ¿ha perdido un tornillo?

—Puede ser; de todas formas me gustaría obtener una respuesta a mi pregunta.

—Nunca he tenido acné, no —dijo con cautela, como si hablara a un idiota—. La niña de mi hermana lo tuvo cuando estaba en la escuela superior. Le desapareció lavándose la cara seis o siete veces al día, utilizando la loción astringente Norton y no comiendo grasa ni dulces. ¿Es eso lo que quería saber?

—Sí. Gracias, Willie.

—Supongo que si le preguntase por qué quería saberlo no me...

—No le respondería.

—Es usted un hombre muy raro —dijo Willie pensativamente—. Pero estoy segura de que ya se lo habrán hecho ver.

—En las rodillas de mi madre. Además, no todos podemos ser tan perfectos como George.

—No he afirmado que fuese perfecto —hubo una nota aguda en su voz, como si, súbitamente, hubiera tenido una imagen demasiado gráfica de George, rodeado de mujeres bronceadas—. Es un testarudo, como su madre. Cuando tiene una idea, sigue adelante y actúa sin consultar con nadie, sin importarle lo que yo..., lo que alguien más pueda pensar.

—¿Como el inesperado viaje a Hawai?

—Es un buen ejemplo.

—¿Está segura de que se ha ido a Hawai?

—¿Por qué? Yo..., por supuesto. Claro que estoy segura.

—¿Le vio marcharse?

—Naturalmente.

—¿Dónde?

—Vino a mi apartamento para despedirse —dijo—. Iba hasta San Felice, para tomar allí un avión y transbordar en Los Angeles hasta Honolulú.

—¿Dejando el coche en el aeropuerto de San Felice?

—Sí.

—El aeropuerto de San Felice no tiene garaje.

—Debe haber algún garaje cerca —dijo nerviosa—. ¿No cree?

—Creo que sí. ¿Qué coche conducía?

—El suyo. Un break Pontiac verde del año pasado. ¿Por qué me hace todas esas preguntas? No me gusta. Me pone nerviosa. Parece dar a entender que George no se ha ido a Hawai, ni mucho menos.

—No, sólo quiero estar seguro.

—Vaya, ni se me había ocurrido dudarlo hasta que ha empezado a hacer insinuaciones —dijo en tono acusatorio—. Tal vez está intentando crear problemas entre George y yo deliberadamente, por razones particulares.

—Ya hay problemas entre usted y George, ¿no es así, Willie?

Apretó las mandíbulas y su rostro adquirió un aspecto muy enérgico, que Quinn no había visto antes.

—Ninguno que no haya podido superar. Su madre fue, bueno, bastante difícil.

—La última vez que me habló de ella era una vieja bruja. ¿Ha mejorado ella o usted? —como no contestaba, Quinn prosiguió—: He oído un rumor interesante hace unos días de quien considero una fuente fidedigna. Referente a George.

—Entonces no me interesa oírlo. Un hombre de la posición de George, especialmente después de lo que sucedió con Alberta, se convierte en el blanco de todo tipo de rumores y cotilleos. Lo ha resistido de la única forma que podía, viviendo una vida limpia, decente y ejemplar. Hay algo sobre George que no descubriría mientras no le conociera..., es un hombre extraordinariamente valiente. Pudo haber abandonado la ciudad para huir del escándalo, pero no. Se quedó aquí y luchó.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho. Es un hombre valiente.

—Tal vez tenga ataduras en Chicote, similares a las que la mantienen a usted aquí.

—¿Se refiere a su madre o a mí?

—Á ninguna de las dos —dijo Quinn—. Me refiero a Martha O'Gorman.

La cara de Willie parecía a punto de caerse en pedazos, pero lo impidió a tiempo y la mantuvo entera con un vivo esfuerzo de voluntad. El esfuerzo la hizo temblar.

—Eso es ridículo.

—No veo por qué. Es una mujer atractiva y tiene clase.

—¿Clase? Así es cómo define que alguien se comporte como si fuese mejor que los demás. Conozco bien a Martha O'Gorman. Mi mejor amiga trabaja en el laboratorio del hospital y dice que Martha se pone furiosa si alguien comete el más mínimo error.

—El más mínimo error en el laboratorio de un hospital puede ser bastante importante.

Quinn se daba cuenta de que Willie, no por primera vez, había desviado la conversación sobre George con bastante habilidad. Hay cierta clase de pájaros, pensó, que protegen sus nidos cuando están amenazados, fingiendo que el nido está en otro lugar. La maniobra requiere muchos graznidos y batir de alas. A Willie se le dan muy bien las dos cosas, pero es demasiado llamativa y sufre la desventaja de no estar muy segura de dónde se encuentra su nido, ni qué es lo que ocurre en él.

Willie siguió graznando:

—Es una mujer fría y dura. Para descubrirlo no tiene más que mirarle esa cara rígida. Todas las chicas del laboratorio la temen.

—Usted misma parece temerla bastante, Willie.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Por George.

Empezó, una vez más, a decir a Quinn lo ridícula que era la idea, qué rotundamente absurdo era pensar que George prestase atención a una mujer como esa. Pero sus palabras tenían un sonido falso y Quinn sabía que ni siquiera ella misma estaba convencida. También sabía otra cosa: Willie King era un caso grave de celos y se preguntaba qué los habría provocado. Hace una semana parecía mucho más segura de sí misma y la única mosca en el ámbar era la madre de George. Ahora, había frotado el ámbar y habían aparecido más moscas, Martha O’Gorman y las mujeres bronceadas, con hibisco en el pelo y tal vez otras más que Quinn no había descubierto aún.

13

Era una casa antigua e tres plantas, de ladrillo blanco, como una viuda victoriana, mirando por encima del hombro y tratando de ignorar a los nuevos ricos del petróleo, con los que se veía obligada a convivir. Tras pesadas cortinas de encaje y erguidos torreones, incubaba, examinaba, desaprobaba y alimentaba una batalla perdida contra esas cajas de estuco y secoya y tejados planos al estilo ranchero. Quinn esperaba que la mujer que abriera la puerta hiciera juego con la casa.

La señora Haywood no. Era delgada y elegante, vestía de color beige. Llevaba el cabello teñido de rosa platino y tenía el rostro horadado por las apenas visibles cicatrices de una cirugía estética. Parecía tan joven como su hijo George, salvo por la aflicción que mostraban sus ojos.

—¿Señora Haywood?

—Sí —la cirugía no podía disfrazar la voz, que era el gemido cascado de una anciana—. No compro nada a los vendedores.

—Me llamo Joe Quinn. Me gustaría discutir unos asuntos con el señor Haywood.

—Los negocios se tratan en la oficina.

—He llamado a su oficina y me han dicho que no estaba. Pensé que tal vez estaría en casa.

—No está.

—Bueno, siento haberla molestado, señora Haywood. ¿Le importaría decirle a su esposo, cuando llegue a casa, que por favor se ponga en contacto conmigo? Estoy en el motel Frisby, en la calle Main.

—¿Esposo?

Saltó sobre la palabra como un gato hambriento. Quinn casi

sentía el arañazo de sus uñas. Al mismo tiempo que le repugnaba, sentía pena por el hambre desesperada que había en sus ojos y que una tímida sonrisa femenina no lograba ocultar.

—Ha cometido una equivocación, señor Quinn, pero muy halagadora. Es una pena que todas las equivocaciones que cometemos los humanos no sean tan agradables. George es mi hijo.

Quinn sentía tener que utilizar un cebo tan burdo, pero ya era demasiado tarde para arrebatárselo.

—Cuesta creerlo.

—Sinceramente, me encantan sus halagos, así que no voy a discutir con usted.

—Estoy seguro de que han debido equivocarse más veces, señora Haywood.

—Oh, sí, en muchas ocasiones, pero siempre me dejan atónita y me divierte. Siento que el pobre George no se divierta tanto. Quizá no se lo cuente esta vez, será nuestro pequeño secreto, señor Quinn, quedará entre usted y yo.

Y de las próximas cien personas que se encuentre, pensó Quinn.

Ahora que estaba cara a cara con la señora Haywood no le sorprendía su completo rechazo hacia sus dos hijas. No había lugar en la casa para mujeres más jóvenes que pudieran servir de comparación. El instinto maternal de la señora Haywood era mucho más débil que su instinto de autoconservación. Quería sobrevivir, según sus propios términos, y no podía permitirse el lujo del sentimentalismo. Pobre Willie, su camino hacia la seguridad tenía más baches y rodeos de los que estaba preparada para afrontar. Si no había sitio en la casa para Alberta, ni para Ruth, no habría, con toda seguridad, ninguno para Willie.

La señora Haywood había asumido una pose pintoresca de revista de mocas apoyándose en la jamba de la puerta.

—Por supuesto, siempre me mantengo en forma. No veo por qué razón, la gente se abandona después de los cin... cuarenta. Siempre he intentado inculcar familia mi propio axioma: eres lo que comes.

Si la señora Haywood se alimentaba de bilis y hiel, entonces su axioma era sin duda verdadero.

—Siento no haber encontrado al señor Haywood. ¿Estará en su oficina esta tarde? —dijo Quinn.

—Oh, no. George está en Hawai —obviamente, no le gustaba

cambiar de tema n que George estuviera en Hawai—. Ordenes del médico. Es absurdo, por supuesta A George no le ocurre nada que no se cure con buenas duchas de agua fría y ejercicio duro. Pero todos los médicos sea iguales, ¿verdad? Cuando no tienen una cura real que ofrecer, siempre recomiendan un cambio de clima y de ambiente ¿Es usted amigo de George?

—Tengo algunos asuntos que discutir con él.

—Bueno, no sé cuándo volverá. El viaje fue una sorpresa total para mí. No me habló de ello hasta que no tuvo comprado el billete. Entonces ya era demasiado tarde para hacer nada. Resulta terriblemente insensato y extravagante gastarse tanto dinero, sólo porque un médico incompetente lo sugiera. George podía haber ido a San Felice, sencillamente; el clima es igual que en Hawai. Yo también tengo mis achaques y dolores, pero no me voy a lugares exóticos. Simplemente incremento el germen de trigo y la leche vitaminada y practico algunas flexiones extra de rodilla. ¿Cree en el ejercicio vigoroso, señor Quinn?

—Oh, sí. Sí, de veras.

—Yo también. Parece estar en forma.

Cambió la pose de revista de modas por la de campeón olímpico y miró esperanzada a Quinn, como si deseara otro cumplido. A Quinn no se le ocurría ninguno que ofrecerle sin sentir náuseas. En vez de eso dijo:

—¿Por casualidad sabe qué línea cogió el señor Haywood?

—No. ¿Por qué iba a saberlo?

—Como dijo que compró un billete, pensé que tal vez se lo habría enseñado a usted.

—Blandió el sobre ante mis narices, sabía que lo hacía para enfadarme, así que fingí una indiferencia total. No quería que me obligara a discutir, es peligroso para el corazón y las arterias. Yo doy mi opinión, simplemente, y me niego a discutir más el asunto. George era consciente de lo que opinaba sobre ese viaje. Lo consideraba innecesario y extravagante y le dije, sin rodeos, que si estaba realmente preocupado por su salud sería mejor que estuviera más en casa por las noches, en vez de ir por ahí persiguiendo a las mujeres.

—¿El señor Haywood no está casado?

—Lo estuvo. Su esposa murió hace muchos años.

Inesperadamente. Era una pobrecilla sin espíritu, la vida era demasiado dura para ella. Desde que murió, por supuesto todas las mujeres de la ciudad han puesto sus miras en George. Por fortuna me tiene a mí para hacerle ver sus artimañas y pretensiones. Nunca sospecha nada, es desesperadamente ingenuo. Un buen ejemplo de esto tuvo lugar hace unos días. Una mujer llamó por teléfono y dijo que tenía que ver a George acerca de una carta misteriosa que había recibido; lo oí porque casualmente había cogido el otro teléfono. Una carta misteriosa, efectivamente. Hasta un niño sospecharía de un ardid como ése. Pero George no. A pesar del catarro, salió antes de que tuviera oportunidad de decirle que incluso si era verdad no terminaría bien. Las personas respetables no reciben cartas misteriosas. Cuando le pregunté más tarde, me gritó. Ya le digo, no es fácil ser madre en estos tiempos de malos licores y peores mujeres —sonrió dejando ver unos dientes demasiado blancos y perfectos para haber corrido tanto como el resto de ella. Le encuentro tranquilo y simpático, señor Quinn. ¿Vive en Chicote?

—No.

—Qué lástima. Esperaba que pudiera venir a cenar alguna noche con George y conmigo. Comemos de forma sencilla, alimentos sanos, pero bastante sabrosos, a pesar de todo.

—Gracias por su ofrecimiento —dijo Quinn—. Sabe, ha despertado mi curiosidad, señora Haywood.

Pareció halagada.

—¿De veras? ¿Cómo?

—Esa carta misteriosa, ¿existe realmente?

—Bueno, no estoy segura, porque George no quiso decírmelo. Pero creo personalmente que ella se lo inventó. Tan sólo era una excusa para hacer que George fuera a su casa y la viera en su propio terreno, con los dos niños y el fuego en la chimenea y algo borboteando en la cocina, ese tipo de cosas. Ambiente hogareño deliberado, si me sigue.

La sigo, pensó Quinn, justo hasta la puerta de Martha O'Gorman.

En la chimenea no había fuego, y si algo borboteaba en mi cocina no dejaba escapar ningún aroma a través de las ventanas cerradas y de las persianas echadas. El picaporte de cobre, de

cabeza de león, en la puerta de entrada parecía que no se hubiera utilizado desde la primera visita de Quinn la semana pasada. Desde el patio vecino, una niña de unos diez años, con pantalón corto y camiseta, miraba con curiosidad a Quinn, que esperaba que alguien le abriera.

Después de un rato, dijo con una voz preciosa:

—No están en casa. Salieron hace una hora.

—¿Por casualidad sabes dónde han ido?

—No me lo dijeron, pero vi a Richard meter los sacos de dormir en el coche, así que creo que habrán ido de camping.

La niña mascó el chicle reflexivamente durante un rato. Quinn dijo para animarla:

—¿Hace mucho que eres vecina de los O'Gorman?

—Casi desde siempre. Sally es mi mejor amiga. Odio a Richard, es demasiado mandón.

—¿Has ido alguna vez de camping con ellos?

—Una vez, el año pasado. No me gustó.

—¿Por qué no?

—No dejaba de pensar en los grandes osos negros y en las serpientes de cascabel, porque habíamos acampado a la orilla del río Rattlesnake. Me daba mucho miedo.

—¿Cómo te llamas, jovencita?

—Miranda Knights. No me gusta nada.

—A mí me parece muy bonito —dijo Quinn—. ¿Recuerdas exactamente dónde acampasteis en el río Rattlesnake, Miranda?

—Claro. En la cascada Paradise, donde el Rattlesnake desemboca en el río Torcido. No son realmente unas cataratas, son grandes rocas con chorritos de agua que caen. A Richard le gustan, porque se esconde detrás de las rocas y hace ruidos como un oso y sale de un salto para asustarnos a Sally y a mí. Richard es horrible.

—Oh, no creo.

—Mis hermanos también son horribles, pero son más pequeños que yo, por eso no es un problema tan terrible.

—Seguro que les puedes manejar —dijo Quinn—. Dime, Miranda, ¿los O'Gorman acampan normalmente en las cascadas Paradise?

—Nunca he oído hablar a Sally de otro sitio más que ese.

—¿Sabes cómo llegar allí?

—No —dijo Miranda—. Pero no se tarda mucho, menos de una hora.

—¿Estás segura?

—Naturalmente. El año pasado, cuando fui con ellos y me entraron ganas de volver a casa y me asusté de los osos y las serpientes de cascabel, la señora O’Gorman no hacía más que decirme que estábamos a menos de una hora de casa.

—Gracias, Miranda.

—No hay de qué.

Quinn volvió al coche. Pensaba preguntar por una gasolinera y salir inmediatamente para las cascadas Paradise. Pero el calor del mediodía era tan intenso que levantaba olas en las calles y aceras y toda la ciudad tenía un aspecto borroso, como si se hubiera cubierto de pelusa.

Volvió a la habitación del motel, puso al máximo el aire acondicionado y se echó en la cama. Cuanto más averiguaba sobre Martha O'Gorman, menos creía conocerla. Su imagen, como la de la ciudad, reluciendo bajo el calor, se había vuelto borrosa. Al principio era bastante clara: era una mujer devota de su familia y todavía de luto por su amado esposo, una mujer juiciosa y sensible que le horrorizaba la idea de que las indagaciones sobre la desaparición de su marido pudieran recomenzar. El temor era natural, lo había pasado muy mal, acosada por los cotilleos, los rumores y la publicidad. Todo había amainado ya, y Quinn entendía por qué era reacia a empezar de nuevo. Lo que le preocupaba era que en la investigación del juez, Martha O’Gorman tuvo la oportunidad de resolver todo el caso y se negó a ello. Si no hubiera afirmado haber sido ella quien abolló el parachoques trasero al chocar con una farola, el jurado probablemente habría decidido que el coche de O'Gorman se vio obligado a salirse de la carretera. Podían existir una o dos razones detrás de esa declaración: o bien era verdad, o bien no podía permitir que ese punto de la investigación quedara abierto: Señores del jurado, yo hice esa abolladura en el parachoques, no necesitan indagar más. Aparentemente no indagaron nada más y sólo unos pocos escépticos como Frisby seguían creyendo que Martha había mentido, para

salvar su propio pellejo o el de alguien más.

Una abolladura y algunos trazos de pintura verde oscura..., pequeñeces en sí, que ante los ojos de Quinn crecían por el carácter y comportamiento contradictorio de Martha. Estaba demasiado enferma para ir al trabajo, pero no para irse de camping. Y el lugar elegido, que según Miranda elegían siempre, no era simplemente un viejo campamento. Era el lugar, si la Policía y John Ronda tenían razón, por el que había flotado el cuerpo de su marido. Quinn recordaba lo que le había contado John Ronda: unas millas más allá del puente donde volcó el coche de O'Gorman, el río Rattlesnake se une al Torcido, que en esa época era un torrente incontenible, alimentado por los arroyos de la montaña y la nieve derretida.

¿Por qué continuaba yendo al mismo sitio?, se preguntaba Quinn. ¿Esperaba encontrarle después de todos estos años, encajado entre dos rocas? ¿O estaba motivada por un sentimiento de culpa? ¿Y qué les decía a los niños? ¿Salgamos y busquemos a papá?

El pequeño Richard había recogido maderas flotantes y piñas para al fuego y estaba impaciente por encenderlo. Pero su madre le dijo que todavía no hacía mucho frío y que sería mejor esperar.

Su madre y su hermana Sally estaban preparando la cena en una parrilla de carbón: judías y mazorcas de maíz y costillas de cerdo. A veces las costillas ardían y Sally apagaba las llamas regándolas con una pistola de agua. No sujetaba la pistola como lo hacían los muchachos, fingiendo disparar a alguien o a algo. Se lo tomaba muy en serio, utilizaba un juguete de niño como lo haría un adulto, por razones prácticas.

Richard se alejó por su cuenta. Quería volver a ese lugar algún día solo, sin las dos mujeres alrededor, para estropearle la ilusión de que era un hombre y que ese era un lugar muy peligroso y que no estaba asustado, en absoluto. Pero tenía miedo, no del lugar en sí, sino del cambio que sufría su madre tan pronto como llegaban.

Era un cambio que no comprendía y que no podía señalar. Hablaba y se comportaba como en casa, y estaba muy sonriente, pero sus ojos, a menudo, parecían tristes y extraños, especialmente cuando creía que nadie la observaba. Richard la estaba observando siempre. Era demasiado despierto e inteligente para no darse cuenta

de algo, pero era demasiado niño para saberlo evaluar.

Tenía siete años cuando su padre desapareció. Aún recordaba a su padre, aunque no estaba muy seguro de cuáles eran los recuerdos y cuáles las cosas que su madre le había contado tantas veces: ¿recuerdas ese cochecito tan gracioso que hicisteis tú y papá con las ruedas de tu viejo patinete? Sí, se acordaba del coche y de las ruedas del patinete, pero no podía recordar a su padre trabajando con él para construir nada y las continuas referencias de Martha, intentando crear en él una imagen fuerte del padre, le confundían y le hacían sentirse culpable por esos lapsus de memoria.

Trepó la cima de una roca y se tumbó boca abajo, tan quieto como un lagarto al sol. Desde allí veía la carretera que conducía al camping. Muy pronto empezaría a llegar más gente para pasar el fin de semana, y al atardecer, todos los sitios donde acampar estarían ya ocupados y el aire cargado con el olor de la lumbre y de hamburguesas haciéndose y las voces chillonas de los niños. Pero en ese momento él, su madre y Sally, eran los únicos; tenían el sitio preferido, justo al lado del río y la barbacoa de piedra y la mesa mejores y los árboles más altos.

¿Recuerdas las primera vez que papá nos trajo aquí, Richard?, cuando nos quisimos dar cuenta te habías subido a un pino y papá tuvo que trepar a él para bajarte. Recordaba que se había subido a un pino, pero no que nadie le bajara. Siempre fue un buen trepador… ¿Por qué no iba a bajar por sí mismo? Tumbado en la roca, se le ocurrió por primera vez en su vida que los recuerdos de su madre podían ser tan tenues como los suyos propios, y que sólo fingía que eran vivos y reales.

Oyó un coche a lo lejos y levantó la cabeza para oírle mejor y vigilarle. Un par de minutos después era visible, en la carretera del camping, un Ford Victoria azul y crema, conducido por un hombre. No había nadie más en el coche, ni llevaba un equipo de camping atado con correas a la baca, o amontonado en el asiento de atrás. Richard advirtió esos detalles inmediatamente, sin prestarles mucho interés. Después de un rato se dio cuenta de que ya había visto antes el coche: hacía una semana, al volver del gimnasio, le vio arrancando de la curva frente a su casa. Cuando entró en casa encontró a su madre en la cocina, pálida y en silencio.

14

Vio salir del coche a Quinn y le dijo a Sally en un tono cuidadosamente despreocupado:

—¿Por qué no vas a buscar a Richard? La comida no estará lista hasta dentro de media hora. Podéis recoger más piñas, así tendremos algunas para dorarlas en Navidad.

—¿Estás intentando deshacerte de mí?

—la niña echó una mirada pensativa a Quinn, que se acercaba por la carretera—. ¿Para poder hablar con él?

—Sí.

—¿De dinero?

—Tal vez. No lo sé.

Dinero o carencia de ello, era la palabra clave en la familia O'Gorman y los niños habían aprendido a respetarla. Sally se alejó caminando decidida, en busca de su hermano y de las piñas.

Martha se volvió para dar la cara a Quinn. Se quedó de pie, con atención rígida, como un soldado haciendo frente a una inspección sorpresa.

—¿Cómo ha dado conmigo? ¿Qué es lo que quiere?

—Digamos que es una visita de cortesía.

—De ninguna manera. Puedo aguantar que me acose a mí, en particular, pero ¿por qué tiene que meter a mis hijos en esto?

—Lo siento si ha resultado así. ¿Me puedo sentar, señora O'Gorman?

—Si lo cree necesario…

Se sentó en uno de los bancos unido a la mesa de secoya y ella, después de dudar un momento, se sentó en el otro banco, IX como si estuviera accediendo a algún tipo de tregua. Quinn se acordaba de la última vez que se vieron, en la cafetería del hospital. Entonces

también había una mesa entre los dos, y aquella mesa, como ésta, se cubrió invisiblemente con preguntas, dudas, sospechas, acusaciones. Quinn deseaba borrarlas todas con la mano y comenzar de nuevo. Sabía, por la hostilidad de su rostro, que ella no compartía la misma idea.

Dijo tranquilamente:

—No está obligada a responder a mis preguntas, señora O'Gorman. No tengo autoridad oficial para hacérselas.

—Soy consciente de ello.

—De hecho, puede ordenarme que me vaya.

—Este lugar pertenece a todos los ciudadanos —dijo con un vago gesto—. Usted es tan bienvenido como cualquier otro en los camping públicos.

—¿Le gusta este lugar?

—Hace muchos años que venimos aquí, desde que Sally nació.

A Quinn le sorprendió esa declaración. Había supuesto que Martha O'Gorman empezó a frecuentar el camping después de la desaparición de su esposo. Simplemente continuaba practicando una costumbre adquirida hacía años. Eso coincidía con lo que ya conocía de su carácter, todavía intentaba llevar adelante la vida de la misma forma, lo más posible, que antes de la desaparición de O'Gorman, como si repitiendo el modelo, pudiera invocar mágicamente el espíritu de O'Gorman.

Quinn dijo:

—¿Entonces su esposo estaba familiarizado con los alrededores, el río y todo lo demás?

—Había explorado cada pulgada del río, ambos ríos, una docena de veces, al igual que yo.

Parecía estarle desafiando a deducir algo. Para Quinn no era necesario, el punto ya estaba claro. Si O'Gorman planeó su propia desaparición, sus planes estarían basados en su conocimiento y tal vez experimentos acerca de los dos ríos implicados.

—Sé lo que está pensando —dijo ella—. Se equivoca.

—¿De verdad?

—A mi marido le mataron.

—Hace una semana afirmaba que murió en un accidente; es más, estaba segura.

—He tenido razones para cambiar de 'X parecer.

—¿Qué razones, señora O’Gorman?

—No puedo decírselo.

—¿Por qué?

—No me fío de usted más de lo que usted se fía de mí. Y no es mucho, ¿verdad?

Quinn estuvo callado un momento.

—No sé exactamente cuánto, señora O’Gorman. Sólo sé que desearía que fuese más. Por ambas partes.

—Bueno, pero no lo es.

Se levantó y se acercó a la parrilla y sacó las chuletas del fuego. Estaban casi tan negras como el carbón con que se cocinaban.

—Siento haberle arruinado la comida, señora O'Gorman.

—No lo ha hecho —dijo enérgicamente—. Richard es como su padre, la carne tiene que estar quemada para que no le recuerde... Bueno, de dónde viene. Ama a los animales, como Patrick.

—¿Está segura de que su marido está muerto?

—Siempre estuve segura de eso. Lo que no podía dilucidar era cómo murió.

—Pero recientemente, de hecho, esta misma semana, ha decidido que fue asesinado.

—Sí.

—¿Se lo ha comunicado a las autoridades?

—No —en sus ojos apareció una ráfaga de cólera—, y no pienso hacerlo. Mis hijos y yo ya hemos sufrido bastante. El caso O’Gorman está cerrado y permanecerá cerrado.

—¿Aunque tenga pruebas para reabrirlo?

—¿De dónde ha sacado esa idea?

—De una conversación que he mantenido esta tarde con la madre de George Haywood —dijo Quinn—. La señora Haywood no puede resistir la tentación de una extensión de teléfono, cuando otras dos personas están hablando.

—Bueno.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir, bueno?

—Eso es todo.

—No es suficiente, señora O’Gorman. Si ha recibido pruebas concretas sobre el asesinato de su esposo, su deber es entregarlas a la Policía.

—¿Sí? —dijo, encogiéndose de hombros, con indiferencia—.

Creo que debía haberlo pensado antes de quemarla.

—¿Ha quemado la carta?

—Sí.

—¿Por qué?

—El señor Haywood y yo pensamos que era lo más práctico.

—El señor Haywood y usted —repitió Quinn—. ¿Cuánto tiempo lleva pidiendo y siguiendo los consejos de George?

—¿Cree que es asunto suyo, señor Quinn?

—En cierto modo, sí.

—¿En cierto modo?

—Quiero averiguar cómo es la competencia, porque creo que me he enamorado de usted.

Su risa fue breve y quebrada.

—Piénselo otra vez, señor Quinn.

—Bueno, me alegra que por lo menos la divierta.

—No me divierte. Me asombra que me haya considerado suficientemente ingenua para tragarme semejante repertorio de adulaciones. ¿Esperaba que me lo creyese? ¿Se imaginaba que estaría tan loca como para...

—Basta —dijo ásperamente.

Ella se calló más por la sorpresa que porque se lo hubiera ordenado.

—Le he hecho una declaración, señora O'Gorman. Diviértase, asómbrese, o haga lo que quiera, pero lo mantengo. Si lo desea, puedo olvidarlo.

—Creo que será mejor que lo olvidemos.

—Muy bien.

—Usted..., bueno, me desconcierta. Es tan imprevisible...

—Nadie es imprevisible —dijo Quinn— si alguien se toma el tiempo y la molestia de predecirle.

—Me gustaría que dejase..., que dejásemos de hablar personalmente. Me disgusta. Ya no sé qué pensar.

—Bueno, no le pregunte a George. Sus consejos no han sido muy buenos hasta ahora. ¿Fue idea suya quemar la carta?

—No, mía. Estuvo de acuerdo conmigo, porque pensó que la carta sería simplemente un engaño o una broma de mal gusto. No se lo tomó tan en serio como yo.

—¿Quién la escribió, señora O'Gorman?

Miró al cielo. El sol empezaba a ocultarse y los rayos dorados, rojizos, se reflejaban en su semblante.

—No estaba firmada y no reconocí la letra. Pero era de un hombre que decía haber matado a mi esposo hacía cinco años, en febrero.

Parecía que iba a deshacerse en lágrimas ante la primera palabra de compasión, así que Quinn no le ofreció ninguna.

—¿Era una carta de la ciudad?

—No. El sello postal era de Evanston, Illinois.

—¿Y el contenido?

—Decía que acababa de saber que padecía cáncer de pulmón y antes de morir quería hacer las paces con Dios y con su conciencia, confesando todos sus pecados.

—¿Le daba detalles del asesinato?

—Sí.

—¿Y el motivo?

—Sí.

—¿Cuál fue?

Movió la cabeza despacio, haciendo una mueca como si el movimiento le produjese dolor.

—Simplemente no puedo decírselo. Me... da vergüenza.

—No le dio vergüenza llamar a George Haywood ni invitarle a su casa para enseñarle la carta.

—Necesitaba su consejo, el consejo de un hombre con experiencia.

—John Ronda es un hombre con experiencia. También es un buen amigo suyo.

—También es —dijo sonriendo— el editor de un periódico y un charlatán incurable. El señor Haywood no. Estaba segura de poder confiar en su discreción. Además, tenía otra razón. El señor Haywood conocía a mi marido. Creía que podría evaluar el cargo contra él en la carta.

—¿Quiere decir el cargo contra su marido?

—Sí. Era algo... algo terrible. No podía creerlo, por supuesto. Ninguna esposa podría creer algo así de su marido. Y sin embargo...

—¿Y sin embargo lo creyó, señora O'Gorman?

—No quería hacerlo. Dios lo sabe. Pero durante algún tiempo, antes de la muerte de mi marido, percibí una oscuridad en nuestras

vidas. Traté de actuar como si no existiera. No pude decidirme a encender la luz y averiguar lo que escondía esa oscuridad. Después llegó esa carta y las luces se encendieron, aun a pesar mío —se frotó los ojos como para borrar el recuerdo—. Sentí pánico y llamé a George Haywood. Ahora me doy cuenta de que fue un error, pero estaba desesperada. Tenía que hablar con alguien que conociera a Patrick y que trabajara con él. Un hombre. Tenía que ser un hombre.

—¿Por qué?

Su boca dibujó una sonrisa amarga.

—Las mujeres se dejan embaucar fácilmente, incluso las más listas, tal vez especialmente las más listas. El señor Haywood vino en seguida a casa. Creo que en ese momento estaba histérica. Actuó con mucha calma aunque tenía la impresión de que, a pesar de todo, estaba bastante nervioso.

—¿Qué opinó de la carta?

—Dijo que era un montón de disparates, que todo asesinato atrae falsas confesiones de personas emocionalmente perturbadas. Sabía que era verdad, por supuesto, pero había algo tan real y conmovedor en la carta, y además cada detalle del asesinato era correcto. Si la persona que la escribió estaba perturbada, entonces la perturbación no le había afectado a la memoria, o a la habilidad para expresarse.

—A menudo es así.

—Incluso consideré la posibilidad de que Patrick estuviera vivo y la hubiese escrito él mismo. Pero había demasiadas discrepancias. Ante todo, no era su estilo. El sobre estaba dirigido a la señora de Patrick O'Gorman, Chicote, California. Patrick habría recordado con toda seguridad la calle y el número de su casa. Además, tampoco la letra era de Patrick. El era zurdo y escribía con una fuerte inclinación hacia la izquierda. La letra de la carta se inclinaba en la dirección contraria y era bastante torpe e infantil, propia de un niño de diez años más que de un hombre adulto. Pero la razón principal por la que Patrick no pudo escribir la carta era la acusación contra él; ningún hombre admitiría algo así.

—¿Afirmaba el autor haber conocido bien a su marido?

—No. No le había visto hasta esa noche. Era un vagabundo que había acampado al lado del río. Cuando el tiempo empeoró decidió

ir a Bakersfield. Estaba en la cuneta de la carretera esperando que alguien le llevara. Patrick paró y le recogió. Después Patrick… ¡Oh, Dios mío, no puedo creerlo, no quiero!

Quinn sabía que lo creía y que las lágrimas no borraban su creencia.

Lloraba casi en silencio, cubriéndose la cara con las manos, las lágrimas resbalaban entre sus dedos, por las muñecas, por las mangas de la chaqueta de mahón.

—Señora O’Gorman —dijo—. Martha. Escúchame, Martha. Quizá Haywood tenía razón y la carta era una broma sádica.

Levantó la cabeza y le miró fijamente, parecía una niña abandonada.

—¿Quién podría odiarme tanto?

—No lo sé. Pero una persona perturbada puede odiar a cualquiera, con o sin razón. ¿Cuál era el tono general de la carta?

—Tristeza y arrepentimiento. Miedo también, miedo a la muerte y odio, pero no dirigido contra mí. Parecía aborrecerse por lo que había hecho y a Patrick por obligarle a hacerlo.

—Su marido le hizo insinuaciones impropias, ¿es eso lo que ha tratado de decir, Martha?

—Sí —apenas fue un susurro de asentimiento.

—¿Por eso quemó la carta en vez de enseñársela a las autoridades?

—Tenía que destruirla por mis hijos, por mí…, sí, y por Patrick también, ¿no lo comprende?

—Sí, por supuesto.

—No había nada que ganar acudiendo a la Policía y sí todo que perder. Ya se ha perdido bastante, pero es mi propio sufrimiento personal y puedo soportarlo siempre que mis hijos estén protegidos y el buen nombre de Patrick se conserve intacto. Y así será. Incluso si va usted a la Policía y les cuenta todo lo que le he dicho esta tarde, no podría hacer nada. Lo negaría todo y lo mismo haría el señor Haywood. Me lo prometió. La carta no ha existido nunca.

—Supongo que se dará cuenta de que ocultar pruebas sobre un asesinato es muy serio.

—Legalmente, creo que sí, pero en este momento no me

preocupa. Es extraño, siempre he sido una ciudadana respetuosa de la Ley, pero ahora no me importan nada los tecnicismos legales. Si un asesino se queda sin castigo por mi causa, no me arrepentiría. Demasiadas personas inocentes serían castigadas junto con él. La justicia y la Ley, no equivalen siempre a lo mismo… ¿O es usted demasiado joven e idealista para no haberlo descubierto?

—No soy joven —dijo Quinn—. Y, rotundamente, no soy idealista.

Le estudió atentamente, con una cara seria y un poco triste.

—Creo que es ambas cosas.

—Ese es su privilegio.

—Le gustaría que fuese corriendo a la Policía, ¿verdad?

—No. Sólo…

—Sí, le gustaría. ¿Realmente cree que cuando la Ley pide ojo por ojo eso es lo que resulta? Pues se equivoca. Las matemáticas en esto se vuelven asombrosamente complicadas y sin saber cómo la Ley termina con docenas de ojos. Seis de ellos no van a ser los de mis hijos y míos. Si fuese necesario, juraría sobre un montón de biblias, frente al Tribunal Supremo, que nunca me entregaron ninguna carta relativa a la muerte de mi marido.

—¿Estaría George dispuesto a hacer lo mismo?

—Sí.

—¿Acaso está enamorado de usted?

—Parece tener la cabeza llena de fantasías —dijo fríamente—. Espero que se le pase pronto. No, el señor Haywood no está enamorado de mí. Sucede que vio la situación bajo la misma luz que yo. Tanto si la carta era una broma de mal gusto, como creía él, o si era verdad, como creía yo, los dos estuvimos de acuerdo en que sería desastroso publicarla. Y eso es exactamente lo que significaría facilitársela a la Policía, así que la quemé. ¿Quiere saber dónde la quemé? En el incinerador del patio, para que el viento volase todas las cenizas. Ya sólo existe en la mente del señor Haywood y mía.

—Y mía.

—No, señor Quinn. Usted no la vio nunca. No puede estar seguro de su existencia. Yo podía habérmelo inventado, ¿no es así?

—No creo.

—Desearía que así fuera. Desearí…

Cualesquiera que fuesen sus deseos, el viento se los llevó al igual

que las cenizas de la carta. Aunque miraba a Quinn, él tenía la sensación de ser invisible ante ella, de que sus ojos enfocaban algún punto en el pasado, un lugar más feliz y más inocente.

—Martha…

—Por favor, no quiero que me llame Martha.

—Es su nombre.

Levantó la cabeza:

—Soy la señora de Patrick O’Gorman.

—Eso fue hace tiempo, Martha. Despierte. El sueño ha terminado, se han encendido las luces.

—No quiero que estén encendidas.

—Pues lo están. Usted misma lo ha dicho.

—No puedo soportarlo —susurró—. Creí que éramos tan felices, una familia tan feliz… y entonces llega la carta y de repente todo se vuelve basura. Y es demasiado tarde para limpiarlo, para librarse de ello; así pues, tengo que fingir, debo seguir fingiendo…

—Finja estar acorralada. No puedo impedírselo. Aunque puedo advertirle que está exagerando. Su vida no ha cambiado de luz de luna y rosas a basura sólo porque O’Gorman intentó seducir a otro hombre. Siempre hubo algo de luz de luna, rosas y basura, como en la vida de cualquiera. No es una heroína de tragedia, elegida para un destino glorioso o fatídico, ni O’Gorman tampoco era un héroe, ni un villano, sino simplemente un hombre desafortunado. La última vez que hablamos me dijo que era muy realista. ¿Sigue creyendo eso?

—No lo sé. Yo… creía serlo. Controlaba las cosas para que funcionaran.

—Incluyendo a O’Gorman.

—Sí.

—Usted misma se ha quedado fuera de combate por encubrir los errores y debilidades de O’Gorman. Ahora se da cuenta de que no sirvió de nada y no puede afrontarlo. Primero levanta la cabeza y anuncia orgullosamente que es la señora de Patrick O’Gorman y al momento siguiente habla a voz en grito de basura. ¿Cuándo va a llegar a un acuerdo?

—Eso no es de su incumbencia.

—Lo hago de mi incumbencia a partir de ahora.

Pareció un poco asustada.

—¿Qué va a hacer?

—¿Hacer? ¿Qué puedo hacer? con cansancio—. Excepto esperar a que se canse de correr de un lado para otro. Acaso al fin se contentase con algo peor que el paraíso, pero mejor que el infierno. ¿Cree que sería posible?

—No lo sé. Y no puedo hablar de ello aquí, ni ahora.

—¿Por qué?

—Está oscureciendo. Tengo que llamar a los niños —se levantó, el movimiento parecía vacilante y también su voz—. Yo… ¿Quiere quedarse a cenar?

—Me gustaría mucho, pero me temo que no es oportuno. No querría que me presentara a sus hijos como un intruso sorpresa en su lugar de acampada. Este sitio les pertenece a usted y a ellos y a O'Gorman. Esperaré hasta poder ofrecerles un lugar que los tres puedan compartir conmigo.

—Por favor, no hable de ese modo. Apenas nos conocemos.

—La última vez que nos vimos me dijo algo que entonces creí. Dijo que era demasiado vieja para instruirse en el amor; ya no lo creo, Martha. Lo que creo es que hasta ahora he sido demasiado joven y tímido para instruirme yo.

Se había dado la vuelta, bajando la cabeza, de forma que quedaba al descubierto la blancura de su nuca, contrastando con el bronceado de su rostro.

—No tenemos nada en común. Nada.

—¿Cómo lo sabe?

—John Ronda me ha hablado de usted, cómo vivía, dónde trabajaba. Nunca podría adaptarme a esa vida y no estoy tan loca como para pensar que podría cambiarle.

—El cambio ya ha comenzado.

—¿De veras? —su boca sonrió, pero su voz continuaba triste—. Antes le dije que era un idealista. Lo es. La gente no cambia sólo porque quiera.

—Ha tenido demasiados problemas, Martha. Está desilusionada.

—¿Y qué hay que hacer para volver a ilusionarse?

—No puedo contestar a eso por nadie. Sólo sé que a mí me ha ocurrido.

—¿Cuándo?

—No hace mucho.

—¿Cómo?

—No estoy seguro.

Aunque podía recordar el momento exacto, el olor acre a pino, la luna sobre los árboles, como un melón dorado; las estrellas irrumpiendo en el cielo, como semillas disparadas, y la voz de la Hermana Bendición: ¿No había visto nunca el cielo? Este no. Es el mismo de siempre. A mí me parece diferente. ¿Cree que está teniendo una experiencia religiosa? Estoy admirando el universo.

Martha le observaba con una mezcla de interés y ansiedad.

—¿Qué le ocurrió, Joe?

—Creo que volví a enamorarme de la vida, me volví una parte del mundo, después de un largo exilio. Lo extraño es que sucedió en el lugar menos mundano del mundo.

—¿En la Torre?

—Sí —contempló la última incandescencia débil en el cielo—. Después de dejarla, la semana pasada, volví a la Torre.

—¿Vio a la Hermana Bendición? ¿Le preguntó por qué le contrató para buscar a Patrick?

—Le pregunté, aunque no respondió. Dudo incluso que me oyera.

—¿Por qué? ¿Estaba enferma?

—Sí, en cierto modo. Estaba enferma de miedo.

—¿A qué?

—A no entrar en el cielo. Había cometido un pecado grave por contratarme, por tener algo que ver conmigo. También había retenido dinero al fondo común y, para el Maestro, la palabra «dinero» es sagrada y sucia. Es un hombre misterioso, irresistible, fuerte y bastante loco. Tiene un dominio completo sobre su grey y cuanto más disminuye la grey, más desesperado se vuelve ese dominio y más extremos son sus edictos, proclamas y castigos. Incluso sus viejos seguidores, como su propia esposa y la Hermana Bendición, muestran signos de descontento. En cuanto a los más jóvenes, escapar de la Torre es sólo cuestión de tiempo.

Pensó en el rostro torturado de la Hermana Contrición, guiando a sus tres hijos dóciles y de ojos rebeldes, al comedor, y en la voz quejumbrosa de la Madre Pureza, que ya se había escapado de la Torre y que vivía en las habitaciones más luminosas de su niñez, con su querido sirviente Capirote.

—¿Va a volver allí? —dijo Martha.

—Sí, prometí volver. Debo decir a la Hermana Bendición que el hombre que me encargó buscar está muerto.

—¿No le mencionará la carta?

—No.

—¿A nadie?

—A nadie —Quinn se levantó—. Bueno, será mejor que me vaya.

—Sí.

—¿Cuándo la volveré a ver, Martha?

—No lo sé. En este momento estoy muy desconcertada, por la carta y… y las cosas que ha dicho.

—¿Vino hoy aquí para escaparse de mí?

—Sí.

—¿Siente que la haya encontrado?

—No puedo responder a eso. Por favor, no me haga preguntas.

—Muy bien.

Se dirigió hacia el coche y se subió a él. Cuando se volvió a mirar a Martha estaba encendiendo el fuego y la subida de las llamas daban a su semblante un aspecto sereno, vivaz y cálido, como en la cafetería del hospital cuando hablaba de su matrimonio con O'Gorman.

—Vinimos en cuanto oímos que el coche se marchaba —dijo Richard. Había percibido algún misterio en el aire, oímos tan nítidamente como olía las primeras bocanadas de humo de la lumbre—. ¿Quién era ese hombre?

—Un amigo mío —dijo Martha.

—Tú no tienes amigos.

—No, es cierto. ¿Te gustaría que los tuviese?

—Creo que estaría bien.

—No, no lo estaría —dijo Sally seriamente—. Las madres no tienen amigos.

Martha puso la mano sobre el hombro de la niña:

—A veces sí, cuando ya no tienen marido.

—¿Por qué?

—El hombre y la mujer están destinados a interesarse el uno por

el otro y casarse.

—¿Y tener hijos?

—A veces sí.

—¿Cuántos niños crees que tendrás?

—Es la pregunta más estúpida que he oído en mi vida —dijo Richard con desdén—. Cuando se es viejo y canoso no se tienen hijos.

El tono de Martha fue más áspero de lo que pretendía:

—Eso no es muy halagador, ¿no crees, Richard?

—Caramba, no. Pero tú eres mi madre. Las madres no esperan halagos.

—Sería agradable recibir una sorpresa para variar. A propósito, mi pelo no es gris, sino castaño.

—Vaya, viejo y canoso es tan sólo una expresión.

—Bueno, es una expresión que no me interesa oír, mientras no sea literalmente verdad. Tal vez ni siquiera entonces. ¿Está claro?

—¡Bueno, estás muy susceptible esta noche! Aquí no se puede decir nada sin que te echen una bronca. ¿Cuándo comemos?

—Podéis serviros —dijo Martha fríamente—. Me siento demasiado decrépita para hacer nada.

Después de que los niños se metieran en los sacos de dormir, Martha sacó el espejo del bolso y se sentó, escudriñando su cara a la luz de la lumbre. Hacía mucho tiempo que no se miraba con un interés real y se sentía deprimida por lo que veía. Era una cara normal, sana, adecuada para una viuda con niños, en busca de alguien que llevara la casa, pero que no tenía ningún atractivo para un hombre joven y libre como Quinn.

Me he comportado como una idiota, pensó. Por un momento casi le creo. En cambio, debería haber creído a Richard.

15

A su vuelta al motel, Quinn pasó por el edificio de estuco que ocupaban los empleados del *Beacon*. Las luces estaban encendidas.

No tenía mucho interés en ver a Ronda otra vez, porque había muchas cosas que no podía contarle. Pero con toda seguridad Ronda se enteraría de que estaba en la ciudad y sospecharía algo, si no se pusiera en contacto con él. Aparcó el coche y entró en el edificio.

Ronda estaba solo en la oficina, leyendo un *Chronicle* de San Francisco y bebiendo una lata de cerveza.

—Hola, Quinn. Siéntese, está en su casa. ¿Quiere una cerveza?

—No, gracias.

—He oído que había vuelto a nuestra hermosa ciudad. Qué ha estado haciendo en toda la semana, ¿investigando?

—No —dijo Quinn—. Principalmente, haciendo de niñera de un sucedáneo de almirante, en Felice.

—¿Hay noticias?

—¿Como qué?

—Lo sabe muy bien. ¿Ha descubierto algo más sobre el caso O'Gorman?

—Nada que pueda publicar. Muchos rumores y opiniones, pero ninguna prueba concreta. Estoy empezando a estar de acuerdo con su teoría del autoestopista desconocido.

Ronda le miró entre escéptico y complacido.

—Oh, ¿de veras? ¿Por qué?

—Parece encajar con los hechos mejor que ninguna otra.

—¿Esa es la única razón?

—Sí. ¿Por qué?

—Por averiguar algo. Pensé que podía haber descubierto algo

que prefería guardar en secreto —Ronda tiró la lata vacía a la papelera—. Puesto que obtuvo la mayoría de la información de mí, en un principio, no sería deportivo por su parte ocultarme algo ahora, ¿no cree?

—Definitivamente, no —dijo Quinn virtuosamente—. Yo vería con malos ojos una conducta tan antideportiva.

—Se lo digo muy en serio, Quinn.

—Yo también.

—Entonces, demuéstrelo.

—Muy bien.

—Volvamos a empezar. ¿Qué ha estado haciendo toda la semana?

—Ya se lo he dicho. Estuve trabajando en San Felice —Quinn sabía que tendría que contar algo a Ronda sobre sus actividades, para calmar su desconfianza—. Mientras estuve allí, hablé con la hermana de Alberta Haywood, Ruth. No averigüé nada sobre O'Gorman, pero descubrí unas cuantas cosas sobre Alberta Haywood. Averigüé más aún cuando fui a verla a la prisión de Tecolote.

—¿La vio? ¿Personalmente?

—Sí.

—¡Vaya! ¿Cómo se las arregló? Hace años que intento mantener una entrevista.

—Tengo la licencia de detective privado, expedida en Nevada. Los oficiales que aplican la Ley, normalmente cooperan gustosos.

—Bueno, ¿cómo está? —dijo Ronda, inclinándose sobre la mesa con interés—. ¿Le contó algo? ¿De qué habló?

—De O'Gorman.

—De O'Gorman. Vaya. Eso es justo...

—Antes de que vaya más lejos, debería decirle también que sus referencias a O'Gorman no eran muy racionales.

—¿Qué quiere decir?

—Sufre la alucinación de que el escándalo surgido a raíz de la desaparición de O'Gorman la hizo perder su poder de concentración y cometer el error que la llevó a la cárcel. Incluso trató de convencerme de que O'Gorman planeó deliberadamente vengarse de ella por ignorarle o porque su hermano George le había despedido.

—¿Culpa a O'Gorman de todo?

—Sí.

—Eso es absurdo —dijo Ronda—. Eso significaría, entre otras cosas que O'Gorman tenía conocimiento de los desfalcos un mes antes que los inspectores del Banco y que calculó tanto el escándalo de su desaparición como su efecto sobre ella. ¿No se da cuenta de que es imposible?

—Se enfrenta a su propia culpa, no a las leyes de la posibilidad. Rechaza completamente la idea de la muerte de O'Gorman, porque, según sus palabras, si hubiera sido asesinado no tendría a quién culpar de su difícil situación. Se ha aferrado al engaño de que O'Gorman planeó desaparecer para vengarse en ella. Sin O'Gorman a quien culpar, tendría que culparse a sí misma y no es capaz de afrontarlo. Tal vez nunca podrá.

—¿Hasta qué punto está loca?

—No lo sé. Hasta el punto de ser ininteligible.

—¿Qué la ha hecho venirse abajo de esa forma?

—A mí me lo harían cinco años de cárcel —dijo Quinn—. Tal vez a Alberta también.

El recuerdo de la escena en el penal le llenó de desprecio y disgusto, no por la enfermedad de Alberta, sino por la enfermedad de la sociedad que se amputa partes de sí misma, para salvar el resto y después se pregunta por qué le dolían.

Ronda recorría la oficina de arriba abajo como si él también estuviera confinado en una celda.

—No puedo publicar lo que me acaba de contar, mucha gente lo desaprobaría.

—Naturalmente.

—¿George Haywood sabía todo esto?

—Debería. La visita una vez al mes.

—¿Cómo se ha enterado?

—Me lo han dicho varias personas, incluyendo Alberta. La visita de George le resulta muy dolorosa y presumiblemente también a George, aunque continúa visitándola.

—Entonces, su ruptura con Alberta era sólo un camelo para engañar a la vieja.

—A la vieja y tal vez a otras personas.

—George es un excéntrico —dijo Ronda arrugando la frente

hacia el cielo—.

No le entiendo. Unas veces se muestra tan reservado que no te da ni la hora y otras entra aquí apretándote la mano como a un hermano perdido y hablándote de su viaje a Hawai. ¿Por qué?

—Para que lo publicara en el *Beacon*.

Creo yo.

—Pero jamás nos ha dado material para la página de sociedad. Chillaba como un demonio incluso por incluir su nombre en la lista de invitados a una fiesta. ¿A qué se deberá ese cambio repentino de táctica?

—Obviamente, quería que todos supieran que se había ido a Hawai.

—¿Para presumir o algo así? Tonterías.

Eso no va con George.

—Hay muchas cosas que no le van a George —dijo Quinn—. Pero, de todas formas, las lleva, probablemente por la misma razón que yo llevaba la ropa usada de mi hermano cuando era pequeño..., porque tiene que hacerlo. Bueno, será mejor que me largue. Ya le he quitado demasiado tiempo.

Ronda abrió otra lata de cerveza.

—No hay prisa. He tenido una pequeña pelea con mi mujer y no me acercaré por casa hasta que se haya calmado. ¿Seguro que no quiere otra cerveza?

—Totalmente seguro.

—A propósito, ¿ha visto a Martha O'Gorman desde su vuelta?

—¿Por qué?

—Es sólo una pregunta. Mi mujer la llamó al hospital esta tarde para invitarla a comer el domingo. Le dijeron que había tomado el día libre, por enfermedad, pero cuando se acercó a la casa para ofrecerle su ayuda, Martha no estaba, ni tampoco el coche. Pensé que tal vez sabría algo.

—Confía demasiado en mí. Hasta luego, Ronda.

—Espere un momento —Ronda estaba encorvado sobre la lata de cerveza mirándola fijamente—. Tengo un extraño presentimiento acerca de usted, Quinn.

—Hay mucha gente que lo tiene. No se preocupe.

—Oh, ya lo creo que me preocupa. Ese extraño presentimiento me dice que está escondiendo algo muy importante. No estaría bien,

¿no cree? Soy su amigo, su camarada, su compañero. Le di informaciones confidenciales sobre el caso O'Gorman, le presté mi archivo personal.

—Ha sido leal —dijo Quinn—. Buenas noches, amigo, camarada, compañero. Siento mucho que tenga ese extraño presentimiento. Tómese un par de aspirinas, tal vez se le pase.

—Eso cree, ¿eh?

—Puede que me equivoque, claro.

—Puede y lo está, maldita sea. No puede engañar a un viejo periodista como yo. Soy intuitivo.

Cuando Ronda se levantó para abrirle la puerta, tropezó contra la esquina de la mesa. Quinn se preguntaba cuánto tiempo habría estado bebiendo y si la cerveza tendría algo que ver con su poder de intuición.

Se alegró de salir a la calle. Soplaba una brisa fresca que arrastraba consigo a la mitad de la población de Chicote. La ciudad, desierta al mediodía, volvía a la vida tan pronto como el sol se ponía. Todos los almacenes de la calle Main estaban abiertos y había hileras de personas frente a los cines y en los puestos de hamburguesas y malta. Coches, ocupados por adolescentes, circulaban por la calle arriba y abajo, restallaban las bocinas, bramaban las radios, chirriaban los neumáticos. El ruido aliviaba su descontó y suplía la falta de una actividad real.

Quinn aparcó el coche en el garaje del motel para toda la noche y estaba cerrando la puerta, cuando una voz desde los matorrales le llamó:

—Señor Quinn, Joe.

Se volvió y vio a Willie King apoyada al lado del garaje, como si fuese a vomitar. Tenía la cara tan blanca como las flores de jazmín detrás de ella y sus ojos parecían vidriosos y desorientados.

—Le he estado esperando —dijo— horas. Me parecieron horas. No… no sé qué hacer.

—¿Es otra de sus dramáticas actuaciones, Willie?

—No. No. Soy yo.

—La verdadera, ¿eh?

—Oh, basta. ¿No sabe cuándo alguien está fingiendo y cuándo

no?

—En su caso, no.

—Muy bien —dijo dignamente—. No quería, no debería molestarle más.

—No debería.

Ya se alejaba y Quinn se dio cuenta de que llevaba un par de zapatos de lona viejos. No parecía probable que se pusiera unos zapatos así para hacer una representación. La llamó y ella, después de dudar un segundo, se volvió hacia él.

—¿Cuál es el problema, Willie?

—Todo. Toda mi vida, todo está perdido.

—¿Quiere entrar en mi habitación y hablar de eso?

—No.

—¿No quiere hablar de eso?

—No quiero entrar en su habitación. Quiero decir, no sería correcto.

—Tal vez no —dijo Quinn sonriendo—. Hay un pequeño patio donde podemos sentarnos, si lo prefiere.

El patio consistía en unos pocos metros cuadrados de césped en torno a una piscina del tamaño de una bañera brillantemente iluminada. No había nadie en la piscina, pero sobre el cemento se veían las pisadas húmedas de un niño y en la superficie del agua flotaba una pequeña aleta azul. Separando el patio de la calle y del conjunto del motel, había un seto de adelfas rosas y blancas muy cargado de flores.

El mobiliario estaba recogido y cubierto por la noche, así que se sentaron en el césped que todavía estaba caliente del sol. Willie parecía sentirse violenta y arrepentida de haber ido; dijo débilmente:

—El césped es muy agradable. Es muy difícil conservarlo así, con este clima. Hay que dejar correr la manguera continuamente y aun así el suelo es demasiado alcalino...

—¿Eso es todo en lo que está pensando, en el césped?

—No.

—¿Entonces qué es?

—George —dijo—. George se ha ido.

—Ya hace algún tiempo que lo sabía.

—No. Quiero decir, se ha ido de verdad. Y nadie sabe dónde.

—¿Está segura?

—Estoy segura de una cosa, no se ha ido de viaje a Hawai.

Su voz se quebró y se apretó la mano contra la garganta como si tratase de arreglarlo.

—Me mintió. Podía haberme contado cualquier cosa sobre él, cualquier cosa del mundo y le seguiría queriendo. Pero me mintió deliberadamente, se burló de mí.

—¿Cómo lo sabe, Willie?

—Esta tarde, después de que usted saliera de la oficina, empecé a sospechar…, no sé por qué, se me ocurrió que podía haber sido una boba. Telefoneé a todas las líneas aéreas de larga distancia de Los Angeles. Les conté una historia sobre una emergencia familiar y que tenía que contactar con George Haywood y que no estaba segura si había ido o no a Hawai. Bueno, comprobaron la lista de pasajeros para el martes y el miércoles y no había ningún George Haywood en ninguna de ellas.

—Se pueden haber equivocado —dijo Quinn—. O es posible que George viaje con otro nombre.

Quería creerlo, pero no podía.

—No. Ha huido, estoy segura. De mí y de su madre y de nuestras peleas por él. Bueno, no peleas físicas, ni públicas, pero peleas al fin y al cabo. Creo que ya no lo soportaba más, no pudo decidirse, ni en su favor, ni en el mío, así pues se escapó de las dos.

—Eso sería una decisión cobarde y, según todo lo que tengo entendido, George no es cobarde.

—Tal vez yo le haya convertido en uno, sin darme cuenta de lo que hacía. Bueno, por lo menos tengo una satisfacción… Tampoco le dijo a ella la verdad. Desearía haber ido a su casa en vez de telefonearle. Me hubiera gustado ver la expresión de su vieja cara al enterarse de que su querido George no había ido a Hawai, después de todo.

—¿La llamó?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque quería… quería que sufriera como yo sufría… Que se preguntara, como yo lo hacía, si George volvería algún día.

—¿No cree que está dramatizando un poco? ¿Qué le hace pensar que no volverá?

Movió la cabeza, desesperanzada.

—¿Sabe más de lo que me está contando, Willie?

—Sólo que, últimamente, tenía algo en mente de lo que no quería hablar.

—¿Por últimamente quiere decir desde que yo llegué a Chicote?

—Incluso antes, aunque todo empeoró desde que usted empezó a entrometerse y a hacer preguntas.

—Tal vez temiera mis preguntas —dijo Quinn— y la razón por la que ha abandonado la ciudad sea yo y no usted o su madre.

Se quedó callada un rato. Después dijo:

—¿Por qué iba a temerle? George no tiene nada que esconder, salvo... Bueno, salvo esa historia de la primera noche, cuando me encontré con usted en el café.

—¿Fue idea de George?

—Sí.

—¿Qué razón tenía?

—Dijo... —el énfasis en la voz pareció involuntario—. Dijo que podía tratarse de un vil timador que planease algún chantaje. Quería que le mantuviese ocupado mientras él registraba su habitación.

—¿Cómo sabía dónde estaba mi habitación o incluso que yo existía?

—Yo se lo dije. Le vi hablando con Ronda en la oficina esa tarde. Le oí mencionar a Alberta Haywood y pensé que sería mejor llamar a George en seguida. Lo hice y me pidió que le siguiera y averiguara quién era usted y dónde se alojaba.

—Entonces no fue el nombre O'Gorman el que llamó su atención, sino el de Alberta.

—No mencionaron su nombre, pero Ronda se refirió a un desfalco local y a una agradable señora y supe que se refería a Alberta.

—¿Corre al teléfono y llama a George cada vez que alguien menciona a Alberta?

—No. Pero sospechaba de usted. Tenía un aspecto que no me inspiraba confianza. También creo que aproveché la ocasión para parecer importante a los ojos de George. No... —añadió melancólicamente—, no tengo esa oportunidad muy a menudo. Sólo soy una mujer normal. Es difícil competir con tanto germen de trigo

y leche vitaminada y demás productos que la señora Haywood toma para atraer la atención y hacer que otras mujeres parezcan tontas en comparación con ella.

—Verdaderamente se está acomplejando por esa anciana, Willie.

—No puedo evitarlo, me fastidia. A veces creo que la razón por la que me enamoré de George, fue que ella se oponía resueltamente a ello. Tal vez sea terrible decir eso, pero es un monstruo, Joe, en serio. Cada año que pasa entiendo mejor por qué Alberta cometió esos crímenes. Estaba desafiando a su madre. Alberta sabía que algún día la descubrirían. Tal vez planeó que la descubrieran deliberadamente para castigo y desgracia de la vieja. La señora Haywood no es estúpida, eso sería casi un cumplido que nunca recibirá de mí y creo que comprende el motivo del desfalco de Alberta y por eso la ha abandonado completamente e insiste en que George haga lo mismo.

Pero Quinn no acababa de creerlo.

—Había cientos de formas de que Alberta castigara a su madre sin tener que ir a la cárcel y sin inmiscuir a George en ello.

Willie arrancaba una a una hojas de hierba, como una niña jugando al «me quiere, no me quiere» con una margarita.

—¿Dónde cree que habrá ido, Joe?

—No lo sé, si pudiera averiguar por qué se ha ido me serviría de ayuda.

—Para librarse de mí y de su madre.

—Lo podía haber hecho hacía tiempo.

Era el punto que le interesaba a Quinn. Martha O'Gorman enseñó a George la carta del asesino de su marido, y aunque George declaró considerar la carta como una broma desagradable, se había puesto nervioso, según Martha. Inmediatamente después, se preocupó de que toda la ciudad supiera que se iba a Hawai por razones de salud. Había llegado hasta el punto de hacer que se publicara la noticia en el periódico local.

—¿No es extraño que George hiciera públicos sus planes? —dijo Quinn.

—Un poco. Me sorprendió.

—¿Por qué cree que lo hizo?

—No tengo ni idea.

—Yo sí. Pero no le va a gustar, Willie.

—Tampoco me gustan las cosas tal y como están ahora. ¿Cree que pueden estar peor?

—Bastante peor —dijo Quinn—. Todo el ruido que ha hecho George sobre ese viaje puede querer decir que intentaba establecer una coartada para algo que haya sucedido o que vaya a suceder aquí en Chicote.

Continuaba arrancando hierba con una determinación inflexible, intentando ocultar su temor.

—Hasta ahora no ha ocurrido nada.

—Es cierto. Pero quiero que tenga cuidado, Willie.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Es la confidente de George. Puede haberle contado cosas y arrepentirse de haberlo hecho.

—No me ha dicho nada —dijo ásperamente—. George no ha tenido un confidente en su vida. Es un solitario como Alberta. Esos dos se cierran como almejas, de una forma que no es … no es humana.

—Tal vez las almejas tengan un modo de comunicarse entre sí. ¿Sigue negándose a creer que va a visitar a Alberta cada mes?

—Ahora lo creo.

—Piénselo de nuevo, Willie. ¿Hubo alguna vez, mientras estuvo con George, que le viese descuidado? Digamos en un estado de suma inquietud o que hubiera bebido demasiado o tomado demasiados sedantes.

—George no discutía sus preocupaciones conmigo y bebía muy raras veces. De vez en cuando, tenía que tomar bastantes productos para el asma.

—¿Alguna vez le vio en esas ocasiones?

—A veces. Pero no se encontraba de forma diferente. Bueno, tal vez un poco atontado, ya sabe, no muy al tanto —vaciló, dejó quietas las manos, como concentrando todas sus fuerzas en recordar —. Entonces fue cuando le quitaron el apéndice, hace tres años. Fui al hospital para estar con él porque la señora Haywood se negó. Estaba en casa con un ataque de nervios, diciendo que el apéndice de George podía estar perfectamente bien si hubiera comido germen de trigo y melaza. Cuando salió de la anestesia yo estaba en la habitación.

»Fue muy divertido. Más tarde, no creía haber dicho las cosas

que dijo. Las enfermeras estaban casi histéricas, porque no dejaba de decirles que se vistieran, que esa no era forma de llevar un hospital, con enfermeras desnudas.»

—¿Era consciente de su presencia?

—Más o menos.

—¿Qué quiere decir más o menos?

—Me confundía con Alberta —dijo—. Me llamó por su nombre y me dijo que era una solterona estúpida, que debía ser más lista.

—¿Ser más lista, para hacer qué?

—No lo explicó. Estaba furioso con ella, rabioso.

—¿Por qué?

—Porque había dado alguna de su ropa a un viandante que había ido a la casa. La llamó boba, loca bondadosa. Lo que tenía tanto sentido como lo de las enfermeras desnudas. Alberta podía estar loca, pero no era boba ni bondadosa. Si existió ese viandante y si le dio la ropa de George, debía tener alguna razón más allá de la simple generosidad. Quiero decir, los Haywood no son de los que dan limosnas a la puerta. Colaboraban con algunas organizaciones de caridad, pero no eran caritativos de forma espontánea y sincera. No creo que el suceso fuese más real que el nudismo de las enfermeras.

—¿Se lo preguntó más tarde a George?

—Bueno, le conté algunas de las cosas que dijo.

—¿Cómo reaccionó?

—Se rio, no muy a gusto. George es muy digno, no le gustaba la idea de haber hecho el tonto. Aunque tiene sentido del humor y no podía evitar reírse de lo de las enfermeras desnudas.

—¿Se rio de la misma forma de sus referencias a Alberta?

—No, creo que se sentía culpable por haberla llamado esos nombres, aunque no era responsable de sus palabras.

Willie había perdido su interés por la hierba y el jueguecito de «me quiere, no me quiere». Había transferido su atención a un agujero que tenía en la zapatilla izquierda, a la altura del dedo gordo y pellizcaba la lona deshilachada, como un pájaro recogiendo pelusa para su nido. Más allá del seto de adelfas, el ruido de la ciudad parecía lejano y carente de sentido.

—¿Cuál es la situación financiera de George, Willie?

Se sorprendió de que alguien lo dudara.

—No es millonario, se gana el dinero. Aunque los negocios no van tan bien como hace años, van bastante bien. No gasta mucho, salvo con su madre. Es muy extravagante. El último trabajo facial que se hizo en Los Angeles le costó cien dólares y, naturalmente tuvo que comprarse un nuevo vestuario que correspondiera con su nueva cara, entre comillas.

—¿Juega George tanto como su hermana?

—No.

—¿Está segura?

—¿Cómo puedo estar segura de nada?

—dijo con voz cansada—. Todo lo que sé es que nunca habló de ello y que no tenía el temperamento de un jugador. George planea las cosas, no le gusta arriesgarse. Casi le dio un ataque el día que compré un boleto para el Irish Sweepstake, el año pasado. Dijo que era una prima. Bueno, no gané, tal vez tenía razón.

George y Alberta, pensó Quinn. Los dos planificadores, flemáticos, podían comunicarse a través de conchas cerradas. ¿Se habían comunicado un nuevo plan? La vista para la libertad condicional de Alberta, llegaría pronto, parecía un momento extraño para que George desapareciera. A menos que eso fuera parte del plan.

El elaborado peinado de colmena de Willie se había deshecho y caía hacia un lado como un verdadero panal abandonado por las abejas y expuesto a la intemperie. Le daba un aspecto de medio piripi que le iba bien. Los juicios de Willie no eran enteramente sobrios.

—Joe.

—Sí.

—¿Dónde cree que está George?

—Tal vez aquí mismo en Chicote.

—¿Quiere decir viviendo bajo un nombre falso en un hotel o en una pensión, o algo así? No le saldría bien. En la ciudad todos le conocen. Además, ¿por qué tendría que esconderse?

—Puede estar esperando.

—¿A qué?

—Quién sabe.

—Si hubiera confiado en mí, si me hubiera pedido mi parecer —empezó a quebrársele la voz, pero lo impidió a tiempo—. Eso es una tontería, ¿verdad? George no pregunta, ordena.

—¿Cree que le cambiaría después de casados?

—No quiero cambiarle. Me gusta que me den órdenes —apretó la boca en una línea obstinada y delgada—. De verdad.

—Muy bien, muy bien, le gusta que le den órdenes, pues se las daré. Váyase a casa y descanse.

—No me refería a ese tipo de órdenes.

—Reconózcalo, Willie. A usted no le gusta que le ordenen ni una maldita cosa.

—Sí me gusta. Siempre que sea por la persona adecuada.

—Bien, la persona adecuada no está aquí. Tendrá que aceptar un sustituto.

—Usted es un sustituto malísimo —dijo en voz baja—. No está lo bastante seguro de sí mismo para dar órdenes. No engañaría ni a un perro.

—Oh, no sé. Algunas señoras de perros me han tomado bastante en serio.

Se volvió, ruborizada.

—Me iré a casa, pero no porque me lo haya dicho, y no se preocupe por George ni por mí. Le podré manejar… cuando nos casemos.

—Ese es un dicho muy famoso, Willie.

—Supongo que sí, pero he llegado a creérmelo.

Salió con ella hasta el coche. Caminaban separados y en silencio, como desconocidos que fuesen en la misma dirección casualmente, absortos en sus propios problemas. Cuando subió al coche él la tocó el hombro levemente y ella le ofreció una sonrisa breve y nerviosa.

—Conduzca con cuidado, Willie.

—Oh, claro.

—Todo saldrá bien.

—¿Me lo garantiza por escrito?

—Nadie tiene garantías en este mundo —dijo Quinn—. Así que no se quede ahí, sentada, esperando una.

—No lo haré.

—Buenas noches, Willie.

Pasó por la oficina del motel, camino de su habitación. El clan Frisby completo estaba reunido alrededor de la mesa, el abuelo, Frisby y su esposa, la hija y su marido y varias personas que Quinn no conocía. Todos hablaban a la vez y la radio sonaba a todo volumen. Era tan ruidoso como una asamblea evangelista. La música de palmas y zapateo, de la radio, se ajustaba perfectamente a la ocasión.

Frisby vio a Quinn a través de la ventana y salió por la puerta a toda velocidad, con el albornoz aleteando entre sus piernas y la cara brillante de sudor y emoción.

—¡Señor Quinn! ¡Espere un momento, señor Quinn!

Quinn esperó. Una especie de presentimiento le sacudió el cuerpo y no estaba muy seguro de si era imaginación o había percibido la onda expansiva de un terremoto.

—Tengo la llave, gracias, señor Frisby —dijo.

—Ya lo sé. Pero pensé que como la radio de su habitación está estropeada, se habría perdido la gran noticia —las palabras se revolvían en la boca de Frisby como la ropa en una lavadora—. Nunca lo creería.

—Pruebe.

—Una mujer tan encantadora, la última persona en el mundo de quien esperaría una proeza así.

Es Martha, pensó Quinn, algo le ha sucedido a Martha. Quería levantar la mano y ponérsela en la boca a Frisby para evitar que dijese una palabra, pero trató de mantenerse tranquilo, para escuchar.

—Me habrían tirado al suelo con una pluma, cuando lo oí. Llamé a gritos a mi mujer y ella entró corriendo, pensando que me había dado un ataque. Bessie, le dije, Bessie, no adivinarías nunca lo que ha sucedido. «Los marcianos han aterrizado», me dijo. «No», le dije, «Alberta Haywood se ha escapado de la prisión».

—Dios mío.

Las dos palabras no eran una expresión de sorpresa, sino de gratitud y alivio. Por un momento no pudo ni pensar en la noticia de Alberta Haywood, su pensamiento se negaba a ir más allá de Martha. Estaba a salvo. Sentada, como la última vez que la vio, frente al fuego del camping y a salvo.

—Sí, señor. La señorita Haywood se ha escapado limpiamente,

en un camión que servía las máquinas de dulces de la cantina.

—¿Cuándo?

—Esta tarde. Las autoridades de la prisión no facilitaron más detalles, pero se ha escapado muy bien. O muy mal según el caso, ja, ja —la risa de Frisby era más bien un hipo nervioso—. De todas formas, la Policía no ha podido encontrarla todavía, porque el camión de reparto se paró en tres o cuatro sitios más, y pudo bajarse en cualquiera de ellos, sin que nadie se diera cuenta. Tal vez estuviera todo planeado de antemano, y tuviera un amigo esperándola en un coche. Esa es mi versión ¿que cree usted? ¿eh?

—Parece razonable —dijo Quinn, y pensó:

Excepto por dos posibles errores. En vez de un amigo en un coche, pudo haber sido un hermano en un break Pontiac verde.

Las almejas se habían comunicado, los planificadores estaban trabajando.

—Tal vez vuelva aquí —dijo Frisby.

—¿Por qué?

—En la televisión, cuando alguien se escapa de la cárcel, siempre vuelve a la escena del crimen para resolver algún error judicial. Puede ser que sea inocente y quiera tratar de probarlo.

—Sea lo que sea que quiera probar, señor Frisby, no es inocente. Buenas noches.

Después de acostarse, Quinn estuvo despierto durante mucho rato, escuchando el zumbido del acondicionador del aire y las voces altas, airadas de la pareja de la habitación contigua, que se peleaban por dinero.

Dinero, pensó Quinn de pronto. El dinero de la Hermana Bendición se lo enviaba su hijo, desde Chicago y la carta que Martha O’Gorman ha destruido llevaba el matasellos de Evanston, Illinois. Un hijo en Chicago, una carta de Evanston. Si hubiera alguna relación, la única persona a quién preguntar sería la Hermana Bendición.

16

Aunque el nuevo día aún no era más que una luz apenas perceptible en el cielo, la Hermana Bendición sabía que iba a ser un buen día. Con los pies descalzos, bajó apresuradamente por el sendero oscuro hasta el cuarto de baño y cantaba mientras se lavaba, ignorando el frío del agua y la aspereza del jabón gris casero.

—Llega un hermoso día, sí. Señor, va a ser un día hermoso, sí, Señor.

Cuando entraba la Hermana Contrición llevando una lámpara de queroseno le dijo:

—La paz sea contigo. Una mañana agradable, ¿verdad?

La Hermana Contrición dejó la lámpara con un ruido metálico de desaprobación.

—¿Por favor, qué le ha pasado de repente?

—Nada. Hermana. Me encuentro bien, soy feliz.

—Se debe creer que una persona no tiene nada más que hacer en este mundo, que ir por ahí siendo feliz.

—Se puede ser feliz y hacer cosas a la vez, ¿no cree?

—No sé, nunca lo he intentado.

—Pobre Hermana, ¿le molesta la cabeza otra vez?

—Ocúpese de su cabeza y yo me ocuparé de la mía —la Hermana Contrición echó un poco de agua en un barreño, se enjuagó la cara y se secó con un trozo de lana sacado de un vestido viejo—. Debería pensar que una persona ha de tener un punto de vista más sensato especialmente después del Castigo.

—El Castigo ha terminado.

Se volvió un poco menos alegre al recordarlo. Fue un tiempo negro para ella a pesar de la satisfacción que le produjo enterarse

de que las cosas no habían sido fáciles en la colonia durante su ausencia. El Maestro se vio forzado a reducir su aislamiento de cinco días a tres, porque no podía manejar a la Madre Pureza sin su ayuda y porque el Hermano Corona se había torcido el tobillo al caerse del tractor. Me necesitaban, pensó, y su espíritu se elevó de nuevo más allá de la habitación oscura, mugrienta y por encima del rostro contrariado de la Hermana Contrición, que seguía grasiento después de su breve baño. Me necesitan y aquí estoy. Se agarró a esas palabras como un niño a la cuerda de una cometa llevada por el viento.

Empezó a cantar otra vez:

—Llega un hermoso día, sí, Señor.

—Bueno, ya era hora —dijo irritada la Hermana Contrición—. Ya he tenido bastante de los otros últimamente, con las escenas de Karma. He oído que hay un nuevo converso.

—Ahora es pronto para decirlo, pero tengo esperanzas, muchas esperanzas. Puede ser un nuevo comienzo para la colonia. O tal vez es un signo del cielo de que volveremos a prosperar, como en los viejos tiempos.

—¿Es un hombre?

—Sí. Tengo oído que su alma está muy agitada.

—¿Es joven? Quiero decir, es tan joven como para que tenga que vigilar a Karma cada minuto que esté despierta.

—No le he visto.

—Dios quiera que sea viejo y débil —dijo la Hermana Contrición suspirando—. Y tampoco me importaría que fuese corto de vista.

—¿No cree que tenemos ya bastantes viejos y débiles? La Torre necesita juventud, fuerza, vitalidad.

—Todo eso está muy bien en teoría. En la práctica tengo que cuidar de Karma. Oh, qué problema tan terrible es ser madre.

La Hermana Bendición asintió seriamente:

—Sí, sí lo es.

—Por lo menos para ti ya se ha terminado. Mis preocupaciones empiezan ahora.

.—En cuanto a Karma, Hermana, creo que, tal vez, debería irse por una temporada.

—¿A dónde?

—Tiene una hermana en Los Angeles. Karma podría vivir con

ella…

—Nunca volvería aquí si se fuera. Los placeres mundanos le parecen buenos porque nunca los ha conocido, qué triviales son, qué traidores. Enviarla a casa de mi hermana sería mandarla al infierno. ¿Cómo has podido sugerir una cosa así? ¿El castigo te ha hecho perder el juicio?

—No creo —dijo la Hermana Bendición.

No estaba muy segura. Ciertamente era muy vieja para sentirse bien después de tanto sufrimiento, pero ya hacía casi una semana que el castigo había terminado y empezaba a desvanecerse en su memoria como una imagen en un espejo viejo y sucio.

Al salir siguió cantando, interrumpiéndose para saludar a los que se encontraba camino de la cocina.

—Buenos días, Hermano Corazón… la paz sea contigo Hermano Luz. ¿Cómo está la pequeña cabra?

—Es una juguetona muy hermosa.

—Lo es.

Un nuevo amanecer, una nueva cabritilla, un nuevo converso.

—Sí, Señor, llega un día hermoso. Buenos días Hermano Lengua de los Profetas, ¿cómo te sientes?

El Hermano Lengua sonrió y asintió.

—¿Y el pajarito, está mejor?

Otro asentimiento, otra sonrisa. Ella sabía que podía hablar si quisiera, pero tal vez daba igual que no lo hiciera.

—Sí, Señor…

Encendió el fuego en la cocina, con la madera que trajo el Hermano Lengua del almacén. Después ayudó a la Hermana Contrición a freír jamón y huevos, esperando que el Maestro apareciera a desayunar y anunciara la admisión del nuevo converso. Hasta ese momento sólo el Maestro y la Madre Pureza le habían visto; estuvo en la Torre observando el trabajo de la colonia, hablando con el Maestro, haciendo preguntas y contestando. Era un período de prueba, difícil para los dos. La Hermana Bendición sabía que no era asunto fácil conseguir la entrada y esperaba que el Maestro fuese un poco indulgente con ese hombre y que no le atemorizase. La colonia necesitaba sangre nueva, fuerzas nuevas.

Últimamente había demasiada enfermedad entre los Hermanos y Hermanas porque trabajaban demasiado. Qué bienvenidos serían un par de manos más, para ayudar a ordeñar y en la jardinería y para cortar madera, un par de piernas fuertes más para reunir el ganado...

—Ya está soñando otra vez, Hermana —dijo el Hermano Corona con voz acusatoria—. Le he pedido tres veces que cortara un poco más de pan. Mi tobillo no se curará con el estómago vacío.

—Ya está prácticamente curado.

—No lo está. Lo dice sólo porque me guarda rencor por haber informado al Maestro de sus pecados.

—Tonterías. No tengo tiempo para resentimientos. Su tobillo no muestra el más leve signo de inflamación. Déjeme ver.

El Hermano Lengua estaba escuchando la discusión, celoso de la atención que la Hermana Bendición prestaba al otro. Se puso la mano en el pecho y tosió alto y fuerte, pero la Hermana conocía sus trucos y fingió no oírle.

—Está como nuevo —dijo dando unas palmaditas en el tobillo del Hermano Corona.

Un tobillo nuevo, un nuevo amanecer, una nueva cabritilla, un nuevo converso.

—Sí, Señor...

Pero el Maestro no apareció y la Hermana Contrición llevó el desayuno para tres a la Torre, mientras la Hermana Bendición ayudaba a Karma a recoger la mesa y a lavar los platos.

Entre el entrechocar de platos y tazas de hojalata, la Hermana Bendición reanudó su cantar.

—Llega un día hermoso, sí, Señor.

Era una música inusual en la Torre, donde las únicas canciones eran viejos himnos tristes, con letras nuevas que escribía el Maestro. Todas sonaban igual y no alegraban ni reconfortaban a nadie.

—¿Por qué está haciendo tanto ruido? —dijo Karma que limpiaba las migas de la mesa con aire desdeñoso, como si cada una de ellas le ofendiera personalmente,

—Porque me siento llena de vida y esperanza.

—Pues yo no. Aquí todos los días son iguales. Nada cambia, salvo que nos hacemos más viejos.

—Cállate, deja de imitar a tu madre. El mal humor es una

costumbre difícil de romper.

—No me importa. ¿Qué razones tengo para no estar de mal humor?

—No dejes que los demás te oigan decir esas palabras —dijo la Hermana Bendición tratando de parecer severa—. Me dolería profundamente que te volvieran a castigar.

—Estoy castigada veinticuatro horas al día, estando aquí. Lo odio. Cuando tenga oportunidad me escaparé.

—No, Karma, no. Es difícil pensar en la eternidad cuando se es joven pero debes intentarlo. Caminando por la tierra áspera, con pies descalzos, pasearás por las calles doradas y suaves del cielo. Recuérdalo chiquilla.

—¿Y cómo sé yo que es verdad?

—Lo es. Es verdad —pero su propia voz retumbaba falsa en sus oídos, ¿verdad?—. Debes llenar tu mente con visiones de gloria, Karma.

—No puedo. No dejo de pensar en los chicos y chicas del colegio y en sus bonitos vestidos y en todo lo que se ríen y en los libros que leen. Cientos de libros, sobre cosas que nunca había oído. Sólo tocarlos y saber que están ahí… oh, era una sensación tan maravillosa.

La cara de Karma era pálida bajo los granos brillantes y rojizos que le manchaban la piel como un maquillaje de payaso.

—¿Por qué no podemos tener libros aquí, Hermana?

—¿Cómo iba a sobrevivir la colonia si todos estuvieran con las narices enterradas en los libros? Hay trabajo que…

—No la escucho. Yo sé la verdadera razón. Si descubrimos en los libros cómo vive otra gente, podría suceder que quisiéramos dejar de estar aquí y la colonia no existiría.

—El Maestro, es el mejor juez de nuestro bienestar, debes comprenderlo.

—Bueno, pues no.

—Oh, Karma, mi niña, ¿qué vamos a hacer contigo?

—Dejadme salir.

—El mundo exterior es un lugar cruel.

—¿Más cruel que esto?

No hubo respuesta. La Hermana Bendición se había dado la vuelta y se puso a frotar un plato de hojalata que ya había frotado

dos veces en el último minuto. Ya es tiempo, pensó, tiempo de que Karma se vaya y de que yo la ayude. Daría mi vida por ayudarla, pero cómo: Oh, Señor guíame.

—El señor Quinn no piensa que el mundo sea tan cruel —dijo Karma.

El nombre le pilló de sorpresa a la Hermana Bendición. Hacía días que trataba de rehuirlo deliberadamente. Cuando saltaba en su mente, como de una caja sorpresa, le empujaba hacia dentro otra vez, apretaba la tapa y le sujetaba fuerte. Pero la tapa era resbaladiza y su mano, no siempre era suficientemente rápida y fuerte y volvía a saltar fuera el joven que deseaba no haber visto nunca. Dijo enérgicamente:

—Lo que piense el señor Quinn no tiene ninguna importancia. Se ha ido de nuestras vidas completamente y para siempre.

—No, no se ha ido.

—¿Qué sabes tú?

—No lo diré si no quiero.

La Hermana Bendición se alejó de la tina llena de platos y con las manos húmedas agarró a Karma por los hombros.

—¿Le has visto? ¿Has hablado con él?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando estabas aislada —dijo Karma—. Le hablé de mi acné y me prometió volver y traerme una loción y lo hará.

—No, no lo hará.

—Lo prometió.

—No volverá —dijo la Hermana Bendición, apretando la tapa, sujetándola fuerte—. Debe dejarnos en paz. Es nuestro enemigo.

La maldad saltó al rostro de Karma como un sonrojo que no pudiera evitar.

—El Maestro dice que no tenemos ningún enemigo, sino amigos que aún no han visto la luz. ¿Y si el señor Quinn vuelve para que le muestren la luz?

—El señor Quinn está de nuevo en las mesas de juego, en Reno, a donde pertenece. Si te ha prometido algo, fue un tonto y tú más tonta todavía por creerle. Escucha, Karma, cometí un grave error que concierne al señor Quinn, he sido severamente castigada por ello. Y ahora se acabó. No le volveremos a ver y no se hablará más

de él, ¿está claro? —se interrumpió y después añadió con voz más tranquila, más razonable—. Las intenciones del señor Quinn eran buenas, pero ha causado problemas.

—¿Problemas a causa de Patrick O'Gorman?

—¿De dónde has sacado ese nombre?

—Yo… lo he oído —dijo Karma, asustada por la violencia de la Hermana que no acababa de entender—. Creo que… llegó a mis oídos flotando por el aire.

—Es mentira. Se lo oíste decir al señor Quinn.

—No. Juro que vino flotando por el aire hasta mis oídos.

La mano de la Hermana Bendición cayó de los hombros de Karma con un gesto de impotencia.

—Me desesperas, Karma.

—Me gustaría desesperar a todos —dijo Karma en voz baja y rotunda—. Así me desterrarían y podría escaparme con el señor Quinn cuando me traiga la loción.

—No volverá. Llevó a cabo el servicio por el que le pagué en un momento de debilidad e indiscreción y ya no tiene motivos para volver. La promesa a una niña no significa nada para un hombre como el señor Quinn. Fuiste muy ingenua al tomártelo en serio.

—Tú también debes tomártelo en serio, de lo contrario no estarías tan asustada.

—¿Asustada?

La palabra cayó en medio de la habitación como una piedra arrojada desde la claraboya. La Hermana Bendición trató de ocultar la piedra rodeándola de camuflaje.

—Eres una niña encantadora, Karma, pero qué imaginación tan ligera tienes. Y sospecho seriamente que estás un poco aturdida por el señor Quinn.

—No sé qué quiere decir aturdida.

—Quiere decir que has fabricado un sueño absurdo sobre su regreso aquí, para rescatarte y volverte hermosa con una loción mágica. No es más que eso, Karma, un sueño.

La Hermana volvió a su tina de platos. El agua ya se había enfriado, la grasa flotaba en la superficie y el áspero jabón no hacía espuma. Mientras sumergía las manos en el agua sucia, trataba de reanudar su cantar, pero ya no recordaba la música, y las palabras no parecían proféticas, sino melancólicas: Sin duda, no llega un día

hermoso, Señor.

A mediodía, en la capilla del patio interior se hizo el anuncio oficial. El Maestro presentó a un hombre alto, delgado, con gafas, ya afeitado y vestido.

—Con humilde regocijo os presento al Hermano Fe de los Angeles, que viene a compartir nuestras vidas en este mundo y nuestra salvación en el otro. Amén.

—Amén —dijo el Hermano Fe de los Angeles.

Los otros repitieron:

—Amén.

Hubo un murmullo de entusiasmo entre los Hermanos, pero se dispersaron rápidamente y en silencio y volvieron a sus trabajos. El Hermano Luz volvió al establo, andando con dificultad, pensando con satisfacción en las manos blancas y blandas del nuevo converso y qué pronto cambiarían y la Hermana Contrición corría a la cocina con la cara contorsionada por la emoción y la falta de aliento: No es viejo, pero ciertamente, tampoco es joven y tal vez esté mal de la vista y no se fije en Karma. Qué rápidamente se ha convertido en mujer.

El Hermano Corona se dirigía al tractor, silbando con júbilo por el hueco que tenía entre los dientes incisivos. Había visto el coche del nuevo converso y oh, qué bonito era, y cómo zumbaba el motor; qué estruendo, tan profundo y poderoso. Se imaginaba al volante, apretando con el pie el acelerador, tomando las curvas de la carretera de la montaña, haciendo chirriar los neumáticos. Zum, zum, allá voy. Zum, zum, zum.

El Hermano Corazón Firme y el Hermano Lengua, continuaron sacando las malas hierbas del huerto.

—Tiene una espalda fuerte, eso es lo importante —dijo el Hermano Corazón—. Los brazos, las piernas, las manos se pueden fortalecer con trabajo y ejercicio, pero una espalda fuerte es un don de Dios. ¿No es así?

El Hermano Lengua asintió, deseando que el Hermano Corazón se callara, se estaba volviendo un viejo pelmazo insoportable.

—Sí señor, una espalda fuerte en un hombre y unos miembros bonitos y delicados en una mujer, son los dones de Dios, ¿rao le

parece, Hermano Lengua? Oh, las mujeres, las echo de menos. ¿Puedo contarle un secreto? Nunca fui de muy buen ver, pero solía tener mucho éxito con las mujeres, ¿lo creería?

El Hermano Lengua asintió otra vez. Que alguien haga callar a este bastardo antes de que le mate.

—Parece un poquito cansado hoy. Hermano Lengua. ¿Se siente bien? La pleuresía le puede estar atacando otra vez.

Será mejor que descanse. La Hermana Bendición dice que no debe trabajar mucho. Vaya y échese una siestecilla.

El Maestro subió las escaleras hasta la cima de la Torre y contempló el lago azul en el valle verde y las montañas verdes, allá arriba, en el cielo azul. Normalmente esa vista le inspiraba, pero ahora se sentía viejo y cansado. Había pasado una temporada difícil examinando al Hermano Fe de los Angeles y siendo examinado a su vez y al mismo tiempo tratando de manejar a la Madre Pureza para mantenerla tranquila y contenta. Sus vuelos al pasado se hacían más extensos a medida que su cuerpo se debilitaba. Daba órdenes a su sirviente Capirote que llevaba muerto treinta años y se volvía violenta cuando no se obedecía sus órdenes. Llamaba a sus padres y hermanas y lloraba amargamente cuando no le respondían. A veces cogía el rosario, que nadie había sido capaz de quitarle, y a pesar de los esfuerzos del Maestro por impedírselo, rezaba el Ave María que aprendió siendo niña. A primera vista no le gustó el nuevo Hermano, le maldijo en español, le acusó de tratar de robarla y le amenazó con flagelarle. El Maestro sabía que se acercaba el momento en que tendría que echarla. Esperaba que se muriera antes de que eso fuera necesario.

La había dejado en su habitación descansando cuando bajó para hacer la presentación. Ahora llamaba quedamente a la puerta y acercando los labios a la abertura, susurró:

—¿Amor mío, estás dormida?

No hubo respuesta.

—¿Pureza?

Como seguía sin responder, pensó: Está dormida. Dios, sé bondadoso y haz que se muera antes de despertar.

Echó el pestillo de la puerta para que no pudiera salir y volvió a su habitación a rezar.

La Madre Pureza escondida tras el altar de piedra, abajo, en el

patio interior, vio el inútil acto de cerrar su puerta con cerrojo y se rio con una risita tonta, hasta que se quedó sin aliento y le lloraban los ojos.

Se quedó allí mucho rato. Hacía frío y reinaba el silencio. Tenía la barbilla inclinada hacia adelante, sobre su flacucho pecho y los párpados caídos; entonces, con una gran ráfaga de aire Capirote voló hacia ella desde el cielo.

17

Quinn la encontró vagando por el camino de tierra. Caminaba sofocadamente, con las manos extendidas a los lados, como una niña que hubiera desobedecido los consejos y se hubiera ensuciado. Incluso desde lejos Quinn vio que esa suciedad era sangre. Tenía todo el vestido manchado.

Paró el coche, bajó y corrió hacia ella.

—Madre Pureza, ¿qué está haciendo?

Aunque no le reconoció no parecía ni curiosa ni asustada.

—Estoy buscando el lavabo. Tengo las manos sucias. Están pegajosas, es muy desagradable.

—¿Dónde se ha hecho eso?

—Oh, ahí atrás. Por ahí lejos.

—Los lavabos están en la dirección contraria.

—Vaya. Tengo que dar la vuelta otra vez —le miró atentamente con la cabeza de lado como un pájaro curioso—. ¿Cómo sabe dónde están los lavabos?

—Ya he estado aquí antes. Hablamos usted y yo, me prometió enviarme una tarjeta de visita por medio de Capirote.

—Tendré que cancelarlo. Capirote ya no está a mi servicio. Esta vez llevó demasiado lejos su comedia. Le he ordenado abandonar el lugar al anochecer... Supongo que usted creerá que esto es sangre de verdad.

—Sí —dijo Quinn seriamente—. Sí, creo que lo es.

—Tonterías. Es jugo. Una especie de jugo que Capirote espesó con maicena para gastarme una broma. No me engañó ni por un momento, claro. Pero fue una broma cruel, ¿verdad?

—¿Dónde está ahora?

—Oh, ahí detrás.

—¿Dónde?

—Si me grita, joven, le tendré que flagelar.

—Es muy importante Madre Pureza —dijo Quinn, tratando de controlar la voz—. No es ninguna broma. La sangre es real.

—Le conozco a él y a sus trucos... ¿real? —se miró las manchas del vestido, ya oscuras y rígidas—. ¿Sangre auténtica? ¿Está seguro?

—Sí.

—Vaya, Dios mío, no creí que fuera tan lejos como para recoger sangre auténtica y echársela encima. Realmente esa minuciosidad es digna de admiración. ¿De dónde cree que la sacó? ¿De una cabra o un pollo? Ah, le odio, hace como si se hubiera sacrificado a sí mismo ante el altar... joven, ¿A dónde va? No corra. Prometió enseñarme el camino de los lavabos.

Se quedó de pie, mirándole hasta que desapareció entre los árboles. Le daba el sol en la cara pálida. Cerró los ojos y pensó en la vieja casa, enorme, de su juventud, con sus gruesas paredes de adobe y el techo de tejas para que no entraran ni el sol ni los ruidos de la calle. Qué ordenado había sido todo, qué tranquilo y limpio, no era necesario pensar en lo sucio de la sangre. Nunca había visto la sangre hasta que Capirote... Te debes preparar para una fuerte impresión, Isabella. Capirote se ha caído del caballo y está muerto.

Abrió los ojos y gritó desesperadamente:

—¿Capirote? ¿Capirote, estás muerto?

Vio al Maestro acercarse a ella y a la mujer pequeña y gorda que le traía las comidas y al Hermano Corona con sus ojos crueles. La llamaban:

—¡Pureza!

Pero así no se llamaba. Tenía muchos nombres. Pureza no era uno de ellos.

—Soy doña Isabella Constancia Querida Felicia de la Guerra. Deseo que se dirijan a mí correctamente.

—Isabella —dijo el Maestro—. Tienes que venir conmigo.

—¿Me estás dando órdenes a mí, Harry? ¿Olvidas que no eres más que un dependiente de una tienda de ultramarinos? ¿De dónde sacas esas bellas visiones, Harry, de acarrear por ahí latas de sopa y de judías guisadas?

—Tranquilízate, por favor, Por... Isabella.

—No tengo nada más que decir —se irguió y miró a su alrededor

con arrogancia—. Ahora, si fueses tan amable de conducirme hasta el lavabo, tengo las manos manchadas con la sangre de alguien. Desearía librarme de ello.

—¿Has visto lo que ha ocurrido, Isabella?

—¿Ver lo que ha ocurrido?

—El Hermano Fe de los Angeles se ha matado.

—Claro que se ha matado. ¿Creía ese idiota que podría volar agitando los brazos?

El cuerpo yacía allí donde la Madre Pureza había indicado, frente al altar, como un sacrificio. La cara del hombre se había golpeado en una de las piedras salientes del altar y estaba aplastada y ensangrentada, irreconocible. Pero Quinn había visto el coche aparcado al lado del establo, un break Pontiac verde y sabía que estaba contemplando el cuerpo de George Haywood. Se le hizo un nudo en la garganta, de pena por Haywood y las dos mujeres que habían peleado por él y perdido, y que nunca se perdonarían ni la lucha, ni la derrota.

Aunque la sangre había dejado de fluir, el cuerpo aún estaba caliente y Quinn calculó que la muerte había ocurrido una media hora antes. La cabeza afeitada, los pies descalzos y el vestido delataban que Haywood había entrado en la Torre como un converso. ¿Pero cuánto tiempo llevaba allí? ¿Había venido, después de despedirse de Willie en Chicote? En ese caso, ¿quién había ideado la fuga de Alberta Haywood? ¿Sería posible que los dos hubieran planeado encontrarse en la Torre y esconderse allí?

Quinn movió la cabeza como respondiendo negativamente a una pregunta formulada en voz alta por alguien. No, George nunca hubiera escogido la Torre como un escondite. Debe haber oído a Willie, a John Ronda y a Martha O'Gorman que este era el lugar donde volvió a empezar la investigación sobre la muerte de O’Gorman. No escogería un escondite que yo conociera y visitara. A propósito, ¿por qué esconderse siquiera?

La muerte, lo extraño del escenario, el aspecto y el olor a sangre fresca le daban náuseas. Salió, tragando aire, como un nadador exhausto después de combatir una fuerte resaca.

La Madre Pureza subía por el sendero ayudada por la Hermana

Contrición y el Hermano Corona, charlando en español. Tras el trío, venía el Maestro, cabizbajo, con la cara gris y demacrada.

—Súbanla a su habitación y límpienla. Con cuidado. Tiene los huesos quebradizos. ¿Dónde está la Hermana Bendición? Será mejor que la busquen —dijo.

—Está enferma —replicó la Hermana Contrición—. Un poco de indigestión.

—Muy bien, hagan lo que puedan.

Cuando se fueron se dio la vuelta y le dijo a Quinn:

—Llega en un momento muy inoportuno, señor Quinn, nuestro nuevo Hermano ha muerto.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Estaba en mi cuarto meditando, no fui testigo del suceso. Pero es bastante obvio... el Hermano Fe era un hombre preocupado, con muchos problemas. Escogió una forma de resolverlos que no puedo perdonar, aunque debo aceptarlo, con pena y comprensión.

—¿Saltó desde arriba de la Torre?

—Sí. Tal vez fue culpa mía, por subestimar el grado de su desesperación espiritual —su hondo suspiro fue casi un gemido—. Si fuese verdad, que Dios me perdone y conceda a nuestro hermano la salvación eterna.

—Si no le vio saltar, ¿qué le trajo al lugar tan rápido?

—Oí gritar a la Madre Pureza. Salí corriendo y la vi inclinada sobre el cuerpo, gritándole que se levantara y dejase de actuar. Cuando la llamé, echó a correr. Me detuve por ver si había algo que hacer para ayudar a nuestro hermano, después fui tras ella. Encontré a la Hermana Contrición y al Hermano Corona en el camino y les pedí ayuda.

—¿Entonces los demás aún no saben lo de Haywood?

—No —se interrumpió para secarse el sudor de la cara con la manga del vestido—. ¿Le... le ha llamado Haywood?

—Así se llama.

—¿Era... amigo suyo?

—Conozco a su familia.

—Me dijo que ya no tenía familia, que estaba solo en el mundo. ¿Está diciendo que me mintió?

—Le digo que tiene madre, dos hermanas y una prometida.

El Maestro pareció sorprendido, no por la existencia de la

familia de Haywood, sino por el hecho de haber sido engañado.

Era un golpe a su orgullo. Después de pensar un momento dijo:

—Estoy seguro de que no me mintió deliberadamente. Se sentía solo en el mundo y así declaró estar. Esa es la explicación.

—¿Cree que vino aquí como verdadero converso?

—Por supuesto. Claro que sí. ¿Qué otras razones tendría para querer compartir nuestra humilde vida? No es fácil vivir como nosotros.

—¿Qué va a hacer ahora?

—¿Hacer?

—Sobre su muerte.

—Cuidamos de nuestra propia muerte —dijo el Maestro—, como cuidamos de nuestra propia vida. Le daremos formal sepultura.

—¿Sin notificarlo a las autoridades?

—Yo soy aquí la autoridad.

—¿Comisario, abogado, juez, médico, empresario de pompas fúnebres, perrero, salvador de almas?

—Todo eso, sí. Y por favor, ahórrese su pobre ironía conmigo, señor Quinn.

—Tiene mucho trabajo, Maestro.

—Dios me ha concedido la fuerza para realizarlo —dijo serenamente—, y la habilidad de ver cómo se debe hacer.

—Puede resultar un poco difícil convencer de eso al comisario.

—El comisario puede ocuparse de lo suyo y yo me ocuparé de lo mío.

—Hay leyes y usted vive dentro de su jurisdicción. Debe informar de la muerte de Haywood. Si usted no lo hace, lo haré yo.

—¿Por qué? —dijo el Maestro—. Somos una comunidad de paz y amor. No hacemos daño a nadie, no pedimos nada al mundo exterior más que nos permitan vivir como juzguemos conveniente.

—Muy bien, digámoslo de otra forma: un miembro del mundo exterior se pasó por aquí y se mató. Eso es asunto del comisario.

—El Hermano Fe de los Angeles, era uno de nosotros, señor Quinn.

—Era George Haywood —dijo Quinn—. Dirigía una inmobiliaria en Chicote. Y sean cuales fueren sus razones para venir aquí, sé que salvar su alma no era una de ellas.

—Dios le perdone por su blasfemia y sus mentiras. El Hermano

Fe era un Verdadero Creyente.

—Usted era el creyente, no Haywood.

—No se llamaba Haywood, sino Martin. Era un banquero de San Diego, un viudo solo en el mundo, un hombre preocupado.

Por un momento Quinn casi se convenció de que se había equivocado y que el break Pontiac verde era una mera coincidencia. Entonces vio crecer la incertidumbre en los ojos del Maestro y percibió la duda en su voz incluso mientras lo negaba.

—Hubert Martin. Su esposa murió hace dos meses.

—Hace diez años.

—Estaba desolado y solo sin ella.

—Tenía una novia pelirroja llamada Willie King.

El Maestro se apoyó totalmente en el arco como si el repentino peso de la verdad fuese demasiado grande para él.

—¿No... no buscaba la salvación?

—No.

—Entonces, ¿por qué vino aquí? ¿Para robarnos, para estafarnos? No tenemos nada para que nos roben o estafen, sólo el coche que él mismo donó a nuestro fondo común. No poseemos ningún dinero.

—Tal vez creyó que lo tenían.

—¿Cómo? Le expliqué con detalle cómo funcionaba la colonia, basada en la autosuficiencia. Incluso le mostré nuestros libros de cuentas, para probarle qué escaso uso hacemos aquí del dinero, ya que no tenemos que comprar nada excepto gasolina y algunas piezas para el tractor y un par de gafas para uno de nuestros hermanos, que tiene mala vista.

—¿Haywood se mostró interesado?

—Oh, sí, mucho. Ya sabe, siendo banquero, supongo...

—Agente de una inmobiliaria.

—Sí. Se me olvidaba. Ha... sido un día muy confuso. Ahora discúlpeme, señor Quinn. Tengo que informar a los demás de la triste noticia y acordar con la Hermana Bendición el cuidado del cuerpo.

Quinn dijo:

—Será mejor que deje todo como está, hasta que llegue el comisario.

—El comisario, sí. Se lo va a contar, supongo.

—No tengo elección.

—Por favor, hágame un favor y absténgase de mencionar a la Madre Pureza. Se asustaría si la interrogaran. Es como un niño.

—También los niños pueden ser violentos.

—Hay violencia en ella, pero sólo de palabra. Es demasiado débil para haberle empujado por la barandilla. Dios me perdone el pensarlo.

Buscó en los pliegues de su vestido y sacó un manojo de llaves. Quinn reconoció, sobrecogido, las llaves de encendido de su coche.

—¿Intentaba retenerme aquí? —preguntó.

—No. Simplemente quería controlar el momento de su partida. No creí que Haywood tuviera familia y amigos ni que su muerte se tuviera que investigar desde fuera. Está libre para irse ahora, señor Quinn. Pero antes quiero que se dé cuenta del incalculable daño que nos está haciendo a nosotros, que por nuestra parte, no le hemos ofrecido más que amabilidad, alimento, bebida, cuando estuvo hambriento y sediento, cobijo, cuando no tenía casa y oración aunque fuese un infiel.

—No soy totalmente responsable del desarrollo de los acontecimientos. No pretendía originar problemas a nadie.

—Ese es un asunto que tendrá que resolver con su conciencia. Su falta de intencionalidad no cambia nada. Un río inundado no intenta desbordarse, ni un iceberg aprisionar a un barco, sin embargo las tierras de labranza quedan arruinadas y los barcos naufragan. Sí, los barcos naufragan… y la gente en ellos, todos mueren. Sí, sí, lo veo claramente en mi mente.

—Será mejor que me vaya.

—Gritan que les ayude. El barco se ha partido en dos, el mar bulle con furia… No temáis, hijos míos. Ya voy. Os abriré las puertas del cielo.

—Adiós, Maestro.

Quinn salió. El corazón le latía violentamente contra la caja torácica, como queriendo escapar. Sintió que se le hinchaba la garganta y tenía el sabor de vómito en la boca, fragmentos y trozos de pasado, demasiado fibrosos para tragarlos.

Vio a Karma corriendo hacia él entre los árboles con dificultad,

como si aún no se hubiera acostumbrado a su nuevo cuerpo. Le gritó:

—¿Dónde está el Maestro?

—Le he dejado en la Torre.

—La Hermana Bendición está enferma. Oh, está muy enferma y el Hermano Lengua está llorando y no encuentro a mi madre y no sé qué hacer. No sé qué hacer.

—Cálmate. ¿Dónde está la Hermana?

—En la cocina. Caída en el suelo. Tiene muy mal aspecto, parece que se está muriendo. Por favor, no deje que se muera, me prometió ayudarme a salir de aquí, me lo prometió esta misma mañana. Por favor, por favor, no deje que se muera.

Quinn encontró a la Hermana Bendición en el suelo, doblada de dolor. Tenía la boca apretada contra los dientes y un fluido espeso incoloro resbalaba por las comisuras, demasiado para ser saliva normal. El Hermano Lengua trataba de sujetarle un paño mojado contra la frente, pero ella no dejaba de mover la cabeza y quejarse.

Quinn dijo:

—¿Cuánto tiempo lleva así, Karma?

—No lo sé.

—¿Fue antes o después de la comida?

—Después, tal vez media hora después.

—¿De qué se quejaba?

—De retortijones. Retortijones muy fuertes y ardor en la garganta. Salió y vomitó y después entró y se cayó en el suelo y yo grité pidiendo ayuda y el Hermano Lengua estaba en el lavabo y me oyó.

—Será mejor que la llevemos al hospital.

El Hermano negó con la cabeza y Karma gritó:

—No. No. No podemos. El Maestro no nos lo permite. No cree en...

—Tranquila.

Quinn se arrodilló al lado de la Hermana Bendición y le tomó el pulso en la muñeca. Era débil y tenía la frente y las manos calientes y secas, como si hubiera perdido gran cantidad de fluido corporal.

—¿Puede oírme Hermana? Voy a llevarla al hospital de San Felice. No tema. La cuidarán muy bien. ¿Recuerda el baño de agua caliente que me dijo que quería? ¿Y las zapatillas de pelo rosa?

Bueno, podrá tomar todos los baños de agua caliente que quiera y le compraré las zapatillas más rosa y con más pelo del país. ¿Hermana?

Abrió los ojos un poco, pero no reconocían nada y un momento después volvió a bajar los párpados.

Quinn se puso de pie:

—Traeré el coche lo más cerca que pueda de la puerta.

—Voy con usted —dijo Karma.

—Será mejor que te quedes aquí. Prueba a hacerla beber un poco de agua.

—Ya lo he intentado y también el Hermano Lengua, pero no dio resultado.

Siguió a Quinn detrás y por el sendero, hablando nerviosamente y mirando alrededor, por encima del hombro como si temiera que alguien estuviera vigilando.

—Estaba tan contenta esta mañana. No dejaba de cantar que llegaba un día hermoso. No se sentía enferma, o no habría cantado así. Sí, incluso dijo que se sentía llena de vida y esperanza. Entonces se enfureció conmigo porque le dije que usted iba a volver para traerme la loción para el acné... ¿La ha traído?

—Sí, está en el coche. ¿No le gustó la idea de que yo volviera?

—Oh, no. Se asustó o algo así y dijo que era nuestro enemigo.

—Pero no soy tu enemigo, ni el suyo. De hecho la Hermana Bendición y yo nos llevamos muy bien.

—Ella no lo cree así. Dijo que usted había vuelto a las mesas de juego en Reno a donde pertenecía y que no debía tomar en serio su promesa.

—¿Por qué estaba asustada, Karma?

—Tal vez por O'Gorman. Cuando mencioné su nombre pareció que le iba a dar un ataque. Creo que no quería que le recordaran ni a usted ni a O'Gorman... ya sabe, como si pensara que las cosas ya estaban resueltas y no quería oír nada más acerca de eso.

—Como si pensara que las cosas ya estaban resueltas —repitió Quinn, frunciendo el ceño. Sólo una cosa se había aclarado, a O'Gorman le habían asesinado—. ¿Se reparte correo en la Torre, Karma?

—A un kilómetro y medio por la carretera principal donde se desvía para ir al rancho vecino, hay dos buzones. Uno es nuestro,

pero el Maestro sólo va allí una vez a la semana, porque nunca llega nada importante.

—Si llega correo hay que recogerlo.

—No se nos permite escribir cartas a menos que sea realmente importante, como aclarar una equivocación cometida.

Aclarar una equivocación, pensó Quinn. Confesar un asesinato y hacer las paces con Dios y la conciencia.

—¿La Hermana Bendición habla alguna vez de su hijo? —preguntó.

—A mí no. Aunque sé que tiene uno.

—¿Sabes cómo se llama?

—Creo que igual que ella, Featherstone. Tal vez Charlie Featherstone.

—¿Por qué tal vez?

—Bueno, cuando el Hermano Lengua entró después de que se cayera al suelo, le miró y dijo «Charlie» como si quisiera decir que avisara a Charlie que estaba enferma. Eso me pareció.

—¿Podía referirse al Hermano Lengua como Charlie?

—No tendría sentido. Sabe tan bien como yo que se llama Michael. Michael Robertson.

—Tienes buena memoria, Karma.

Se ruborizó y trató torpemente de ocultar el rubor con las manos.

—No tengo mucho que recordar. Lo único que leo es el libro de registro del Maestro, mientras cuido de la Madre Pureza. Se lo leo en voz alta a veces, como si fuera un cuento. Se queda tranquila, menos cuando interrumpe para preguntar si la gente vivió feliz desde entonces. Siempre le digo que sí

A Quinn le parecía un cuadro extraño y conmovedor, la niña leyendo seriamente una lista de nombres y la anciana trastornada escuchando, oyendo un cuento de hadas:

—Erase una vez una mujer llamada Mary Alice Featherstone y un hombre llamado Michael Robertson…

—¿Y vivieron muy felices?

—Oh, sí. Muy felices.

—¿Charley es el nombre verdadero de alguno de los Hermanos que hay aquí ahora? —preguntó.

—No. Estoy segura.

Casi habían llegado al coche. La niña se adelantó y abrió la puerta. Con un grito triunfal cogió el frasco de loción que estaba en el asiento delantero y se lo acercó a la cara, como si pudiera ejercer su magia incluso a través del vidrio.

Susurró a medias para sí misma y para Quinn:

—Ahora seré como las demás chicas. Iré a Los Angeles y viviré con mi tía, la señora Harley Baxter Wood. ¿No le parece un nombre precioso? Y volveré a la escuela y…

—¿Vivirás muy feliz?

—Sí, lo haré. Lo haré.

Aunque Quinn pudo maniobrar el coche entre los árboles, hasta la puerta de la cocina, fueron necesarios los tres, Karma, el Hermano Lengua y él, para subir a la Hermana Bendición al asiento de atrás.

El Hermano Lengua le puso una manta doblada bajo la cabeza, y un paño húmedo en la frente. Esta vez no movió la cabeza ni gimió como protesta. Había perdido el conocimiento.

Los dos hombres se dieron cuenta de que era una mala señal, pero Karma no.

—Se ha dormido. Eso quiere decir que el dolor debe haber mejorado y se va a poner bien, ¿verdad? Vivirá muy feliz, ¿verdad?

Quinn estaba muy preocupado como para responder y el Hermano Lengua dijo:

—Cállate —con una voz como un graznido, como el gozne de una puerta sin usar desde mucho tiempo, sin engrasar.

El inesperado sonido y la furia que escondía detrás, dejaron a Karma en silencio.

Quinn dijo al Hermano Lengua, que se secaba los ojos con la manga de su vestido:

—¿Cree que hay peligro de que se caiga del asiento?

—No si conduce despacio.

—No puedo permitirme conducir despacio.

—¿Las puertas del cielo están abiertas para ella? ¿Es eso lo que trata de decir?

—Está muy mal.

—Oh, Dios. Por favor Dios, concede un final tranquilo a sus sufrimientos.

Quinn subió al coche y bajó la pendiente del camino

polvoriento. Por el retrovisor veía al Hermano Lengua rezando de rodillas, con las manos alzadas hacia el cielo, suplicantes. Un momento después los árboles borraron al Hermano de su vista y ni la Torre ni sus dependencias eran ya visibles para Quinn.

Llegó al final de la tierra regada y los árboles se volvían gradualmente más canijos y deformes. El campo pardo y desolado, que sustentaba una vida tan escasa, parecía un lugar apropiado para morir.

—¿Hermana? ¿Me oye, Hermana? Si alguien le hizo esto es culpa mía. Desobedecí sus órdenes. Me dijo que no tratase de contactar con O'Gorman, que podía hacer mucho daño. Que averiguara sólo dónde estaba, me dijo que la informase. Debí haberla escuchado. Lo siento. Por favor escúcheme, Hermana. Lo siento.

Lo siento. Las palabras resonaron en los muros de roca, perpendiculares, que bordeaban parte de la carretera. Lo siento y la masa inerte y gris en el asiento de atrás se movió un poco. Quinn lo vio por el retrovisor.

—¿Por qué me contrató para buscar a un hombre que estaba muerto, Hermana?

No hubo respuesta.

—Si me ordenó que no me pusiera en contacto con él, no podía saber que estaba muerto. Sin embargo, debió adivinar que sucedía algo extraño que atañía a O'Gorman. ¿Quién pudo decírselo salvo el asesino? Y después de todos estos años, ¿por qué decidió confesar el crimen en una carta? ¿Fue porque le pedí la semana pasada que diera a Martha O'Gorman una oportunidad, que pusiera fin a su incertidumbre? ¿Y por qué ha tratado de protegerle?

Dejó escapar un repentino grito de dolor o protesta.

—¿Creyó que era un penitente, Hermana y que no volvería a matar?

Otro grito, más débil que el primero, como el quejido de rabia de un niño ante una injusticia. La rabia era inconfundible, pero Quinn no estaba seguro si se dirigía a él por sus pecados, o al asesino por su traición, o a una tercera persona.

—¿Quién mató a O'Gorman, hermana?

18

Por la entrada de urgencias del hospital de San Felice, llevaron en una camilla a la Hermana Bendición. Un interno joven condujo a Quinn a la sala de espera, no más grande que una caja de piano y comenzaron las preguntas.

—¿Cómo se llamaba la enferma? ¿Quién era su pariente más próximo? ¿Cuántos años tenía? ¿Estaba en tratamiento por alguna enfermedad crónica o infecciosa? ¿Cuáles fueron los síntomas iniciales de la enfermedad? ¿Cuándo había comido por última vez y qué? ¿Había vomitado? ¿Los vómitos eran incoloros? ¿Tenían un olor fuerte? ¿Tenía dificultades para hablar? ¿Para respirar? ¿Tenía sangre en la orina o en las deposiciones? ¿Tenía rigidez de músculos? ¿Calambres? ¿La cara pálida o rojiza? ¿Las manos frías o calientes? ¿Deliraba? ¿Estaba somnolienta? ¿Tenía las pupilas contraídas o dilatadas? ¿Tenía quemaduras alrededor de la boca o en la barbilla?

—Lo siento, no puedo responder a todas esas preguntas —dijo Quinn—. No soy un observador médico entrenado.

—Lo ha hecho muy bien. Espere aquí.

Durante casi media hora estuvo solo en la habitación. El calor era sofocante y olía a desinfectante y a algo agrio, el sudor y el temor de todas las personas que habían esperado en esa sala antes que él, y que estuvieron vigilando la puerta y rezando. El olor pareció volverse más fuerte hasta que podía saborearlo en el fondo de la garganta.

Se levantó para abrir la puerta y casi se choca en el umbral con un hombre alto y rechoncho. Parecía un ranchero. Llevaba un sombrero Stetson de ala ancha, un traje de estilo oeste, arrugado y en lugar de corbata, un cordón de cuero sujeto con un gran broche

de turquesa y plata. Tenía un aire cínico y cauteloso, como si hubiera pasado mucho tiempo en sitios como la sala de urgencia de donde no salía nada bueno.

—¿Se llama Quinn?

—Sí.

—¿Puedo ver su identificación, por favor?

Quinn sacó los papeles de la cartera. El hombre los miró brevemente, sin mucho interés, como cumpliendo una regla de poca utilidad.

—Soy el comisario Lassiter —le devolvió los papeles—. ¿Ha traído una mujer hace una hora?

—Sí.

—¿Es amiga suya?

—La conocí hace diez u once días.

—¿Dónde?

—En la Torre del Cielo. Es un lugar religioso, en las montañas a unos ochenta kilómetros de aquí.

La expresión de Lassiter sugirió que ya había tenido relaciones con la Torre y no muy agradables.

—¿Cómo se mezcló en un grupo como ese?

—Por equivocación.

—¿Ha vivido allí?

—No.

—Nos va a llevar toda la noche, si se queda ahí, respondiendo sólo sí y no. ¿Puede ser más explícito?

—No sé por dónde empezar.

—Empiece por algún sitio, es todo lo 460 que le pido.

—Llegué a la Torre esta mañana, desde Chicote.

Empezó a explicarle el encuentro con la Madre Pureza en la carretera y el descubrimiento del muerto. Describió la construcción del patio interior, la posición del muerto y las circunstancias de la muerte.

El comisario escuchaba, tenía los ojos ligeramente estrechados, como única muestra de interés.

—¿Quién era el hombre?

—George Haywood. Era propietario de una inmobiliaria, en Chicote.

—¿Se cayó o le empujaron desde el piso superior, hay modo de

saberlo?

—No que yo sepa.

—Es un mal día para sus amigos, señor Quinn.

—A Haywood le he visto una sola vez en mi vida. Difícilmente se le puede considerar amigo mío.

—Sólo le ha visto una vez —repitió Lassiter—, ¿y sin embargo identificó el cuerpo, inmediatamente, aunque tenía la cara aplastada y cubierta de sangre? Debe tener una vista mucho más desarrollada que los demás.

—Reconocí su coche.

—¿Por la matrícula?

—No.

—¿Por el registro del volante?

—No. Por la marca y el modelo.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Un momento señor Quinn. ¿Vio un coche en los alrededores, de la misma marca y modelo que el de Haywood e inmediatamente supone que era él?

—Sí.

—¿Por qué? Hay cientos de coches idénticos en las carreteras.

—Haywood había salido de Chicote hacía unos días, en circunstancias muy peculiares —dijo Quinn—. Dijo a su madre y amigos que se iba a Hawai, pero uno de sus socios preguntó a las líneas aéreas y descubrió que su nombre no estaba en ninguna de las listas de vuelo.

—Sigue siendo una razón débil para llegar a la conclusión de que el muerto sea Haywood. Al menos, claro, que esperase encontrarle en la Torre.

—No lo esperaba.

—¿No fue allí en su busca?

—No.

—¿Encontrarle allí fue una sorpresa total para usted?

—Fue una sorpresa.

—Incluso en esta región muy poca gente ha oído hablar de la Torre alguna vez y mucho menos saben su localización. ¿Qué estaría haciendo un agente de una inmobiliaria de Chicote?

Iba vestido como un converso. Llevaba el vestido reglamentario,

y tenía la cabeza afeitada.

Lassiter adoptó una expresión de preocupación exagerada.

—Encontró ese cuerpo en un lugar extraño, vistiendo ropa extraña, con la cabeza afeitada y la cara hecha papilla y aun así ¿le identificó positivamente como perteneciente a un hombre que había visto solamente una vez?

—No positivamente, pero si quisiera apostar, comisario, le daría ventaja.

—Oficialmente no soy un hombre de apuestas. Extraoficialmente, ¿qué apostaría?

—Diez contra uno.

—Es una buena apuesta —dijo Lassiter, asintiendo—. Realmente buena. Tengo curiosidad por saber en qué se basa. ¿Es posible que no haya sido franco conmigo, señor Quinn?

—No puedo serle totalmente franco sobre Haywood. Sé muy poco sobre él.

Alguien llamó a la puerta y Lassiter salió al pasillo un rato. Cuando volvió, tenía la cara roja y goteaba sudor.

—Había una noticia en el periódico de esta tarde sobre una mujer llamada Haywood. ¿Lo ha visto? —dijo.

—No.

—Se escapó de la prisión de Tecolote ayer, en un camión de reparto. Esta mañana temprano, la han encontrado deambulando por las colinas a treinta kilómetros al norte de Tecolote. Sufría una fuerte impresión y estaba desorientada, no pudo dar ninguna explicación de sus actos. ¿Están relacionados los dos Haywood, por casualidad?

—Son hermanos.

—Qué interesante. ¿Tal vez la señorita Haywood era también amiga suya?

—La vi en una ocasión —dijo Quinn con cansancio—. Es decir, el mismo número de veces que a su hermano, lo cual no significa que ninguno de ellos fuera amigo mío exactamente.

—¿Tiene algún motivo para creer que los dos Haywood planeaban encontrarse en la Torre?

—No.

—Parece una extraña coincidencia, ¿verdad? Haywood desaparece y un par de días más tarde, su hermana lo intenta.

¿Estaban muy compenetrados?

—Sí, eso creo.

—Me decepciona, señor Quinn. Supuse, que ya que era un detective con licencia, estaría rebosante de información y que naturalmente me la transmitiría. ¿Es más fácil conseguir una licencia en Nevada que en California?

—No lo sé…

—Bueno, tal vez lo averiguase si intentara conseguir una aquí —dijo Lassiter—. Y en cuanto a esa mujer que ha traído aquí, ¿qué relación tiene con Haywood?

—No tengo ni idea.

—Supongo que tendrá otro nombre, además de Hermana Bendición de la Salvación.

—Señora Featherstone. Mary Alice Featherstone.

—¿Sabe si tiene algún familiar cercano?

—Un hijo que vive en o cerca de Chicago. Se llama Charlie.

—¿Es otra de sus corazonadas, señor Quinn?

—No tengo por qué mentir sobre esto.

Lassiter volvió a la puerta y se dirigió a alguien que estaba en el pasillo.

—Billy, ¿quieres enviar aquí a Sam con el coche del laboratorio? Yo me pondré en contacto con la Policía de Chicago, a ver si pueden localizar a un hombre llamado Featherstone y de nombre posiblemente Charlie y decirle que su madre ha muerto. Alguien le suministró arsénico suficiente para matar a un caballo.

A pesar del calor de la habitación, Quinn empezó a temblar y sentía como si una mano le estuviera apretando la garganta. Era enfermera, pensó. Quizás ya sabía que la habían envenenado y quién lo había hecho; sin embargo no trató de acusar a nadie, ni de salvar su vida tomando un antídoto.

Recordó la primera noche que habló con ella. Estaba de pie frente a la estufa, frotándose las manos como si sintiera el frío de la muerte en el aire. «Me estoy haciendo vieja… Algunos días que son difíciles de afrontar. Mi alma está en paz, pero mi cuerpo se revela. Desea ardientemente un poco de suavidad, de calor, de dulzura. Por las mañanas, cuando me levanto de la cama, mi espíritu siente un toque celestial, pero mis pies, oh, tan fríos y los picores de las piernas. Una vez vi en un catálogo de Sears la foto de un par de

zapatillas… Eran las zapatillas más bonitas que he visto nunca, pero, por supuesto, eran una debilidad de la carne…»

—Vamos Quinn —dijo Lassiter—. ¿Está dispuesto a hacer otro viaje a la Torre?

—¿Por qué?

—Parece conocer el camino. Puede hacer de guía e intérprete.

—Preferiría no hacerlo.

—No le ofrezco alternativa. ¿Qué ocurre, está nervioso? ¿Le preocupa algo?

—Un par de zapatillas de pelo rosa.

—Lo siento, se nos han acabado las zapatillas de pelo rosa. ¿Qué le parece en su lugar un bonito oso de peluche?

Quinn respiró profundamente.

—«Caminando por la tierra áspera con pies descalzos, caminaré por las calles doradas y suaves del cielo» …Me gustaría ver a la Hermana Bendición si es posible.

—Tendrá mucho tiempo para verla más tarde. No va a ir a ningún sitio —la boca de Lassiter se estiró con una sonrisa triste—. No le gustan este tipo de charlas, ¿eh, Quinn? Bueno, le aconsejo que se acostumbre a ellas. En este trabajo si se empieza a pensar muy en serio en la muerte, se termina recortando muñequitos de papel en el manicomio.

—Correré el riesgo.

Quinn subió al asiento trasero con Lassiter, mientras un ayudante de uniforme se sentaba al volante. Les seguía otro coche con dos ayudantes más y un equipo de laboratorio, probablemente.

Eran las cuatro, y todavía hacía mucho calor. Tan pronto como estuvieron fuera de los límites de la ciudad, Lassiter se quitó el sombrero y la chaqueta y se desabrochó el cuello de la camisa.

—¿Conocía bien a la Hermana Bendición, Quinn?

—Hablé con ella un par de veces.

—¿Entonces, cómo está tan impresionado por su muerte?

—Me gustaba mucho. Era una mujer buena e inteligente.

—Alguien no compartía con usted tan elevada opinión sobre ella. ¿Tiene idea de quién pudo ser?

Quinn miró por la ventanilla, deseando que hubiera alguna

forma de hablar al comisario sobre la muerte de O'Gorman, sin nombrar la carta de Martha O'Gorman. Había prometido a Martha no mencionárselo nunca a nadie, pero empezaba a darse cuenta de que sería imposible mantener su promesa.

—Tengo razones para creer —dijo con cautela— que la Hermana Bendición actuaba como amiga y confidente de un asesino.

—¿Alguien de la colonia?

—Sí.

—Una postura absurda e imprudente para una mujer que describe como inteligente.

—Si quiere comprender la situación tendrá que averiguar más sobre la colonia. Funciona como una unidad casi enteramente separada del resto del país. Los Verdaderos Creyentes, como se llaman a sí mismos, no se sienten obligados a obedecer nuestras leyes, ni a practicar nuestras costumbres. Cuando una persona entra en la Torre, se deshace de su vida anterior completamente, de su nombre, de su familia, de sus bienes materiales y por último de sus pecados. Según nuestro sistema es ilegal encubrir a un asesino. Pero según el punto de vista de la secta, la víctima pertenecía a un mundo que no reconocen, el crimen es punible según leyes en las que ellos no creen ni consideran válidas. Según su punto de vista la Hermana Bendición no actuaba como cómplice, después del asesinato. Ni los demás, si conociesen al asesino y es mucho suponer.

—La está excusando mucho, señor Quinn.

—No necesita mis excusas —dijo Quinn—. Sólo trato de ayudarle a comprender que dentro de poco estará tratando con personas cuyas posturas son enormemente distintas de las nuestras, que les comprenda.

—Parece un miembro del Cuerpo de la Paz, dando un informe sobre Loquilandia.

—En Loquilandia pueden no estar tan majaderos como usted cree.

—Muy bien. Está bien, comprendido —Lassiter dio un tirón, furioso, al cuello de su camisa, como si le estuvieran asfixiando nuevas ideas—. ¿Qué tiene que ver usted en la historia?

—Perdí hasta la camisa en Reno y volvía en autoestop a San Felice, para cobrar una deuda. El conductor, un hombre llamado

Newhouser, trabaja en un rancho cerca de la Torre. Tenía prisa por llegar a casa y no pudo llevarme hasta San Felice. Fui a la Torre en busca de comida y agua. En el transcurso de la noche que pasé allí, la Hermana Bendición me pidió que buscara a un hombre llamado Patrick O'Gorman. Que le encontrara, eso es todo. Ahora tengo la impresión de que cuando me contrató no estaba segura de que O'Gorman existiera. Es posible que cuando el asesino confesase haber matado a O'Gorman, la Hermana Bendición no le creyera, pensaría que todo el asunto había sido una alucinación. Naturalmente quería averiguar la verdad, aunque significase violar las reglas de la colonia y el castigo consecuente. Resultó que no era ninguna alucinación. O'Gorman había existido realmente. Le asesinaron cerca de Chicote hace cinco años y medio.

—¿Se lo contó a la Hermana?

—Sí. Hace una semana.

—¿Se asustó?

—No.

—¿No temía que el asesino se arrepintiera de haberle confesado su crimen y se asegurara de que ella a su vez no informase a nadie más?

—Aparentemente no. Según Karma, la niña que estaba con ella esta mañana, la Hermana Bendición estaba de buen humor, cantando sobre la llegada de un día hermoso.

—Pues aquí no llegó —dijo Lassiter sonriendo—. Al menos no para ella. ¿Qué le hizo imaginar que iba a ser un día bueno?

—No lo sé. Quizás no pensaba en sí misma, sino en la colonia. Había ido cuesta abajo durante los últimos años, y la aparición de un nuevo converso debió animarla.

—¿Se refiere a George Haywood, o al hombre que usted cree que es George Haywood?

—Sí. Que yo sepa no tenía razones para sospechar que Haywood no fuese un auténtico converso.

—Alguien sí las tenía —dijo Lassiter—. Es muy curioso, ¿verdad? ... la Hermana Bendición sabía hace una semana que el asesinato no era ninguna alucinación, que se había cometido y, sin embargo, hasta que Haywood no apareció en escena, el asesino no se aseguró de que no hablase. ¿Cómo se lo explica, señor Quinn?

—No me lo explico.

—¿Qué población tiene la colonia?

—Son veintisiete personas, incluyendo los niños, y la niña de diecisiete años, Karma.

—¿Puede eliminar a alguno de ellos como sospechoso?

—Los niños con toda seguridad y Karma. La Hermana Bendición era la única esperanza de Karma para salir de la colonia y marcharse a vivir con su tía en Los Angeles. El Maestro también podría ser eliminado... Cuando asesinaron a O'Gorman estaba encargado de la colonia en las Montañas de San Gabriel. Su esposa, la Madre Pureza, es senil y débil, lo que la convierte en una candidata inverosímil.

—Para envenenar a alguien, no se requiere fuerza muscular ni cerebro.

—No creo que ninguna de las mujeres de la colonia esté implicada en el asesinato.

—¿Por qué?

Quinn sabía la respuesta, pero no podía decirlo: la carta que recibió Martha

O'Gorman, la escribió un hombre.

—No me parece probable. El papel de la Hermana Bendición en la comunidad era tan vital como el del Maestro. Era la enfermera, la administradora, el ama de llaves. La figura de la madre, creo que así la llamarían los psicólogos. El título de madre de Pureza es puramente nominal.

No desempeña esa función y probablemente nunca lo hizo.

—Hábleme de alguno de los hombres del grupo.

—El Hermano Corona de Espinas es el mecánico, un semianalfabeto de mal carácter y probablemente el más fanático creyente de todos. Informó que la Hermana Bendición había infringido las reglas por lo que luego la castigaron, tenía razones para que no le gustase él y probablemente a él tampoco le gustaba ella.

Pero no me le imagino cometiendo un asesinato a menos que recibiera las instrucciones en una visión. El Hermano Lengua de los Profetas es un neurótico tímido, que sufre de afasia parcial.

—¿Qué diablos es afasia?

—Incapacidad para hablar. Es, o era, tan dependiente de la Hermana Bendición como un bebé y por eso es un sospechoso

inverosímil. El Hermano Corazón Firme, el barbero, es un hombre gordo que parece jovial, aunque no estoy muy seguro de que lo sea. El Hermano Luz del Infinito, que cuida del ganado, es muy trabajador y no tiene sentido del humor. Tal vez la razón por la que trabaja hasta quedar exhausto, sea para purgar su culpa. De todos modos tenía acceso al veneno, en forma de desinfectante. El Hermano Visión es el carnicero y el que hace el queso. Le he visto de lejos, brevemente. Los demás no sé cómo se llaman.

—Me parece que sabe bastante para haber estado en la Torre poco tiempo.

—La Hermana Bendición era muy buena conversadora y sabía escuchar.

—Usted también —dijo Lassiter secamente—. Bueno, escuche: no creo una palabra de lo que me ha contado.

—No lo ha intentado, comisario.

El coche empezaba a subir y la altitud afectaba a Lassiter. Incluso el simple ejercicio de hablar le hacía respirar más de prisa y más profundamente y aunque no estaba ni cansado ni aburrido, bostezaba frecuentemente.

—Toma despacio las curvas, Bill. Estas malditas montañas me marean.

—Piense en otra cosa, comisario —dijo el ayudante seriamente —, ya sabe, cosas agradables. Arboles. Música. Comida.

—Comida, ¿eh?

—Costillas de cerdo asadas, poco hechas, patatas cocidas...

—Por favor, olvídelo.

—Sí, señor.

Lassiter echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos.

—Quinn, ¿saben que vengo?

—Le dije al Maestro que tenía la intención de informar de la muerte de Haywood.

—¿Qué tipo de recibimiento cree que me darán?

—No espere una banda de música.

—Maldita sea, no me gustan los casas que tienen que ver con un grupo de chiflados. Ya hay bastante con la gente normal; por lo menos, podrá predecir cómo se comportarán. Según usted, es como

ir a un país extranjero, donde no hablan nuestra lengua, ni respetan nuestras leyes…

—Bienvenido al Cuerpo de la Paz —dijo Quinn.

—Gracias, pero no voy a alistarme.

—Ya está reclutado, comisario.

En el asiento de delante, los hombros del ayudante se sacudieron en una risa silenciosa. El comisario se inclinó hacia delante y le dijo suavemente al oído:

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia, Bill?

—Nada señor.

—Eso es lo que me figuraba. No hay nada gracioso. Así que no me río.

—Yo tampoco señor. Es que la altitud me da hipo.

Lassiter desvió su atención hacia Quinn.

—¿Cree que tratarán de prohibirnos la entrada? Me gustaría estar prevenido si va a haber violencia.

—Teóricamente no creen en la violencia.

—Teóricamente, yo tampoco. Pero a veces tengo que usarla.

—No tienen armas que yo sepa. A menos que considere como tal la fuerza del número.

—Oh, claro que la considero como tal.

Lassiter movió la mano derecha instintivamente hacia el revólver de su pistolera. Quinn percibió el gesto y sintió alzarse en su interior una repulsa. Pensó en la primera vez que vio a la Madre Pureza, mirando al cielo, como si esperara que se abriera para ella y el Maestro, dividido entre la piedad y el deber, tratando de guiarla en sus delirios por los corredores de su infancia… El Hermano Lengua, con su pajarito en el hombro, para que hablase por él… El Hermano Corazón Firme, manejando la navaja de afeitar y, como cualquier barbero, hablando de cualquier cosa: «En mis tiempos las señoras eran frágiles y tenían los pies pequeños y delicados…»

Recordaba la voz agobiada del Hermano Luz cuando trajo la lata de desinfectante al cobertizo del almacén:

«Tengo cientos de cosas que hacer, pero la Hermana dice que tengo que preparar el colchón o las pulgas se comerán vivo al forastero…»

Y el Hermano Corona, el profeta de la perdición:

«Todos llevamos dentro un demonio royéndonos las entrañas.»

Quinn dijo, con una voz que sonaba áspera, roída por su propio diablo:

—No tiene que haber ninguna violencia.

—Dígaselo a ellos.

—Se lo digo a usted primero. Con su agresividad, puede incitarles a ser destructivos.

—¿Más historias del Cuerpo, Quinn?

—Llámelo como quiera.

—De repente se ha empeñado en llegar a sargento del Ejército del Señor? Quizás también oiga voces, ¿eh?

—Así es —dijo Quinn—. Oigo voces.

Una en particular: «He renunciado al mundo y a sus demonios. He renunciado a la carne y a sus debilidadesˆ Persigo el consuelo del espíritu, la salvación del alma. No sintiendo consuelo, seré confortada por el Señor. Estando hambrienta, seré agasajada. Pisando las ásperas tierras con los pies descalzos, caminaré por las suaves y doradas calles del cielo. Renunciando aquí a la soberbia de los adornos, seré de infinita belleza. Humillándome en los campos, caminaré alta y erguida en la otra vida, que pertenece a los Verdaderos Creyentes.»

Quinn miró el paisaje desolado. Espero que lo haya logrado Hermana. Espero en Dios que lo haya logrado.

19

Nada parecía haber cambiado desde la primera visita de Quinn. El ganado pacía en los pastos moviendo el rabo al viento; las cabras seguían atadas al árbol de manzanita y las ovejas, en el redil de palos, miraban pasar el coche, atónitas y sin curiosidad. Ni siquiera el lugar del camino, donde Quinn había encontrado a la Madre Pureza, antes ese mismo día, mostraba rastro del encuentro, ni gotas de sangre ni huellas. Las hojas de roble y las agujas de pino y los trozos de corteza naranja oscuro del madroño, que parecía canela lo habían cubierto. El bosque había escondido el rastro con tanta facilidad como el mar.

El comisario Lassiter bajó del coche, echó un vistazo alrededor, inquieto, como si temiera que la tendieran una emboscada desde detrás de algún árbol. Ordenó a los ayudantes del segundo coche que se quedaran donde estaban hasta que hubiera inspeccionado el lugar, después él y Bill, el conductor, siguieron a Quinn por el empinado sendero.

No se oía nada. El viento no movía los árboles estáticos, los pájaros aún no habían empezado a hurgar buscando el alimento de la tarde y si a los tres hombres les estaban observando, mientras se acercaban al comedor, el observador no daba ninguna señal de alarma audible. De vez en cuando, un débil manojillo de humo ascendía por la chimenea y desaparecía.

—Maldita sea, ¿dónde están todos? —dijo Lassiter.

Su voz sonó tan fuerte en el aire enrarecido que se ruborizó avergonzado y parecía dispuesto a disculparse, si hubiese aparecido alguien, para aceptar las disculpas.

No apareció nadie.

Llamó a la puerta de la cocina, esperó, volvió a llamar.

—Hola. ¿Hay alguien ahí?

No estaba cerrado. Cuando abrió, una corriente de aire caliente le golpeó en la cara a Lassiter y el sol caía a través de la enorme claraboya casi cegándole.

La gran mesa de madera estaba preparada para la próxima comida: platos y tazas de hojalata y cubiertos de acero inoxidable. Las lámparas de queroseno estaban listas para alumbrar, el fuego tiraba en la estufa de madera y al lado, en el suelo, yacían unos troncos apilados ordenadamente, que quemarían más tarde, cuando llegase la Hermana Contrición, para preparar la cena.

En el suelo de piedra, el lugar donde había caído la Hermana Bendición, estaba fregado y en el aire pendía un olor acre, como a lana quemada. Lassiter se acercó a la estufa y levantó la tapadera por el mango. Los restos carbonizados del trapo utilizado para limpiar el suelo estaban humeando.

—Han quemado la prueba —dijo Lassiter con furia impotente—. Bueno, por Dios, no se van a librar de esto aunque les tenga que encerrar a todos entre rejas. Ponga esto en su pipa de la paz, Quinn.

Hizo vanos intentos de recuperar algunos de los restos de trapo con un atizador, pero se deshacían en cuanto los tocaba

Arrojo el atizador al suelo. Casi se dio en el pie y levantó la vista hacia Quinn, como si Quinn se lo hubiera arrojado.

—Muy bien, ¿dónde está la Torre? Quiero hacer unas preguntas a esos amigos suyos.

Bill miraba con inquietud a su jefe.

—Cálmese comisario. Como dice el señor Quinn, esto es un territorio extranjero. Tal vez necesitamos un intérprete, alguien que pueda hablar su lengua. Quiero decir que, claro, usted tiene su punto de vista, pero quizás ellos también tengan el suyo y si desde un principio somos benévolos...

—¿Pero qué le pasa? —dijo Lassiter—. ¿Se le está ablandando la cabeza, como aquí, a Quinn?

—No. Pero...

—Está bien. Sin peros, Billy-boy.

Los únicos ruidos mientras paseaban, eran el crujir de alguna hoja de roble bajo los pies y el graznido de algún arrendajo pequeño que percibía el peligro y daba la alarma. En silencio, los tres hombres pasaron por el arco de entrada a la Torre hasta el

patio interior. El muerto yacía, donde había caído, frente al altar. Habían cubierto el cuerpo con una manta v la Madre Pureza estaba sentada en un banco, al lado, sujetando un rosario y mirando a los intrusos sin pestañear. La habían lavado y llevaba un vestido blanco limpio.

Quinn le habló con suavidad:

—Madre Pureza.

—Doña Isabella, si no le importa.

—Por supuesto. ¿Dónde están los demás, Doña Isabella?

—Se han ido.

—¿A dónde?

—Fuera.

—¿La han dejado aquí sola?

—No estoy sola. Está Capirote… —señaló con un huesudo índice al muerto, después a Quinn—. Y usted. Y usted. Y usted. Cuatro, y yo cinco. No estoy más sola de lo que estaba cuando me tenía que sentar en mi habitación sin tener con quien hablar. Cinco es un buen grupito de tertulia. ¿Qué podríamos elegir como tema para empezar?

—Sus amigos. El Maestro, la Hermana Contrición, Karma…

—Se han ido todos. Ya se lo he dicho.

—¿Van a volver?

—No creo —dijo encogiéndose de hombros con indiferencia—. ¿Por qué tendrían que hacerlo?

—Para cuidar de usted.

—Capirote me cuidará cuando se despierte.

Lassiter había levantado la manta y estaba inclinado examinando las heridas en la cabeza. Quinn le dijo:

—No puedo creer que su marido la haya dejado así para que se valga a sí misma.

Lassiter se enderezó y sonrió.

—¿No puede?

—Parecía tenerle mucho cariño.

—Estamos en otro país, ¿lo recuerda? Quizás la palabra «cariño» no exista en su lengua.

—Creo que sí.

—Está bien. ¿Qué sugiere?, ¿que no se han ido realmente, que están ahí fuera jugando al escondite entre los árboles?

—No.
—¿Entonces, qué?
—O el Maestro piensa volver, o ha dejado aquí a su esposa deliberadamente, dándose cuenta de que había llegado el momento en que ya no podía ocuparse de ella adecuadamente. Sabía que volveríamos y que no estaría sola por mucho tiempo.
—¿Quiere decir que pensaba que la anciana sería un obstáculo mientras él y los demás escapaban?
—No. Creo que su intención era que la encontrase y la metieran en alguna institución. Necesita cuidado vigilado.
—Su interpretación sobre los motivos del Maestro es bastante caritativa —dijo Lassiter—. No cambia los hechos: se ha cometido un asesinato, tal vez dos, y han abandonado a una anciana que está mal de la cabeza.
—Nunca la habría abandonado sólo por razones egoístas.
—Otra vez sueña con la pipa de la paz, Quinn, y se le está metiendo el humo en los ojos.
—No le oigo —interrumpió la Madre Pureza—. ¿Está diciendo algo interesante? Hable más fuerte. Hable más fuerte. ¿Qué hay de malo en la conversación que no se pueda oír?
—Por lo que más quiera, haga que se calle —dijo Lassiter—. Me pone la carne de gallina. No puedo pensar.
Bill, que había ido a inspeccionar los pisos superiores de la Torre, volvió con la noticia de que el lugar estaba vacío. Miró compasivamente a la Madre Pureza.
—Tengo una abuela como ella.
—¿Y qué hace para tranquilizarla? —dijo Lassiter.
—Bueno, le gusta comer caramelos.
—Entonces, por lo que más quiera, dele un caramelo.
—Claro. Vamos, abuela. Vamos a sentarnos fuera. Tengo una cosa estupenda para usted.
—¿Es usted un buen conversador? —dijo la Madre Pureza, frunciendo el ceño—. ¿Sabe recitar poesías?
—Puede apostar —Bill la ayudó a levantarse y la guió despacio hacia el arco—. ¿Qué será? Cierra los ojos y abre la boca y te daré algo que te hará dichosa.
—Nunca lo había oído. ¿Quién lo escribió?
—Shakespeare.

—¡Vaya! Debió ser en uno de sus momentos más alegres.

—Así es.

—¿Sabe algún cuento?

—Alguno.

—¿Quiere contarme alguno de los que terminan con «y vivieron muy felices»?

—Claro.

Los ojos de la Madre Pureza brillaron y aplaudió con delirio.

—Empiece ya. Erase una vez una mujer… Vamos, dígalo.

—Erase una vez una mujer —repitió Bill.

—Llamada Mary Alice Featherstone.

—Llamada Mary Alice Featherstone.

—Y vivió muy feliz.

Lassiter les veía alejarse mientras se secaba el sudor de la cara con la manga de la camisa.

—Tendremos que llevarla a San Felice, al Hospital General de la región, supongo. Bonito asunto, abandonar a una anciana sola así.

El problema inmediato de la Madre Pureza había eclipsado la muerte de Haywood. Su cuerpo, apenas parecía más que un accesorio de teatro ante el cual, gente real y viva representaba sus dramas personales.

—¿Hay más edificios? —dijo Lassiter.

—Un establo, un par de lavabos, un almacén.

—¿Le importaría echar un vistazo? Yo llamaré por radio a la oficina central para que me envíen una ambulancia y dan la alarma.

Quinn fue primero al establo. El único ocupante era la cabra dando de mamar a su cría. El camión y el break verde habían desaparecido. Los lavabos también estaban vacíos, el único signo de que habían estado ocupados recientemente, era un barreño con un poco de agua y una barra de jabón gris, arenoso. Los trozos de lana utilizados como toallas estaban secos, lo que le hizo pensar a Quinn que los habitantes de la colonia habían abandonado el lugar poco después de su salida. Se quedaron el tiempo suficiente para limpiar la cocina, quemar la prueba y cubrir el cuerpo de Haywood y después se largaron.

La principal pregunta era ¿dónde se habían ido? Sea cual fuese

su destino no podían esperar pasar desapercibidos, todos vestidos iguales y descalzos, y los Hermanos con la cabeza afeitada. Para evitar atraer inmediatamente la atención debieron cambiarse de vestido, tal vez se pusieran la ropa que traían la primera vez que llegaron a la Torre. Los Hermanos no son de los que tiran nada.

Quinn caminó rápidamente por el sendero hacia el almacén. La pequeña habitación donde pasó la noche en la Torre parecía estar en las mismas condiciones que la dejó. Las dos mantas estaban todavía sobre el catre de hierro y debajo, el viejo libro del colegio de Karma, que le dio la Hermana Bendición para que leyera. La ventana estaba abierta, los cerrojos de las puertas que comunicaban con los otros compartimentos seguían en su sitio. Pero examinándolos más detenidamente vio que no era así. Uno de los cerrojos estaba echado descuidadamente, o demasiado de prisa y no había cerrado del todo. Quinn lo movió y abrió la puerta. Era una habitación pequeña, cuadrada, sin ventanas, con olor a moho y a humedad. Cuando se le adaptaron los ojos a la penumbra vio que el lugar estaba repleto de cajas de cartón de todos los tamaños, unas con tapas, otras sin ellas, unas vacías, otras lie ñas de ropa, libros, bolsos, sombreros fajos de cartas, espejos de mano, carteras cepillos para el pelo, frascos de medicina cajas de píldoras. Había un abanico de plumas de pavo real, un antiguo gramófono de manivela, una canoa en miniatura construida con cerillas, un cojín de terciopelo rojo picado de agujeros, una concha de oreja de mar, un par de patines de hockey, una lámpara con una pantalla de seda hecha jirones, una reproducción enmarcada de la última foto de Custer, una muñeca sin cabeza y un enorme tazón de café en el que ponía PAPA. Cada caja llevaba una etiqueta con el nombre de un miembro de la colonia escrito a lápiz.

Una de las cajas parecía nueva y llevaba la marca de un detergente que acababa de salir al mercado. La etiqueta decía Hermano Fe de los Angeles. Quinn la sacó fuera, la puso sobre el catre de hierro y abrió la tapa.

El fedora gris oscuro, encima de todo, era el sombrero que había visto llevar a George Haywood cuando se encontró con Willie King en la casa vacía, en Chicote. Tanto el sombrero, como el traje gris oscuro que había debajo, eran de Hadley e Hijos, Chicote, California. La camisa blanca, las camisetas, los calzoncillos y dos

pañuelos, llevaban la misma marca de lavandería HA 1389X. Los zapatos oxford negros y la corbata azul a rayas eran de fabricantes nacionales conocidos y los pudo comprar en cualquier sitio. No había ninguna cartera ni documentos personales de ningún tipo.

Estaba volviendo a meter la ropa en la caja, cuando apareció el comisario Lassiter en la puerta.

—¿Ha encontrado algo? —dijo Lassiter.

—La ropa de George Haywood, creo.

—Déjeme ver.

—Examinó las prendas cuidadosamente, alzándolas a la luz, entrecerrando los ojos ante los rayos sesgados del sol.

—¿Hay más cajas como ésta?

—Docenas.

—Muy bien, será mejor continuar con ellas.

Primero sacaron la de la Hermana Bendición. La gruesa capa de polvo sobre la tapa indicaba que hacía tiempo que no la abrían. Contenía un abrigo negro de lana, unos uniformes blancos, un vestido de crêpe de flores, ropa interior, dos pares de zapatos blancos de enfermera, un bolso de piel de becerro, unas cuantas joyas de bisutería, un reloj de oro de caballero con cadena y un fajo de cartas, algunas muy viejas, firmadas: tu amante esposo Frank, y otras más nuevas firmadas Charlie. La última tenía la fecha del último diciembre.

> «Querida madre:
>
> »Te escribo una vez más para desearte feliz Navidad de parte de Florence, de los dos niños y mía. Lo único que deseo es que pueda ser una feliz Navidad para ti. ¿Cuándo vas a entrar en razón y abandonar ese lugar? Ya hay bastante sufrimiento en el mundo para que deliberadamente te causes tú más, sin ninguna razón lógica. Si decides reconsiderarlo, aquí tienes un sitio para ti.
>
> »Flo y los chicos se acatarraron el mes pasado, pero ya estamos todos bien. Te envío veinte dólares. Gástalos, ahórralos, rómpelos, pero por amor de Dios, no se los entregues a ese loco macabro que parece haberte hipnotizado.»
>
> Feliz Navidad,

Charlie»

Ni leyendo entre líneas pudo percibir Quinn, ningún signo de amor o afecto en la carta. Charlie le había escrito enfadado y si pretendía que esa fuese una invitación verdadera a su madre, para que compartiera su casa, lo había expresado muy mal. Tres palabras habrían resuelto el problema: te necesitamos aquí.

—No hay tiempo para leer cartas —dijo Lassiter ásperamente.

—Será mejor que eche un vistazo a esto. Es de su hijo, Charlie.

—¿Y?

—Probablemente tendrá que telefonearle y darle la noticia.

—Será muy agradable, «Hola, Charlie, se acaban de cargar a tu vieja» —cogió la carta que Quinn le alcanzó y se la metió en el bolsillo—. Muy bien, vamos a sacar los demás trastos. No quiero quedarme en este antro toda la noche.

Los patines de hockey eran del Hermano Luz del Infinito, la concha de oreja de mar, del Hermano Visión, la lámpara y el tazón de café, de la Hermana Contrición. El Hermano Corazón Firme era quien arrancaba con la manivela el gramófono, el Hermano Lengua de los Profetas había pegado la canoa y Karma había mimado a la muñeca sin cabeza y al cojín de terciopelo.

Quinn encontró debajo del cojín varias hojas de papel escritas a máquina, a un espacio, por las dos caras. Obviamente las había escrito alguien que estaba aprendiendo a escribir a máquina, en una máquina con la tinta de la cinta agotada. Había frases, números, letras del alfabeto en un orden y en el inverso, renglones de punto y coma y signos de puntuación, y entre medias, aquí y allá, el nombre Karma.

Algunas frases eran lógicas, otras, fantasías adolescentes.

Mi nombre es nombre es Karma; que odio.

Por mi por mi gran belleza me mantienen prisionera en la torre del bosque. Es el destino de una princesa.

Quinn dijo qe que me traería un reglo regolo mágico para mi cara, pero no creo qe lo haga.

Hoy he dicho infierno infierno infierno tres veces en voz alta.

La princesa hizo un cordel con su largo cabello y extranguló a sus enemigos y se escapó y volvió se ha su reino.

—¿Qué es eso? —dijo Lassiter.

—Garabatos de Karma con la máquina de escribir.

—No hay ninguna máquina de escribir.

—Quien quiera que la tuviese se la ha debido llevar consigo.

Parecía una conclusión lógica y el tema quedaba pendiente.

La caja de cartón con la etiqueta de Hermano Corona de Espinas, no guardaba ningún recuerdo sentimental del pasado, sólo unas ropas: un traje de tweed y un jersey acribillados por las polillas, una camisa de popelín, un par de zapatos, unos calcetines de lana, tan llenos de agujeros que apenas podían reconocerse. Todos los artículos llevaban en la caja mucho tiempo sin tocar.

Quinn dijo de pronto:

—Un momento.

—¿Qué ocurre?

—Sujétese una de esas camisas en los hombros, como si se estuviera midiendo la talla.

Lassiter levantó la camisa.

—Me queda bastante bien.

—¿Qué talla usa?

—Dieciséis y medio.

—Pruébese la chaqueta, ¿quiere?

—¿A dónde quiere ir a parar Quinn? No me gusta ponerme la ropa de nadie.

Pero de todas formas se probó la chaqueta. Le estaba estrecha de hombros y las mangas demasiado largas.

—Supongo que el jersey no.

—Si no le importa.

El jersey le sentaba bien, salvo que las mangas eran demasiado largas.

—Muy bien Quinn —Lassiter arrojó el jersey a la caja—. ¿Qué se le ha ocurrido?

—Algo muy simple —dijo Quinn—, esa ropa no es del Hermano Corona. Es un hombre de corpulencia media, tirando un poco a pequeño.

—Quizás haya adelgazado desde que llegó aquí…

—Los brazos y las piernas no encogen.

—…o la etiqueta de la caja está equivocada. Puede haber docenas de explicaciones.

—Puede, sí, pero quiero la correcta.

Quinn llevó el jersey y la chaqueta y una camisa hasta la puerta y los examinó a la luz del sol. Ni el jersey, ni la chaqueta, tenían etiqueta de fabricación. En el cuello de la camisa había una etiqueta, Arrow 16 1/2 100 % puro algodón, Peabody and Jeabody y los restos de una señal de lavandería que apenas se notaban.

—¿Tiene una lupa comisario?

—No, pero tengo vista de lince.

—Pruebe con esta marca de lavandería.

—Parece una H o empieza con H —dijo Lassiter parpadeando— HR o tal vez HA. Eso es HAI o HAT.

—¿Y HA uno?

—Tal vez tenga razón. HA uno. A continuación parece un 3 o un 2. Después un 8.

—HA 1389X —dijo Quinn.

Lassiter estornudó, en parte por el aburrimiento, y en parte por el polvo que pululaba en el aire, como si fuera niebla.

—Si ya lo sabía, ¿por qué me lo preguntó?

—Quería estar seguro.

—¿Cree que es importante?

—Es)a marca de la lavandería de George Haywood.

—Demonios —Lassiter estornudó otra vez—. A juzgar por lo apolillado que está y por la cantidad de polvo, se diría que esto lleva aquí años. ¿Qué puede significar?

—Que cuando el Hermano Corona llegó a la Torre, aparentemente llevaba la ropa de George Haywood.

—¿Por qué? ¿Y cómo la consiguió?

Quinn no estaba dispuesto a contestar la pregunta, aunque estaba bastante seguro de conocer la respuesta. Willie King se lo había dicho la noche antes, en el patio del motel. Hablando de cuando George salió de la anestesia, dijo: «fue muy divertido... Creía que era Alberta... y me dijo que era una solterona estúpida que tenía que aprender mucho... Estaba furioso con ella... porque había dado una ropa suya a un vagabundo que había ido a la casa. La llamó boba, loca bondadosa. Si existió ese transeúnte y si le dio la ropa de George, debía tener alguna razón, más allá de la simple generosidad.»

Quinn sintió alzarse en su interior un doloroso triunfo. La

relación que estuvo buscando entre Alberta Haywood y el asesino de Patrick O'Gorman se iba aclarando poco a poco. El vagabundo a quien dio la ropa de George, el autoestopista a quien cogió O'Gorman en el coche, el que escribió la confesión en la carta a Martha O'Gorman, era el mismo hombre, el Hermano Corona de Espinas.

A Quinn se le planteaban aún preguntas sin respuesta. ¿Dónde estaba el Hermano Corona? ¿Cómo logró persuadir a toda la colonia para que desaparecieran y poderse salvar del arresto? ¿Fue la repentina aparición de George Haywood en la Torre, lo que hizo necesaria la muerte de la Hermana Bendición? ¿Y qué razones además de la simple generosidad, impulsaron a Alberta Haywood a dar la ropa de su hermano a un desconocido? Aunque tal vez no era un desconocido o no lo fue por mucho tiempo. Quizás, al abrirle la puerta, Alberta percibió en él una desesperación que se igualaba a la suya propia y le ofreció dinero para que matara a O'Gorman.

Quinn había considerado durante algún tiempo la idea de que O'Gorman tenía relación, o por lo menos conocimiento de los desfalcos de Alberta. Era imposible creer que O'Gorman hubiera usado su información para hacerle chantaje, pero podía haber tratado de hablar con ella para razonar: Ahora escuche, señorita Haywood, no debe coger dinero del banco, no está bien hacer eso. Creo que debería dejar de hacerlo. Me está poniendo en una situación difícil. Si sigo silenciándolo, le estoy permitiendo cometer un crimen…

Alberta era un ser tan tímido que a O'Gorman probablemente no se le ocurriría que iba a ser capaz de contratar a un hombre para matarle.

Sí, todo encajaba, pensó Quinn. Incluso ahora, de vuelta a su celda, Alberta culpaba a O'Gorman por sus situación. Las afirmaciones irracionales de que no estaba muerto, podían ser debidas a su incapacidad para reconocer su culpabilidad, se negaba a admitir que era responsable de su muerte. Entonces, ¿dónde encajaba George? ¿Cuánto tiempo sospechó que su hermana planeaba el asesinato de O'Gorman? ¿Y con sus visitas periódicas, intentaba averiguar la verdad u ocultarla?

—Écheme una mano con estas cajas —dijo Lassiter—. Será mejor que nos las llevemos, no sea que a algún Hermano se le ocurra volver a por ellas.

—No creo que vuelvan.

—Yo tampoco. Pero siempre quedan peros. ¿A dónde cree que se han dirigido?

—Probablemente al sur. La primera colonia estaba en las montañas de San Gabriel.

Lassiter encendió un cigarrillo, apagó la cerilla y la rompió en dos antes de arrojarla por la puerta.

—Si yo fuera el Maestro, que Dios me perdone, esa es la última cosa que haría, a menos que quisiera que me cogieran. Aunque se hayan vestido normalmente, veinticinco personas en un camión y en un break con toda seguridad atraerán la atención.

—¿Entonces qué haría usted?

—Dispersarlos. Conducir hasta la ciudad más cercana. Los Angeles y separarnos completamente. En las montañas no tendrían ninguna oportunidad.

—Tampoco en la ciudad —dijo Quinn—. No tienen dinero.

En el asiento de atrás la Madre Pureza se había dormido, arrullada por el ruido del coche, chupando un caramelo. Parecía un feto muy viejo, con las piernas encogidas y la barbilla contra el pecho.

Lassiter se subió delante. Al llegar a la carretera principal, se volvió con el ceño fruncido a Quinn:

—¿Dijo que había un rancho por aquí cerca?

—Sí. El desvío está unos kilómetros más abajo.

—Tendremos que parar allí y conseguir ayuda.

—¿Qué clase de ayuda?

—Sólo un chico de ciudad haría esa pregunta —dijo Lassiter gruñendo—. Hay que cuidar al ganado. Las vacas no se pueden ordeñar solas. Es sumamente extraño que los Hermanos se largaran y dejaran atrás un rebaño tan valioso como ese.

—Disponiendo sólo de un camión y de un break, no les quedaba otra alternativa.

—Me pregunto si es posible que se hayan escondido en las

colinas cerca de aquí y traten de volver a por el ganado, tal vez durante la noche. Como usted es un chico de ciudad, no comprenderá lo que una colonia como la Torre depende de su ganado. El ganado parece sano y bien alimentado.

—Lo está —dijo Quinn, recordando la intensidad de la voz del Hermano Luz cuando hablaba al ganado, a las ovejas, a las cabras. Donde quiera que estuviera el Hermano Luz, en las colinas cercanas, en las montañas de San Gabriel o en la ciudad. Quinn sabía en lo que estaría pensando desde que saliera el sol.

El desvío hacia el rancho estaba señalado con un cartel de madera, Rancho Arido, decorado con herraduras. Un kilómetro más lejos se encontraron con un hombre que conducía un jeep, y llevaba un par de Collies en el asiento trasero, ladrando y meneando el rabo furiosamente.

Cuando se acercó el coche del comisario, el hombre paró el jeep y saltó fuera.

—¿Qué sucede, comisario?

—Hola Newhouser —dijo Quinn.

Newhouser se agachó y se acercó a la ventanilla.

—¡Vaya! Estoy viendo visiones, otra vez usted, Quinn.

—Sí.

—Creí que ya había vuelto a Reno.

—Me dieron un rodeo.

—¿Sabe, Quinn? Me ha remordido la conciencia por haberle dejado en la carretera como lo hice. Me alegra que esté bien, nunca se sabe lo que puede pasar.

El hondo suspiro de Quinn fue como la boqueada de un hombre ahogado por una riada de recuerdos. Subida en la cresta del torrente estaba la Hermana Bendición sonriendo v saludándole: Bienvenido, forastero... Nunca damos la espalda a los pobres, siendo pobres...

—No —dijo tranquilamente—, nunca se sabe lo que puede pasar.

20

A las nueve, Quinn estaba aún en la oficina del comisario, esperando que el operador le pusiera con Charlie Featherstone en el teléfono privado del comisario. Cuando por fin sonó el teléfono, Lassiter le miró primero y después le dijo a Quinn:

—No se me dan bien estas cosas. Conteste usted.

—No es mi deber.

—Conocía a su madre, yo no. Conteste.

—Está bien —dijo Quinn—, pero prefiero hablarle a solas.

—Esta es mi oficina.

—El teléfono también es suyo.

—Oh, maldita sea —dijo Lassiter y salió cerrando la puerta de un portazo.

Quinn cogió el teléfono.

—Dígame.

—¿Sí?

—¿Señor Featherstone?

—Sí, ¿quién es?

—Me llamo Quinn. Le llamo desde San Felice, California. He estado tratando de localizarle.

—He estado fuera.

—Lo siento, tengo que darle malas noticias.

—No me sorprende —la voz de Featherstone tenía el gemido del que se queja continuamente—. Nunca me llegan buenas noticias de esa región.

—Su madre ha muerto esta tarde.

Durante un rato no hubo respuesta. Después:

—Se lo advertí, le dije que era una locura quedarse ahí, abandonando su salud, sin cuidarse como es debido.

—No murió por negligencia, señor Featherstone. La envenenaron.

—¡Dios mío! ¿Qué está diciendo? ¿Envenenada? ¿Mi madre envenenada? ¿Cómo ¿Quién lo ha hecho?

—No estoy seguro de los detalles.

—Si ese maldito y rimbombante maníaco es responsable, le haré trizas su sagrado pellejo.

—No fue culpa suya.

—Todo es culpa suya —gritó Featherstone, traduciendo su aflicción en enfado—. Si no hubiera sido por él y toda esa verborrea ella estaría aquí, llevando una vida decente.

—Su vida era decente, señor Featherstone. Hizo lo que quería hacer, servir a los demás.

—¿Y esos demás, estaban tan llenos de agradecimiento que la envenenaron? Bueno, es probable, por lo que sé del lugar es bastante probable. Debí sospechar que estaba ocurriendo algo raro, cuando recibí la semana pasada una carta suya. Debería... debería haber actuado.

En ese momento debió derrumbarse, Quinn oía los sollozos que dejaba escapar y la voz de una mujer rogando:

—Charlie, por favor, no te lo tomes así. Hiciste todo lo posible para que entrara en razón. Por favor, Charlie.

Después de un rato, Quinn dijo:

—¿Señor Featherstone, sigue ahí?

—Sí, sí... continúe.

—Antes de morir pronunció su nombre. Pensé que le gustaría saberlo.

—No. No quiero saberlo.

—Lo siento.

—Era mi madre. Era mi deber cuidarla y no pude hacer nada, una vez que ese loco la convenció, con un cuento que no engañaría ni a un niño de dos años. Que una mujer pierda a su esposo no quiere decir que tenga que dejar de llevar zapatos.

—En cuanto a la carta que le escribió...

—Fueron dos cartas —dijo Featherstone—. Una era una nota breve diciéndome que estaba bien y contenta y que no me preocupara por ella. La otra venía en un sobre cerrado que tuve que echar al correo aquí, en Evanston, por hacerle un favor.

—¿Le explicó por qué?

—Sólo dijo que la carta aclararía una situación que estaba haciendo desgraciado a alguien. Pensé que sería una más de sus tonterías religiosas y la eché al correo. Era una carta de avión dirigida a la señora O'Gorman, en Chicote, California.

—¿Y la escritura?

—No era la de mi madre. Parecía de un niño de nueve o diez años, o quizás escrita con la otra mano.

—¿Con la otra mano?

—Escrita con la izquierda si la persona era diestra y viceversa. O el que la escribió era un poco analfabeto.

Lo era, pensó Quinn. Escribir esa carta debió resultar una tarea muy penosa para el Hermano Corona. ¿Por qué lo hizo? ¿Temía morir antes de recibir la absolución? Parecía imposible. Aparentaba gozar de una salud excelente, mucho mejor que cualquiera de los demás. Si el temor no fue el motivo de su confesión, ¿qué fue?, ¿o quién fue?

Quinn recordó su segunda visita a la Torre, cuando fue a ver a la Hermana Bendición, aislada por sus pecados. Le habló de Martha O'Gorman y de su incertidumbre sobre la muerte de su esposo: «Se merece una oportunidad. Désela si puede, Hermana. Usted es una mujer generosa». Creyó que la Hermana Bendición no le escuchaba, pero debió oírle, debió considerar la situación de Martha O'Gorman y acudió al Hermano Corona para pedirle que escribiera la carta inmediatamente. Era una mujer persuasiva, decidida y el Hermano Corona estuvo de acuerdo con su demanda.

Así es como debió ocurrir, sin embargo a Quinn la situación no le parecía ni real ni convincente. Podía creer que la Hermana Bendición tuviese parte en eso, pero no el Hermano Corona. El Hermano Corona no guardaba en secreto su antipatía hacia la Hermana, no dependía de ella como los demás; era obstinado y farisaico. Un hombre así, sería poco probable que escribiese una carta confesando un asesinato, a petición de una mujer en nombre de otra. No, pensó Quinn, no es la situación la que resulta irreal, sino el carácter de los personajes. Puedo imaginarme a la Hermana Bendición dando una orden a Corona, pero no me imagino a Corona obedeciendo. En sus relaciones, la balanza de poder se inclinaba hacia él, y no hacia ella.

Featherstone volvía a su tema favorito: a su madre le embaucó un maníaco, a ese hombre deberían arrestarle, meter a toda la colonia en un manicomio e incendiar completamente los edificios.

Quinn se decidió a interrumpirle:

—Comprendo sus sentimientos señor Featherstone…

—No puede. No era su madre. No sabe lo que es ver a un miembro de su familia hipnotizado por un loco para llevar una vida que no es propia ni de los perros.

—Siento que no haya tenido oportunidad de ver a su madre antes de que muriera. Su vida era mucho más agradable de lo que cree. Si hacía sacrificios, también tenía sus compensaciones. Me dijo que por fin había encontrado su lugar en el mundo y que nunca lo abandonaría.

—No era ella quien hablaba, sino él.

—Era su madre quien me decía, bastante en serio, lo que quería realmente.

—Pobre tonta. Una tonta, eso es lo que era.

—Por lo menos era tonta a su modo.

—¿Le está defendiendo a él?

—No, a ella, señor Featherstone.

Se oyó un gemido al otro lado del teléfono, después la voz de una mujer:

—Lo siento, mi esposo no puede seguir hablando, está demasiado impresionado. Tendré que encargarme de… del cuerpo. ¿Le harán la autopsia?

—Sí.

—Cuando acaben, cuando puedan enviarla para el entierro, ¿me lo hará saber?

—Por supuesto.

—Entonces creo que no queda más que decir, salvo que, disculpe a Charlie.

—Sí. Adiós, señora Featherstone.

Quinn colgó. Le temblaban las manos, y aunque hacía frío en la habitación, el sudor le resbalaba por detrás de las orejas y entre el cuello de la camisa. Se secó y salió al pasillo.

Lassiter estaba de pie en la puerta hablando con un hombre

joven de aspecto duro, con uniforme de policía. Le dijo a Quinn:

—¿Charlie está bien?

—Charlie está bien.

—Gracias. Este es el sargento Castillo. Ha estado trabajando en esas cajas de cartón que encontramos en el almacén. Cuéntele sargento.

Castillo asintió:

—Sí, señor. Bueno, la ropa que había en la primera, con la etiqueta de Hermano Fe de los Angeles no llevaba allí más de una semana, quizás mucho menos.

—Ya lo sabemos —dijo Lassiter impaciente—. Pertenecía a George Haywood. Continúe sargento.

—Sí, señor. El contenido de la caja etiquetada con Hermano Corona de Espinas llevaba años sin que lo tocaran. Estimo que casi seis años, basándome principalmente en la cantidad de polilla. La etnología es una de mis aficiones. Si quiere que le detalle el ciclo vital de esa clase particular de polilla y como cada generación...

—No es necesario. Le creemos. Seis años.

—Otro punto interesante concierne al nombre de Hermano Corona en la caja. Diría que estaba pegado bastante recientemente. Cuando lo quité había debajo pruebas de que anteriormente hubo otra etiqueta y que la arrancaron. Sólo quedaba un vestigio.

—¿Se veía alguna fecha?

—No.

—Muy bien gracias —Lassiter esperó a que el sargento se alejara para que no lo oyese—. Seis años. ¿Qué prueba eso, Quinn?

—Que la ropa no pertenece al Hermano Corona. El llegó a la colonia hace tres años.

—¿Cómo lo sabe?

—Karma me lo dijo. Es la hija de la cocinera, la Hermana Contrición.

—Así que hemos etiquetado el que no es —dijo Lassiter desabridamente—. Eso no cambia nada. Nadie les ha visto el pelo. Ese maldito grupo ha desaparecido, dejándome con una cabeza de ganado, un rebaño de ovejas, cinco cabras, y unos pollos. ¿Qué le parece?

A Quinn le parecía bien, por un lado, sin embargo todo lo que dijo fue:

—¿Puedo irme ya?

—Ir, ¿a dónde?

—A un restaurante a comer, y a un motel a dormir algo.

—¿Y después?

—Después no sé. Tengo que buscar trabajo. Tal vez me vaya a Los Angeles.

—O tal vez no —dijo Lassiter—. ¿Por qué no se queda por aquí un tiempo?

—¿Es una orden?

—San Felice es una ciudad pequeña y agradable. Montañas, océano, parque, playa, puerto.

—Pero trabajo no.

—Tiene que buscarlo, lo admito. Pero se van abriendo, gradualmente, algunas industrias. Haga una solicitud.

—¿Es una orden? —repitió Quinn—. Espero que no, comisario. No puedo quedarme aquí. Tengo que volver a Chicote, por una razón… ¿Ha dado alguien la noticia a la madre de George Haywood?

—Llamé al jefe de Policía de allí. Ya lo habrá hecho.

—Alguien debería decírselo también a Alberta —dijo Quinn—. Tal vez tuviera algo que decir a cambio.

—¿Por ejemplo?

—Por qué contrató a uno de los Hermanos para matar a O'Gorman y cómo se enteró Haywood.

21

Alberta Haywood estaba tumbada, mirando fijamente al techo blanco a través de negros pensamientos. Era un techo normal. A veces retrocedía hasta que parecía estar tan lejos como el cielo, y a veces se le acercaba tocándole la cara con su blancura de satén suave hasta que le parecía estar en un ataúd. Pero incluso en el ataúd no tenía más intimidad de la que tenía en la prisión. La gente se movía a su alrededor, la golpeaban en el pecho, en la espalda, le metían tubos por la nariz, y agujas en el brazo, hablaban. Si lo que decían era interesante respondía, si no simulaba no haber oído nada.

De cuando en cuando preguntaba algo:

—¿Dónde está George?

—Señorita Haywood, hace días que se lo hemos dicho.

—No me acuerdo.

—Su Hermano George ha muerto.

—¿De verdad? Bueno, tendrá que buscarse su propio ataúd, en éste no hay sitio. Estoy bastante apretada.

Una confusión de voces: «todavía delira...», «La neumonía se está curando, el número de leucocitos es prácticamente normal...», «Lleva cerca de una semana...», «Continúe con la glucosa...», «Me gustaría tener una buena radiografía...», «Apatía»... «Histeria»... «Delirio»...

Las voces iban y venían. Se quitaba el tubo y se lo volvían a poner. Se quitaba las mantas y se las volvían a echar encima. Peleaba y le pegaban.

—Señorita ha venido un hombre a hacerle unas preguntas.

—Dígale que se vaya.

Pero el hombre no se fue. Estaba al lado de la cama, de pie,

mirándola con ojos tristes y raros.

—¿Contrató a alguien para que matara a O'Gorman, señorita Haywood?

—No.

—¿Dio la ropa de su hermano a algún desconocido?

—No.

Era absolutamente verdad. No hizo nada de eso. El hombre que le hacía tales preguntas debía ser un idiota.

—¿Quién es usted?

—Joe Quinn.

—Sí. Creo que sí.

—No abro la puerta a los desconocidos, y mucho menos preparo asesinatos. Pregúntele a George.

—No puedo preguntarle a George. Le mataron hace seis días.

—Claro.

—¿Por qué dice «claro», señorita Haywood?

—George se metía en la vida de la gente. Es bastante normal que alguien le matara.

—¿Se metió en la suya?

—Cada vez que venía aquí me atormentaba con preguntas. No debió hacerlo —las lágrimas, algunas por George, otras por sí misma, asomaron bajo sus párpados cerrados—. No debió hacerlo. ¿Por qué no podía dejar en paz a la gente?

—¿Qué gente, señorita Haywood?

—Nosotros.

—¿Quiénes son nosotros?

—La gente. Toda la gente del mundo.

Se dio cuenta, por la repentina quietud de la habitación, que había cometido un error. Para distraer la atención se incorporó y se arrancó el tubo de la nariz. Se lo volvieron a poner. Tiró las mantas al suelo y se las volvieron a echar encima. Peleaba, incluso en sueños, e incluso en sueños le pegaban. Ya no quedaban dulces sueños para ella.

Era la primera vez que Willie King iba a la oficina, desde el funeral de George. No había cambiado nada. En el suelo, las sillas y las papeleras estaban en el mismo sitio y en las paredes,

Washington todavía estaba cruzando el Delaware y el joven Lincoln seguía sonriendo inescrutablemente.

Miró a su alrededor comprobando con resentimiento que nada había cambiado. Le hubiera gustado coger una barra y destruirlo todo, romper las ventanas, los ceniceros y el teléfono, destrozar las sillas y las mesas, así todo quedaría igual a como ella se sentía por dentro.

Earl Perkins le ofreció una sonrisa pequeña, indecisa, mientras colgaba el abrigo en el perchero.

—Hola, Willie. ¿Te encuentras bien?

—Bien, bien, gracias.

—Cielos, Willie, lo siento. Quiero decir, cielos, ¿qué puedo decir?

—Intenta callarte —miró el montón de cartas sobre la mesa de Earl, algunas ya abiertas—. El negocio va como siempre, ¿eh?

—La señora Haywood ordenó continuar como si George no hubiera muerto.

—Qué risa. Es una mujer muy graciosa. Me pone histérica pensar en ella.

—No empieces, Willie.

—¿Por qué no?

—No sirve de nada y después de todo, tal vez a su modo no sea tan mala como crees.

—Es peor.

—Está bien, peor —dijo Earl en un tono resignado—. No hay nada que pueda hacer.

—Sí lo hay —volvió a su mesa y cogió el teléfono—. Puedo llamarla y decirle unas cuantas cosas que no pude decirle cuando George vivía.

—Tú no quieres hacer eso, Willie.

—No, pero lo voy a hacer. Lo he estado planeando durante días. Escuche vieja bruja, le diré. Escuche, vieja artera, egoísta. ¿Quiere saber quién mató a George? Usted lo hizo. No la semana pasada, ni el mes pasado, sino hace años, años, años. Usted le apagó la vida con sus flacas zarpas...

—Dame ese teléfono —dijo Earl.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Deja de discutir y dámelo.

Negó con la cabeza tercamente y empezó a marcar. George había muerto. Ya no le importaba lo que pudiera pasar, no tenía futuro.

—Dígame.

—¿Señora Haywood?

—Sí, soy la señora Haywood.

Qué vieja sonaba, pensó Willie sorprendida. Qué viejísima y enferma y derrotada.

—Soy Willie, señora Haywood. Siento no haberla llamado antes. ¿Cómo le va?

—Adecuadamente, gracias.

—Tal vez le gustaría venir alguna noche. Podríamos hacernos compañía. Yo también estoy sola.

—¿De veras? Bueno, ocúpese de su soledad que yo me ocuparé de la mía.

—Si cambia de opinión, dígamelo.

Willie colgó el teléfono y se volvió a mirar a Earl. Nunca se había fijado en él más que como un chico que compartía la misma oficina y que tenía problemas digestivos. Tal vez era un poco joven, pero tenía buen aspecto y trabajaba mucho. Y si pudiera hacerle seguir la dieta para la úlcera…

—Gracias Earl. Te estoy muy agradecida —le dijo.

—¿Por qué? No he hecho más que estar aquí.

—Quizás sea bastante. ¿Querrás seguir estando ahí?

—Bueno, claro. Sólo que no sé de qué diablos estás hablando.

—Ya lo sabrás.

Desde el teléfono del recibidor la señora Haywood volvió a la cocina y siguió preparando el desayuno. Tallos de apio, espinacas, zanahorias, un cogollo de lechuga, germen de trigo, proteínas en polvo y dos huevos, todo bien batido, hasta obtener una mezcla espesa verde grisácea con la que la señora Haywood comenzaba la dieta diaria.

Hasta el momento no había reconocido que a George le habían matado. Según la reconstrucción de su muerte, George estaba en el piso alto de la Torre, sufrió un ataque de vértigo y se cayó, debido a la costumbre de comer poco y a la falta de ejercicio y descanso.

Había reiterado esa teoría a Quinn, al comisario Lassiter, a los oficiales de la Policía de Chicote, a John Ronda, el editor local, sin tratar de explicar en primer lugar, por qué había ido George a la Torre o qué esperaba realizar allí. Sobre el tema Alberta, no decía nada.

—¿Sola, de veras, Willie? —decía en voz alta—. Bueno, te lo mereces. ¿Quién sacaba a George por las noches, impidiendo que tuviera sus ocho horas de sueño? ¿Quién le hacía tomar comidas en los restaurantes, altas en colesterol y bajas en calcio y riboflavina? ¿Quién le convencía para estar sentado durante horas en el cine, en vez de ejercitar sus músculos en el gimnasio?

En las últimas dos semanas había empezado a hablar sola y con gente que no estaba allí, ni estaría nunca. Casi todo lo que decía eran extractos y sermones de su colección de libros sobre nutrición, pensamiento positivo, vida dinámica, salud y felicidad por medio de la concentración, tranquilidad de espíritu y usos y desarrollo de la fuerza de voluntad. Se tomaba con suma seriedad a esas supuestas autoridades, aunque a menudo se contradecían entre ellos. Eso la mantenía ocupada y le impedía pensar.

—Las autoridades son demasiado estúpidas para reconocer una simple verdad. Primero, el ejercicio de subir las escaleras, cuando su sistema no estaba preparado. Los músculos del corazón estaban debiluchos, las arterias obstruidas por el colesterol. Además, ese día debía haber tomado ochenta y cinco gramos de proteínas y un gramo de calcio, por lo menos, y por supuesto no lo hizo.

Vertió la mezcla en un vaso y lo levantó ante la ventana sobre el fregadero. En ese gris opaco, veía juventud y salud y vigor, fuerza de voluntad, felicidad, tranquilidad de espíritu, arterias descongestionadas, músculos abdominales firmes, una fortuna en bienes raíces y vida eterna.

Tomó un sorbo de cóctel soñado.

—Si George hubiera comenzado el día con esto, ahora estaría vivo. Nunca hubiera sentido vértigo.

El primer sorbo sabía amargo y la textura no era correcta. Tomó otro y era igual, amargo, demasiado líquido para comerlo y demasiado espeso para beberlo.

—Debo haber olvidado algo. ¿Qué es?

Llegó septiembre. Los niños de O'Gorman volvieron al colegio, y por las noches Martha les ayudaba a hacer los deberes. Richard escribió una redacción sobre *Cómo he pasado las vacaciones de verano* y se la dio para que le corrigiera las faltas de ortografía y gramaticales.

—Tienes una letra horrible —dijo Martha—. ¿Ya no enseñan caligrafía en el colegio?

—Claro que sí —dijo Richard alegremente—. Lo que pasa es que no lo aprendo.

—No creo que lo pueda leer.

—Inténtalo, mami.

—Oh, lo intentaré, está bien, ¿pero lo hará el profesor?

Martha siguió con la redacción. Según la versión de Richard del verano, había trabajado más que un regimiento.

—¿Eres tú de quién escribes?

—Claro. Ese es el título ¿no? Cómo he pasado el verano. Mira, mami. ¿Sabes lo que hacen muchos chicos este año?

—Cómo no —dijo Martha ásperamente—. Me lo has dicho bastantes veces. Unos conducen ya un Cadillac. A otros les dan cincuenta a la semana y les permiten salir hasta media noche...

—No, en serio, mami. Algunos niños... uno, por lo menos, hace los deberes con máquina de escribir.

—¿A tu edad?

—Claro, ¿por qué no?

—Si empiezas a utilizar la máquina de escribir para todo, cuando llegues a la escuela superior, se te habrá olvidado escribir a mano.

—Pero si tú dices que no sé.

Martha le miró fríamente.

—Bueno, lo que no he dicho y digo ahora, sabelotodo, es que prestes más atención a la caligrafía, ¿entendido?

Richard gruñó, desvió la mirada y dijo:

—Sí, mamá.

—Empieza ahora mismo. Tendrás que volver a copiar esta redacción antes de que se la entregues al profesor, si es que te interesa sacar buena nota.

—¿No teníamos antes una máquina de escribir? ¿Hace mucho tiempo?

—Sí.
—¿Qué ha sido de ella?
Martha vaciló antes de responder.
—No lo sé.
—Cielos, tal vez esté todavía por el desván, o en el garaje. Voy a buscarla.
—No. No la encontrarías, Richard.
—A lo mejor sí. Has dicho que no sabías bien dónde estaba.
—Sé dónde está. No hay necesidad de registrar el desván ni el garaje para buscar algo que no existe. Ahora por favor, no empieces a contarme lo que les dejan hacer a los otros niños. Acepta el hecho de ser un desvalido, engañado, abandonado, estafado y sigue desde ahí, ¿lo harás?
—Vaya, caramba, trato hecho.
—Eso lo resume muy bien, amigo. Caramba, trato hecho.
Mantenía la voz suave, para que el niño no sospechara cómo le había impresionado la mención casual de la máquina de escribir. Era de Patrick, una portátil antigua que compró de segunda mano y que nunca funcionó bien. Las teclas se atascaban, los reguladores del margen eran caprichosos y la campanilla sonaba cuando quería. Recordaba con cuánta seriedad y paciencia Patrick se encorvaba sobre ella, tratando de aprender mecanografía, sin más éxito que con las otras cosas que había intentado.
Le animé demasiado, pensó. Le dejaba subir demasiado alto y cuando caía, le ponía una almohada blanda para que nunca se rompiera un hueso, ni se diera cuenta de sus propias limitaciones.
Cuando Richard volvió a su cuarto, para escribir otra vez la redacción, Martha cogió el teléfono y puso una conferencia a San Felice.
Quinn contestó a la segunda señal.
—Hola.
—Soy Martha, Joe.
—En este momento me estaba preguntando si debería hacer el tonto llamándote otra vez. Tengo noticias. Han encontrado a uno de los Hermanos de la Torre, el Hermano Corona, en San Diego, trabajando en un garaje. El comisario Lassiter y yo fuimos ayer allí, para hacerle unas preguntas, pero no conseguimos ninguna respuesta. Incluso ante mí, Corona no admitió su identidad, así que

parece otro punto muerto. Pensé que, de todos modos, te gustaría saberlo.

—Gracias —dijo Martha—. ¿Qué tal el nuevo trabajo?

—Estupendo. No he vendido ningún bote, pero es divertido intentarlo.

—¿Estarás libre el fin de semana?

—No lo sé. Tengo que ir a Los Angeles para intentar contactar con la señora Harley Baxter Wood, de nuevo.

—¿La tía de Karma?

—Sí.

—Dijiste que la casa estaba cerrada.

—Sí, pero imagino que ya la habrán vuelto a abrir ahora que han empezado los colegios. Tiene dos hijos, no puede seguir corriendo por ahí.

—¿Por qué crees que se escapó?

—Si estoy en lo cierto, Karma está con ella y la tía no querrá correr el riesgo de que algún miembro de la colonia la encuentre.

Por un momento se hizo un silencio, tenso, como ocurre cuando dos personas están hablando de una cosa y pensando en otra.

—Joe…

—¿Me echas de menos, Martha?

—Sabes que sí… Escucha Joe, tengo algo que decirte. No estoy segura de que sea importante. No salió en la investigación sobre la muerte de Patrick, porque, sencillamente, entonces no lo recordé, y más tarde, me pareció poco importante, para que llamara la atención de nadie. Richard lo ha mencionado hace unos minutos.

—¿Qué mencionó?

—La máquina de escribir de Patrick. La puso en el coche una semana antes, para llevarla a arreglar. Pero siempre se le olvidaba. Creo que estaba en el asiento de atrás cuando cogió al autoestopista aquella noche.

22

Quinn esperó en el coche frente a la casa de la señora Wood, media hora. Cuando llamó al timbre no le contestó nadie, pero estaba seguro de que había alguien. Las cortinas estaban descorridas, las ventanas abiertas y la radio encendida.

Miró el reloj. Las diez. La alameda estaba en silencio, salvo por el paso de un coche de cuando en cuando y el repicar de campanas de iglesia a lo lejos. Después de un rato sintió que alguien le vigilaba desde una ventana del segundo piso. No había brisa para explicar el movimiento de la cortina rosa de tul.

Se acercó otra vez a la puerta y llamó al timbre. Un gato maulló débilmente, como respuesta.

—¿Señora Wood? —llamó—. Señora Wood...

—No está.

Era la voz de una niña que hablaba a través de la rendija de la puerta.

—Y no puedo abrir la puerta cuando ella no está.

—¿Eres tú, Karma?

—Será mejor que se vaya o mi tía llamará a la Policía.

—Escucha, Karma. Soy Joe Quinn.

—Ya lo sé. Tengo ojos.

—Quiero hablar contigo —dijo Quinn—. No te haré daño. ¿Acaso no he estado siempre de tu parte?

—Más o menos.

—Entonces sal al porche y habla conmigo. Me gustaría volverte a ver. Apuesto a que has cambiado, ¿verdad?

—Nunca me reconocería —dijo con una risita repentina.

—Prueba.

—¿No se lo dirá a mi tía?

—Claro que no.

Abrió la puerta y Quinn comprobó que tenía razón: nunca la hubiera reconocido. Le habían cortado el pelo al estilo paje y un fuerte bronceado cubría los restos del acné. Llevaba un vestido tubo ajustado, zapatos de tacón, pintalabios naranja y tanto maquillaje en los ojos, que parecía tener dificultades en mantenerlos abiertos, a no ser que tratase deliberadamente de parecer sensual.

—Dios mío —dijo Quinn.

—¿ Sorprendido ?

—Oh, sí. Mucho.

Salió al porche y se colocó con cuidado en la barandilla.

—Si me viera ahora mi madre, ¿no cree que le daría un ataque?

—Uno justificado, creo —dijo Quinn—. ¿Te deja tu tía ir así al colegio?

—Oh, no. Sólo puedo usar pintalabios rosa... y esos horribles jerseys y camisas juveniles y zapatos sin tacón. Pero cuando se va, entonces ensayo para encontrar mi tipo.

—¿Eres feliz aquí, Karma?

Después de dudarlo mucho, asintió.

—Todo es tan diferente, tengo mucho que aprender. Creo que le gusto a mi tía, pero cometo muchas equivocaciones y mis primos se ríen de mí a veces. Me gustaría poderme reír también.

—¿No puedes?

—No, realmente. Sólo lo aparento.

Un avión sobrevoló y Karma se quedó mirándolo como si quisiera estar en él.

Quinn dijo:

—¿Sabes algo de tu madre?

—No.

—¿Y tu tía?

—No, no creo. No me ha dicho nada.

—¿Qué pasó en la Torre el último día, Karma?

—Mi tía dice que no mencione nunca la Torre a nadie. Debo hacer como si no hubiera existido.

—Pero existió. Pasaste la cuarta parte de tu vida allí, con tu madre, tu hermano y tu hermana.

—Tengo que olvidar todo eso —dijo con voz temblorosa— y lo intento. No tiene que recordármelo, no está bien. Es...

—¿Cómo llegaste aquí, a casa de tu tía, Karma?

—En autobús.

—¿Desde dónde?

—Desde Baskerfield.

—¿Cómo llegaste a Baskerfield?

—En el camión.

—¿Quién conducía el camión?

—El Hermano Corazón de Espinas.

—¿Quiénes más ibais en él?

—No debo...

—¿Quién más, Karma?

—Muchos de nosotros. Mi familia, la Hermana Gloria de la Ascensión, el Hermano Visión, oh... no me acuerdo de todos.

Sus ojos se entristecieron, como si el mero hecho de recitar esos nombres, hiciera la Torre demasiado viva, amenazadoramente real.

—Estaba asustada, no sabía lo que ocurría. En Baskerfield mi madre me dio dinero y me dijo que cogiera un autobús a Los Angeles y después, un taxi hasta la casa de mi tía.

—¿Cuánto dinero?

—Cuarenta dólares.

—¿De dónde sacó el dinero?

—No lo sé, pero creo que el Maestro debió dárselo antes de que saliéramos de la Torre.

—¿Por qué abandonaron todos la Torre?

—Creo que fue porque la Hermana Bendición se puso enferma.

—No estaba enferma —dijo Quinn—. La envenenaron. Murió poco después de que llegásemos al hospital.

Karma se llevó los puños a la boca. Las lágrimas brotaban de sus ojos mezcladas con el maquillaje y le resbalaban, ennegrecidas, por las mejillas.

—No puede estar muerta.

—Lo está.

—Ese día, me prometió que me sacaría de la Torre para que fuese a casa de mi tía y lo hizo, ¿verdad? Cumplió su promesa, ¿verdad?

—Sí, Karma.

Se inclinó y se secó las lágrimas con el dobladillo del vestido. No lloró más. La Hermana Bendición, aunque había sido su amiga,

formaba parte del pasado que quería olvidar.

—¿Qué pasó con los otros que iban en el camión? —dijo Quinn.

—No lo sé, fui la primera en bajar.

—¿Te dieron otras instrucciones además de que vinieras a casa de tu tía?

—No.

—¿Ningún plan para el futuro?

—Lo que se dice planes no. Pero creo que pretenden volver cuando consideren que estarán a salvo.

—¿Volver a la Torre?

—Sí. No se rinden fácilmente. Cuando la gente cree tan firmemente en algo, no pueden dejar de creer en un momento.

—¿Cuándo viste por última vez al Hermano Lengua, Karma?

—Cuando ayudó a subir a la Hermana Bendición al coche, para ir al hospital.

—¿No estaba en el camión contigo?

—No. Debió irse con el Maestro en el break nuevo. Aunque no puedo jurarlo, porque el camión salió primero y todo fue tan rápido y confuso, la gente corriendo, los niños llorando y todo eso.

—¿El Hermano Luz del Infinito estaba en el camión?

—No.

—¿Y el Hermano Corazón Firme?

—Tampoco estaba.

—¿La decisión de partir, fue de repente? —dijo Quinn.

—Sí.

—¿La tomó el Maestro?

—Fue el Maestro —dijo Karma simplemente—. Nadie más toma las decisiones. ¿Cómo iban a hacerlo?

—Piénsalo bien, Karma. ¿Te diste cuenta, si había alguien más en el camión que llevase dinero como tu madre?

—La Hermana Gloria de la Ascensión. No dejaba de contarlo. Es muy tacaña, creo que quería estar segura de que no la habían engañado.

—¿Engañado, en su parte?

—Sí.

—¿De dónde venían esos fondos?

—Del Maestro, supongo.

—Que yo sepa él no tenía dinero y el de la Madre Pureza lo

gastaron todo en la construcción de la Torre.

—Quizás le quedaba algo y lo guardó en secreto. Siempre estaba gastando bromas, incluso al Maestro.

Karma bajó de la barandilla y miró hacia la calle con preocupación.

—Será mejor que se vaya, señor Quinn. Mi tía llegará en cualquier momento y tengo que lavarme la cara y quitarme la ropa de mi prima. Es su segundo mejor vestido, es de seda auténtica.

—Gracias por la información, Karma.

—No hay de qué.

—Toma una tarjeta con mi dirección y el número de teléfono. Si te acuerdas de algo más que no me hayas contado, ¿me llamarás a cobro revertido?

Miró brevemente la tarjeta, y la rechazó sin tocarla.

—No la quiero.

—Quédatela sólo por si acaso.

—Está bien, pero nunca le llamaré. No volveré a pensar nunca en la Torre.

Cerró la puerta.

Quinn volvió a San Felice y se dirigió directamente a la oficina del comisario Lassiter. Diez minutos más tarde, Lassiter llegó sofocado y de mal humor.

—Se supone que este es mi día de descanso, Quinn.

—El mío también.

—Bueno. ¿Encontró a la chica?

—Sí.

—¿Qué tenía que decir?

—No mucho. No sabía mucho. El Hermano Corona condujo el camión hasta Bakersfield, Karma se bajó en la estación de coches y le dijeron que fuese a casa de su tía en Los Angeles. Su madre le dio cincuenta dólares para pagarse el viaje. Aparentemente todos los miembros de la Torre recibieron dinero para que pudieran mantenerse hasta que llegase el momento de restablecer la colonia.

—Creí que había dicho que se tomaban la pobreza muy en serio.

—Así es.

—¿Entonces, de dónde sacaron el dinero?

—Karma no lo sabe —dijo Quinn—. Yo tampoco.

—Quizás George Haywood llevaba mucho dinero y se lo entregó al Maestro.

—No creo. Su cuenta bancaria estaba intacta y el último cheque importante contra su cuenta comercial, lo extendió dos semanas antes de salir de Chicote. Era de doscientos dólares. Si divide doscientos dólares entre veinticinco personas, no corresponden cincuenta dólares, o más, a cada uno.

—¿Por qué dice o más?

—Karma recibió cincuenta dólares, pero era una niña que iba a un lugar seguro.

Los otros necesitarían mucho más, especialmente las mujeres.

—Pero en realidad no sabe si todos recibieron dinero.

—No parece probable que toda una colonia acepte desaparecer así, sin dinero a cambio. Ahora me doy cuenta de lo leales que eran, pero no me imagino a todas esas personas, renunciando a todo por un hombre, salvo que recibieran algún reembolso o garantía.

—Yo sí me lo imagino —dijo Lassiter— si ese hombre fuese el Maestro, el que impartía las órdenes. Estaban acostumbrados a obedecerle, ¿verdad?

—Sí.

—¿En todo?

—En todo.

—¿Pero no cree que ordenara dispersarse?

—Oh, sí creo que lo ordenó —dijo Quinn lentamente—. Sólo que pudo no ser idea suya.

—¿Quiere decir que le sobornaron?

—El no lo vería así.

—Yo, sí. Cuando el dinero cambia de manos y no se intercambian ni mercancías, ni servicios, ni actos de caridad, es un soborno.

—Está bien, llámelo así. Pero, póngase en su lugar: la colonia estaba decayendo, la gente desertaba y no aparecían nuevos conversos. Incluso antes de la muerte de Haywood y de la Hermana Bendición, debió ver el comienzo del fin. Dos muertes lo cercaban peligrosamente.

—Me parte el corazón, Quinn.

—Trato de reconstruir lo que pudo haber sucedido.

—Bien, siga. El fin se acerca peligrosamente, ¿y?

—El asesino pudo ofrecerle un trato: dispersar la colonia por el momento y más tarde volverla a reunir en mejores circunstancias.

—¿Quiere decir con fondo de operaciones?

—Sí.

—Bueno, es una teoría muy buena, Quinn —dijo Lassiter con una sonrisa irónica—. Sin embargo, tiene unos cuantos agujeritos.

—Lo sé, pero...

—De acuerdo con la carta de la que Martha O'Gorman se ha decidido por fin a hablar, le mató un desconocido en un ataque de furia. O’Gorman tenía dos dólares encima y había una vieja máquina de escribir en el asiento trasero del coche. Valor total de los ingresos, unos diez dólares. Tal vez sea pesimista, pero si tratase de financiar una colonia religiosa, contaría con algo más que diez dólares como fondo de operaciones... No, no me interrumpa. Conozco su idea de que Alberta Haywood pagó al hombre que asesinó a O’Gorman. Aquí te metes en un atolladero; primero, nada de esto se mencionaba en la carta. Segundo, Alberta Haywood no tenía razones para desear la muerte de O’Gorman. Tercero, negó, muy convincentemente que no conocía a ningún transeúnte, ni le dio dinero, ni ropa de George. Y ahora, ¿dónde estaba?

Quinn se encogió de hombros.

—Donde ha dicho. En un atolladero.

—Bueno, yo estoy justo detrás de usted.

Lassiter se acercó a la ventana. Los barrotes habían sido forjados para parecer una celosía, pero seguían siendo barrotes y no le gustaban. En momentos de cansancio y desánimo le parecía que las barras estaban ahí para impedirle escapar.

Dijo, sin darse la vuelta.

—Veinticuatro personas abandonan todo lo que poseen por la vigesimoquinta: su residencia, su vida en comunidad, sus ovejas, ganado. Incluso, hasta cierto punto, sus creencias, porque no pueden vivir en el mundo exterior sin aceptar muchas de las cosas que encuentran pecaminosas. ¿Qué les llevó a hacer eso? Sólo hay dos razones que me parecen lo bastante poderosas para aceptarlas. Una gran suma de dinero, o el Maestro es quien estamos buscando. Elija.

—Elijo el dinero.

—¿Y de dónde viene?

—De los desfalcos de Alberta Haywood.

—¡Válgame Dios! —Lassiter se dio la vuelta impacientemente—. Usted fue quien me convenció de que ella decía la verdad cuando declaró no haber pagado a nadie para que matase a O'Gorman, que no conocía al vagabundo, que no le dio la ropa de George…

—Sigo pensando que es verdad.

—Se está contradiciendo.

—No —dijo Quinn—. No creo que diera mucho dinero, ni la ropa de George a ningún vagabundo. Creo que se lo dio a otra persona.

23

Había llegado a ser parte del bosque.

Las palomas negras anadeaban alrededor, fuera de sus sucios nidos, o se apareaban en vuelos veloces y silbantes, unos pájaros hurgaban ruidosamente con las patas entre las hojas secas, los azores esperaban emboscados para saltar sobre la codorniz pasajera; los paros, agarrados patas arriba, a las ramas de los pinos, los vencejos como restos de seda negra, hilvanados a la red gris de musgo español, los tanagras, rápidos destellos amarillos y negros entre las hojas verdes, ninguno desafiaba, ni saludaba la presencia del hombre barbudo. Ignoraban su tentativa de atraerles imitando sus cantos y ofreciéndoles comida. No se dejaban embaucar por sus arrullos, ronroneos y trinos y todavía había bastante alimento en el bosque: bayas de madroño y ratones, insectos escondidos bajo la corteza de los eucaliptus, mariposas en los robles al atardecer, babosas entre la maleza, capullos bajo los aleros de la Torre.

Los pájaros estaban, de hecho, mejor alimentados que él. Cocinaba de noche y apresuradamente, para que la Policía montada que guarnecía la estación de vigilancia, no viera el humo del fuego. Además las provisiones de la Torre eran escasas y ya se habían echado a perder. Detestaba el arroz con gorgojo, luchaba con las cucarachas por los restos de trigo y cebada, atrapaba conejillos de monte y les quitaba la piel con una navaja. Lo que le salvó fue el huerto. A pesar de las malas hierbas y la depredación de ciervos, liebres y ardillas, había tomates y cebollas para coger, y zanahorias, remolachas y patatas para arrancar y cocerlas o medio cocerlas, según el tiempo que creyese estar a salvo, mientras ardía el fuego.

Los cervatillos, las únicas criaturas salvajes dispuestas a ser amigos suyos, eran por necesidad sus enemigos. Cuando se

acercaban al huerto al amanecer y al anochecer, les tenía que arrojar piedras para espantarlos y sentía dolor de corazón cuando huían.

A veces, se disculpaba y trataba de explicárselo:

—Lo siento. Me agradáis, pero me estáis robando la comida y la necesito. Sabéis, alguien va a venir a buscarme, pero no sé cuánto tiempo tendré que esperar. Cuando venga, me iré con ella y todos los vegetales serán vuestros. Me he metido en un buen lío. No querréis que me muera de inanición, justo cuando nuestros planes están dando resultado...

Seguía llamándolo «nuestro plan», aunque desde el principio había sido de ella. Todo empezó de forma tan inocente, un encuentro en la esquina de la calle, un intercambio de sonrisas y buenos días:

—Me temo que hoy también va a hacer calor.

—Sí señora, me temo que sí.

Después se encontraba con ella inesperadamente en todas partes, en el supermercado, en la biblioteca, en el aparcamiento, en el café, en el cine, en la lavandería. Cuando empezó a sospechar que esos encuentros no eran totalmente accidentales, ya no le preocupaba, porque estaba seguro de que se había enamorado de ella. Su silencio le estimulaba a hablar, su amabilidad le hacía descarado, su timidez valiente, su falta de crítica seguro de sí mismo.

Sus encuentros privados eran necesariamente breves y en lugares que la demás gente evitaba, como el lecho del río, seco y polvoriento. Allí, sin tocarse siquiera, se expresaban su amor y desesperación, hasta que las dos palabras parecían una sola palabra inseparable amor-desesperación. Su mutuo sufrimiento se convirtió en un sustituto neurótico de la felicidad, hasta el punto de ser irreversible.

—No puedo seguir así —le dijo a ella—. En lo único que pienso es en tirar todo por la borda y salir corriendo.

—Salir corriendo es de niños, cariño.

—Entonces soy un niño. Quiero irme y no volver a ver a nadie más que a ti.

Ella sabía que había llegado el momento en que su desgracia era tan grande que aceptaría cualquier plan.

—Debemos hacer planes a largo plazo. Nos amamos, tenemos

dinero, podemos empezar una nueva vida en algún lugar diferente.

—¿Cómo, por el amor de Dios?

—Primero debemos librarnos de O’Gorman.

El pensó que estaba bromeando. Se rio y dijo:

—Oh, vamos. Pobre O'Gorman, seguramente no se lo merece.

—Lo digo en serio. Sólo así estaremos seguros de que viviremos siempre juntos, sin que nadie trate de separarnos o de interferir en nuestra vida.

Durante el mes siguiente, planeó todos los detalles, hasta la ropa que llevaría. Compró una vieja choza en las montañas de San Gabriel, y la llenó de provisiones, donde él se escondería esperándola. Sus vecinos más próximos eran los miembros de una extraña secta religiosa. Con quien primero trabó conocimiento fue con los niños, la niña mayor, de unos diez años. Estaba fascinada por el sonido de su máquina de escribir, le observaba detrás de los árboles y arbustos, cuando se sentaba en el porche de atrás porque no había nada más que hacer.

Era una criatura pequeña y tímida, con raras muestras de osadía:

—¿Qué es esa cosa?

—Una máquina de escribir.

—Suena como un tambor. Si fuera mía la golpearía más fuerte y haría más ruido.

—¿Cómo te llamas?

—Karma.

—¿Sólo tienes ese nombre?

—Sí. Sólo Karma.

—¿Te gustaría probar mi máquina de escribir, Karma?

—¿Pertenece al diablo?

—No.

—Está bien.

Utilizó a Karma como excusa para visitar por primera vez la colonia. Como su soledad se hacía cada vez más insoportable, hizo más visitas. Las excusas se hicieron innecesarias. Los Hermanos y Hermanas no le hacían preguntas. Consideraban natural que, al igual que ellos, hubiese dado la espalda al mundo y buscase refugio en las montañas. A cambio él apreciaba su vida en comunidad. Siempre había alguien alrededor, siempre alguna tarea que hacer que le ayudaba a no pensar en sus problemas, y sus reglas estrictas

le daban sensación de seguridad.

Llevaba en las montañas más de un mes cuando llegó la carta con malas noticias.

Querido, sólo tengo un minuto para escribir. He cometido un error y me han descubierto. Estaré fuera un tiempo. Por favor espera. No es el fin para nosotros, es sólo un aplazamiento, querido mío. No debemos intentar ponemos en contacto. Ten confianza en mí, como yo la tengo en ti. Podré soportar cualquier cosa sabiendo que me esperas. Te quiero, te quiero...

Antes de quemarla, leyó la breve misiva una docena de veces, lloriqueando como un niño abandonado. Entonces sacó la hoja de navaja y se cortó las venas.

Cuando recobró el conocimiento, estaba acostado en un catre, en una habitación extraña. Tenía las dos muñecas muy vendadas y la Hermana Bendición estaba inclinada hacia él.

—¿Está despierto ya, Hermano?

Trató de hablar, pero no podía y asintió.

—El Señor le ha salvado, Hermano, porque aún no está preparado para la otra vida. Debe convertirse en un Verdadero Creyente —la mano en su frente estaba fría y su voz era cálida y firme—. Debe renunciar al mundo y sus demonios. Su pulso es bueno y no tiene fiebre. ¿Podrá tomar un poco de sopa? Como le decía, no puede entrar en el Reino de los Cielos sin una preparación preliminar. Será mejor que empiece ahora, ¿no cree?

No tenía ni la fuerza ni las ganas de pensar. Renunció al mundo por apatía y se unió a la colonia, porque estaba allí y no tenía otro sitio, ni otra gente. Cuando los Hermanos y Hermanas se trasladaron al norte, a su nueva residencia en la Torre, desenterró el dinero que tenía escondido en una vieja maleta y les siguió. Ya entonces la colonia se había convertido en su honor, su familia, y hasta cierto punto, su religión. Volvió a enterrar la maleta y continuó la larga espera.

En un viaje a San Felice con el Hermano Corona, se enteró del destino de Alberta, por un periódico que encontró tirado en la cuneta. Le envió un panfleto religioso, con ciertas palabras ligeramente subrayadas para darle a conocer dónde estaba viviendo.

Lo preparó de forma que pareciera el tipo de cosas que un excéntrico enviaría a alguien con problemas. Sólo podía esperar que pasase la censura de la prisión y en ese caso, que lo entendiera. Esperanza y temor se alternaban en él, eran cabezas gemelas de un mismo cuerpo, igualmente alimentadas.

Pasaron los años. Nunca pronunció su nombre en voz alta. No contactó más con ella, ni ella con él. Entonces, una mañana de verano, estaba en la cocina con la Hermana Bendición, todavía aturdido por el cansancio, le oyó pronunciar las ominosas palabras:

—Anoche hablabas en sueños, Hermano. ¿Quién es Patrick O'Gorman?

Trató de evitar una respuesta encogiéndose de hombros y sacudiendo la cabeza, pero ella insistió.

—No me vengas con eso ahora, ¿me oyes? Quiero una respuesta.

—Era un viejo amigo. Fui a la escuela con él.

Aunque era verdad no le creyó.

—¿De veras? No parecía que fuese un viejo amigo. Te rechinaban los dientes y fruncías el ceño.

Dejó el tema en ese punto, para retomarlo unos días más tarde.

—Anoche, mientras dormías, Hermano has murmurando otra vez sobre O'Gorman, Chicote y el dinero. Espero que no te esté remordiendo la conciencia.

No respondió.

—Si es así, Hermano, será mejor que se lo cuentes a alguien. Una mala conciencia es peor que un hígado estropeado.

He visto mucho de las dos cosas. Lo que hicieras en el mundo exterior, aquí no tiene importancia, salvo para ti, en lo que respecta a su paz y salud espiritual. Si el demonio te roe las entrañas, arrójale, no IX le ofrezcas un santuario.

Durante los días que siguieron volvió a sorprenderla mirándole con ojos penetrantes y curiosos, como los de un cuervo.

El forastero Quinn vino y se fue, volvió y se marchó de nuevo. La Hermana Bendición, liberada del aislamiento, estaba pálida y ojerosa.

—No me dijiste que O'Gorman estaba muerto, Hermano.

Sacudió la cabeza.

—¿Fuiste responsable, Hermano?

—Sí.

—¿Fue un accidente?

—No.

—¿En serio? ¿Fue premeditado?

—Sí.

Le miró con ojos que ya no eran curiosos, sino preocupados y tristes.

—Quinn dijo que O'Gorman dejó una esposa y que la pobre está sufriendo terriblemente por la incertidumbre. Equivocaciones como esa se deben arreglar, Hermano, para la salvación de tu alma. No puede devolver la vida a un hombre asesinado, pero puede hacer algo para ayudar a su viuda. Tienes que escribir una carta, Hermano, confesando la verdad. Me encargaré de que no te descubran. Enviarán la carta desde Chicago y así nadie sospechará nunca que fuiste tú quien la escribió.

Tomó sus precauciones de todas formas. Utilizó la mano izquierda para disfrazar su caligrafía. Mezcló realidad y fantasía y en la mezcla revelaba más sobre sí mismo de lo que creía. La composición de la carta le proporcionó una satisfacción muy peculiar. Sentía que por fin había enterrado a O'Gorman, grabando en su lápida un desagradable, pequeño, epitafio, que dudaba que una viuda afligida enseñase nunca a nadie.

Ante su insistencia, la Hermana Bendición leyó la carta y chasqueó la lengua, haciendo ruiditos de desaprobación.

—No necesitabas tan…, bueno, tan franco.

—¿Por qué no?

—Me parece vengativo hacia ella y hacia él. Eso no está bien, Hermano. Temo por la salvación de tu alma. No has arrojado al demonio fuera de ti, aún guardas odio a tu víctima…

Cada mañana, cuando se levantaba en el henil, lo primero que pensaba era que ese podía ser el día; el día de liberación, de recompensa, de seguridad y vida nueva. Pero los días pasaban y todos eran iguales y cuando acababan ponía otra marca en la pared del granero. Los días eran tan idénticos como las marcas. Ni siquiera había por qué alarmarse.

El último de los hombres del comisario hacía un mes que se había ido y aunque volviera no encontraría rastro de él, ni en la

Torre ni en la cocina comunal. Evitó esos dos lugares y se quedó en el granero; hora tras hora ocultaba todo rastro de su presencia. Antes de abandonar el henil por la mañana ahuecaba el heno con una horca para borrar la huella de su cuerpo. Enterraba sus rastros y la basura; por la noche después de apagar el fuego cubría las cenizas con agujas de pino y hojas de roble. Lo que había comenzado como un juego para burlar a sus enemigos, se había convertido en un ritual de humildad.

Raras veces pensaba en abandonar la Torre y marcharse a una ciudad a esconderse. La idea de estar sólo en una ciudad la aterrorizaba. Además, ya se había gastado más de la mitad del dinero y tenía que ahorrar el resto para el futuro. A menudo le preocupaba cómo iba a explicar la falta de dinero cuando ella volviera. Planeó una forma de abordarlo:

—Escucha, cariño, tuve que hacerlo. Si me hubiese ido de la Torre por mi cuenta, las autoridades sabrían inmediatamente que yo era el único culpable. Así que, sobornando al Maestro para que dispersara a la colonia, complicaba las cosas. Probablemente aún no hayan reducido la búsqueda… Oh, el Maestro fue fácil de sobornar porque estaba desesperado. Veía el principio del fin para la colonia y sabía que el único modo de salvarla era que los miembros salieran al mundo en busca de nuevos conversos y con el tiempo volver aquí. Y la única forma de llevarlo a cabo, era con dinero, tu dinero. Por eso me he quedado aquí, en la Torre, para ahorrar el resto.

Recordaba la noche en que ella le habló por primera vez del dinero y la sensación de incredulidad total, sorpresa y pena.

—¿Has estado robando?

—Sí.

—En nombre de Dios, ¿por qué?

—No lo sé. No me lo gasto, bueno, no mucho. Sólo… bueno, me gusta. Quiero tenerlo.

—Escúchame. Tienes que devolverlo, tienes que restituirlo.

—No lo haré.

—Pero irás a la cárcel.

—Todavía no me han descubierto.

—No sabes lo que dices.

—Sí, lo sé. Robo dinero, mucho dinero.

—Debes devolverlo Alberta. No soportaría vivir sin ti.

—No lo harás, tengo un plan.

Al principio su plan le pareció descabellado, pero con el tiempo terminó aceptándolo, porque no tenía otro mejor que ofrecerle; de hecho, no tenía ningún plan, no estaba acostumbrado a pensar por sí mismo.

Insistía en que ella le prometiera que cuando O'Gorman estuviera fuera de juego, no correría más riesgos en el banco. Dejaría de falsificar los libros y esperaría el momento más oportuno para salir de Chicote sin que nadie la relacionara con la desaparición de O’Gorman. Rompió su promesa y cometió un error que la envió a la cárcel. No era propio de Alberta cometer errores. ¿Habría pensado mucho en él y en su futuro juntos? ¿0 actuó por un deseo inconsciente de que la descubrieran y la castigaran no sólo por los desfalcos, sino por sus relaciones con él? Aunque nunca había hablado de sus sentimientos de culpabilidad sexual, era consciente de que eran muy fuertes en ella y también sabía que no había conocido a ningún otro hombre.

Sus propios sentimientos de culpa también eran fuertes, pero se veían aliviados por las dificultades y la austeridad de la vida que llevaba. De cuando en cuando, en raros momentos de perspicacia, se preguntaba si habría escogido esa vida para hacer más llevadera su culpa. Cada mañana le despertaban las ratas correteando por el heno o el agudo picotazo de un mosquito, el escozor del frío, o las punzadas de hambre. No se resentía de nada de eso, lo utilizaba como excusas ante un acusador invisible, inaudible: Mírame, qué miserable soy, mira las condiciones en que vivo, el dolor, el hambre, la soledad, la privación. No tengo nada. No soy nada. ¿No es suficiente penitencia?

Su larga espera del futuro se había convertido en un modo de vida, hasta el punto de tener miedo de pensar en nada más y ser reacio a repetir el pasado.

Aunque deseaba desesperadamente compañía, no quería que los miembros de la colonia regresaran. Los únicos que le gustaban realmente ya no volverían: la Madre Pureza, con sus delirantes vuelos de fantasía, le divertía y la Hermana Bendición que le cuidaba cuando estaba enfermo. No echaba de menos los

quejumbrosos quejidos de la Hermana Contrición, ni la jactancia del Hermano Corazón Firme sobre sus éxitos con las mujeres, ni el amargo fanatismo del Hermano Corona, ni las arengas del Maestro al demonio.

Según pasaba el tiempo le empezaba a fallar la memoria sobre algunos sucesos. Tenía un débil recuerdo del último día de la colonia en la Torre. Su mente se quedó paralizada por la fuerte impresión de ver de nuevo a Haywood y darse cuenta de que todos los cuidadosos planes y la larga espera habían sido inútiles.

Pero Haywood no era responsable.

—Me voy a quedar aquí, voy a seguir sus pasos cada minuto del día hasta que descubra dónde ha escondido el dinero.

Estaba demasiado aturdido para inventar una mentira.

—¿Cómo... cómo me ha encontrado? ¿Se lo ha dicho Alberta?

—Seguí el coche de Quinn desde Chicote. No, Alberta no me lo ha dicho, aprendiz de amante. Confiaba en ella por una razón, su obstinación. Una vez al mes, durante más de cinco años la he intentado sonsacar, intimidar, regañar, para que me dijera la verdad y poder ayudarla. Sospeché algo desde el principio, desde que me dijo que había dado alguna ropa mía a un vagabundo. Se la dio a usted, ¿verdad?

—Sí.

—No podía arriesgarse a comprar ropa nueva y que más tarde se comprobara que había desaparecido de su guardarropa. Oh, los dos fueron muy cuidadosos. Todo estaba planeado con antelación, todo encajaba en un gran esquema, excepto el simple y ordinario sentido común. Debió empezar a planearlo meses antes. Empezó a salir sola todas las noches, al cine, a conciertos, de forma que cuando salió en el coche esa noche nadie sospechó nada. Empezó a comprar boletos de carreras, siempre en el mismo puesto, preparando el terreno para la historia del juego, por si acaso descubrían alguna vez el desfalco y le preguntaban dónde estaba el dinero. Todos esos planes para qué. La pobre mujer está sentada en una celda en la cárcel, soñando todavía grandes sueños, que no se harán realidad.

—Claro que sí. La quiero, la esperaré siempre.

—Quizás tendrá que hacerlo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir —dijo Haywood— que cuando llegue la vista

para la libertad condicional, dentro de unas semanas, algunas personas no se van a creer que haya perdido el dinero jugando, como tampoco yo me lo creo. Y si eso ocurre, si consideran que no coopera, tendrá que cumplir toda la condena. Y aquí es donde entro yo. Quiero el dinero. Ahora.

—Pero…

—Todo. Cuando lo tenga, Alberta sabrá que se ha acabado el juego y se verá obligada a contarle la verdad a la comisión para la libertad condicional y a restituírselo al banco. Entonces será una mujer libre, libre de la prisión y libre de usted también, Dios lo quiera.

—No lo entiende. Alberta y yo…

—No empiece a charlar de amor y romance. Un gran romance. Un gran negocio. Diablos, ni siquiera creo que sea usted un hombre. Tal vez ese sea todo el problema: Alberta no es del todo una mujer y usted no es del todo un hombre, así que decidieron jugar al desdichado juego de los amantes. El juego tenía una gran ventaja para los dos. A usted le mantenía apartado del presente mientras esperaban un futuro feliz los dos juntos.

No recordaba haber empujado a Haywood por la barandilla, pero recordaba la imagen y el sonido del cuerpo mientras caía como un gran pájaro gris, batiendo las alas, lanzando un último grito. No esperó para ver el aterrizaje de Haywood. Corrió a su cuarto, en el tercer nivel de la Torre, donde el Hermano Corazón Firme le había enviado para descansar después de cavar en el huerto. Esperó hasta que la Madre Pureza salió corriendo y el Maestro fue tras ella. Después, caminando como un robot al que le hubieran dado órdenes, fue directamente al granero para coger el veneno para las ratas.

Tenía un único recuerdo vivo de la muerte de la Hermana Bendición, su grito cuando la sacudió el primer dolor. A veces, un pájaro hacía un ruido parecido y el hombre barbudo se quedaba paralizado y caía al suelo como si creyera que la Hermana Bendición hubiese resucitado en forma de pájaro para atormentarle. Ese fue el peor tiempo, dudaba de su cordura e imaginaba que las criaturas del bosque eran seres humanos. El sinsonte, arrogante y gritón era el Hermano Corona. El pequeño pinzón de lomo verde, haciendo el payaso entre las hierbas altas era la Madre Pureza. El

cuervo, fuerte y hambriento era el Hermano Luz. La paloma de cola larga, arrogante en la cima de un árbol era el Maestro. La paloma negra, contando las tristezas del mundo era la Hermana Contrición, y el arrendajo de los arbustos era Haywood, criticándole, mofándose de él.

—¡Desgraciado! —chillaba.

—Cállate.

—¡Vil desgraciado!

—Soy un hombre.

—Vil desgraciado.

—¡Soy un hombre! ¡Soy un hombre! ¡Soy un hombre!

Pero el arrendajo siempre decía la última palabra: desgraciado.

Una mañana le había despertado en el henil las ratas que hacían crujir la madera del tejado. Incluso antes de abrir los ojos era consciente de que durante la noche había ocurrido un cambio: la colonia había vuelto.

Se quedó callado y escuchaba. No oía voces, ni ajetreo, ni el familiar zumbido del motor del camión, pero había otro ruido que conocía bien, un tamborileo, rápido, espasmódico. Era Karma, jugando con la máquina de escribir en el almacén.

Olvidando por una vez su ritual de humildad, bajó por la tosca escalera y corrió entre los árboles hasta el almacén. Estaba a medio camino, cuando el ruido cesó y un pájaro carpintero salió de un pino batiendo las alas como un destello blanco y negro.

Le amenazó con los puños y le maldijo, pero su rabia se volvía contra él y la mala pasada que le había jugado su mente. Se dio cuenta de que la máquina de escribir no estaba en el almacén, los hombres del comisario se la habían llevado junto con otras muchas cosas. Bueno, no les servirá de nada, no podrán probar que me pertenece, todavía no sabían que era él a quien estaban buscando, todavía…

—Karma.

Pronunció el nombre en voz alta y en él había más maldición que la que había gritado al pájaro carpintero, porque esta vez la furia se veía agravada por el temor.

Se quedó atónito al recordar algo que había olvidado sobre el

último día en la Torre, Karma le siguió cuando salía del almacén.

—¿Se lleva la máquina de escribir, Hermano?

—No.

—¿Puedo quedármela?

—Deja de molestarme.

—Por favor, ¿puedo quedármela?

—No. Déjame en paz. Tengo prisa.

—Cuando vaya a casa de mi tía, podré conseguir que la dejen como nueva. Por favor, deje que me la quede, Hermano.

—Está bien, si no se lo dices a nadie.

—Muchas gracias —dijo solemnemente—. Nunca lo olvidaré, nunca, en toda mi vida.

Nunca lo olvidaré. Fueron simples palabras de gratitud, en ese momento. Ahora, volvían a su mente ampliadas y distorsionadas. Nunca lo olvidaré, se había convertido en contaré a todos que la máquina de escribir te pertenece.

—¡Karma!

El nombre sonó entre los árboles y entre los árboles lo siguió.

24

Recibió la conferencia justo antes del mediodía del sábado. Quinn estaba en su apartamento sin hacer nada, esperando la llegada de Martha desde Chicote. Había planeado pasar el día en la playa con ella y los dos niños nadando y tomando el sol. Pero una niebla espesa oscurecía el sol tan eficientemente como una lámina de acero y desde la ventana Quinn veía una playa desierta y un mar gris verdoso. Estaba tratando de idear un plan alternativo cuando sonó el teléfono.

Casi esperando que Martha hubiese cambiado de opinión, cogió el teléfono.

—Hola.

—Tengo una llamada de persona a persona para el señor Joe Quinn.

—Soy Quinn.

—Aquí está su línea. No se retire, por favor.

Entonces la voz de Karma, temblorosa y rápida:

—Dije que nunca le llamaría, señor Quinn. Incluso rompí su tarjeta, pero recordaba el número y... bueno, estoy asustada. Y no se lo puedo contar a mi tía porque no está, y aunque estuviera no se lo podría decir porque quiero el mensaje de mi madre y mi tía no me permite que tenga nada que ver con ella.

—Cálmate, Karma. ¿Qué pasa con ese mensaje de tu madre?

—El Hermano Lengua me llamó hace unos minutos y me dijo que tenía un mensaje para mí de mi madre y que quería dármelo en persona.

—¿Dónde?

—Aquí en casa.

—¿Cómo averiguó dónde estabas?

—Oh, me ha oído hablar de mi tía. La mencionaba a menudo. De todas formas le dije que no podía venir aquí, porque mi tía estaba en casa, lo cual es mentira, está trabajando en la exposición del club de jardines para la muestra de flores. Crisantemos y hierbas de pampa con un abanico eléctrico escondido para hacer volar la hierba. Va a ser muy bonito.

—Estoy seguro —dijo Quinn—. ¿Por qué el Hermano Lengua no te dio el mensaje por teléfono?

—Dijo que había prometido a mi madre que me vería personalmente para informarle de cómo estoy y esas cosas, creo, aunque no lo dijo.

—¿Era una llamada local?

—Sí. Está en la ciudad. Va a venir a casa esta tarde a las cuatro. Le dije que mi tía habría salido a esa hora. Pensé que sería mejor telefonearle porque usted dijo que si sucedía algo relacionado con cualquier miembro de la familia, tenía que hacérselo saber.

—Me alegra que así lo hayas hecho. Escúchame atentamente, Karma. ¿Te parece probable que tu madre escogiera al Hermano Lengua para confiarle un mensaje importante para ti?

—No —después de un rato añadió con candor infantil—: Siempre creí que se odiaban. Naturalmente, no podíamos odiar, pero algunos lo hacíamos de todas formas.

—Muy bien, supongamos que no hay ningún mensaje, que el Hermano Lengua tiene otra razón diferente para esperar verte. ¿Sabes cuál puede ser?

—No.

—Quizás sea algo trivial para ti, pero no para él.

—No se me ocurre nada —dijo despacio—. A menos que todavía quiera que le devuelva la vieja máquina de escribir. Bueno, puede quedársela. Mi tía me compró una portátil totalmente nueva para mi cumpleaños el mes pasado. Es gris y rosa...

—Espera un momento. ¿El Hermano Lengua te dio una máquina de escribir vieja?

—No me la dio exactamente. Se la pedí.

—¿Es suya?

—Sí.

—¿Y la tenía guardada en el almacén?

—Sí. Yo solía ir allí y jugaba con ella hasta que se gastaba la

tinta y se rompía la cinta y no me quedaba más papel. Entonces era sólo una niña.

—¿Por qué estás tan segura de que pertenece al Hermano Lengua?

—Porque fue así como le conocí. Vivíamos en la Montaña de San Gabriel y yo estaba explorando los alrededores cuando oí un ruido extraño, como un tambor. El Hermano Lengua estaba en el porche trasero de su choza, escribiendo a máquina, sólo que entonces no era el Hermano Lengua. Qué extraño, si yo no hubiera oído su máquina de escribir no hubiera llegado a ser el Hermano Lengua.

Quinn oyó abrirse la puerta de su apartamento y los ligeros y rápidos pasos de Martha cruzando la habitación. Habló rápidamente por teléfono:

—Escucha, Karma. Quédate donde estás. Cierra las puertas y no abras a nadie hasta que llegue allí. Voy ahora mismo.

—¿Por qué?

—Tengo algunas preguntas que hacer al Hermano Lengua.

—¿Cree que tal vez mi madre le dio un mensaje para mí?

—No. Creo que quiere que le devuelvas su máquina de escribir.

—¿Por qué? Está muy vieja y rota, no sirve para nada.

—No, pero a la Policía sí. Esa máquina de escribir estaba en el asiento trasero del coche de O'Gorman la noche que le asesinaron. Te lo digo porque quiero que te des cuenta de que es un hombre peligroso.

—Estoy asustada.

—No tienes por qué asustarte, Karma. Cuando llegue a las cuatro estaré en casa contigo.

—¿Lo promete?

—Lo prometo.

—Le creo —dijo seriamente—. Cumplió la otra promesa sobre la loción para el acné.

Cuando llegó Quinn le pareció que estaba en otra época y en otro mundo diferente.

Fue a la sala de estar. Martha estaba junto a la ventana mirando al mar, de la forma que lo hacía siempre que llegaba al apartamento, como si el mar fuese un milagro después de la tierra

abrasada de Chicote.

Dijo sin volverse:

—Todavía no se ha terminado.

—No.

—¿Continuará siempre, Joe?

—No hables así —la rodeó con sus brazos y la besó en el cuello —. ¿Dónde están los niños?

—Se han quedado con los vecinos.

—¿No querían verme?

—Sí, sí querían. Les supuso un gran sacrificio perderse un día contigo en la playa.

—¿Y por qué ese sacrificio?.

—Por nosotros —dijo con una débil sonrisa—. A Richard se le ocurrió la idea de que me gustaría estar contigo a solas para variar.

—¿Y te gustaría?

—Sí.

—Es un muchacho muy perspicaz, nuestro Richard.

Se dio la vuelta y le miró seriamente a los ojos.

—¿De verdad sientes que es nuestro Richard?

—Sí. Nuestro Richard, nuestra Sally.

—Haces que suene a «y vivieron muy felices...».

—Así es.

—... sin ningún problema.

—Con muchos problemas —dijo—. Pero con muchas soluciones también, si nos amamos y respetamos mutuamente. Y creo que es así, ¿verdad?

—Sí.

La duda era evidente en su voz, siempre lo era; pero cada vez que se veían, la duda se debilitaba y él creía que con el tiempo desaparecería por completo.

—Algunas veces —añadió él— pensarás en O'Gorman y yo no estaré a su altura.

—Eso no es verdad.

—Sí. Y otras veces los niños se tomarán a mal una orden o consejo que les dé, porque no soy su verdadero padre. Habrá desacuerdos, problemas de dinero...

—No sigas —le puso la punta de los dedos en la boca—. Ya he pensado todo eso, Joe.

—Muy bien, entonces lo hemos pensado los dos. No iremos al matrimonio con los ojos cerrados. ¿Por qué te inquietas?

—No quiero equivocarme otra vez.

—¿Me estás diciendo que O'Gorman fue una equivocación?

—Sí.

—¿Porque es verdad o porque crees que me gusta oírlo?

—Es verdad —dijo, y sus hombros se tensaron repentinamente bajo las manos de él—. Reconocer los fracasos no es tan bueno como preverlos, pero sirve para el caso. El matrimonio fue idea mía, realmente, no de Patrick. Mis instintos maternales eran tan fuertes que apagaban mi razón. Me casé con Patrick para conseguir una familia, él se casó conmigo..., bueno, supongo que había muchas razones, pero la principal era que no tenía fuerza para oponerse o disgustarme. Ahora que sé que ha muerto, puedo ser más objetiva, no sólo respecto a él, sino respecto a mí misma. El error básico de nuestro matrimonio era la exagerada interdependencia. El dependía de mí y yo dependía de su dependencia. No me extraña que le gustaran los pájaros, a menudo debía sentirse como un pájaro enjaulado... ¿Qué ocurre, Joe?

—Nada.

—Ocurre algo, lo presiento. Por favor, dímelo.

—Muy bien —dijo suavemente—. En otro momento.

El deseaba que ese otro momento estuviese muy lejano, pero sabía que no era así. Le esperaba a la vuelta de la esquina y ya veía su sombra.

—Acabo de preparar café. ¿Quieres un poco? —preguntó.

—No, gracias. Si tenemos que estar en Los Angeles a las cuatro nos tenemos que ir ya, no sea que haya embotellamiento.

—¿Tenemos?

—Bueno, no he venido hasta aquí sólo para estar contigo diez minutos.

—Escucha, Martha.

—Te oigo, pero no quiero escucharte, no si pretendes dejarme plantada.

—No se trata de dejarte plantada. La llamada de Karma me cogió por sorpresa. No sé qué hay detrás de eso, tal vez nada. Quizás el Hermano Lengua tenga un mensaje para ella de su madre. Pero por si las cosas no resultan tan sencillas, preferiría que no

estuvieras por allí.

—Soy muy buena en caso de emergencia.

—¿Incluso si se relaciona contigo?

—Especialmente en eso —dijo con un poco de amargura—. He tenido muchas experiencias.

—Entonces, ¿estás decidida a venir conmigo?

—Si no tienes inconveniente.

—¿Y si lo tengo?

—No, por favor. Por favor.

—Sí tengo inconveniente —dijo con paciencia—. Porque te quiero debo alejarte de los problemas cuando pueda.

—Creí que íbamos a compartir preocupaciones, que tendríamos muchos problemas, pero también muchas soluciones. ¿Eran sólo palabras, Joe?

—Estoy tratando de prevenirte, Martha, estoy tratando de decirte algo pero no quieres escuchar,

—No temas por mí. Haces que me sienta una mujer a medias, del mismo modo que mis temores por Patrick le hacían sentirse a él como un hombre a medias. Si ves que me va a atropellar un autobús, por supuesto, avísame o apártame a un lado. Pero esto... esto es ilusorio. ¿Qué daño puede hacerme ir a casa de Karma contigo? La chica puede necesitar que la cuiden, sólo es una niña y en una situación espantosa. No me encierres en un armario cuando puedo ser útil.

—Está bien —dijo con un ruido que era casi un gruñido—. Salga del armario, señora.

—Gracias, caballero. Nunca se arrepentirá de esta decisión.

—¿De verdad?

—Estás muy raro, Joe. ¿Qué es lo que pasa realmente? ¿Qué tienes en la cabeza?

—Desearía que el armario fuese tan grande como para que cupiésemos los dos.

25

Caminaba por las calles de la ciudad parándose de vez en cuando para enfocar los ojos hacia el cielo como si esperara ver alguno de sus compañeros del bosque. El atrevido destello blanco y negro de un pájaro carpintero, el azul turbio de una cola de cinta, el rojizo aleteo de un picamaderos. Pero todo lo que veía era algún gorrión en un cable telefónico o alguna paloma en los aleros.

Sufría fantasías interminables. Veía a toda la gente de la ciudad convertida en pájaros. En las carreteras y autopistas los coches se paraban de repente y para siempre y los pájaros salían volando por las ventanillas. De las fábricas, edificios de oficinas, casas, hoteles, apartamentos, de los pasillos, chimeneas, patios, jardines, aceras, los pájaros salían volando altísimo planeando, revoloteando, bajando en picado, trinando, gorjeando, silbando, gritando en un derroche de color, movimiento y sonido. Un pájaro era más grande, magnífico y pesado que los demás. Era un águila dorada. El mismo.

La fantasía creció en su mente como una pompa de jabón y estalló. Los coches no se paraban en la autopista. La gente seguía siendo gente, sin alas, desgraciada, y el águila dorada estaba en tierra, en la acera abrasadora, como los demás, a merced de la gravedad tirana.

Hacía mucho que no mantenía contacto con los seres humanos. Incluso los más viejos le asustaban y ante los jóvenes pasaba de largo apresuradamente, temiendo que se burlaran de su vestido, su cabeza afeitada y sus pies descalzos. Entonces se vio en el escaparate de una pequeña tienda de ultramarinos del barrio y se dio cuenta de que ya no había motivos para burlarse de él. Tenía el aspecto de un hombre normal. Durante las semanas pasadas en el bosque le había crecido el pelo, rizado y negro con algunas mechas

grises. Se lo había cortado en una peluquería y se había afeitado la barba y comprado ropa nueva que llevaba puesta, en una tienda de caballeros, traje y corbata grises, camisa blanca, mocasines negros de piel, que le empezaban a hacer daño. Ya no era el Hermano Lengua. Era un hombre sin nombre que paseaba por una calle de la ciudad, su imagen no se reflejaba en los ojos vacíos de los desconocidos, su presencia pasaba desapercibida, no había muestra de interés ni curiosidad. No era nadie y nadie le veía.

Entró en la tienda de ultramarinos para preguntar cómo se iba a la Avenida Greengrore, donde vivía Karma. La propietaria se lo dijo sin levantar la vista del papel.

—Muchas gracias, señora —dijo él.

—¡Huh!

—Estoy seguro de que podré encontrarla. Hace calor hoy, ¿verdad?

—Huh.

—¿Tiene hora por casualidad?

—Las tres y media.

—Perdone, no la he entendido...

—¿Está sordo? ¿Es extranjero? Son las tres y media.

—Gracias. No, ni estoy sordo ni soy extranjero. Soy un águila dorada disfrazada, paloma tripuda.

Las tres y media. Tenía mucho tiempo. Al doblar la primera esquina se metió la mano derecha en el bolsillo y tocó el suave hueso cálido del mango de la navaja. La navaja ya no estaba afilada para afeitarse con ella, pero la barba de un hombre era más dura que la garganta de una niña. Era algo extraño, tan extraño que antes de que pudiera tragársela o sofocarla, se le escapó de la boca una risa disimulada. Era el sonido de un pajarito, no el ruido animal de un águila dorada y deseaba no haberlo oído. Socavó su confianza, agotó la fuerza de sus piernas, se tuvo que parar y apoyarse en una farola un rato para recuperarse.

Desde el banco de la parada del autobús cercana, tres jóvenes le miraban desconfiadamente como si vieran, asomando bajo su traje nuevo, el vestido gris andrajoso del Hermano Lengua. Aunque las odiaba, sentía que debía aplacarlas de alguna manera, hacer que le aceptaran.

—Hoy hace calor, ¿verdad? —dijo.

Una se le quedó mirando, otra se rio y la otra se dio la vuelta.

—En los días calmosos como éste, vale la pena pensar fríamente —se hizo el silencio otra vez.

—No nos dejan hablar con desconocidos —dijo la mayor de las chicas recatadamente.

—Pero yo no soy un extraño. ¿Parezco extraño? Claro que no, tengo un aspecto bastante normal, común. Eso es lo que soy, un hombre común. Hay miles como yo…

—Vamos, Laura, Jessie. Ya sabes lo que dice mamá.

—…que van a trabajar todos los días, que nunca tienen bastante dinero, nunca están seguros, nunca a salvo, ni libres como los pájaros, pero que siempre esperan que las cosas sean un poco mejor en el cielo. Sólo que es una larga espera, una espera muy larga.

Sabía que las chicas ya se habían ido y que se dirigía a un banco vacío, pero también sabía que ése debía ser un procedimiento común para un hombre común: cuando nadie le escuchara tenía que hablar a bancos vacíos, a paredes y techos salientes, a árboles sordos, a espejos mudos, a puertas cerradas.

Empezó a andar otra vez. El vecindario era más rico, el césped más verde, las verjas más altas, sin embargo las casas parecían más desiertas, como si los ricos las hubieran construido para impresionar y después se hubieran ido a otro sitio.

Sólo de vez en cuando se oía un portazo, o una voz, o se movía una cortina. Están ahí, pensó. Están ahí, muy bien, pero están escondidos. Tienen miedo de mí, del hombre común.

Cuando llegó a la Avenida Greengrove se detuvo un rato, apoyado sobre el pie derecho, para relajar el izquierdo, después sobre el izquierdo para relajar el derecho. Le parecía haber caminado todo el día y que a cada paso los zapatos habían encogido un poco. Se preguntaba cuántos hombres comunes habrían estado paseando todo el día con zapatos encogidos para cometer un asesinato. Probablemente bastantes pocos. Probablemente muchos más de los que la gente cree. No estaba haciendo nada raro. Además Karma había hecho votos de pobreza y renunciación; la vida opulenta arruinaría su oportunidad de pasear por las calles suaves y doradas del cielo. Le haría un favor salvándola de su propio desatino.

A veces, cuando pensaba en los años en que escuchaba y

obedecía al Maestro, su mente se revelaba y alejaba al Maestro, como a un impostor, y a los Hermanos y Hermanas, como unos tontos, pero esas ocasiones no eran muy frecuentes. La repetición constante le había dejado una profunda impresión. No podía borrarla como había borrado la marca de su cuerpo en el henil, no podía enterrarla como enterraba su basura, ni cubrirla con agujas de pino como las cenizas de los fuegos. Especialmente en la ciudad, el mundo material le parecía maligno, los hombres llamativos y las mujeres pintadas llevaban el estigma del demonio. Casas lujosas con almas enfermas e incrédulos que van en grandes coches por las calles anchas hacia un gran infierno. El tenía el estigma del Maestro, y se daba cuenta, en el fondo, que eso era lo que habían visto las chicas del banco, no el vestido gris del Hermano Lengua asomando bajo el traje nuevo. Habían percibido el estigma del Maestro y, aunque no lo reconocieran, se habían dado cuenta inmediatamente de que no era en absoluto un hombre común, sino un extraño en una misión extraña. Aunque las chicas se habían ido hacía un rato, aceleró sus pasos para alejarse de sus miradas críticas.

Los minutos pasaban y las casas, unas tenían sólo números, otras números y nombres. El número 1295 estaba en una placa en un farol de miniatura de hierro forjado: Señora Harley Baxter Wood.

Como muchas otras casas, parecía deshabitada, pero sabía que no lo estaba. Por teléfono, Karma parecía desconfiada al principio, pero la sospecha se volvió curiosidad y la curiosidad impaciencia. Sabía que tenía mucho cariño a su madre a pesar de sus peleas; estaría esperando su mensaje.

Pasó por alto el timbre de la puerta y llamó con los nudillos en los cristales romboidales. Era más la señal de un amigo que la llamada de un desconocido. No le contestaron y, sin embargo, tenía el fuerte presentimiento de que Karma estaba allí, al otro lado de la puerta. Se imaginaba, incluso, que oía su respiración muy acelerada, nerviosa y vulnerable, como su pajarito respiraba justo antes de dejar caer la cabeza, cerrar los ojos y morir en su mano. Después le cavó una tumba bajo un árbol manzanita y luego cogió un hacha e hizo pedazos su jaula. Recordaba la gran emoción que sentía cuando el hacha caía sobre los barrotes de alambre, como si hubiera estado él prisionero entre ellos y los golpes que daba fuesen

para liberarse. Cuando se disipó la emoción arrojó los restos de la jaula a un barranco, como un asesino tratando de ocultar la prueba de su violencia.

—¿Karma?

Sí. Oía su respiración.

—Soy yo, el Hermano Lengua. No me reconoces, ¿es eso? No te inquietes porque haya cambiado un poco exteriormente. Soy yo. Vamos, mírame, convéncete, niña tonta.

Apretó la boca contra la rendija de la puerta.

—Sal, Karma. Tengo un mensaje muy importante para ti de tu madre.

Por fin habló, con voz fina y temblorosa.

—Puede decírmelo desde ahí.

—No, no puedo.

—No quiero… salir.

—Tienes miedo, ¿verdad? Dios mío, no tienes nada que temer del pobre Hermano Lengua. Vaya, hemos sido amigos durante años, Karma. Soy como tu tío. ¿No te di mi más preciado tesoro, mi máquina de escribir?

—No era tuya —dijo—. La robaste del coche de O'Gorman.

—¿Me estás llamando ladrón? Te digo que era mía. Me pertenecía.

—Sé de dónde salió.

—Alguien te ha contado mentiras, niña estúpida, y tú te las has tragado como un caramelo. Nadie más que yo sabe la verdad y, por supuesto, no puedo contártela con la puerta cerrada. Abre, Karma.

—No puedo. Mi tía está en casa. Está arriba en su habitación.

Era una historia tan débil que casi se echó a reír y, aunque fuese verdad, ¿de qué le serviría una tía, si su garganta femenina era más blanda que la barba de un hombre?

—Eres una pequeña mentirosa y una liosa. Cuando pienso en las veces que me molestabas tratando de hacerme hablar… me llamabas Hermano Sinlengua. Lengua, Lengua, ¿quién te ha comido la lengua?… ¿Te acuerdas, Karma? Pero no me derrumbé, ¿verdad?, no podía permitírmelo. Los que guardan secretos deben aprender a no hablar y yo aprendí. Aprendí y después me traicioné en sueños. Siempre me he traicionado de alguna forma. ¡Qué ironía que hablase en sueños cuando el problema era la vida misma!

Ella no dijo nada, y por un momento tuvo la sensación de encontrarse otra vez en el bosque, solo, tratando de justificarse ante todas las cosas vivas que no podían o no les importaba escuchar.

Un coche patrulla pasó frente a la casa. Se enderezó y trató de parecer serio y digno como un ministro haciendo una visita de domingo a un miembro de la iglesia. Siempre le hubiera gustado ser ministro. Qué fácil sería aconsejar a otra persona lo que hacer y cómo actuar, siguiendo unas simples normas de conducta y memorizando uno o dos textos poco corrientes.

El coche de la Policía le preocupaba. Se preguntaba si las tres jóvenes que se encontró en la parada del autobús habrían ido a casa y hablaron a su madre de él, y entonces la madre llamó a la Policía. Entonces, los dos hombres del coche patrulla podían estar buscándole. Quizás esta vez no le habían visto, pero si volvían... No, era una tontería. ¿Por qué iban a volver? La madre de las chicas no tenía ninguna razón para denunciarle. No las había abordado, ni había tratado de raptarlas, ni les había ofrecido caramelos. Esas niñas bobas, la boba de su madre, no tenían ninguna razón, ninguna razón...

—El primer coche patrulla le ha localizado —dijo Quinn—. Entretenle un poco más, Karma.

—No puedo.

Incluso con Quinn a su lado y el brazo de Martha rodeándola por los hombres, estaba asustada, porque sabía que ellos también lo estaban y no entendía por qué. Parecía un temor más profundo y terrible que el que sentirían ante un hombre normal, aunque peligroso. Miró la línea blanca que era la boca de Quinn y la desesperación en los ojos de Martha y repitió:

—Hazle hablar.

—¿De qué?

—De él.

Karma levantó la voz.

—¿Dónde ha estado escondido, Hermano Lengua?

La pregunta le fastidió. Implicaba que era un criminal, obligado a esconderse, en vez de un hombre inteligente que había escogido el bosque voluntariamente como el mejor sitio para vivir.

—No puedo quedarme aquí toda la tarde —dijo, enfadado—. Tu madre nos espera.

—¿Dónde?

—En casa de un amigo. Está muy enferma, tal vez se esté muriendo. Me pidió que te llevara con ella.

—¿Qué le pasa?

—Nadie lo sabe. Se negó a llamar al médico. Si vienes conmigo, quizás puedas persuadirla para que busque atención médica. ¿Quieres venir?

—¿Hasta dónde tenemos que ir?

—Prácticamente a la vuelta de la esquina —aunque no la esquina de una calle. Una esquina de tiempo por la que pasarás sólo una vez. Para ti no habrá retorno—. La enfermedad de tu madre es crítica, niña. Será mejor que te des prisa.

—Muy bien. Enseguida estoy lista.

—¿No vas a pedirme que espere dentro?

—No puedo. Podría despertar a mi tía y no me dejaría ir con usted porque detesta a la gente de la Torre, cree que intentarán sacarme de aquí. Dice que...

—Deja de charlar, niña, y prepárate.

Esperó, mirando a la calle por si volvía el coche de Policía, separando los segundos según pasaban por los ojos de su mente como soldaditos de juguete, saludando, gritándole sus nombres: uno, señor, dos, señor, tres, señor, cuatro, señor, cinco, señor, seis, señor, siete, señor.

Criaturas respetables. Siempre le llamaban señor enérgica pero afectadamente. Sí, les gustaba su genial general. Sabían que una vez fue un hombre común, que había ascendido a comandante del tiempo y llevaba estrellas en las mangas. Pero, por supuesto, las estrellas eran invisibles, todavía había luz, era el atardecer. Solamente por la noche las estrellas caían en picado desde el cielo para posarse en sus mangas.

Ciento catorce, señor. Ciento quince, señor. Ciento...

De pronto tuvo lugar un cambio alarmante. Los soldaditos de juguete se cambiaron el uniforme y se convirtieron en policías con uniforme azul. Ya no le saludaban, ni gritaban sus nombres; en vez de eso le pedían su nombre con voces groseras e irrespetuosas.

—¿Cómo se llama?

—Comandante —dijo.

—¿Comandante qué?

—Soy el comandante del tiempo.

—Conque sí, ¿eh?

—Es un trabajo especializado. Decido el momento y las cosas que tienen que ocurrir a la gente, a los animales y a los pájaros, a los árboles del bosque...

—Está bien, comandante. Vamos a pasar revista a algunas tropas.

—No es el momento apropiado.

—Yo creo que sí.

—Pero esa es mi decisión.

—Vamos, comandante. En la comisaría tenemos un reloj estropeado. Queremos que le hable, que lo arregle, ¿comprende?

Le sorprendió de repente la comprensión de que esos hombres no eran policías. Eran agentes de un poder extranjero, enviados para hacerse cargo del país, alterando el horario y raptando al comandante.

Se abrió la puerta de la casa y salió un hombre que reconoció como Quinn y una mujer que le resultaba familiar, aunque no podía recordar su nombre.

Le gritó a Quinn:

—¡No les permita que me lleven! ¡Le digo que son agentes enemigos! ¡Van a derrocar al gobierno!

Quinn retrocedió como si las palabras le hubieran golpeado en el estómago y le hicieran tambalearse, y la mujer que estaba con él empezó a gritar:

—Patrick, Patrick. ¡Oh, Dios mío! ¡Patrick!

La miró fijamente preguntándose por qué le resultada tan familiar y quién sería Diosmio Patrick.